

UN CASO DE CAYETANO BRULÉ



ROBERTO AMPUERO
El alemán de Atacama



Lectulandia

Cayetano Brulé se inserta en esta novela en un paisaje ajeno a los espacios cosmopolitas de sus aventuras anteriores. El entorno es ahora San Pedro de Atacama, donde un cooperante germano, Willi Balsen, es asesinado en circunstancias no esclarecidas. ¿Qué hay detrás del crimen: tráfico de drogas, comercio ilegal de piezas arqueológicas de la rica cultura atacameña? La presencia de una multinacional entregada a oscuras maniobras en el desierto, más la misteriosa muerte en un accidente de aviación de un diputado de la región, agregan elementos de suspenso a una apasionante intriga cuyas incógnitas sólo serán resueltas en las líneas finales de la historia.

Lectulandia

Roberto Ampuero

El alemán de Atacama

Cayetano Brulé - 3

ePub r1.0

Titivillus 07.09.15

Título original: *El alemán de Atacama*

Roberto Ampuero, 1996

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ximena Lucrecia e Ignacio Roberto

No más, sino que Dios te guarde, y a mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí más de cuatro sutiles y almidonados. Vale.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

LAS TACAS, DOMINGO 5 DE ABRIL, 11.17 HRS.

Jamás has sentido miedo, honorable diputado Mariano Patiño.

Jamás.

Hasta este preciso y maldito instante.

Instante en que, con un estremecimiento sobrecogedor, te enteras a través del diario dominical que el alemán ha muerto.

El alemán, mascullas sin creerlo, el alemán. Un titular y cinco párrafos a una columna, fechados en San Pedro de Atacama, anuncian su muerte de modo lacónico y elocuente: fue hallado, la tarde del sábado, en su propio dormitorio, con dos tiros en el cuerpo. Alguien huye con un suculento botín en efectivo.

La angustia te arranca un resoplido profundo y doloroso, como si se propusiera despojarte del aliento. Te arrellanas en la poltrona de tu *penthouse* en el balneario de Las Tacas y vuelves a leer la noticia con la esperanza de que te hayas equivocado. No. Has leído correctamente. Ahora no solo sabes que se trata de Willi Balsen, el alemán del oasis, sino que además comprendes que a partir de este instante es tu propia vida la que corre peligro.

Ellos lo liquidaron, no te cabe duda. La sangre se agolpa en tu rostro de facciones aguzadas y te agita el alma. Tendrás que actuar, hacer algo, algo urgente.

Trémulas, sudorosas, tus manos pliegan *El Mercurio* mientras meditas que tendrás que denunciar todo aquello ante la prensa. Aunque signifique arrojar por la borda tu propia carrera. Sí, esta misma tarde volarás en el Cessna para convocar mañana lunes a primera hora a los periodistas. Después de la muerte del alemán, todo pierde sentido, incluso este fin de semana con tu secretaria.

Dejas caer el diario al piso y diriges tus ojos hacia la pequeña ensenada que a esa hora acaricia con sus palmas frías y grises el Pacífico y caminas al bar, te sirves una doble medida de Henessy, que bebes con premura, e ingresas después sigilosamente al cuarto en penumbras —los postigos permanecen cerrados— donde duerme Solange Farías. Te han traicionado, piensas mientras un escozor reconfortante recorre tus entrañas, te han traicionado y ahora, al igual que en la guerra o en la política, el ataque ha de probar que encarna la mejor defensa. Te inclinas y besas con un gesto paternal los párpados de la mujer.

—¿Adónde va? —te pregunta ella somnolienta, el pelo largo y negro desparramado sobre el rostro de nariz aguileña, un muslo terso y apetitoso que asoma por entre las sábanas, su par de nalgas abultando magníficamente las frazadas.

—A nadar —susurras y abandonas las penumbras envuelto en el silencio y sales a la terraza, donde te despreczas y observas tu reflejo difuso en los ventanales. Te ves delgado y fibroso, con algo de podenco. El miedo aún no ha esculpido su impronta en tu rostro de ojos claros, tu nariz recta, de corte casi griego, y tus labios finos, un rostro que, entre las mujeres, constituye tu mejor argumento. Barres lentamente con la mirada los vestigios de una noche de amor: trozos fríos de pizza marinera, dos copas con margaritas a medio vaciar, la falda de algodón, mágicamente transmutada en un aro esponjoso en el reluciente piso de mármol italiano. Y en ese instante, con la fugacidad sorpresiva de un relámpago, acude a tu mente la imagen de Solange, la que, con los senos al aire y las palmas firmemente apoyadas en tu pecho, galopa desenfrenada sobre tus caderas y siembra de agudos gemidos la bóveda de la noche marina. Yaces de espalda, inmóvil, intimidado por la palpitante vitalidad de aquella mujer, incapaz de aplacar su avance arrollador, vislumbrando su boca entreabierta por la que asoma una lengua serpenteante que humedece sus labios carnosos, unos labios que esa noche no dejan de suplicar que aquel toque a degüello no cese jamás.

El graznido escandaloso de una gaviota te devuelve abruptamente a esta maldita mañana de domingo. Solange se esfuma espantada por el miedo. Tendrás que hablar mañana con la prensa. Dispones de escasas horas para determinar lo que manifestarás ante el partido y la opinión pública. No te engañas, sabes muy bien que es ilusorio esperar apoyo de algún colega. Ya incluso puedes imaginar a varios de ellos pronunciando discursos moralistas con tal de apoderarse de tu sillón parlamentario.

Sales del departamento, descienes por las escaleras y cruzas al trote entre las palmas y los edificios de color ocre y teja española del balneario, diciéndote que debes actuar con sensatez. No hay nadie en toda la playa. Estás consciente de que te hallas inmerso en una soledad pasmosa. Alcanzas la orilla, donde murmura pausado el oleaje, aspiras su fragancia de salitre como dispuesto a inhalar todo el aire que infla aquel cielo alto, limpio y translúcido, y arrojas a la arena la toalla que cubre tus hombros. Después te internas temblando en las aguas y tu cuerpo flota acompasadamente a merced de las olas, ajeno por completo a las comisiones parlamentarias, el humo de cigarrillos y las entrevistas impertinentes. Flotar en la inmensidad del Pacífico y saber que Solange Farías se halla muy cerca tuyo es algo que te ayuda, por cierto, a recobrar la calma en forma gradual.

Te dices que Solange podría pasar por tu hija. En rigor, desconoces el motivo por el cual piensas ahora en eso. Impulsado por los celos, lo has pensado tal vez muchas veces, demasiadas veces en este último tiempo. Ella tiene treinta años y un carácter alegre y sensual, que su prolongada estada en Medellín condimentó con toda suerte de ingredientes tropicales. La necesitas. Ahora como nunca. Más de alguna vez has creído que de haberla conocido antes, no habrías trepidado en separarte de Olaya.

Pero a estas alturas de la vida ya no estás para dejarte seducir por arrebatos románticos, ni para creer en el amor, sino solo en la conveniencia de exhibir un hogar bien constituido que consolide tu carrera.

Te vuelves y contemplas la costa. Divisas las terrazas con sus postigos cerrados, el tapiz verde de las docas circundando el restaurante El Chiringuito, la ligera inclinación de las palmeras y, por sobre todos ellos, los cerros áridos de atmósfera prístina, tímido preludio del desierto de Atacama. Se te antoja que ese litoral encierra una fascinante similitud con la costa norte de África.

Conoces el mundo árabe. Parte de la producción de tu empresa conservera tiene como destino ese mercado. Y si bien no resulta sencillo adaptarse a la mentalidad musulmana, los negocios allá prosperan y los pagos, aunque impuntuales, llegan. Tus vínculos con la región comenzaron cinco años atrás, a instancias de tu propia mujer, con un discreto cargamento de limones secos y fruta confitada a Egipto. En casa ha sido Olaya, la hija mayor de libaneses, de grandes ojos negros, cejas finas y piel morena, la persona de las ideas geniales. Ahora —siempre y cuando logres salir con vida de todo esto, piensas con un nuevo estremecimiento— te propones expandir las operaciones hacia el Caribe, particularmente hacia Cuba, la isla que se ha convertido de simple oruga en una bellísima mariposa comercial.

Extiendes los brazos y entornas los ojos escuchando el embate del agua contra tus oídos, y piensas en tu mujer, la que a esa hora, en la capital, y a pesar de ser domingo, estará trabajando presumiblemente en el instituto de investigaciones políticas que dirige.

Olaya sueña con convertirse algún día en diputada. Titulada en La Sorbonne y doctorada en Washington, exhibe una trayectoria que es la envidia de sus colegas. El presidente acaba de proponerle que asuma una embajada en Europa oriental, pero ella la rechazó aduciendo que le interesa permanecer en Chile junto a sus dos hijos universitarios y a su marido.

—¿Estás loco? —exclamó ella al comentarte la oferta—. Sé muy bien quiénes sueñan con que me sumerja en la monotonía y el atraso de los antiguos países comunistas. ¡A mí nada se me escapa!

Y tiene razón. En sus ojos, esos ojos bellos y escrutadores que parecen devorar ansiosamente todo cuanto ven detrás de sus Gianni Versace, lees a diario que está al tanto de tu infidelidad y de que la tolera solo por su afán desmedido de llegar a ser elegida diputada de la República. Ella sabe que es preferible permanecer en el país cultivando una imagen diáfana, distante del tráfico de influencias propio de la política tradicional, ajena a una eventual separación, tan celosamente criticada por la Iglesia católica. Y tú sabes que Olaya logrará su objetivo. Cuenta con la ambición, la capacidad y los recursos necesarios para ello.

Das un par de brazadas y reconoces que como parlamentario te superaría. Tú eres un hombre marcado a fuego por representar a una zona a la que no perteneces. Eres oriundo de Santiago y del norte solo dominas lo que aprendiste en el liceo, las giras

distritales y los acuciosos informes de Solange, y no obstante representas en la Cámara baja a la región minera. Solo ocupas ese sillón, lo sabes bien, gracias a que en los últimos comicios internos del partido te valiste de componendas, patrañas y enjuagues para derrotar al candidato nortino.

El frío te obliga ahora a nadar de regreso. Emerges entumecido del agua y te envuelve el tímido sol invernal, corres sobre la arena, recoges apresurado la toalla y comienzas a frotarte con avidez, como si la vehemencia de tus movimientos fuese capaz, por sí misma, de ratificar tu decisión.

—Los joderé —dices mientras te castañetean los dientes—. Mañana mismo, a primera hora, denunciaré todo.

No lograste hacerlo.

Tu Cessna 180, el mismo que acababas de adquirir a un millonario colombiano afincado en Boca Ratón, Florida, no alcanzó jamás su destino. Se precipitó a tierra una hora después de que despegara del aeródromo de Las Tacas.

Te enterraron dos días más tarde en la capital. Con los honores propios de un diputado de la República.

VALPARAÍSO, MIÉRCOLES 6 DE MAYO, 11.35 HRS.

¡Y ahora Castro está vendiendo las propiedades gringas a los gallegos! ¡Harto esperaron para vengarse de la derrota del 98! —comentó Cayetano Brulé colocando el periódico sobre la ruma de documentos que se alzaba en el escritorio de su pequeño despacho y luego se atusó los extremos de sus bigotes a lo Pancho Villa.

—Parece que los cubanos, en lugar de Big Macs, Coca-Cola y Disney World, van a terminar en una plaza de toros comiendo churros, butifarras y callos a la madrileña, jefazo —repuso Suzuki.

—¡Y eso es en el mejor de los casos, mi hermano, que de seguir las cosas como van, nos quedaremos con la arena y sin ni siquiera terneros! No, no, Castro no tiene perdón, caballeros. Convirtió a mi isla en un túnel del tiempo y ahora estamos en plena reconquista. Reconquista. ¿Qué me dices, Suzukito?

El auxiliar del detective dejó de recortar los periódicos que recolectaba por las tardes en las peluquerías del puerto y esbozó una amplia sonrisa reprobatoria de dientes pequeños y parejos. Sus ojos, unos ojillos asiáticos, se redujeron a dos rayitas horizontales.

—¿Y qué más quiere que diga, si la política no es mi fuerte? —preguntó sonriendo.

—Pues, cualquier cosa, mi hermano, porque lo importante es que opines. ¿O también vas a adoptar la popular costumbre nacional de callar para no enemistarse con nadie?

—Para serle franco, jefazo, estaba pensando en algo más o menos turbador.

—Te escucho.

Suzuki abandonó el escritorio que compartía con su jefe y se paseó, serio, como león enjaulado por la oficina. Esta ocupaba un ángulo en el entretecho de un antiguo edificio céntrico de Valparaíso, el Turri. A través de la ventana sin cortinas podía contemplar los amenazantes nubarrones oscuros que arreaba el viento sur sobre el Pacífico. El mar refulgía como una taza de plomo. Supo que se avecinaba la primera tormenta del año. Preguntó compungido:

—¿No será que usted se está preparando para retornar definitivamente a Cuba, jefazo, ahora que eso tiende a normalizarse? A lo mejor, de pronto nos abandona de

un día para otro. Piense no solo en mí, sino también en doña Margarita de las Flores. ¿Se la va a llevar para La Habana?

Cayetano acomodó en silencio sus anteojos de gruesas dioptrías sobre el caballete de su nariz, se acarició por unos instantes la calvita y luego, con aire filosófico, dijo:

—Para serte franco, Suzukito, es probable que algún día vuelva al caimancito verde. La patria es la patria, mi hermanito, y a veces, sobre todo en los días de frío y cuando me cuesta entrarle al alma chilena, coño, que la extraño.

—¿Y ahora me va a confesar que mi salario de hambre durante años en su agencia de investigación se debe a que usted se lo ha pasado ahorrando para comprar casa en el Caribe?

—Tampoco me malinterpretes —aclaró el detective y se puso de pie para cortar el fuego de la cafeterita de aluminio que hervía sobre la cocinilla instalada a sus espaldas, junto a la ventana—. No es la perspectiva de comprar casa en La Habana la que me excita, sino la remota posibilidad de recuperar la del viejo.

—¿Tenían casa propia sus viejos? —los ojos de Suzuki se agrandaron.

—En Luyanó. Era pequeña, mi hermano, con un portal que el sol visitaba por las mañanas. Allí solían sentarse mis padres, que Dios ha de tener en su santa gloria, a esperar las caricias del fresco.

—¿Se está metiendo a poeta ahora? Tenga mucho cuidado —advirtió Suzuki fingiendo seriedad—, que en este país hay mucho poeta y guitarrista.

—Lo que abunda no daña, ¡coño! —retiró abruptamente el dedo de la tapa de la cafeterita humeante. Se había vuelto a quemar. Se quemaba a diario.

—Pero en lo que se refiere al calor —se chupó la punta del dedo—, tú no tienes idea, mi hermano, lo que vale un portalito en la canícula tropical. Es puro mamey.

Llenó dos tacitas con un café prieto y extremadamente dulce, a la usanza cubana, y las colocó sobre el escritorio. Volvieron a sentarse.

—Veo que con el comunismo a los cubanos les sucede lo mismo que a los chilenos con los terremotos, jefazo. Allá todos tenían mansión y fincas hasta que llegó Castro y se las expropió; aquí todos tenían finísima vajilla europea hasta que se las hizo añicos el último terremoto.

—O fundos que se los expropió la reforma agraria de Allende.

Sorbió con deleite aquel café. Nacido en La Habana medio siglo atrás, había arribado al puerto hacía más de veinte años, en medio de la efervescencia causada por el gobierno de Salvador Allende, siguiendo a una chilena aristócrata y socialista de la que se había enamorado en Florida. Ahora era un hombre algo excedido de peso, que postulaba a la calvicie, usaba gruesos anteojos de marco negro y un tupido bigotazo negro también. De su mujer de entonces no le quedaba nada más que un recuerdo ingrato y el eco de una voz aguardentosa de tono perentorio.

—Mira lo que te voy a decir —anunció irguiendo un índice, pero guardó silencio al constatar que en ese preciso instante alguien se asomaba en el umbral de la puerta.

Se trataba de una pelirroja alta, de melenita cortada a lo puercoespín y ojos

azules, envuelta en un impermeable gris que, si bien holgado y largo, no disimulaba sus formas generosas. Daba la impresión de estar un tanto desconcertada por aquella minúscula agencia extraviada en el húmedo y frío entretecho del edificio Turri.

—¿El detective Cayetano Brulé?

VALPARAÍSO, MIÉRCOLES 6 DE MAYO, 11.45 HRS.

—Cayetano Brulé soy yo, para servirle, señorita. Adelante —repuso engolando la voz y se aproximó a la mujer para estrecharle la mano, una mano grande, larga y fría—. Asiento, por favor. El señor es Bernardo Suzuki, mi asistente.

—Encantada —repuso con una sonrisa a flor de labios mientras se preguntaba si no era chino aquel hombre pequeño y afable, que ahora apartaba los recortes de diarios del escritorio con el fin de hacerle espacio y le brindaba su silla—. Me llamo Cornelia Kratz.

Se sentó y cruzó las piernas, unas piernas gruesas y de color impreciso por efecto de las medias oscuras que llevaba, unas piernas que surgieron bajo la falda, por entre los pliegues del impermeable. De su hombro colgaban un bolsón de cuero y una cámara, y sus pies se hallaban enfundados en unos bototos de gruesas suelas de goma. Aunque no era una mujer bella y su piel lucía algo reseca y ajada, su estatura, su melenita encendida y sus ojos azules incrustados en medio de un rostro libre de maquillaje le conferían un atractivo peculiar, como de académica europea perteneciente a la generación del 68.

La voz de Cayetano rompió el silencio profundo que comenzaba a instalarse en la oficina.

—¿Un café?

—No es mala idea.

El detective la escrutó de arriba abajo mientras Suzuki le alcanzaba una tacita junto con el azucarero. Después abandonó discretamente la oficina, dejándolos a solas, nuevamente sumidos en el silencio, sentados frente a frente, él acodado sobre el caos de su escritorio, ella revolviendo el café mientras inspeccionaba la salita.

Vio un antiguo ropero convertido en archivador, del cual estaban a punto de desplomarse expedientes, una gabardina beige colgaba detrás de la puerta, una ampolleta pendiendo desnuda del cielo raso y, detrás del bigotudo, un diploma de detective que años atrás le había conferido a Cayetano un instituto de Miami de estudios por correspondencia. Sobre el escritorio, una antigua Olivetti oxidada y un teléfono negro de disco descollaban como punta de un iceberg por sobre el mar de papeles.

—Usted dirá —dijo Cayetano cuando estimó que ella finalizaba su periplo visual—. Soy todo oídos.

—Y yo alemana, corresponsal en Buenos Aires del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, el principal diario de mi país —anunció dándose aires de cierta importancia en un español que al detective le resultó perfecto—. Y vengo a solicitar sus servicios profesionales.

—Veamos ante todo de qué se trata. —Escogió un tono parsimonioso, fingiendo escaso interés, aunque desde hacía semanas nadie acudía a solicitar sus servicios—. Cuénteme y veré si mi tiempo me permite hacerme cargo de ello.

—Ojalá pueda.

Él se reclinó en su sillón acariciando tanto las puntas de su bigote como la idea de cobrar suculentos honorarios a un periódico de fama mundial.

—Reconfórtese primero con el café y luego explíqueme.

Ella lo saboreó y repuso con mirada aprobadora:

—Sabe excelente, como en Italia —volvió a equilibrar la tacita sobre el platillo y agregó con el ceño fruncido—: Bueno, don Cayetano, he venido hasta acá por un técnico alemán de apellido Balsen, Willi Balsen.

—¿El que asesinaron hace cosa de un mes en el oasis de San Pedro de Atacama?

—Efectivamente —repuso ella sorprendida y depositó la tacita con un leve temblor de manos sobre el escritorio—. ¿Es que usted ha oído hablar de él?

Cayetano hurgó en sus bolsillos hasta encontrar la cajetilla de Lucky Strike y encendió un cigarrillo con un gesto voluptuoso. Se sentía satisfecho, había impresionado de buena forma a aquella mujer que andaría por los cuarenta, aunque en su rostro aún afloraran ciertos rasgos despreocupados y enérgicos, más bien propios de la curiosidad juvenil. La había sorprendido. Claro, era improbable que la prensa alemana otorgara demasiada importancia al asesinato de un inmigrante chileno, pero en Chile, donde las noticias giran en torno a accidentes carreteros, asaltos a viviendas, rencillas entre políticos, romances de actores de telenovelas y los resultados del fútbol, aquello constituía un jugoso material que los editores se encargaban de explotar a fondo durante semanas.

—Si no me equivoco —continuó haciendo alarde de su memoria—, Balsen dirigía un proyecto de ayuda técnica para el oasis, y fue asesinado brutalmente en su casa. Le descerrajaron dos tiros usando una almohada de silenciador, le robaron un par de millones de pesos y hasta ahora no han detenido a nadie.

—Y no lo van a hacer nunca, porque la policía alimenta la hipótesis de que se trata de un simple asalto —completó ella, volviendo a sorber el café—. Pero detrás de esto se esconde otra cosa. No creo que se trate de un simple crimen.

—¿Por qué no? —sus cejas se arquearon sorprendidas.

—Porque Willi me llamó a Buenos Aires poco antes de morir con el fin de contarme que había descubierto algo interesante para un periodista, que debíamos reunirnos con urgencia. Por eso vine rápidamente a Chile.

—¿Y?

—Me enteré de su muerte cuando me aprestaba a tomar el avión a San Pedro.

—¿Cuándo la llamó?

—Diez días antes de morir.

Lanzó un pequeño gruñido antes de volver a preguntar:

—¿Se lo contó a la policía?

Ella paseó la palma de la mano por su melenita y luego se miró la punta de los zapatones. Las uñas de sus manos estaban pintadas de rojo oscuro, como el color de la sangre cuando se coagula. Repuso con tono sepulcral:

—No me hicieron caso.

Podía imaginar perfectamente que con aquel aspecto era difícil que la tomaran en serio. Más que periodista de un diario influyente, parecía integrar uno de aquellos grupos de hard rock que él veía de vez en cuando, en un vano intento por compartir las preferencias musicales de los jóvenes, en el ranking semanal de MTV. Seguro la habrían tomado por una europea deschavetada con complejo de policía. Y de esas sobran. No, el crimen de San Pedro era, al parecer, el resultado normal de un asalto a mano armada con resistencia por parte del dueño de casa. En otras palabras, la falta de cooperación del alemán había desencadenado la mortal reacción de los asaltantes. Eso afirmaban al menos los diarios. Lo recordaba con precisión.

—¿Y cómo conoció usted a Balsen?

Ella parecía adentrarse ahora, tras la pregunta, en un terreno que le acomodaba y asió la taza y sorbió pensativa. Afuera, el norte soplaba fuerte, estrellando los goterones contra los vidrios, haciendo cimbrar la techumbre del Turri. No tardaría en cobrar su acostumbrada cuota de naufragios y casas sin techo.

—En realidad, no lo conocía mucho. La primera vez platicamos en una recepción de la embajada alemana en Santiago. Yo reporteaba la visita del ministro alemán de Cooperación Internacional. Fue hace tres años, en mayo de 1991. Willi había arribado a Chile días antes para ayudar a unas comunidades atacameñas a combatir la escasez de agua.

Imaginó por unos instantes los ambientes de las recepciones diplomáticas, los perfumes de mujeres bien alhajadas, el tintineo de las copas de cristal y el murmullo de las conversaciones de caballeros influyentes, y luego a Balsen caminando bajo el sol abrasador del desierto. Estaba en eso cuando una de las ventanas del despacho cedió ante la presión del viento, abriéndose de par en par. Una ducha de agua fría se descargó a sus espaldas sobre la cafeterita y el piso de madera, mientras varias hojas sueltas comenzaron a revolotear por el despacho. Cayetano se puso de pie con premura y se dirigió a la ventana.

—Despreocúpese de esos papeles, que carecen de importancia —dijo tratando de cerrar con el cigarrillo entre sus labios—. ¿Y cuándo vio a Balsen por última vez?

No le resultaba fácil la operación. Soltó un par de imprecaciones en contra del ventarrón y el agua mientras se imaginaba, picado, que la periodista disfrutaba

cómodamente desde su silla la desigual lucha que él libraba contra los elementos, pero luego la escuchó recoger papeles del suelo y colocarlos sobre el escritorio. Cayetano ignoraba que el agua de mayo fuese tan fría. Logró finalmente cerrar la ventana y se volvió victorioso. Parte de su chaqueta y camisa estaban ahora empapadas y sus gruesos cristales cubiertos por minúsculas gotitas de agua.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó extrayendo un pañuelo del pantalón para frotarse las manos.

—Hace medio año, cuando vine a escribir sobre las relaciones cívico-militares. Lo encontré en una cena ofrecida por nuestro agregado de prensa.

Cayetano aplastó varias veces el cigarrillo mojado contra la gran concha de loco que hacía de cenicero y se despojó de sus lentes. Sus ojos se empequeñecieron, confiriéndole a su rostro mofletudo un aire de niño desamparado. Secó a ciegas los cristales con el pañuelo y volvió a calzárselos.

—Veo que era capaz de recorrer miles de kilómetros con tal de asistir a una recepción diplomática —sentenció ya más cómodo, como restando importancia a lo sucedido y guardó el pañuelo en el pantalón. Pero sintió de inmediato su efecto húmedo y frío en la pierna—. ¿Entonces no le contó nada que permitiera suponer que tenía algo delicado entre manos?

—Nada. Solo habló con entusiasmo de su trabajo. Al parecer las cosas marchaban en su proyecto de ayuda a los campesinos pobres. Es complicado cuando se dona dinero a los pobres. Eso nunca prospera. La gente solo cuida lo que es propio y le ha costado. Pero en realidad aquella noche hablamos más de la ola de xenofobia en Alemania. ¿No le parece terrible que el racismo sea tan fuerte precisamente en mi país, con la historia que tenemos?

Prefirió guardarse su opinión esta vez, porque era un convencido de que si las personas aprenden solo en escasa medida de los errores que cometen durante su existencia, menos aprenden los países. Rusia sería siempre un centro de revoluciones estériles; China, un taller de peligrosas e incansables hormigas; Gran Bretaña, un ex imperio en eterna decadencia y Cuba, después de todo, un lugar para vacilar y jaranear a ritmo de conga bajo un sol espléndido.

—Me llama la atención —dijo cambiando de tema— que sea usted, y no un familiar de Balsen, quien desee encargarme esta tarea.

—Era hijo único de madre viuda. —Estuvo tentado de decirle que bajo esas circunstancias en Chile, Balsen no habría sido llamado a cumplir con el servicio militar, pero no la interrumpió—. La pobre sufre de Alzheimer, y en la embajada dicen que ni siquiera se ha percatado de que su hijo está muerto. Vive sola, usted ignora lo que es la soledad de los viejos en Alemania.

—No solo de los viejos —apuntó el detective sin olvidar los años que había vivido en las inmediaciones de Fráncfort como voluntario de las fuerzas armadas norteamericanas, en las que había servido en calidad de cubano nacionalizado. Habían sido años duros, fríos, solitarios, angustiosos en un mundo tan limpio e

impersonal como una farmacia.

—Es cierto —reconoció ella—. Pero los viejos son los que más sufren. Aquí se encargan de ellos, al menos sus hijos, los nietos o los vecinos. Allá los internan en casas de reposo, que se convierten en verdaderos cementerios de vivos. Nadie los va a ver.

—No idealice. Ya quisieran los pobres viejos nuestros habitar aquellos asilos.

—Puede ser.

Como no estaba dispuesto a dejarse conducir por derroteros ajenos a los de un encargo que podría resultar apetitoso, repuso con frialdad:

—Pero usted ha de tener excelentes razones para financiar una investigación de una persona que apenas era amiga suya.

—Se debe sencillamente a que creo que la policía no logrará nada. Es inefectiva y corrupta en toda América Latina.

—Por lo menos aquí, y no me corresponde defender a terceros, Carabineros e Investigaciones son cuerpos altamente profesionales. Pero dígame, ¿no será que lo hace por conveniencia propia?

—¿Qué quiere decir?

La miró con una sonrisa sardónica y respondió en voz baja:

—Me imagino que un relato sobre el esclarecimiento del asesinato de un alemán en Atacama debe ser atractivo y rentable para la prensa de su país.

Le dedicó una mirada hosca y repuso con frialdad:

—Interprételo como quiera, pero dígame si acepta o no el caso.

—Primero cuénteme para quién trabajaba Balsen.

—Para SOSDritte Welt.

—¿SOS cuánto?

—SOSDritte Welt —repitió ella con desparpajo, como si pronunciar aquellas palabras fuese lo más simple del mundo—. Dritte Welt significa tercer mundo en alemán. Es una pequeña organización privada de ayuda a los países pobres, que financia la construcción de pozos y acequias en San Pedro.

El viento soltó un chiflido de inspector de trenes a la vez que la lluvia arreciaba contra las ventanas. Miraron a la bahía. Los barcos zarpaban hacia alta mar, tratando de ponerse a salvo, mientras las lanchas se columpiaban frente al espigón. Un día ideal para zamparse unas sopaipillas pasadas y una caña de ron, pensó Cayetano.

—Bueno, ¿le interesa el caso?

Se repatingó irresoluto en el sillón. No lo entusiasmaba la idea de desplazarse al desierto. Él venía de una región verde y húmeda, de árboles frondosos y aguaceros tibios, de música caliente y sandungueras mulatas de cintura loca, y nada lo unía al paisaje árido y agreste de Atacama. Además, emprender una investigación paralela a la oficial siempre implicaba dificultades imprevistas, ya que se herían susceptibilidades, y procurarse la enemistad de Carabineros o Investigaciones no figuraba precisamente entre sus preferencias.

—Yo lo contacto ahora mismo con la embajada para que le proporcionen los datos —agregó Cornelia. Sus ojos brillaron expectantes—. Además, le ofrezco honorarios de sabueso alemán y, escuche, una sabrosa participación en los honorarios que yo perciba por publicar el secreto que Willi Balsen arrastró a su tumba. ¿Qué me dice?

SANTIAGO, JUEVES 7 DE MAYO, 09.30 HRS.

La Embajada de Alemania en Santiago ocupa dos pisos de un antiguo edificio ubicado frente al Teatro Municipal, desde donde sus funcionarios y empleados parecen condenados a soportar la contaminación y el enervante estrépito de la capital chilena.

Nada de su fachada, como no sea la bandera tricolor que se enreda en el mástil y un deslavado escudo alemán, sugiere que allí radica la delegación de la mayor potencia económica europea en uno de los países latinoamericanos que más le interesa.

Cayetano bajó del ascensor con la gabardina destilando y desembocó en una amplia sala de espera de ventanas y puertas protegidas por rejas.

—Mi nombre es Brulé y tengo una cita con el señor Kahlau —dijo al recepcionista que leía el diario parapetado detrás de gruesos cristales de seguridad.

El hombre, un chileno de pelo negro y ojos oscuros vestido de terno, le dedicó una breve mirada escudriñadora mientras marcaba un número en la planta telefónica y anunciaba su presencia. Al detective le pareció que aquel hombre había adoptado a lo largo de los años el estilo severo y circunspecto de sus empleadores europeos. Luego escuchó que le pedían el carnet de identidad, cosa que entregó a cambio de un salvoconducto de plástico.

—Préndaselo en la solapa y no se lo saque por nada del mundo —le ordenó el recepcionista—. Sírvase ahora pasar a la sala de espera.

Antes de obedecer, Cayetano consultó su Poljot, el reloj ruso que había comprado en una tienda de La Habana Vieja, años atrás. Eran las nueve y treinta en punto. La hora había sido convenida el día anterior con el consejero político a través de Cornelia Kratz. De las paredes de la sala colgaban varios de los afiches que distribuye la Oficina de Prensa del gobierno de Bonn. Fijó su mirada en ellos: Lindau resplandeciendo frente a un lago Constanza centelleante, el puerto de Hamburgo atestado de naves, la catedral de Colonia apuntando al cielo, las ruinas iluminadas de la Gedächtniskirche de Berlín. Le impresionaban las fotos que mostraban ciudades europeas bajo un cielo despejado. ¿Cuándo se extendían aquellos cielos de azul intenso sobre Bonn, Munich o Karlsruhe, si por experiencia propia sabía que sus

habitantes vivían gran parte del año bajo una nube gris? ¿Es que los fotógrafos aguardaban durante meses la aparición del sol para lograr las fotografías que exigía la oficina de prensa? ¿Por qué esas ciudades, con sus alcaldes de barbita de chivo y anteojos de montura dorada, evitaban presentarse tal como lo que son: maravillas de la arquitectura envueltas en una bruma perenne?

Una mujer de cabello corto y canoso se detuvo ante él, lo saludó e instó a ingresar a una pequeña celda de cristal, donde un agente de seguridad lo registró electrónicamente. Después del trámite, siguió a la mujer a lo largo de escalas y pasillos vacíos, hasta que se detuvo delante de una puerta. Arriba parpadeaba un tubo de neón. Ella lo invitó a pasar y se alejó.

Adentro encontró a un hombre de tez clara, algo olvidada por el sol, de ojos verdes y pelo oscuro, que le conferían cierto aire latinoamericano. En sus ojos se transparentaba la mirada del burócrata aburrido, aunque bien pagado, consciente de que le indemnizan adecuadamente el empleo de su tiempo. De pie, enfundado en un impecable terno gris y luciendo una corbata de seda verde, escrutó los contundentes bigotes, la camisa lila y la corbata de guanaquitos del visitante.

—Bienvenido, señor Brulé —dijo estrujándole la mano con una sonrisa cortés. Colgó la gabardina del detective en un ropero y agregó—: Soy Ralph Kahlau, consejero político de la embajada. Por favor, acomódese.

Tomaron asiento alrededor de una mesa circular, sobre la que descansaban dos tazas, un termo, una cajita con pastillas de sacarina y dos servilletas de papel.

—¿Le apetece un café?

—Está bien.

Sirvió mientras Cayetano observaba la oficina. Además de la mesa y del ropero, contaba con un escritorio, una computadora, un par de sillas y los infaltables afiches de paisajes alemanes. En aquel espacio reinaban el orden y la limpieza propios de un pabellón de operaciones. Eran realmente gentes serias, puntuales y responsables estos alemanes, admitió Cayetano recordando los días que había vivido en Fráncfort como miembro de las tropas norteamericanas estacionadas en Alemania. Barrían sagradamente el frente de su propiedad, pagaban, aunque a regañadientes, sus impuestos y colgaban para el cartero un número visible en la puerta de casa. Lo único difícil era hacerse amigo de ellos.

—Así que usted es el detective privado que investiga el asesinato de Balsen por encargo del diario de la señora Kratz —dijo Kahlau en castellano impecable. Revolvía con parsimonia su taza—. Al parecer desconfían de la eficiencia policial pública.

—Solo estimamos que dos cabezas piensan mejor que una.

—Bien, bien, me alegro por usted —dijo Kahlau con una sonrisa insegura. Cuando no acariciaba los bordes del platillo, se frotaba las manos o consultaba su reloj—. En fin, señor Brulé, ¿en qué podemos ayudarle? Hemos entregado toda la información de que disponíamos sobre el señor Balsen a la policía chilena, como

corresponde.

Cayetano se despojó del salvoconducto y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego endulzó el café con sacarina y lo probó. Era un menjunje aguado, pero al menos estaba caliente. Extrajo con aire doctoral un lápiz Bic y una libretita de su chaqueta y dijo:

—Me interesan aspectos de la vida de Balsen y creo que usted puede ayudarme, ya que el difunto visitaba regularmente la embajada.

—Bueno, él solía participar cada mes en nuestras actividades sociales, usted entiende —repuso el diplomático en tono de disculpa—. Era un tipo reservado, no vaya a creer que compartía mucho. Yo diría que venía por mantener los lazos con la patria. Pero deseo recordarle que la organización de Balsen, el SOS, es de carácter privado, por lo que carece de vínculos institucionales con nosotros.

Cayetano se ordenó los bigotazos con mirada pensativa y dijo:

—Le agradecería me facilite todo lo que pueda serme de utilidad.

Kahlau arrancó un crujido a la coyuntura de sus dedos y se dirigió a su escritorio, donde comenzó a hurgar en una gaveta. El bruñido de sus mocasines negros, de lazo y suela delgada, era tan intenso que parecían recién comprados. Volvió con una carpeta verde, de regular grosor, que colocó sobre la mesa.

—Ahí tiene —anunció y, tras soltar un suspiro agregó—: Le preparé un dossier completo con datos del señor Balsen y del proyecto.

Hojeó la carpeta sin emitir comentarios. Contenía información sobre el proyecto y sus alcances, que debería estudiar en casa, así como fotos de pozos y canales y recortes de prensa. También halló fotos y documentación sobre el técnico. En todas aparecía sonriente, rodeado de campesinos de rasgos indígenas. Destacaba por su rubia cabellera rematada en cola de caballo, su estatura espigada y el rostro de rasgos atractivos, que Cornelia había celebrado el día anterior.

—¿Acostumbraban llevar un registro tan acabado de todos los alemanes que viven en Chile?

—De ninguna manera. Lo que sucede es que Balsen dirigía un proyecto de ayuda al desarrollo y de vez en cuando nos pedía asesoría informal. En fin, como ve, el proyecto tiene un objetivo noble. Aspira a dotar de más agua a los oasis de Atacama para beneficiar los cultivos. Se inició hace tres años, bajo la dirección del señor Balsen, precisamente.

—¿Sabe usted cómo llegó Balsen a Chile?

—Eso era algo conocido —repuso Kahlau jalando de los puños de su camisa. Emergieron sus yugos dorados—. SOS le encargó el proyecto porque era hidrógrafo y contaba con experiencia en pozos.

—Era un experto —dijo el detective en el momento en que la lluvia golpeaba las ventanas de la oficina.

—Más que eso. Fíjese que vivía en una casita del oasis al igual que los lugareños, trabajaba codo a codo con ellos y hablaba el castellano a la perfección. Imposible

algo mejor para una organización pequeña y modesta como la SOS.

Cayetano asintió cabizbajo y extrajo la cajetilla de Lucky Strike del vestón. En el rostro de Kahlau afloró un gesto de inquietud.

—Le agradeceré que no fume aquí.

—No se preocupe, me basta con tocar la cajetilla para aplacar mis ansias de fumar. Pero continúe.

Kahlau esperó a que Cayetano guardara la cajetilla y dijo condescendiente:

—Bueno, pues quería decirle eso, que Balsen era un cooperante para el desarrollo como los que necesitamos, no solo experto en su materia, sino que además entregado en alma y cuerpo a quienes ayudaba. No crea que es fácil dejar la comodidad de Berlín para vivir en el desierto.

Cayetano hojeó la carpeta una vez más y se detuvo en una breve biografía de Balsen.

—Aquí hay algo interesante —comentó sin levantar la vista, atento a los datos—. Balsen nació en la Alemania comunista y trabajó para el gobierno alemán oriental en varios países africanos a comienzos de los años ochenta.

—Trabajó en las brigadas internacionales de la FDJ, la organización juvenil comunista de la desaparecida República Democrática Alemana —afirmó Kahlau sereno, constatando el hecho—, pero yo le restaría importancia a aquello. Era una de las escasísimas formas que tenían los alemanes orientales de salir al extranjero, apoyando obras técnicas que favorecían a gobiernos cercanos en el África.

—Libia, Egipto, Angola —leyó Cayetano—. ¿Y SOSTercer Mundo es una organización comunista?

Kahlau reprimió sin éxito una sonrisa y luego se cruzó de brazos.

—SOS es una organización privada, creada en los años setenta en Berlín occidental —precisó—. Se dedica más bien a la ayuda humanitaria. Publica folletos, denuncia abusos en contra de minorías étnicas o desata campañas en contra de proyectos que afectan el medio ambiente.

—Y financian proyectos propios.

—En efecto, pequeños proyectos propios —corrigió Kahlau.

—Balsen se integró a ella en diciembre de 1989.

—Inmediatamente después de la caída del Muro. Como millones de alemanes orientales que dejaron sus organizaciones y se incorporaron a agrupaciones occidentales. Es completamente legítimo.

Cayetano cerró la carpeta y guardó silencio. Le resultaba extraño aquel paso de Balsen. Mal que mal había sido probablemente funcionario de confianza de la organización juvenil comunista, por eso lo habían enviado a África. Pese a ello, no había tardado en desafiliarse de aquella institución para ingresar a otra, de signo opuesto.

—Sé lo que está pensando —afirmó Kahlau con cierta cordialidad paternal. Aún mantenía los brazos cruzados—, pero la deserción masiva de las organizaciones

comunistas fue la tónica después de la caída del Muro. Piense que a los germano-orientales no les quedaba otra alternativa bajo el Estado comunista. Solo podían afiliarse a sus organizaciones. Era la única forma de integrarse a la sociedad, de vivir tranquilos y de ascender. Yo habría hecho lo mismo. ¿Usted no?

Sus ojos sabían mirar y calar profundamente en sus interlocutores. Cayetano bajó la vista como para cerciorarse de que aún tenía la carpeta a mano. Balsen había muerto a los cuarenta años. Había vivido treinta y cuatro años bajo el régimen comunista. ¿Cómo lograba un hombre cambiar a esa edad de ideología sin sufrir la depresión motivada por la inconsecuencia? En fin, pensó, la historia no la hacían los pueblos, sino los conversos. Vacío su taza de café, volvió a hojear la carpeta y preguntó:

—Cuando Balsen venía a las reuniones de la embajada, ¿dónde se alojaba?

Kahlau se ajustó con un movimiento rápido el nudo de la corbata y ladeó la cabeza como si de ese modo pudiera refrescar la memoria.

—Creo que en una pensión del barrio Bellavista —repuso lanzando una mirada fugaz a su reloj.

—¿Quién podrá decírmelo con certeza?

—Mi secretaria ha de saberlo —afirmó impaciente Kahlau y se puso de pie muy serio—. Le ruego que hable con ella a la salida. Ha sido un placer servirle y ya sabe, estoy aquí para ayudarle, señor Brulé. ¡*Auf Wiedersehen!*

SANTIAGO, JUEVES 7 DE MAYO, 15.20 HRS.

Gracias a las señas entregadas por la secretaria de la embajada, poco le costó dar con la pensión. Quedaba efectivamente en un sector del barrio Bellavista, en línea diagonal a El Otro Sitio, un restaurante especializado en comida peruana. Ocupaba una vetusta y anónima casona gris de dos pisos, que a comienzos de siglo había tenido seguramente un mejor pasar. Lloviznaba cuando Cayetano Brulé golpeó a la mampara de vidrios brumosos.

Doña Macarena Rosas, la dueña del establecimiento, una anciana asustadiza de bozo tupido y estrábica, se había enterado de la muerte de Willi Balsen a través de la prensa y calculaba que en cualquier momento sería interrogada por la policía. Confundió, por lo tanto, a Cayetano con un detective de Investigaciones y lo invitó a pasar sin oponer objeciones. Era de aquellas personas que gustan mantener una buena relación con la autoridad y hacer ostentación de ello ante los demás.

—Esta era su pieza predilecta —dijo la mujer abriendo la primera puerta del largo y oscuro corredor que atravesaba como un túnel la casa. Luego se acomodó la mantilla negra que llevaba sobre sus hombros filudos—. Le agradaba porque daba a la calle y podía ver los árboles. Decía que viniendo del desierto no le hacía mal de vez en cuando escuchar el estrépito de la ciudad.

Cayetano encendió la luz y echó una mirada rauda y atenta por la pieza. Los ojos escrutadores de la anciana, que ahora rumiaba como ausente, seguían cada uno de sus movimientos y gestos desde detrás de los cristales.

Se trataba de un cuarto amplio, amoblado con dos camas de una plaza, separadas por un velador de roble americano sobre el que se erguía una lamparita con pantalla de género. Un ropero antiguo de tres cuerpos y un escritorio con dos sillas completaban el mobiliario de aquella habitación espartana. A través de los visillos se filtraba una claridad tenue desde la calle.

—Parecía tranquilo —aseveró doña Macarena alzando las cejas—, aunque cuando lo vi con esa colita de caballo pensé que era amanerado y mariguanero. Después me dije que era una buena persona, pero nunca me imaginé que iba a terminar de esa forma.

Miraba a Cayetano como si estuviese decepcionada de que uno de sus huéspedes

hubiese muerto bajo circunstancias confusas.

—Me imagino que Balsen recibía de vez en cuando visitas.

—Eso lo ignoro —afirmó ella en tono definitivo, sin dejar de rumiar—. Le voy a contar que a mí me basta con que las personas sean serias y de buenas costumbres. Aquí, junto a los pasajeros ocasionales, hay gente que vive desde hace años y puede confirmarle la honorabilidad de la casa.

—Tranquila, abuelita, tranquila —dijo el detective sonriendo para sus adentros. Al parecer le angustiaba que pudiesen confundir su pensión con una casa de citas, función que presumiblemente también cumplía, aunque ella lo ignorara o fingiera hacerlo—. Nadie es responsable por los actos de los demás.

Cruzó la habitación y se acercó a la ventana, corrió los visillos y miró hacia la calle bordeada de árboles desnudos. En el cielo las nubes negras se fundían con el esmog. Abajo, dos hombres de impermeable descargaban carne de vacuno desde un camión frigorífico de la Darc.

—Abuela, ¿tiene teléfono?

—Sí, en el comedor —repuso ella satisfecha de que aquel policía no hubiese hallado nada extraño en el cuarto que solía alquilar Willi Balsen—. Vale cien pesos la llamada de tres minutos.

—Y me imagino que, al igual que en todas las pensiones, usted tiene un sistema para controlar las llamadas que hacen sus huéspedes.

—Así es —repuso cortante y se sacudió la mantilla—. Todos pagan o de lo contrario me arruinan. Si quiere sígame y prepare las monedas, que aquí no se fían llamados.

Cruzaron el pasillo encerado e ingresaron a un comedor amplio, de cielo alto, donde había un aparador, una mesa larga con mantel cuadriculado y una docena de sillas. Olía a fritura y humedad. Sobre la mesa se erguía un gran jarro negro de greda, que llamó la atención del detective.

—¿Y eso, abuelita?

—Un regalo de don Willi —dijo la mujer y en su rostro se dibujó una sonrisa dulce, ajena a su aspecto severo—. Es de Atacama, me lo regaló para mi último cumpleaños. ¡Tan gentil el pobre!

Cayetano se acercó al jarro y lo observó con atención. Parecía antiguo y seguramente había sido fabricado por indígenas. Pasó la yema de sus dedos por sobre su superficie y la sintió lisa y fría. Guardó sus manos en los bolsillos de la gabardina.

—¿Estos los traía él del norte?

—A veces.

—¿Se los vendía a alguien?

—Trajo como dos veces unas maletas grandes del norte, que por el cuidado con que las trataba parecían contener algo frágil.

Cayetano volvió a dirigir su mirada hacia el jarro, que resplandecía elegante y misterioso en medio de la mesa.

—¿Y nunca vino nadie a buscarlo?

—Una vez —dijo la mujer deteniéndose junto a Cayetano. Parecía asustada—. Lo vino a buscar un tipo pelado hasta la coronilla, pero que se dejaba una melena larguísima en lo que le restaba de pelo. No me gustó nada. ¿Usted cree que él...?

—No, abuelita, para nada. Pero dígame, ¿ese tipo se llevó alguna maleta de Balsen?

—Sí. Las dos. Se las llevó con don Willi.

—¿Vio el auto en que se fueron?

—Se fueron a pie, como quien va al Mapocho.

Cayetano se atusó los bigotes y convino en que Balsen y el melenudo no podían haber ido muy lejos aquel día. A menos que el melenudo hubiese estacionado su vehículo en otra cuadra. Prestó atención a la mujer, que ya extraía una llave de su delantal para abrir el cajón del aparador. Allí encontraron el teléfono, la guía y un cuaderno de tapas rojas.

—¿Y ese cuaderno?

—Para anotar las llamadas. Apunto el día, la hora, el número, en fin, todo lo que corresponde a cada llamada. De ese modo no hay duda con los pagos.

—Entonces no hay otro teléfono en toda la casa.

—Así es —rumió con la vista perdida en el jarro—. ¿Va a llamar?

—¿Willi Balsen solía llamar desde aquí?

—Claro. Le resultaba más cómodo que hacerlo desde la calle.

—Escúcheme, abuelita, si usted practica ese sistema de control, entonces el cuaderno guarda un panorama completo de las llamadas de los últimos meses. ¿Cierto?

Ella se inclinó sobre el cuaderno, lo cogió con manos temblorosas y lo colocó abierto sobre la mesa.

—El número y el nombre de quien llama los anoto aquí —sus dedos huesudos indicaron dos columnas escritas a mano—. Yo misma marco. Es lo más seguro. Después solo controlo la duración del llamado, que anoto a la derecha. Cuando cuelgan firman aquí —indicó la cuarta columna, la última—, pagan y quedamos tan amigos como antes.

Hojeó con interés las páginas arrugadas repletas de nombres y números. Databan de hacía dos años.

—¿Podría darme los números a los que Balsen llamaba?

Apuntó todos los números que le dictó la mujer. Eran doce. Pocos, si consideraba que el alemán solía alojarse allí cuando viajaba a Santiago. Era probable que la mayoría de las llamadas las hiciera desde otros lugares. Comenzó a llamar a aquellos números telefónicos. Quizás pudieran arrojar algo.

Al cabo de veinte minutos estableció que los números pertenecían a la embajada alemana, la residencia del embajador, tres compañías de buses que cubrían la ruta norte, las líneas aéreas Ladeco y Lan Chile, una tienda de antigüedades denominada

Quito, muy cercana y que visitaría para salir de dudas, y a la mesa central del Congreso Nacional, donde se perdía la pista. ¿Qué buscaría Balsen en el Parlamento?

Otros dos teléfonos no respondieron a su llamado, por lo que decidió reintentar la comunicación durante el transcurso del día, al margen de la mirada de doña Macarena, que meneaba la cabeza sin dejar de repetir que le costaría una fortuna chequear cada teléfono.

En el último aparato respondió un contestador automático. Una cálida voz femenina le indicó que podía enviar un fax o dejar un mensaje. No supo la razón, pero le picó la curiosidad por averiguar quién era aquella mujer. Probablemente se trataba de una amante de Balsen, alguien que le pudiera proporcionar nuevos datos sobre el asesinato.

—Soy un viejo amigo del alemán —mintió Cayetano—, y necesito verla urgentemente. La estaré esperando a partir de mañana y durante toda la semana, a las doce en punto del día, en el restaurante La Terraza de plaza Ñuñoa. Llevo corbata lila con guanaquitos.

SANTIAGO, JUEVES 7 DE MAYO, 16.00 HRS.

Después de saborear en El Otro Sitio un cebiche a la peruana y champiñones rellenos, que acompañó con media botella de un Santa Carolina blanco, y tras ordenar un empalagador suspiro limeño y un exprés, que por consistencia y aroma le recordó los mejores cafecitos de su patria, Cayetano Brulé caminó hacia la tienda Antigüedades Quitor cargando el jarro de greda negra en una bolsa.

Las campanadas de una iglesia cercana dieron las cuatro de la tarde contra el cielo enrarecido de Santiago mientras Brulé, envuelto en su gabardina y una vaga aunque mullida sensación de agrado, encendía un cigarrillo y avanzaba a paso cansino por entre los vehículos estacionados y los árboles sin hojas de Bellavista.

En realidad, cada vez que probaba la cocina peruana, sus cebiches casi etéreos, sus carnes delicadas y sus salsas finas de aromas asiáticos, sentía un placer voluptuoso. Quizás aquello se debía a que esa cocina, gestada en los mundos indígena, español, africano y asiático, se emparentaba con los más exquisitos platos cubanos, inspirados a su vez por taínos, gallegos, yorubas y chinos. Para ser franco, pensó acariciando la textura tibia del cigarrillo, lo único cálido en aquella tarde invernal, los manjares peruanos competían a plenitud con el lechoncito asado de cuero crujiente, los moros y cristianos servidos al punto, el excitante almíbar de los maduros, la yuca adobada con un mojito pasado a ajo, la esponjosidad de la malanga, el verde tierra de la sopa de plátanos, el misterio de los tamales en cazuela, la colorida picardía del chilindrón de cordero o el mensaje lejano de selva africana del fufú. Sí, admitió mientras avanzaba, los peruanos eran cosa seria en la cocina.

Sumido en comparaciones, estuvo a un tris de pasar de largo ante la tienda, que se hallaba entre una pastelería alemana y una galería de arte. Su frontis no era nada más que una puerta de vidrio y una estrecha vitrina en la que se amontonaban antigüedades. Paseó la mirada sobre aquellos objetos que no guardaban relación entre sí y que más bien parecían haber sido descargados con premura por alguien que desconocía su verdadero valor. Entre el aquelarre distinguió planchas a carbón, candelabros de plata algo opacos, faroles coloniales, gobelinos persas ya desteñidos, pinturas de marcos dorados, relojes de péndulo, alegres máscaras de carnaval y cacharros de greda.

—¿Busca algo? —preguntó una voz a su lado.

El detective giró la cabeza y halló a un hombre bajo, calvo, pero a la vez melenudo, que vestía una parka manchada y lo observaba con ojillos amistosos.

—¿Trabaja usted aquí?

—Soy Pablo Ubilla, dueño de Quito, para servirle —repuso extrayendo un par de llaves de la parka y abrió la puerta—. Adelante. Adentro hay mucho más de lo que se imagina.

Encendió unas lámparas de lagrimones recargados que sumieron al local en una claridad meridiana e hicieron resplandecer los objetos. La tienda se reducía, en realidad, a un largo y estrecho pasillo flanqueado por cómodas, aparadores, escritorios y mesas. Sobre los muebles vio figuras de cristal y porcelana. La cueva de Alí Babá, se dijo el detective aspirando una fría ola de aire azumagado, posando su vista en un valioso jarrón de Limoges.

—¿Busca algo en especial? —insistió el anticuario y se despojó de la parka para vestir con ella el respaldo de una silla. Llevaba botas de tacones gruesos, jeans y un suéter de alpaca con motivos andinos.

No cabía duda, se trataba del hombre descrito por doña Macarena, se dijo Cayetano admirando unas estampillas ucranianas adosadas a un marco de plata. Era el individuo que había ido a buscar a Willi Balsen a la pensión. ¿Qué relación mantendría el alemán con aquel comerciante? Dejó caer la ceniza sobre el piso de madera, instaló el cigarrillo en un extremo de su boca y extrajo el jarro de la bolsa.

—En realidad, busco la opinión de un experto para saber si es realmente antiguo —puntualizó mientras lo colocaba sobre un aparador—. Me lo vendieron hace poco. Me contaron que es atacameño y tiene más de trescientos años.

Pablo Ubilla tomó delicadamente, casi con veneración, la pieza de cerámica entre sus manos y la inspeccionó en silencio desde distintos ángulos. Cayetano aprovechó de escrutar el perfil de aquel hombre. Su nariz ganchuda, su frente amplia, sus grandes dientes verduscos y su cráneo brillante le conferían un aire caricaturesco.

—Esto es tan viejo como el último *Newsweek* —anunció lacónico tras volver a colocar el jarro sobre el mueble.

—Me dijeron que tenía al menos tres siglos —tartamudeó Cayetano.

—Pues, lo estafaron. Los hacen en el norte, sin tornos, imitando la cultura de San Pedro de Atacama. Y los venden en las ferias de artesanía por treinta dólares. He visto muchos.

Lo vio menear la cabeza varias veces con sonrisa incrédula, como si se preguntara cómo era posible que existiese en el mundo tanto ingenuo.

—Me jodieron.

—Así es y el culpable es usted. —Asumió un aire de importancia casi paternal. Su frente refulgía tan lisa como la mejor porcelana alemana—. Cuando uno quiere comprar piezas valiosas, hay que dirigirse a un especialista establecido. ¿Cuánto pagó por él?

Cayetano se ruborizó:

—No vale la pena ni recordarlo. Simplemente me timaron.

—Si quiere ver algo auténtico y valioso, sígame.

Lo condujo hasta el fondo del pasillo y entraron a un cuarto pequeño, donde se prolongaba el desorden. Ubilla extrajo de un cajón una carpeta con fotografías de piezas de cerámica de greda negra, roja y ocre.

—Esas sí son antiguas —aseveró—. Se las reconoce de inmediato por el color, la forma, la textura, en fin. La cerámica negra pulida corresponde al apogeo de los atacameños, estoy hablando de mil setecientos años atrás. Usted no cree que ese pedazo que le vendieron tiene esa edad. ¿No es cierto?

—Bueno, viendo esas fotos, resulta difícil creerlo —admitió Cayetano.

—Así es —repuso el anticuario y le enseñó más fotos—. La cerámica roja es anterior. Lo revela su monocromía y la sencillez de sus formas. Marcan el comienzo de la cultura de San Pedro, dos mil años atrás. ¿Conoce San Pedro de Atacama?

—No.

—Pues, debería conocerlo. Está en medio del desierto, mirando hacia el volcán Licancabur.

—Viajaré en algún momento.

—Debe hacerlo, más aún si le interesan los cacharros. Estos vasos rojos con grabados —añadió despreocupado y volvió su vista a las fotos— datan de hace mil trescientos años. Todavía se desconoce el significado de sus símbolos geométricos. Estos sí son auténticos, mi amigo, auténticos, únicos, excavados en las afueras de San Pedro.

—Me imagino lo que cuestan.

—No se lo puede imaginar —sonó cortante—. Pero también es posible conseguir cerámica atacameña no tan antigua y a buenos precios. ¿Le interesaría ver algo?

Cayetano lanzó un resoplido y pasó la mirada por la pieza. Dijo inseguro:

—Me interesa lo atacameño, pero depende del precio y de que el asunto sea legal.

—Para serle franco, la gente debería entregar las piezas al Estado. Pero irían a dar a las bodegas de museos o a las manos de coleccionistas. ¿Entiende?

—Entiendo, pero no quiero líos.

—¿Quiere sacarlas del país?

Cayetano dio una aspirada a su cigarrillo y repuso pausado:

—Es probable.

—Mire, si usted lo desea —dijo el anticuario tragando saliva. Tenía una boca grande, de labios finos y morados, tan morados como sus manos—, le puedo conseguir incluso certificados oficiales que acreditan que las piezas son réplicas o que fueron adquiridas legalmente. Todo eso se arregla de alguna forma. Usted entiende.

—Eso suena mejor.

—Tengo, por cierto, cerámica atacameña más reciente —añadió pasándose

tranquilo la mano por la melena—. Es más barata, obviamente, aunque de belleza similar. De trescientos a quinientos años. Observe lo que tengo allí.

Cayetano dejó escapar el humo por la nariz y dirigió sus ojos hacia donde le indicaban. Sobre una mesa vio unos cacharros negros, muy bien pulidos. Se trataba de vasos, vasijas, jarros y ánforas con grabaciones geométricas blancas. Se acercó a ellos. Más que atractivos, le resultaron misteriosos por la simpleza de su línea y la textura lisa y bruñida de su superficie. Aguardaban a que alguien los comprara. Terminarían como adorno en el living de una residencia de Boston o Amsterdam, admiradas durante cenas de fin de año y fiestas de cumpleaños.

—¿Cuánto vale un vaso de estos?

—Dos mil dólares —repuso el anticuario mirándolo fijo—. Imagínese, estos vasos los hicieron los atacameños bajo la influencia del imperio boliviano de Tiawanaku, en la misma época en que Colón provisionaba las carabelas en Puerto de Palos. ¿Le interesan? Podría ofrecerle facilidades, un par de cheques a fecha...

—¿No tiene algo más barato?

Ubilla lo miró dubitativo. No le agradaba su sorpresiva preferencia por objetos baratos. Respondió en tono burlón:

—No me diga que a final de cuentas solo le interesan las imitaciones.

Cayetano introdujo las manos en los bolsillos de la gabardina, extrajo sorpresivamente el carnet de detective que había mandado a confeccionar y plastificar en una imprenta del puerto y anunció:

—Soy de Investigaciones, señor Ubilla —los ojos del anticuario se abrieron desmesuradamente, aguados, sorprendidos por la celada que le habían tendido—. Pero tranquilo, tranquilo. No me interesan sus negocios con cacharros, sino un alemán que andaba en esto. Willi Balsen.

—¿El que mataron en San Pedro de Atacama?

—El mismo —repuso Cayetano con frialdad y guardó presuroso el carnet antes de que el otro advirtiera la falsificación—. Balsen estuvo un par de veces aquí. ¿Por qué?

Pablo Ubilla cruzó los brazos sobre el pecho en un ademán histriónico y buscó apoyo contra la pared.

Mientras trataba de hacer memoria, un par de arrugas gruesas y profundas cincelaron su frente. La ira se reflejaba en sus ojos claros. Dijo:

—Vino a venderme cacharros.

—¿A menudo?

—Dos o tres veces, después desapareció. No supe más de él hasta que leí en los diarios lo del crimen. Es terrible —ensayó un rostro compungido, pero solo le resultó una mueca vaga.

—¿Qué tipo de cacharros vendía?

—Vasijas de greda sin valor, como las tuyas —dijo bajando la vista—. Falsas como un billete de siete dólares. No servían ni siquiera para engatusar a un turista

norteamericano incauto.

—¿Cómo conoció a Balsen?

Un enorme camión de la basura, seguido de una cola de automóviles con choferes impacientes lanzó un estornudo de dinosaurio y se detuvo con rumor grave frente a la tienda. Dos hombres se descolgaron de él y comenzaron a recolectar las bolsas de desperdicios que yacían en la calle.

—Me lo presentó hace dos años un tal Inti Palomares.

—¿De dónde es ese Palomares?

—No sé. Creo que cholito.

—¿Cholito?

—Peruano.

—¿A qué se dedica ese hermano tuyo?

—Al huaqueo —reconoció de mal humor—. Al huaqueo de cerámica, ofrendas mortuorias, tejidos antiguos o de tabletas para el consumo de alucinógenos.

—¿También le hacía a la droga?

—Usted no entiende —en el rostro de Ubilla apareció una sonrisa amable, compasiva y a la vez desdeñosa—. Las tabletas son de la época precolombina, las usaban los atacameños para inhalar rapé. Son de madera. A veces tienen incrustaciones de turquesa u oro. Valen una fortuna.

—¿Usted tiene ese tipo de cosas aquí?

Hizo un gesto negativo con ambas manos:

—No, no. Todo lo que ofrezco aquí es legal. Tuve que despedir varias veces a Palomares, porque andaba con ese tipo de cosas. Es peligroso, están prohibidas.

Le resultaba bastante sintomático que Ubilla denunciase tan fácilmente a quien le suministraba artículos. Era probable que estuviese intentando saldar así una vieja cuenta con Palomares, con lo que su investigación corría el riesgo de perder el rumbo. Pero carecía de recursos para presionarlo. Ubilla era un tipo zorro y debía contar con cierto resguardo en algún lado. De ser así, no tardaría en descubrir que él era solo un impostor. Sería implacable en la venganza. Decidió abreviar el interrogatorio e irse antes con su jarro.

—¿Dónde puedo encontrar a Palomares?

La respuesta de Ubilla quedó a medio camino, porque en ese instante rechinó la puerta de acceso a la tienda. Se asomaron a ver quién arribaba. En el umbral aguardaba en silencio una pareja de jóvenes mochileros vestidos de jeans y suéters andinos. Seguramente turistas.

—Adelante, adelante —gritó Pablo Ubilla de un extremo a otro de la tienda. Su voz resonó fresca, aliviada, comunicativa—. Ya los atiendo.

Hizo un ademán de alejarse. Cayetano lo aprisionó férreamente por un brazo.

—¿Dónde puedo hallar a Palomares? —insistió, ahora en voz baja. Los visitantes recorrían la tienda a paso lento, despreocupados, admirando los objetos—. ¿Dónde?

Ubilla se encogió de hombros. Su calva relucía ahora como un pequeño sol bajo

la lámpara. Cayetano apretó aún más su brazo.

—Vamos, Ubilla, haz memoria —le dijo—, que soy de temperamento tropical y aquí hay cosas muy valiosas. A cualquiera le da un ataque de locura en un lugar así.

Sintió que los ojos de Ubilla se clavaban inseguros en los suyos. Aunque lo escuchó tragar saliva un par de veces, sus labios se mantenían secos y morados, inmóviles.

—Es la última oportunidad, Ubilla. ¿Dónde está Palomares?

—Lo ignoro —tartamudeó el anticuario. La pareja se dirigía ahora hacia la puerta. Quedarían solos nuevamente en la tienda—. Aparecía nomás por aquí, negociábamos y se iba. Pero no le va a costar encontrarlo. El oasis de San Pedro de Atacama tiene menos de dos mil almas.

SANTIAGO, VIERNES 8 DE MAYO, 12.30 HRS.

La mujer del contestador automático no daba señales de vida y era probable que no las diera nunca.

Cayetano Brulé vació desanimado su segunda garza de cerveza en el restaurante sin dejar de contemplar los árboles que se erguían en la plaza de enfrente. Ocupaba una mesita bajo un toldo amarillento, desplegado sobre una terraza, en la que se apretujaban mesas y sillas vacías.

Comenzó a fastidiarle la repentina convicción de que estaba perdiendo el tiempo y de que había actuado ingenuamente al suponer que la mujer acudiría a la cita. Encendió un nuevo cigarrillo con la firme determinación de no desanimarse y de aprovechar al menos aquellos instantes para establecer y ordenar los próximos pasos investigativos.

Contempladas desde otra perspectiva, se dijo mientras despedía perezosamente unas volutas de humo por la nariz, las cosas aparecían claras al menos en un sentido, en el que era preciso reunirse cuanto antes con Cornelia Kratz para subrayarle la conveniencia de viajar a San Pedro de Atacama. La conversación del día anterior con el anticuario, aunque precaria, le permitía especular con la eventualidad de que el alemán hubiese estado involucrado en el tráfico de piezas arqueológicas. Si la muerte de Balsen no se debía a un simple atraco, como lo suponía su cliente, parecía recomendable dejar las puertas abiertas para esbozar todos los escenarios posibles. Ese era uno de ellos. Se atusó el bigote y miró hacia afuera. La lluvia de la noche anterior —ahora brillaba un sol tibio, indeciso, pusilánime, y la atmósfera, despejada y traslúcida, ofrecía los macizos andinos completamente nevados al alcance de la mano—, la lluvia de la noche anterior, digo, había derribado el esmog del cielo, salvando así a los santiaguinos, aunque solo por algunas horas, de seguir inhalando el aire envenenado.

Cayetano se había alojado en la pensión de doña Macarena, en el cuarto en que solía dormir Willi Balsen cuando viajaba a Santiago, ya que era el único disponible. A pesar de ello, había logrado conciliar el sueño sin sobresaltos. Si analizaba descarnadamente el asunto, esto resultaba completamente natural, se decía tratando de convencerse. En realidad, ¿cuántas de nuestras habitaciones habían sido ocupadas

previamente por gente ya muerta? En las habitaciones de las casas, sobre todo de las antiguas, flotaban por largo tiempo las pasiones y los dramas, las esperanzas y las desilusiones de la gente que las habitó. Si al entrar en ellas uno guardaba el debido respeto hacia sus antiguos moradores, todo marchaba bien. No creía en espíritus, pensó grave, como si leyera una declaración de principios, pero de que los había, los había. Y diciéndose esto, evocó los afiebrados lances de amor que libraba de vez en cuando en casa con Margarita de las Flores y sonrió al imaginar la de secretos, inconfesables la mayoría, que guardarían en un futuro no muy lejano aquellas paredes entramadas.

Margarita, su amante chilena de varios años, era una morena cuarentona de rostro atractivo, aunque un tanto voluminosa, especialmente a la altura de las nalgas y los pechos, premisa, por cierto, determinante, al menos esta última, que ha de exhibir toda cubana para aprobar el examen de auténtica criolla. Margarita, como decía, era atractiva, sabia y muy condescendiente en el arte amatorio. De las chilenas tenía el carácter firme y resuelto, la vocación de orden y disciplina, y el afán de hacer el amor según las normas bastante rígidas que alguien le había transmitido. Pero él, Cayetano, como buen caribeño, aliado del verdadero desenfado tanto en la vestimenta como en la gesticulación, le había enseñado la primera y principal regla del amor: que no existen reglas.

Y luego, a medida que pasaba el tiempo y crecía en Cayetano el deseo de internar a aquella mujer por los senderos revueltos y exuberantes, sin ley y sin retorno de las pasiones tropicales, fue brindándole medidas precisas, dosificadas, levemente mareadoras, de alcohol. Daba igual si se trataba de un mojito con la yerbabuena más aromática de La Habana o Matanzas, o del pisco sour con los limones más diminutos, dulces y jugosos de Pica, porque lo verdaderamente importante para él era llevarla a saborear conscientemente, antes de que se iniciara el verdadero lance entre los cuerpos, los sudores más íntimos, deliciosos e inspiradores de la caña de azúcar o los parrones. Pero no todo era mojitos o pisco sour, no. En aquellas ocasiones especiales, Cayetano la hacía escuchar algún bolero del inolvidable Beny Moré y su orquesta, en especial aquel susurrante y estremecedor titulado «Oh vida», de Eduardo «Cabrerita» Cabrera, o el «Que me hace daño», del Tojo Ramírez, o bien «Hoy como ayer», de Pedro Vega, o cualquier otro del Bárbaro del Ritmo, y todo esto lo dejaba transcurrir bajo la luz muelle y opalescente de una lámpara de madera de cactus y en un cuarto bien temperado, porque para hacer el amor como Dios manda se necesita el calor del día o al menos el de la noche, fuera de una cama amplia, de colchón duro y recio, capaz de soportar los más enconados embates. Y entonces, auxiliado por sus manos morenas, su cuerpo aún tallado para su medio siglo y su boca de lengua suelta pero precavida, como la de todo buen detective, Cayetano no solo le susurraba al oído tantas cosas afiebradas y excitantes, sino que además la convencía de todas ellas, de modo tal que de pronto Margarita ya no distinguía a ciencia cierta entre lo que le había hecho, le había narrado o quería hacerle. Pero a esas alturas a ella le daba lo

mismo y siempre terminaba por estar de acuerdo con su amante.

Aquella mañana, entonces, pensó Cayetano, dejando de lado sus evocaciones, había comenzado bien. Tras desayunar café con leche y una paila de huevos fritos en una pequeña cafetería de Bellavista y ponerse al día con la lectura de los matutinos — el choque cotidiano en la carretera, la consabida disputa entre politiqueros y los elogios al crecimiento económico del país—, había vagabundado sin rumbo ni prisa por el barrio hasta subir a un taxi que lo condujo al restaurante de Ñuñoa.

Ya llevaba cuarenta minutos allí. Si la mujer no arribaba dentro de cinco, pediría la cuenta y volvería a Valparaíso a reunirse con Cornelia Kratz. Tuvo que levantar la vista cuando alguien tomó asiento frente a él. Era un cuarto para la una.

SANTIAGO, VIERNES 8 DE MAYO, 13.00 HRS.

Usaba anteojos ahumados oscuros y grandes, vestía deportivamente y cargaba un bolsón de playa. Era espigada, llevaba el pelo —un pelo oscuro y liso— rematado en tomate mientras su nariz, fina y alta, le otorgaba a su rostro bronceado cierto aire de distinción.

—Supuse que vendría —comentó Cayetano una vez que hubo solicitado una Perrier con hielo para ella y una nueva garza para él. Luego se introdujo el último cigarrillo en la boca, aplastó la cajetilla y formó una pelotita que encestó en el vaso vacío—. Aunque me la imaginaba diferente, no tan hermosa, si me lo permite.

Le calculó alrededor de cuarenta y cinco años bien conservados con la ayuda de cremas y ejercicios. La pulsera de oro que tintineaba en su muñeca, la blusa de seda y el calzado italiano reflejaban un bienestar no consolidado, más bien ostentoso. Miembro del club de los nuevos ricos, el más poderoso del país, pensó reprimiendo un eructo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella tensa y se despojó de los calobares, dejando al descubierto unos ojos claros, de un color que oscilaba entre verde y café.

El detective aguardó a que el dependiente se alejara tras colocar el pedido sobre la mesa y repuso socarrón:

—Al parecer hoy salió apurada y olvidó su argolla matrimonial.

La mujer observó su mano izquierda y reparó con bochorno en la cinta pálida que ceñía su anular contrastando con el resto de la piel tostada de su mano.

—¿Qué quiere? —insistió desamparada.

—Lo mejor es que nos presentemos, señora, y nos dejemos de formalidades, que usted está en un queso y grande. Soy Cayetano Brulé, me gano la vida como detective privado, e investigo el asesinato de Willi Balsen, a quien Dios debe tener en su santa gloria.

—¿Usted lo conocía?

—De lo contrario no tendría su teléfono —repuso irónico—. Pero aquí quien hará las preguntas soy yo, señora, y si me ayuda, tenga la seguridad de que nadie se enterará de esta conversación o de su relación con Willi. ¿Cómo dijo que se llama?

—Dígame Cote —se llevó el vaso a los labios y bebió con fruición. Dejó pasar

unos instantes y añadió—: Mire, puede que yo haya cometido un error al salir con Willi, pero no soy una mujer a la que se pueda amedrentar. Estoy en medio de una crisis conyugal y con mi marido convinimos en que cada uno haga su vida. Así que si pretende chantajearme no logrará nada.

—¿Quién es su esposo?

—Eso no es de su incumbencia.

—Cálmese, Cote. Estoy aquí exclusivamente para que me ayude a dilucidar el asesinato de un amigo común.

Parecía herida y ofuscada. Se reclinó sobre la mesa y sus senos, unos senos contundentes, se deslizaron sobre la superficie hasta tocar el vaso de Perrier.

—De todos modos —añadió bajando la voz— quiero advertirle que si usted viene a venderme grabaciones o fotos de mis encuentros con Willi, las verá negras. Usted no sabe con quién se está metiendo.

¿Sería verdad todo aquello o solo intentaba debilitar la acción de un eventual chantajista? Al término de la cita la seguiría para averiguar el número de chapa de su vehículo. Luego podría establecer la identidad del propietario a través del registro nacional de vehículos.

—Ya le dije, Cote. Soy detective, y no vine a buscar dinero, ni a ofrecerle fotos, ni a reclutarla para causa alguna, sino solo para obtener información sobre Balsen. Después de eso, no creo que sea necesario que volvamos a vernos.

Ella se mordió los labios escéptica y los pómulos se le marcaron con fuerza, plasmando aún mejor su rostro. Era de las mujeres que llaman la atención. A juzgar por su postura erguida y el grácil movimiento de sus manos debía practicar ballet. ¿Por qué no? A los setenta años, Alicia Alonso, la gran bailarina cubana, ciega y ajada, lo seguía practicando con maestría.

—Es poco lo que puedo contarle —repuso más tranquila—. Lo conocí hace año y medio, en un restaurante del barrio Bellavista. Él había viajado a Santiago por razones de trabajo. Conversamos, nos sentimos atraídos y nos vimos un par de veces en secreto. Eso es todo.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace un año. En serio. Habíamos suspendido nuestros encuentros.

—¿Por qué?

Sus ojos buscaron una respuesta entre las ramas de los árboles de la plaza y luego, encogiéndose de hombros, repuso:

—Lo nuestro fue una simple aventura que vivimos en una fase de soledad, algo que ambos queríamos olvidar y de lo que una se arrepiente toda la vida. Me costó el matrimonio. ¿Puede entender eso?

—La infidelidad es irracional —dictaminó Cayetano comedido—, pero lo peor es que más irracionales son los celos.

—Yo sé lo que usted está pensando.

—Dígamelo, por favor, porque yo mismo lo ignoro.

—Piensa que soy una mujer fácil. Para usted, los hombres conquistadores son héroes, pero las mujeres conquistadas, prostitutas.

—Se equivoca —estaba tranquilo. Tumbó la ceniza sobre el cenicero—. Me resulta totalmente indiferente lo que cada cual haga con su vida privada.

—Suenan bien, pero no le creo.

Soltó una bocanada y bebió un largo sorbo de cerveza mientras ella echaba un vistazo hacia la plaza. Un auto frenó haciendo chirriar las gomas sobre el pavimento. Se detuvo a escasos centímetros de un bus. La gente seguía muriendo como moscas en las calles, mostrando una vocación de kamikazes inaudita, reflexionó antes de volver a refrescarse el gaznate.

—¿Dónde vio a Willi Balsen por última vez?

—En Santiago. En su pensión.

—¿Nunca le comentó nada inquietante con respecto a San Pedro? ¿No le hizo algún comentario sobre personas con quienes pudiera tener roces allá?

—No, nunca. Era un pan de Dios. ¿No se dijo que lo mataron para robarle?

—En la investigación de un homicidio hay que ir de lo más inverosímil a lo más plausible y en algún punto se halla la clave. Pero eso es pura teoría. ¿A usted no le pareció que Willi realizaba operaciones ilegales? —preguntó de pronto cambiando de tema.

Ella miró hacia la plaza, se introdujo luego unos trocitos de hielo en la boca y preguntó:

—¿Usted piensa que lo mataron por cosas turbias?

—¿No traficaba con drogas?

Se paseó suavemente la palma de la mano por la frente, como si sudase, y se cercioró de paso, con un gesto armonioso, que hizo cimbrar sus senos bajo la blusa de seda, de que el tomate estuviese bien recogido por sobre el cuello.

—Willi era un pan de Dios —repitió. Una venita se le marcó en la frente—. Vivía exclusivamente para su proyecto de irrigación. Nada más ajeno a su espíritu que involucrarse en cuestiones ilegales.

—¿Está segura?

—Era uno de aquellos idealistas europeos que cuando llegan a América Latina se arremangan la camisa para luchar contra la pobreza y la injusticia social, pero que terminan representando a un consorcio químico o de computación con residencia en el barrio alto. Cambian los ideales de juventud por una buena cuenta en dólares. No los culpo. Yo habría hecho lo mismo, si hubiese tenido ideales alguna vez. ¿Usted es izquierdista?

—Yo no creo en esas etiquetas que financian los políticos para mantener votos cautivos.

—Sólo se lo preguntaba porque es lo único que envidio a los izquierdistas. Por lo general la gente de derecha no tiene otros ideales que hacer dinero. En fin.

—Según tengo entendido, Balsen era comunista.

—Lo había sido —aclaró seria. Bajo su quijada comenzaban a marcarse las arrugas definitivas de una vejez que la esperaba agazapada en alguna esquina cercana—. Por eso había marchado como voluntario a ayudar a los negros en África. Después del derrumbe del comunismo europeo y a la caída del Muro de Berlín, descubrió que había sido engañado.

—Harto tarde —el detective acarició su vaso—. Esos cambios sorprendivos nunca son consistentes y duran poco.

—Puede ser —admitió ella cortante—, pero Willi siguió dedicándose a ayudar a los pobres. A él lo que le faltaba era realismo, un poco de calle y realismo. Se pasó la vida entregado a causas ajenas y debe haber muerto pobre como una rata. Se lo pronostiqué.

Vislumbró un aire de resignada nostalgia en ella. A juzgar por sus palabras, seguía enamorada del alemán. Aunque seguramente luchaba por recuperar su matrimonio por razones pragmáticas. Balsen, a fin de cuentas, estaba muerto.

—Quiero insistir en algo, Cote —dijo Cayetano apretándole la mano mientras la miraba con sus ojos miopes y tristes—. ¿Nunca le habló de nada ilegal o que pareciera ilegal?

—No.

—¿Ni siquiera de tráfico de piezas arqueológicas?

—Nunca. No me lo imagino en nada ilegal.

—¿Lo visitó alguna vez en San Pedro?

—Nunca.

—Porque estaba casada.

—Así es —admitió desafiante.

Cayetano aplastó varias veces el cigarrillo contra el cenicero hasta apagarlo.

—¿Aún no ha hablado la policía con usted? —expelió el resto del humo por la nariz.

Su bello rostro repentinamente encendido y sus manos crispadas acusaron el golpe. A partir de su excesivo nerviosismo pudo intuir que lo del fracaso matrimonial podía ser simplemente una mentira. La posibilidad de que la policía la vinculara de una u otra forma con Balsen sí pondría en peligro definitivo su matrimonio. Se imaginó a su esposo: ejecutivo maduro en alguna financiera, terno y corbata, auto japonés, oficina alfombrada en un «edificio inteligente», esclavo del trabajo, ajeno a la familia y a las inquietudes más íntimas de su atractiva mujer.

—Ni saben que existo —respondió ella con un sesgo de inseguridad—. Le ruego que no me inmiscuya en esto, señor Brulé. La historia con Willi solo fue una aventura pasajera que pertenece al pasado, créame.

Cayetano se rascó el lóbulo de una oreja, se ordenó el bigote y luego dijo:

—Dejemos las cosas hasta aquí, entonces, Cote. La llamaré en cuanto la necesite. Y no se preocupe, la policía no sabrá de usted por boca mía.

VIÑA DEL MAR, VIERNES 8 DE MAYO, 21.00 HRS.

No es fácil dar de buenas a primeras en Viña del Mar con el magnífico restaurante francés La Cuisine, uno de los predilectos de Cayetano Brulé.

El local, una pequeña y acogedora sala con piso de madera repleta de antigüedades a la usanza de los bistrós de Montmartre, se halla en una antigua casa de un nivel, ubicada en un sombrío pasaje a espaldas del terminal rodoviario. La Cuisine ofrece los platos más delicados de la cocina francesa preparados por un chef chileno cuya especialidad es la comida gala. Cuando uno se adentra en la atmósfera nostálgica del local, en su luz mortecina, atemperada a ratos por una canción de Juliette Gréco, Gilbert Bécaud, Yves Montand o el triste acordeón que interpreta «Paris canaille», de Ferre, queda anonadado por el impecable piano negro que refleja las figuras, la bruñida vitrola RCA que solo parece aguardar a que alguien haga girar su manivela para inundar aquel espacio con la voz de Edith Piaf, el pequeño Wurlitzer cromado con discos de 45 revoluciones, las lámparas de madera y género, amarillentas, pasadas ya a humo, que penden sobre cada mesita envolviendo a los comensales en una luz cálida e íntima y enmarcan los manteles a cuadritos rojos y blancos, manchados a veces con gotitas de buen vino tinto.

—Muchos restaurantes viñamarinos afirman ser franceses —dijo Cayetano Brulé a Cornelia Kratz mientras tomaban asiento en la mesita junto a la ventana que se abre al terminal de buses. Llovía afuera mientras adentro el conjunto de Pierre Solange inundaba el local con «Pigalle» desde un tocacasete—. Muchos quieren ser franceses. Sólo La Cuisine lo es.

En una especie de barbacoa, que se alcanza ascendiendo por una estrecha escalera metálica de caracol, funciona, casi en secreto, una pequeña y bien surtida tienda de disfraces. Allí, los delicados aromas que despiden a ratos los *moules*, los champiñones rellenos, los filetes *mignon* o la langosta thermidor se confunden con los trajes de Robin Hood, Enrique VIII, Calígula, Charles Chaplin o el mismo Llanero Solitario. Y cuando uno saborea, ya pronto a irse, una *crêpe suzette flambé* o un reconfortante Remy Martin, no es extraño ver bajar por la escalera a un Aladino frotando con esperanza su lámpara maravillosa, un Sandokán que blande con furia la espada o bien a una bellísima Blanca Nieves acompañada de Caperucita Roja.

—Me parece estar en las inmediaciones de la Gare du Nord de París —afirmó la periodista contemplando de lejos la máquina registradora de comienzos de siglo que yacía sobre el mesón de madera, bañada por la luz de una lamparita art nouveau—. A propósito —agregó seria—, ¿de dónde vienen los Brulé?

—De Grandville. ¿Conoce Grandville?

—No.

—Uno de los pueblecitos costeros más bellos de Normandía. Eran campesinos que emigraron a América. Una rama llegó a Chile a la isla de Chiloé a fines del siglo pasado. Otra, de la que descendiendo, vivió en el siglo dieciocho en Haití. Alcanzaron a escapar de la revolución negra de Toussaint Louverture y se establecieron en Santiago de Cuba.

—Ahora entiendo su origen cubano.

—Es gente honesta, emprendedora, de iniciativa, con alma de pioneros. Nunca se quedan en el mismo lugar por muchas generaciones.

—Así veo —repuso ella hundiendo sonriente sus ojos claros en los de Cayetano.

—Disculpen, dama y caballero. ¿Algún aperitivo?

Ordenaron sendos pisco sour y para picar, champiñones rellenos con espinaca, a un hombre frágil, ya mayor, de canas y bigotito, que se perdió de inmediato detrás del mesón.

—¿Y qué me dice? ¿Ha logrado avanzar algo en sus pesquisas? —preguntó la periodista.

Cayetano indicó con sus manos hacia la carpeta que tenía sobre el mantel y dijo:

—Se avanza, aunque poco.

El restaurante estaba lleno y afuera el viento norte ululaba dejando caer un aguacero cerrado sobre las calles empozadas. Como siempre, el temporal cobraría su acostumbrada cuota de embarcaciones hundidas, casi derrumbadas y caminos anegados. Cada lluvia en Chile era como la primera lluvia de su historia.

—Cuénteme.

—Balsen era un tipo muy reservado, trabajador, y parece que algo mujeriego. Nadie lo conocía bien. Pese a que la embajada me entregó estos documentos con datos y fotografías de su persona y el proyecto, aún no logro trazarme un cuadro acabado de él.

—¿A qué se refiere con mujeriego?

El detective rompió el sello de la cajetilla de Lucky Strike y extrajo un cigarrillo. Luego, mientras buscaba con aire ausente los fósforos en su chaqueta, recorrió con la mirada las mesas adyacentes en busca de alguien conocido. Dos monjes franciscanos bajaron en sandalias de la tienda y se acodaron en el mesón, donde pidieron tragos cortos y aceitunas.

—Dígame —insistió Cornelia—. ¿A qué se refiere con mujeriego?

—A nada concreto, solo a que tenía una amiguita en Santiago.

—Bueno, eso no pone ni quita al asunto.

—La mujer de Santiago, con la que hablé, no brindó información muy valiosa —afirmó. A través de la llamita advirtió en el rostro de la periodista una mueca de desasosiego—. Me dijo que había roto con Balsen hacía más de un año, cosa que bien pudo habérmela contado para zafarse de mí.

—¿Y en la embajada le dieron al menos alguna información más interesante?

—Esta carpeta con datos. Nada más.

—Si usted no fuese tan obcecado y me hubiese permitido conversar personalmente con la gente de la embajada, la cosa pintaría distinta —reclamó Cornelia golpeando con la punta de sus uñas sobre la mesa—. Seguro que a mí, como alemana, me habrían dicho algo más. A usted, y disculpe la franqueza, como sabueso del Tercer Mundo no lo tomaron muy en serio.

—Pues a mí el tal Kahlau me pareció serio. Y de paso le voy a decir que en nuestros países ni el presidente de la República entrega a sus ministros una carpeta como la que recibí en su embajada.

—¡Tonterías!

—¿Tonterías?

—Si usted hubiese sido detective norteamericano, no le habrían pasado carpetitas de la sección de relaciones públicas. Lo hubiese recibido el embajador en persona y lo habría invitado a almorzar a la casa.

—No le niego que eso hubiese sido más interesante y seguramente apetitoso, porque la única cualidad que tenía el café que me sirvió Kahlau era que estaba caliente. Lo de muy dulce es otro cuento, el azúcar viene de la caña.

—Es una cuestión de categoría —continuó Cornelia muy seria, frotando con la servilleta de papel su tenedor—. ¿Me entiende? Mis gentes se criaron leyendo novelas y viendo películas policiales norteamericanas, y no conciben que en un paisito del Tercer Mundo, como este, pueda haber alguien dedicado profesionalmente a la investigación.

Optó por callar, no estaba de ánimo para discutir con su cliente. Siempre ocurría algo similar con quienes se acercaban a un detective privado. Las expectativas resultaban desmesuradas. Quienes acudían a ellos eran, por lo general, personas defraudadas por la lentitud de los trámites de la policía oficial y que creían que a un detective privado podían exigirle el esclarecimiento inmediato de los hechos. La experiencia demostraba que lo más recomendable era permitir que se desahogaran y que las aguas retornaran gradualmente a su cauce. De todos modos, él terminaría ordenando a su gusto los pasos de la investigación.

—Sea como sea —repuso al rato, cuando vio que Batman bajaba por la escalera de caracol seguido de Robin. Hizo una pausa al ver que se acercaban al mesón y abrazaban alegres a los franciscanos—. Creo que en esta zona ya no obtendré más información valiosa sobre Balsen.

El camarero colocó las copas y la pequeña bandeja con champiñones rellenos sobre la mesa y tomó la orden. La periodista escogió crema de espárragos y ensalada

Niçoise, el detective sopa de mariscos, filete *mignon* y plátano *flambé* acompañado de un *éclair*. Se inclinaron ambos por un tinto del Rhône.

—Las cremas y los dulces solo terminarán por subirle el colesterol —advirtió Cornelia antes de dictar una cátedra sobre las ventajas de la comida vegetariana—. Si sigue comiendo así, va a morir muy pronto —afirmó al rato.

—Para serle franco, si no puedo seguir comiendo así prefiero morir —se introdujo un champiñón entero en la boca—. Pero pasando a otro aspecto —continuó—, el señor Kahlau y la Cote, la antigua amante de Balsen, coinciden, como ya le dije, en que Balsen no tenía enemigos y en que era una persona honesta.

—Bueno, eso se lo dije yo desde un comienzo.

—Está bien, lo admito. Pero ahora que ya terminé mis indagaciones en Santiago, es necesario que me traslade a San Pedro de Atacama y que arreglemos lo de los viáticos para el viaje. Usted me entiende.

Advirtió en su rostro una cierta incomodidad. Probablemente no le agradaba la idea del desplazamiento al norte. Era joven y enérgica aquella mujer, especialmente cuando le tocaban el bolsillo.

—A lo mejor está echando de menos el sol del desierto —comentó Cornelia mordaz.

Él miró hacia la calle y a través de la ventana vio su antiguo Lada negro empapado bajo la lluvia. Los faroles de los buses iluminaban de cuando en cuando la ventana, dejando al descubierto la lluvia que rayaba la noche.

—Un poco de sol no me vendría mal —reconoció acomodándose los lentes. En la barra, Batman se había despojado de su antifaz y vaciaba ahora un schop. Robin, entretanto, volvía del baño y, con ímpetu juvenil, se echaba al pico una botella de Coca-Cola light—. Pero, en verdad, se trata de otra cosa.

—¿Qué sucede?

—Parece que Balsen se dedicaba al tráfico de algo.

El rostro de ella se tornó huraño y tres arrugas surcaron su frente pálida. Desplegó con un gesto nervioso la servilleta sobre el regazo y preguntó temerosa:

—¿Droga?

—No sé.

—¿Tráfico de qué?

—Al menos de piezas arqueológicas.

—¿Está seguro? —bajó la vista como si esperase que el detective le confirmara una sospecha que abrigaba desde hacía mucho.

—Tengo algunas pistas que hacen recomendable viajar a San Pedro, Cornelia.

—¿Para qué?

—Quisiera hablar con gente del proyecto SOS, con conocidos de Balsen y con un tal Palomares, que parece interesante. Era quien le suministraba las piezas.

—¿Cuándo necesita viajar?

Cayetano intuyó ahora una repentina disposición de ella a colaborar, cosa que lo

hizo sentirse satisfecho. Se cercioró, como un felino, de que sus bigotazos estuviesen limpios de espinaca y repuso:

—Mañana mismo, a primera hora, si es posible.

—¿Y por cuánto tiempo?

—No podría decirle.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—La investigación puede durar semanas o solo días. Pero no se inquiete, yo la mantendré informada por teléfono. Además, me podrá ubicar en la Trópico de Capricornio, una hostería modesta, pero muy digna de San Pedro de Atacama.

—Si es así —respondió Cornelia con una sonrisa cómplice—, yo lo acompañaré. Estoy loca por ver de cerca a un auténtico sabueso del Tercer Mundo en acción.

SAN PEDRO, SÁBADO 9 DE MAYO, 13.15 HRS.

Doce mil años después de que los descubridores avistaran desde el altiplano el oasis regado por las aguas caudalosas y bermejas de los ríos, cuando perseguían apunados una díscola manada de paleolamas, Cayetano Brulé y Cornelia Kratz arribaron a San Pedro de Atacama. Era mediodía, el volcán Lászar humeaba y el sol rajaba las piedras.

En menos de tres horas el Boeing 737200 de Lan Chile los había instalado en la pista del aeropuerto de Calama, cuyo trazado se confundía con la superficie pedregosa del desierto más árido del mundo. Ya desde el aire el sabueso no podía dar crédito a sus ojos. Abajo la tierra se había convertido en una vastísima superficie rugosa cubierta de manjar, flanqueada al este por las montañas, que superaban en altura el vuelo de la nave, y al poniente por el Pacífico, que relucía turquesa, como las aguas matinales del Caribe, y depositaba hebras blancas con cada una de sus arremetidas contra la costa. El camino pavimentado que conducía del aeropuerto a San Pedro ascendía primero en dirección a la cordillera y luego se hundía en la hondonada del Valle de la Luna. Hora y media tardó el bus en cubrir aquellos cien kilómetros.

Cayetano cargó las maletas de ambos hasta la plaza, donde se sentaron bajo las copas frondosas de los pimientos. El sol alumbraba desde el azul intenso y absolutamente limpio, y los muros encalados de la parroquia y su pequeño campanario reverberaban como si Dios hubiese hecho un alto aquella mañana en su interior. Las estrechas calles de tierra, bordeadas por casitas de adobe, se alargaban rectas y solitarias al igual que las de un pueblo fantasma.

—La hostería debe quedar cerca —anunció Cayetano mientras observaba con rumor de tripas a los pasajeros que almorzaban en el patio interior del restaurante ubicado a un costado de la parroquia. Una cubierta de caña los protegía del sol—. En cuanto se nos pase el sofoco, continuamos.

—¿Y quién se la recomendó? —resolló la periodista poniéndose de pie. Sentía la boca seca, una leve molestia en la frente y una extenuación inexplicable. Debía ser el apunamiento del que le había hablado Cayetano.

—Un amigo que tiene una casa de citas en Valparaíso. Pero no se asuste, no creo

que exista quien soporte cruzar el desierto para venir a hacer el amor. La hostería nos conviene porque, pese a que es barata, ofrece cuartos limpios, agua caliente, luz y desayuno.

Caminaron varias cuadras por la calle Tocopilla hasta dar con la Trópico de Capricornio. Quedaba mucho más allá de la intersección con Caracoles, donde se habían instalado restaurantes, agencias de viaje y almacenes, creando una especie de pequeño centro comercial. Era un terreno amplio, plano y yermo sobre el cual habían levantado cabañitas de adobe con fundamentos de piedra, techumbre de chañares y techo de brea y barro, al más puro estilo atacameño. Frente a las construcciones los recibió un hombre de ojos escrutadores, cejas espesas y ojeras abultadas. Arriba planeaban en círculo los jotes.

—Solo me queda una pieza —anunció—. ¿La toman?

El detective depositó las maletas sobre el polvo y aspiró el aire apelmazado de la tarde. Se sentía desfallecer no tanto por el calor, que a fin de cuentas le resultaba grato si recordaba el frío que reinaba en esos instantes en Valparaíso, sino por la breve y extenuante caminata que acababa de realizar a dos mil quinientos metros de altura. Ya le habían advertido que podría superar el apunamiento en dos o tres días siempre y cuando comiese poco y bebiera mucha agua. Además, le incomodaba la perspectiva de tener que compartir cuarto con la alemana. Prefería dormir solo, libre de convencionalismos y a sus anchas, y no junto a una mujer, que si bien le resultaba hasta cierto punto atractiva —aunque a él le sedujesen más bien las mujeres de piel canela y cabello negro, caderas generosas y senos pequeños, porque presagiaban mejor dominio del ritmo y el baile y, por lo mismo, del amor—, no dejaba de considerarla primordialmente su cliente. Convenía, por lo tanto, respetar al dedillo la regla de oro: estricta separación entre negocio y alcoba. Con los clientes prefería las cosas nítidas, nítidas al igual que los perfiles de la cordillera recortados contra el cielo.

—¿Buscamos pieza en otra parte? —preguntó titubeando.

Sentía que el paladar se le tornaba amargo y áspero mientras el mundo comenzaba a girar vertiginosamente a su alrededor y sus piernas flaqueaban. Había exagerado la nota al cargar ambas maletas desde la plaza. Debía reposar.

—Lo que es a mí —opinó Cornelia mientras se pasaba la palma de la mano por su melenita de fuego, que le asemejaba a un puercoespín, puercoespín alemán, por cierto —, me da lo mismo. Yo no ronco.

—Me imagino que el caballero tampoco se opondrá a compartir cuarto —intervino el pensionista insidioso.

Lo siguieron por la vastedad del patio cercado por las cabañas. Frente a ellas se aireaban calzoncillos y poleras que colgaban de cordeles amarrados a los chañares. Más allá divisaron unos escuálidos pimientos y una pareja de llamas.

—Me dicen don Roque y soy el dueño de esto —anunció el hombre abriendo la portezuela de una cabaña para permitirles el ingreso a un cuartito caliente como

sauna. Tenía una ventana sin cortina, que miraba hacia un muro de pirca y la cordillera, dos camas estrechas, entre las que apenas encajaba un velador, y un anaquel vacío. El piso era de cerámica roja y el cielo blanco, manchado por las moscas—. ¿Extranjeros?

—La señorita es alemana.

—¿Y usted?

—Cubano.

Lo escrutó con desconfianza.

—¿Escribirán sobre el oasis? —preguntó don Roque a Cornelia.

—Así es. Para un diario alemán.

Dedicó una mirada esperanzada a la periodista que vestía aquel día un sari de la India, bajo el cual sus senos bregaban por expresarse con elocuencia, pero la mujer examinaba ahora los rincones del cuarto, buscando infructuosamente un lugar donde colgar la ropa.

—Ojalá que hable bien de nosotros —dijo don Roque—. Mire que la mayoría de los periodistas extranjeros viene aquí solo a desprestigiarnos.

Cornelia se volvió con los brazos en jarra.

—¿Ha tenido malas experiencias? —preguntó impertinente.

—Muchas, y siempre es igual. Primero quedan extasiados con el desierto, pero después terminan despotricando en contra nuestra. Que la ecología, que el turismo, que la pobreza, que los precios. Desaniman a los turistas europeos y nos hundan a nosotros, que vivimos del turismo, señorita.

—Yo, al menos, practico un periodismo serio —respondió Cornelia molesta y acomodó su cámara sobre el velador para comenzar a desempacar su equipaje.

El dueño de la hostería se acercó a la ventana y abrió las hojas en un intento por refrescar la cabaña. Entró un vientecillo tibio y seco, que se detuvo enseguida, trayendo el rebuzno de un burro y los berridos de ovejas.

—Me imagino que con la muerte del alemán ahora la cosa se pondrá peor —opinó Cayetano.

Don Roque giró sobre sus tacos y se dirigió al baño como si no lo hubiese escuchado. Al parecer los cubanos no eran de su agrado. Abrió la portezuela e inspeccionó en silencio las trizaduras del lavamanos y la gotera de la ducha detrás de la cortina de plástico. Tiró la cadena del estanque de la taza, escuchó fluir el agua, y luego se secó satisfecho las manos con las toallas dispuestas para los pasajeros. Cornelia presenció desconcertada aquella acción.

—Más que seguro que empeorará —meneó la cabeza y esgrimió una mueca de desaliento, que Cayetano no supo si atribuir a la muerte del alemán o al estado deplorable en que se encontraba el baño.

—Seguro —apuntó el detective con sorna. Prefería, como todos, las toallas secas—. Si no se aclara el crimen, vendrán menos europeos al oasis.

—Lo que sería una gran lástima, aunque dejen poco, porque en su mayoría son

mochileros que andan al dos y al cuatro —replicó don Roque volviendo a cerrar la puerta del baño—. Pero para dejar las cosas claras, al señor Balsen lo mató la imprudencia —afirmó cambiando de tono.

—¿Cómo es eso?

—Dicen que manejaba millones en casa, dinero del proyecto. Y, claro, lo asesinaron para robarle. Él se confió, pues aquí la gente es buena, incapaz de algo así, pero pasa mucho turista. Fueron turistas —afirmó y se cubrió de inmediato la boca con la palma de la mano—. Disculpe, no quise ofenderlos, pero aquí nunca sucede nada, aquí nos conocemos todos.

—¿Y qué dice Carabineros? —inquirió el detective.

Cornelia había terminado de colocar sus prendas en el anaquel y ahora se había sentado en una de las camas a escuchar con atención.

—Figúrese. Aquí llegan más de mil personas por semana y el pueblo tiene mil quinientos habitantes. ¿Se imagina seguirles la pista a todos? ¿Adónde? ¿A Santiago? ¿A Estados Unidos o Europa? Aunque creo que ya hay una pareja de sospechosos detenidos. En fin —parecía decidido a abandonar el cuarto—. Ustedes deben venir cansados y es hora de que los deje tranquilos. A propósito, ¿por cuánto tiempo piensan quedarse?

—Un par de días, creo yo. Depende de cómo se den las cosas —intervino Cornelia.

Don Roque abrió la puerta y antes de salir, dijo:

—Deben registrarse con sus pasaportes en la recepción. Carabineros lo exige con mayor celo que antes, por lo del alemán.

—Lo haremos enseguida —repuso Cayetano y se acercó a don Roque. En un intento por lograr cierta intimidad, posó una mano sobre su hombro y le preguntó—: ¿Usted conoció a Balsen?

Su rostro se contrajo. Miró al detective con sus ojos negros como aceitunas y se acarició la barbilla y las mejillas flácidas y mal afeitadas.

—¿Van a escribir sobre él?

—Es probable —repuso Cayetano intentando intercambiar una mirada de inteligencia con Cornelia, pero ella descansaba de espaldas, con los párpados entornados, sobre la cama—. ¿Usted sabe quién podría contarnos algo de él?

Don Roque lanzó un bufido de desaliento. Cayetano lo observó con deleite. Desde su infancia habanera se imaginaba a Aladino como alguien parecido a don Roque. Pero este, a juzgar por el calamitoso estado de su hostería, aún no había aprendido a frotar la lámpara.

—No me atrevo a dar nombres, porque aquí los atacameños son muy reservados y no les gusta verse involucrados en asuntos extraños de chilenos o extranjeros.

—¿Los atacameños no se consideran chilenos? —preguntó Cornelia desde la cama.

El dueño de la hostería sonrió orondo y repuso:

—Para nada. Son atacameños. Son anteriores en miles de años a nosotros, los chilenos. Cuando bajaron al oasis por vegas y quebradas, los mapuches no llegaban al Chile actual y no tengo idea en qué andaban los españoles en su península.

—Disculpe —intervino Cayetano, tratando de volver a su tema—. Pero tiene que haber alguien, al menos, a quien yo me pueda dirigir para hablar sobre Balsen.

—Podría ser Saúl Puca.

—¿Quién es?

—El encargado del proyecto de irrigación que dirigía el alemán. Un tipo joven, inteligente, que antes trabajaba de bibliotecario en el museo del padre Le Paige.

—Puca —repitió Cayetano y dejó resbalar aquel nombre por su lengua—. Me imagino que es atacameño.

—Y del Ayllu de Solor.

—¿Qué es un Ayllu? —preguntó el sabueso.

—Una especie de barrio con vínculos familiares, que existe desde antes que llegaran los españoles. Son quince en total. Unos más unidos que otros. Allí mandan los achaches, los viejos del Ayllu.

El detective acarició pensativo las puntas de su bigotazo.

—¿Y usted cree que Puca acepte recibirme? —preguntó al rato.

—Creo que debería hacerlo, pienso yo —se encogió de hombros—. A fin de cuentas fue la mano derecha de Balsen en toda esa broma macabra.

—¿Broma macabra? —repitió Cayetano.

—Sí. La de convencer a los achaches que se puede vencer al desierto.

SAN PEDRO, SÁBADO 9 DE MAYO, 18.20 HRS.

Tras dormir una larga siesta, y mientras Cornelia Kratz continuaba roncando en su cama a pierna suelta, vestida solo con calzón y polera, Cayetano Brulé se duchó y salió en busca del encargado del proyecto que dirigía Balsen. Afuera lo aguardaban el frío helado que soplaba desde la cordillera barriendo las callejuelas en sombras y el disco plateado de la luna ya instalado en el cielo crepuscular.

Alcanzó la plaza de San Pedro justo en el momento en que su antiguo Poljot ruso marcaba las seis y media de la tarde y la parroquia hacía tañir su campana. Se detuvo bajo los pimientos, de espaldas al restaurante Juanita, a esa hora ya frecuentado por turistas, y desde allí contempló por un rato la fachada de la casa que alquilaba la oficina de la organización SOS.

Era una construcción como tantas del oasis: de un piso, paredes de adobe, techo de barro, pintada con varias manos de cal. Las dos ventanas y la puerta en el centro, ahora cerradas, daban hacia la calle Valdivia, brindando, seguramente, una vista privilegiada sobre los árboles y el costado poniente de la parroquia. Cayetano se alzó el cuello de la gabardina y avanzó a paso decidido. Junto a la puerta vio un letrero de madera con las siglas rojo-verdes de la SOS. Tocó tres veces.

No tardó en abrir un joven delgado de rostro cetrino y ojos oscuros.

—¿Don Saúl Puca?

—El mismo.

Aunque llevaba camisa de franela a cuadros, así como jeans y zapatillas, su estatura mediana, su piel morena, su negro pelo lacio y su nariz ganchuda revelaban al atacameño. Desde el fondo de la casa venía por los aires un corrido mexicano.

—Soy Cayetano Brulé —escudriñó en el rostro de su interlocutor el efecto que causaba su carnet. En Chile un carnet abría puertas y constituía un documento clave para subsistir. Era extraño, pensó, solo en Chile y en Alemania un simple cartoncito plastificado desbrozaba tantos caminos. ¿Se debería quizás a la mentalidad jerárquica imperante en ambos países?—. Investigo el asesinato de Willi Balsen. ¿Podríamos hablar unos minutos?

La incertidumbre y la desconfianza se reflejaron en Puca, pero lo invitó a pasar con una sonrisa forzada.

Ingresaron a una sala con piso de cemento, iluminada exiguamente por una ampolleta que pendía de las vigas del techo. Los ojos de Cayetano distinguieron primero un estante repleto de libros, carpetas y discos compactos, a su lado un pequeño equipo de radio con bocinas grandes, luego una mesa que, a juzgar por la máquina de escribir que descansaba sobre ella, hacía la función de escritorio, y por último varias sillas. Adosada a la pared del fondo, bajo fotos enmarcadas, vio una cama estrecha, cubierta con un poncho colorido, y a su lado un velador con el pequeño aparato de radio que transmitía rancheras.

—Asiento, por favor —dijo Puca con aire solemne. Tenía el cuello delgado de las personas ágiles y diligentes—. Hace un par de semanas estuvieron aquí los carabineros. Me interrogaron y luego se marcharon. Es terrible lo que sucedió con el pobre don Willi.

—Esta era la oficina de Balsen, ¿no? —inquirió Cayetano mientras acercaba una de las sillas a la mesa y se acomodaba.

—Así es —repuso Puca imitándolo—. La oficina y su casa. Lo tenía todo en esta pieza. En realidad la casa la mandó a construir don Pedro de Valdivia hace quinientos años y es solo lo que usted ve, más el patio trasero donde crecen perales e higueras y agregaron un baño con ducha. Aquí vivía y trabajaba don Willi.

—Y ahora vive usted.

—En cierta forma —tartamudeó avergonzado—. Solo por un tiempo.

—¿Y cuál es el objetivo del proyecto?

Puca carraspeó, cruzó sus manos sobre la mesa y dijo:

—En una primera etapa se trataba de cavar pozos y más tarde de construir acequias y piletas para almacenar agua durante la noche. En San Pedro existe una comunidad de regantes y uno recibe agua cada veinte días, una hora por hectárea. Si anda de mala suerte, el turno le puede tocar de noche, y si carece de pileta, no puede almacenar el agua simplemente.

—¿Y ese proyecto se financia con recursos del SOS?

—Y con el trabajo voluntario de la gente.

—Entiendo que el proyecto benefició principalmente al ayllu de Solor. ¿Por qué solo a Solor?

—Yo pertenezco a Solor. Fueron los achaches del ayllu los únicos que se interesaron por el proyecto que ofrecía Balsen. Los demás desconfiaron y ni se acercaron a la oficina.

Puca tenía voz aguda, casi de muchacho, pero sus manos, largas, cobrizas y huesudas, se encargaban permanentemente de enfatizar lo que afirmaba con gestos reposados.

—Explíqueme otra cosa —dijo Cayetano—. No entiendo por qué Balsen guardaba el dinero del proyecto aquí mismo.

—Porque prefería pagar de inmediato los materiales o los servicios que adquiriría —dijo Puca colocando un legajo de papeles debajo de la máquina de escribir—. Aquí

no hay ni caja fuerte. Yo le había dicho que me parecía peligroso guardar tanto dinero. Era algo que todo el mundo sabía.

Cayetano reparó en que las fotos que colgaban de la pared exhibían escenas de trabajo. Se puso de pie y las observó con detención. Vio a grupos de personas que cavaban la tierra o limpiaban acequias, o bien posaban serios junto a Balsen. Tal como en las fotos de la carpeta entregada en la embajada, el alemán destacaba por su estatura y su larga cabellera rubia. En todas el cielo relucía azulísimo, limpio de nubes. Leyó a la rápida el lomo de un par de libros alineados. La mayoría estaba en alemán y trataba de hidráulica.

También halló un par de obras en castellano: *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano; *Conversaciones con Fidel*, de Fray Betto; *Cimarrón*, de Miguel Barnet; *La mala memoria*, de Heberto Padilla y una autobiografía de Stephan Heym junto a unas monografías de la Fundación socialdemócrata Friedrich Ebert. A un costado, casi confundidos con estos textos, vio algunos discos compactos: Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Leo Brouwer y Joan Manuel Serrat. En fin, meditó lanzando un suspiro, ya podía reconstruir con relativa precisión el perfil político de aquel alemán. Era una de aquellas aves de emigración tardía. Ahora descansaba para siempre lejos de las arenas de Atacama. Volvió a sentarse y preguntó:

—¿Y ahora cómo se las arreglan sin Balsen?

Puca apoyó los codos firmemente sobre la mesa.

—Aún no recibo instrucciones de Berlín —dijo después de una pausa—. Hasta el momento no han enviado a nadie y desconozco qué sucederá, especialmente ahora, que enfrentamos problemas serios.

—Según la embajada las cosas funcionan bien.

—No tienen idea —dijo bajando la vista—. En tres años hemos construido doce piques, tres kilómetros de acequias y cinco piletas, lo que es aceptable y se acerca a los objetivos del proyecto, pero lo malo es que comenzaron a bajar los espejos de agua de los pozos. Al parecer en algunas partes se ha afectado el manto freático.

—¿Y entonces?

Sacudió la cabeza decepcionado.

—Los piques funcionaron bien en un primer momento, el agua afloraba sola —continuó—. Pero después hubo que comprar bombas para extraer agua. La SOS tuvo que comprometerse a financiar su adquisición. Pero de pronto Berlín le anunció a don Willi que no podría financiar más bombas. Ha sido todo en vano —se lamentó—. Todo. Los piques y las acequias. La gente se sacrificó, dejó de trabajar en otras cosas, se endeudó y quedó sin agua.

Lo vio escrutar en silencio la superficie nudosa de la mesa, incapaz de elevar los ojos. Cayetano aprovechó para encender un cigarrillo y aspirarlo con calma. El proyecto de Balsen no había sido lo que suponían en Santiago; por el contrario, era un fracaso estrepitoso. Un mecanismo de cristal muy sensible, oculto por milenios en las profundidades misteriosas del oasis, había sido alterado probablemente de modo

irremediable por la construcción de pozos. Más de algún beneficiario de la SOS se la habría jurado a Balsen, supuso Cayetano con un leve escalofrío.

—¿Cuánto tiempo antes de su muerte se enteró Balsen de que Berlín no financiaría la compra de las bombas?

—Pocas semanas antes.

—¿Lo comunicó de inmediato a la gente de la asociación?

—Sí, pero no les contó que todo estaba perdido, sino que les prometió que desplegaría esfuerzos ante el gobierno alemán para conseguir recursos adicionales y financiar las deudas. Pero —agregó pensativo, enlazando sus manos morenas— yo creo que no tenía ninguna perspectiva. Estamos jodidos.

Cayetano expelió una bocanada de humo.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿No había nada que hacer?

—Con la construcción de los piques —continuó Puca, incrustando la uña de su pulgar en la superficie de la mesa—, mucha gente ajena al proyecto perdió en un principio el respeto por el agua. Creyó que iba a ser fácil conseguirla, y comenzó a cavar pozos por su cuenta y a comprar bombas con la idea de vender agua o de ampliar cultivos.

—Un círculo diabólico —comentó Cayetano.

—Eso pasa cuando se le paga mal a la Pachamama, dicen los achaches.

—¿Quién es la Pachamama?

—¿No la conoce? —preguntó Puca incrédulo—. Es la madre tierra —puntualizó indicando hacia el piso—. A la Pachamama hay que pagarle siempre, de lo contrario...

Dio una nueva y larga piteada a su cigarrillo, sorprendido por la visión ecologista de los atacameños. Un ecologismo que debe datar de hace miles de años y no viene aterrizando en Jumbo con los hippies europeos, pensó. Meneó la cabeza durante un rato, sintiendo el peso de la mirada de Puca y un sabor sulfuroso en la boca.

—Así que las cosas empeoraron por culpa del proyecto —concluyó.

—Así es —asintió Puca—. En dos hosterías cavaron pozos profundísimos, lo que solo hizo disminuir aún más el nivel del agua. Ahora no hay agua en los piques ni en las acequias, las bombas no dan abasto y la gente del proyecto está endeudada.

Puca se puso de pie y caminó hacia la ventana, abrió los postigos y dejó entrar la última luz de la tarde. Era una luz ocre, fresca y densa, que a Cayetano le hizo pensar en el color del ron añejo. La luz invernal de Valparaíso, por el contrario, le parecía pálida y translúcida, como el color del buen vodka ruso. Para Puca, Balsen era un enigma, cosa que no le inquietaba sobremanera. En cierto sentido, todos los afuerinos representaban un enigma para el atacameño. Le confesó, entre suspiros y «eses» muy marcadas, en un tono suave y melódico, casi de resonancias bolivianas, que Balsen solía usar una chaqueta militar gris en las tardes frescas, una chaqueta que, a juzgar por su descripción, correspondía a las Grenztruppen der DDR, las antiguas y temidas tropas guardafronteras germanoorientales. La había comprado en un bazar bajo la

Puerta de Brandemburgo, en Berlín.

Se llevaba bien con su jefe, aclaró el administrador del proyecto, aunque era reservado y solo se dedicaba a promover el proyecto de irrigación. Pensaba que la construcción de pozos y acequias resolvería el problema de la carencia de agua para los atacameños. Parecía un hombre ablandado por la vida, angustiado por cargos de conciencia, que probablemente intentaba aliviar sacrificándose por otros, afirmó Puca. Pero al poco rato insistió en que Balsen era un tipo parco en palabras, que rara vez compartía su intimidad con otros, un desconocido, en síntesis. No era reservado por desconfianza, aclaró abriendo los ojos y tragando saliva, sino más bien por sangre y hábito, por el solo hecho de ser alemán. Ayudó a muchos, o creyó ayudarlos, pero nunca nadie supo algo de él.

—Hay quienes deben sentirse estafados por Balsen y la SOS —opinó.

—Hay muchos que han perdido casi todo y ahora están a punto de perder las tierras —sentenció resignado—. Me asusta todo esto, señor Brulé, ya se lo dije a Carabineros, porque si antes los achaches culpaban de todo a don Willi, ahora me culpan a mí.

—Puedo imaginar que Balsen tuvo encontrones en el pueblo a raíz de eso.

—Varios.

—¿Con quiénes? —preguntó Cayetano extrayendo un Bic y una libreta minúscula del bolsillo de su gabardina. Puca lo miró acobardado y volvió a tomar asiento, buscando refugio.

—Pero no me diga que piensa que...

—No, solo quiero anotar los nombres —explicó el detective con calma—. ¿Con quién discutió Balsen poco antes de su muerte?

—Ya ni me acuerdo. Fueron discusiones sin trascendencia. Nada grave, señor Brulé, se lo aseguro. Lo grave fue lo otro.

Frunció el ceño preocupado. En la medida en que el humo de su cigarrillo ascendía, se iba enredando entre las vigas de los torcidos troncos de chañares.

—¿Qué fue lo grave?

—Que recibimos amenazas de muerte.

—Amenazas de muerte —repitió Cayetano sin sorprenderse, como si lo hubiese intuido de antemano y ahora se sintiese ratificado en sus temores.

—Llegaron a través de anónimos, que aparecían debajo de la puerta. Fueron tres, pero don Willi no los tomó en serio, los destruyó y botó.

—¿Se lo comunicaron a la policía?

—Entonces no. Yo sí se los conté hace poco.

—¿Y cómo reaccionaba Balsen después de las cartas?

—Decía que perro que ladra no muerde.

El detective se puso de pie y comenzó a pasearse por la sala. Probablemente Balsen había sido víctima de su propio entusiasmo. ¿Lo habría liquidado algún campesino arruinado por su culpa? ¿Algún atacameño influido por la condena de los

achaches? ¿O quizás un huaquero? Recordó por unos instantes la melena y los ojos brillosos de Pablo Ubilla, el anticuario de Santiago.

—Pobre Balsen —comentó—. Venir al carajo del mundo a joderse la existencia.

—Dicen los achaches que don Willi, como era extranjero, no supo interpretar a la Pachamama —advirtió Puca. Miraba ahora como si alguna velada amenaza pendiera sobre su cabeza—. Un oasis descansa en el equilibrio más delicado que existe. Ni siquiera las selvas tropicales son tan delicadas. Aquí basta con que alguien roce un pelo del equilibrio para que todo se venga abajo y nos arruine. No debimos haber aceptado que un afuerino pusiera sus manos sobre algo que manejamos desde hace miles de años.

Aspiró el humo nuevamente, sintiendo irritación por la falta de consecuencia de Puca. ¿Por qué no había actuado desde un inicio según lo que sostenía ahora? ¿Por interés monetario o simplemente porque practicaba la antiquísima costumbre indígena de «seguir la corriente» al hombre blanco? En fin, se dijo haciendo chasquear la lengua, ya era tarde. El daño estaba hecho. Un modesto proyecto había violentado el vital equilibrio que los atacameños mantenían desde hace milenios. Restablecer ahora la paz entre hombre y naturaleza, porque de eso se trataba, de fumar la paz con Atacama, de convencerla de que debía volver a irrigar las entrañas de la tierra porque era bueno para todos, se tornaría una tarea ardua y prolongada.

Pero no solo se habían perdido los mantos de agua, meditó atusándose los bigotazos, sino también una vida. Balsen había sacrificado lo mejor de sí en beneficio de una causa ajena, la que había terminado por convertirse en desastre. Tal vez se había ido hundiendo en la frustración y la desdicha, quizás había experimentado el rechazo y la recriminación precisamente de las personas a quienes intentaba ayudar. ¿Por qué no había permanecido en Alemania discutiendo, ante un buen exprés o una Coca-Cola fría, sobre la solidaridad con un Tercer Mundo que tal vez nunca había logrado entender?

—Cuénteme —se escuchó decir a sí mismo—. ¿Está seguro de que Balsen no recibió jamás amenazas de muerte directas?

Puca levantó la vista impaciente.

—Ya le dije todo. Pero si don Willi sufrió algo, algo peor, eso podrá contárselo Isabel Ayabire.

—¿Quién es ella?

—Una mujer que él tuvo... ¿Me entiende?

—¿Vive en el oasis?

—En la calle Calama. Pero no diga que yo se lo insinué. Lo único que yo anhele ahora es que el SOS financie las bombas de agua que compró la gente de Solor. Después habrá que cerrar esto. A lo mejor es cierto lo que afirman los achaches y el Taita Maico Licanco nos abandonó hace rato por aceptar a tanto afuerino.

SAN PEDRO, SÁBADO 9 DE MAYO, 19.00 HRS.

Jamás habría imaginado que Isabel Ayabire fuese tan joven. Era una muchacha de no más de veinte años, tan bella que encendía en los hombres del oasis el deseo en cuanto olisqueaban su presencia, incluso entre los achaches más antiguos, que ya comenzaban a perder la vista y la memoria. Era esbelta, de ojos rasgados y vivaces, piel color de la jarosita, boca amplia, de labios carnosos, y su cabellera, azul de tan negra, resbalaba refulgiendo sobre la espalda. Cuando miraba a los ojos, su perfección atacameña perturbaba, como también perturbaban sus senos pequeños y la sutil estrechez de su cintura.

—Investigo la muerte de Willi Balsen y necesito preguntarle algunas cuestiones —tartamudeó Cayetano Brulé en cuanto Isabel apareció en la modesta sala que servía de estar y comedor en la casita de adobe de su abuela.

—Es poco lo que mi niña le puede contar sobre el alemán —advirtió Eusebia, una anciana gorda, de tez curtida y sombrero, que no parecía dispuesta a dejar a su nieta a solas con el detective.

Ella lo había recibido creyendo que se trataba de un turista. La parte posterior de su propiedad, rodeada de un alto muro de adobones, por sobre cuyas cumbreras se asomaban los copos de higueras, perales y algarrobos, estaba convertida en una pequeña residencial, la que atendía junto a su nieta.

—No se preocupe, doña Eusebia —dijo Cayetano calmado—. Se trata solo de un par de preguntas.

—Vamos, abuela, déjeme —terció Isabel—. Yo sé lo que hago.

El detective arrancó una última chupada a su cigarrillo y lo aplastó contra un cenicero a la espera de que la anciana abandonara la sala. Eran las siete, la noche se anunciaba fría mientras la luna bañaba las callejuelas de San Pedro con su luz plateada.

—Desde ya le digo que no conocí tanto a Willi como le contaron —advirtió Isabel una vez que la abuela los hubo dejado a solas.

Cayetano introdujo las manos en la gabardina. Sentía que el frío comenzaba a traspasar el adobe de los muros, a colarse por el techo de barro y brea, a ascender desde las profundidades del desierto. Dijo:

—Si quiere, vuelvo mañana. Sé que usted habló con Carabineros hace poco, pero en mi caso solo se trata de unas cuantas preguntitas. Investigo para una institución alemana. ¿Prefiere que vuelva mañana? —simuló dirigirse hacia la puerta—. Puedo hacerlo en compañía de una amiga de Alemania, si eso le brinda confianza.

—Willi siempre hablaba de Alemania —dijo Isabel con nostalgia—. Aunque afirmaba que jamás volvería a vivir allá, porque en el desierto se había encontrado a sí mismo.

—Hay gente a la cual se le va la vida buscándose a sí misma —apuntó Cayetano y se peinó el bigote mientras disfrutaba las facciones armónicas del rostro de la muchacha. Pensó algo vagamente libidinoso y luego admitió que podría ser su padre—. Hay quienes nunca se encuentran, pero hay otros que lo logran en los lugares más inverosímiles, como en Atacama o en La Habana.

—¿La Habana? —repitió Isabel como si le hablasen de un planeta lejano que ella hubiese visitado—. Willi fue muchas veces allá, asistía a congresos y seminarios. Era una de sus ciudades favoritas.

—Pues yo nací allá —afirmó él con cierta insolencia y al hacerlo no pudo más que preguntarse qué diablos hacía él en aquel lugar, extremadamente alejado de las aguas turquesas, del aire caliente y húmedo, del ritmo estremecedor de la vida antillana y de la algarabía permanente de las calles habaneras. ¡Hasta Willi Balsen había visitado La Habana! Probablemente lo había hecho en la época en que militaba en la organización comunista germano-oriental, cuando viajaba por el mundo como experto.

—¿Qué necesita saber de Willi?

—Todo. ¿Puedo sentarme? —replicó Cayetano indicando una silla.

Ella asintió y después ocupó una silla frente a él.

—Ya le dije que mi amistad con Willi no fue lo que usted cree —insistió—. Nos hicimos amigos, simplemente, cuando él llegó. Lo demás son historias que teje la gente y que no competen a nadie.

—Su relación con Balsen solo me interesa en la medida en que usted pueda recordar a alguna persona que le haya resultado sospechosa o bien alguna circunstancia que le pudiera haber parecido extraña.

—¿Usted no cree que el dinero fue el móvil del crimen de Willi?

—Temo que el dinero no fue el móvil. Al menos no ese que le robaron.

Pudo vislumbrar ahora cierta repentina rigidez en las líneas de su bello rostro. Sus ojos perdían brillo.

—¿Hay otros motivos?

—Debe haberlos, pero los ignoro —replicó asintiendo pensativo con un movimiento de cabeza, mirando fijo el piso de cemento—. ¿Usted no estuvo acaso casi hasta el final con él?

—Nos veíamos ocasionalmente. Nuestra amistad se había enfriado. Había comenzado tres años atrás, cuando él llegó. En una época, hace más de un año, viví

en su casa —calló por un rato y Cayetano no supo si su repentino silencio se debía a que ordenaba su pensamiento o a que trataba de descubrir si su abuela espiaba la conversación desde algún lugar—. No es fácil que un alemán entienda a una atacameña.

—¿Qué quiere decir con eso?

Ella posó sus ojos en los del detective.

—Usted necesita demasiadas palabras para entender las cosas. Debería acostumbrarse a que en Atacama hablamos más con silencios que con palabras.

No tuvo más que admitir que a los seres del Caribe los trastorna el silencio hundiéndolos en la melancolía. Quizás por eso adoraba Cayetano tanto la música, los ritmos de trompetas y timbales, de flautines y bongós, de trombones y maracas. En el Caribe el ruido no solo brota de las arcadas de piedra y los tejados españoles, de los pliegues y repliegues de su vegetación exuberante, sino también de los diálogos cotidianos, callejeros, diálogos lujuriosos tejidos a punta de gestos, requiebros, suspiros, risas, gemidos y gritos, acompañados de contorsiones, giros y meneos, de fugaces aproximaciones incitantes, durante las cuales a veces es posible percibir, como en un beso furtivo, la fragancia alegre y escalofriante de las entrepiernas de una hembrona recién bañada, la apetitosa estrechez de una cintura de guitarra o el estremecedor susurro caliente de los labios de una mulata clara de ojos verdes. Carraspeó y decidió volver al tema.

—¿Balsen no se peleó con nadie violentamente antes de morir?

—No.

—¿Segura?

—Solo sufrió reproches, incluso de parte de la misma gente que se benefició al comienzo con el proyecto.

—Me refiero a discusiones encendidas.

—Bueno, da lo mismo, ya se lo conté a la policía —recapitó Isabel mirándolo fijo—. Sergio Azcárate lo amenazó de muerte por la desaparición del agua en unos terrenos. Es un tipo poderoso, dueño de varias propiedades en el oasis y Calama, y de una flota de camiones que viajan a Bolivia.

—Azcárate, dice usted. ¿Vive en San Pedro?

—La mayor parte del tiempo. A veces permanece semanas afuera, ignoro dónde. Pero tenga mucho cuidado, es un hombre sumamente peligroso.

—Descuide, sé cómo tratar a gente ruda.

—Tenga cuidado —insistió ella ordenándose nerviosa el cabello—. Se dice que Azcárate hizo fortuna con el transporte de droga. No diga después que no se lo advertí.

SAN PEDRO, SÁBADO 9 DE MAYO, 20.00 HRS.

Sintió que el frío de la noche comenzaba a colarse a través de la gabardina, los zapatones y el gorro de lana. El cielo era una gigantesca bóveda negra manchada de unas estrellas que brillaban con asombrosa nitidez. No había sacado mucho en limpio de la conversación con la bella Isabel Ayabire, por lo que anduvo por la calle Caracoles con cierto desaliento e ingresó a La Estaka a cenar algo contundente.

En el restaurante, una gran nave de adobe con vigas de álamo a la vista, repleta de turistas que comían, conversaban y reían alrededor de mesas rústicas muy bien servidas, lo envolvieron el calor tenue, pero reconfortante, que despedía una decrepita estufa de hierro y el ritmo evocador, ya casi olvidado, de los Dave Clark Five.

Si no le fallaba la memoria, se dijo mientras tomaba asiento en una mesa situada junto a la cocina y ordenaba un pisco sour, un par de chuletas de chanco acompañadas de huevos fritos y arroz graneado, y un tinto de la casa, y observaba a los comensales —provenientes en su mayoría, al parecer, de países escandinavos o Estados Unidos, muchachos jóvenes que llevaban bototos, pantalones anchos y gruesos suéteres de lana de alpaca con motivos andinos—, si no le fallaba la memoria, se repitió, porque ahora ingresaba al establecimiento un hippie desplazado hace mucho por la rueda de la historia portando un charango con el cual amenazaba ponerse a cantar a cambio de unos cuantos pesos o dólares, él, Cayetano Brulé, había bailado con una gringa llamada Jane Fogerty, en los años sesenta, en un salón de Miami, esa misma canción romántica que introducían ahora el órgano dulce y la batería reposada y la voz adolescente de Mike Smith: *It's right that I should care about you and try to make you happy when you're blue, it's right, it's right to feel the way I do, because, because I love you*. Exacto, era “Because”, pensó tarareándola con nostalgia. «Give me one kiss and I'll be happy». Coño, exclamó, entonces se acercaba a los veinte y hacía sus primeras armas y conquistas en Estados Unidos, y Cuba parecía aún cercana y Chile inimaginable. «Give me, give me a chance to be near you, because, because I love you», alcanzó a cantar Mike Smith, pero después su voz comenzó a hacerse menos perceptible, hasta desvanecerse por completo y ser reemplazada por el ritmo cortado de aquel hippie, que ahora ensayaba, con voz más bien precaria y entonación dudosa, una canción que podía ser una resbalosa o un

cachimbo.

—¿Y usted, amigo, de dónde viene? —sintió que alguien preguntaba a su espalda.

Pero Cayetano alzó primero la gran copa de pisco sour en su mano, sorbió con deleite aquel trago que no solo calentó las tripas y su voluminosa humanidad, sino que sabía además a buen pisco, al zumo que solo brota de los limones de Pica, a la clara de los huevos que ponen las castellanas en el campo y a la fragancia estimulante y misteriosa de la canela. Solo después se viró en el asiento.

Su mirada se topó con un tipo joven, de cola de caballo y barbas negras, que vestía delantal y le dedicaba una sonrisa zorruna mientras freía un par de chuletas en la sartén.

—Vengo de Valparaíso —replicó Cayetano, y volvió a libar de la copa—. Este es delicioso, el mejor pisco sour que me he tomado en Chile.

—¿Le gusta de verdad?

—Casi tanto como un buen mojito en la Bodeguita del Medio.

—Pues este lo hago yo, según la auténtica receta de los peruanos, que son sus inventores. Hay que saber reconocer lo bueno —advirtió enarcando serio una ceja—. Así que de Valparaíso —repitió dando vueltas las chuletas. La sartén humeaba.

—¿Y usted? ¿De San Pedro?

—Me llamo Yerko y soy de la capital. A propósito —se secó las manos en el delantal con un movimiento rápido—. Si necesita un guía en San Pedro, nadie mejor que don Pompeyo Jara.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y dónde lo ubico?

—Ya le explicaré a su debido tiempo. No es fácil.

Humo, un humo claro y denso ascendió con un chisporroteo de la sartén hasta perderse en el cielo de La Estaca. Yerko prestaba atención a la carne y no cesaba de dar pasitos de baile y esquivar golpes imaginarios frente al fuego de la cocina.

—¿Y usted cómo llegó a este lugar? —preguntó Cayetano antes de sorber un largo trago.

—Llegué aquí con mi hermano cuando era joven y me creía hippie —seguía bailando ahora como Cassius Clay en torno a sus rivales—. Quince años atrás. Vine a no hacer nada o de todo, que es lo mismo. Me dediqué a contemplar el desierto, la cordillera y el cielo, al amor y a la artesanía. Collares, tejidos, cerámica, qué sé yo.

—¿Y así se quedó?

Yerko derramó bastante sal sobre la carne, que despedía un aroma apetitoso, y luego hincó la punta de un cuchillo de hoja larga en una de las chuletas. Sus movimientos eran aparatosos. El hippie del charango cantaba ahora algo que bien podía ser un vals chilote y que parecía estimular aún más los desplazamientos de Yerko.

—¿A usted le gustan a punto o bien fritas? Porque estas chuletas son suyas —lo escuchó preguntar entre los gritos del hippie, que anunciaba que se iba a dar un viaje en bote por las aguas revueltas de Chaitao.

—Las prefiero bien pasadas —precisó Cayetano volviendo a sorber de su copa. Lo vio quebrar dos huevos y verterlos en la sartén. Chisporrotearon estrepitosamente —. ¿Y cómo fue que se quedó en San Pedro?

—Mi padre es el responsable —repuso sonriendo, rescatando con un *jab* la sartén del fuego—. En realidad, el viejo se asustó al enterarse de que sus hijos habían decidido refugiarse en el oasis, a casi dos mil kilómetros de casa, y vino a buscarnos. Era contador y como tal tenía un concepto ordenado de la existencia. Creo que su diario de vida lo escribía en un libro de balances.

—¿Y entonces?

—Vino a buscarnos y al estar aquí se dio cuenta de que entre los tacos y el esmog, la agresividad y los asaltos de Santiago, había desperdiciado gran parte de su vida. Tenía sesenta años, ya la había corrido íntegra prácticamente —se alejó unos pasos para volver junto a la sartén con un plato bajo—. De un día para otro nos anunció que se quedaba, que sus hijos le habían enseñado por fin a vivir. Mandó a buscar a mi vieja, abrimos un restaurante y una residencial, y aquí nos quedamos.

—A la salud de su padre, entonces —dijo Cayetano y vació la copa.

—El viejo murió hace poco —repuso Yerko con los ojos aguados. Sus movimientos se hicieron cansinos. Depositó las chuletas en el plato y luego los huevos fritos, y por ende acompañó todo aquello con una generosa porción de arroz —. Pero murió feliz, a los sesenta había descubierto la vida. ¿Ve esa señora que está allá?

Señaló con un tenedor largo hacia la esquina opuesta. Cayetano vio a una viejecita de pelo blanco, vestida de luto, que comía sola y taciturna en una mesa.

—Es la vieja. A estas alturas aprendió a trabajar la greda y es capaz de hacer las ánforas más lindas de Atacama.

Contempló con ternura a la mujer por unos instantes y luego decidió desviar a Yerko del tema. Le preguntó:

—¿Hay más gente en el oasis que se dedique a la cerámica?

—Quedan pocos. Los jóvenes ya no quieren hacerlo. Se van del oasis, se avergüenzan de sus tradiciones. Prefieren el plástico. Los pocos que lo hacen son viejos atacameños. Trabajan sin torno y logran maravillas —afirmó entusiasmado, meneando la cabeza. Su cola de caballo bamboleó por unos instantes.

—Hay uno en el oasis que se llama Palomares y dicen que trabaja bien la cerámica. ¿Lo conoce?

Yerko dio la vuelta alrededor de la cocina, se situó junto al detective y colocó con elegancia el plato humeante sobre la mesa.

—Ya le traigo el vino —anunció.

Cayetano lo asió suavemente por la muñeca e insistió:

—¿Conoce a Palomares?

—No. ¿Le interesa mucho? —preguntó casi entornando los ojos. Cayetano descubrió ahora que Yerko tenía la tez pálida, la nariz larga y perfilada y la barba

muy poblada.

—Me interesa bastante.

—Es afuerino.

—Como usted.

—Como yo —asintió grave, sin despegar sus ojos de los del detective—. Pregunte por él en la feria de artesanía. —Consultó su reloj—. Lamentablemente ahora ya es tarde para encontrarlo. Pregunte allí por el Inti Palomares.

SAN PEDRO, DOMINGO 10 DE MAYO, 09.30 HRS.

A la mañana siguiente —de cielo alto, absolutamente despejado, con sol radiante y escandaloso trinar de pájaros—, Cayetano Brulé entró al patio interior del restaurante Juanita y ocupó una de las mesas bajo la cubierta de cañas. A través de una arcada blanca podía contemplar los pimientos añosos y a un viejo que arrojaba cubos de agua sobre la calle de tierra. Ordenó una paila de huevos fritos y café con leche mientras encendía un cigarrillo y se decía que dentro de poco debían abrir los puestos de la feria de artesanía.

La noche anterior se había tornado una verdadera pesadilla, ya que tras las chuletas y los pisco sours de La Estaka, había regresado a la pensión con la esperanza de dormir. Pero al llegar a la cabaña —solo ansiaba desplomarse sobre su lecho, envolverse bien en frazadas y cerrar los ojos—, halló a Cornelia Kratz despabilada leyendo un libro voluminoso a la luz de una vela, precaria por cierto. Un tomo de empaste duro, que anunciaba eficaces dietas de adelgazamiento basadas en la acupuntura, la macrobiótica y la hipnosis. Sin embargo, lo peor estaba aún por verse, pues cuando la mujer hubo cerrado el texto y recitado un acucioso resumen del mismo sin que nadie se lo hubiese solicitado, comenzó a despojarse de sus prendas con el desenfado y la indiferencia propia de quien habita solo en una isla.

Tras quedar en calzones y sostén, unos calzones brevísimos, que en realidad se encogían hasta convertirse a la altura de su fondillo en una tira escueta y un sostén transparente y exiguo que ceñía sus contundentes pechos, la alemana plegó diligente su ropa y la depositó en el anaquel que hacía de ropero. Cayetano pudo entonces admirar, casi sin aliento, la luna llena de sus nalgas que cimbraron furtivamente el parpadeo de la vela. Después la vio untarse con parsimonia crema en el rostro, peinar la melenita con un cepillo grueso y deslizarse en la cama, a un metro de la suya.

—Cada día entiendo menos a las europeas —masculló con el cigarrillo entre los dientes justo en el momento en que le servían el desayuno.

—¿Qué dice el caballero? —preguntó la camarera.

—Nada —barruntó y empezó a revolver perezoso el café con leche.

A sus cincuenta años no podía dejarlo indiferente que una mujer joven y atractiva se desnudara ante su nariz. ¿Había aguardado ella quizás, entre los pliegues y

vericuetos de su alma femenina, a que él tomara alguna iniciativa? ¿O no esperaba nada y solo cumplía con el rito de desnudarse para dormir, ignorando las incitantes bondades de su cuerpo? Como macho latino debió haber actuado, haber celebrado al menos algún detalle de su anatomía, pensó, mientras se valía de un trozo de batido para romper con placer indefinido la yema del huevo. ¿Debió haberle dicho algo, algo que reflejara la emoción que lo embargaba ante aquel espectáculo de muda seducción brindado en medio de la soledad y la vastedad del desierto? ¿O debió haberse acercado simplemente a ella aprovechando la delicada complicidad que tejía la noche?

Depositó la colilla sobre el borde de la mesa y probó la yema. Estaba a punto, líquida y caliente como a él le gustaba. No, se dijo, él no era el tipo de hombre que disfrutaba situaciones como aquella. Cosechar pasiones era en verdad placentero, pero le resultaba más estimulante cosechar las que él mismo se había ocupado de cultivar. ¿No lo estaría sometiendo a prueba esta alemana? Correspondía actuar con suma prudencia. En América Latina, el ejercicio de la templanza se confundía fácil e injustamente con la mariconería, se dijo intranquilo, picado en su fuero interno, a punto de atragantarse.

Echó a vagar la vista por la plaza mientras bebía el café con leche y decidió olvidar aquel incómodo capítulo nocturno. Después de todo, confiaba en que Cornelia Kratz pudiese hallar pronto un cuarto independiente y él lograra dedicarse a tiempo completo a la investigación. Le irritaba el cúmulo de circunstancias sospechosas que rodeaban como anillos desiguales y concéntricos la muerte de Willi Balsen.

¿Había sido asesinado el alemán simplemente por una banda de ladrones, tentada por el dinero que solía almacenar en su casa, circunstancia que se ajustaba plenamente a la versión de Carabineros? ¿O todo se reducía a la acción de un modesto campesino del oasis que había decidido vengar a la Pachamama? ¿O tal vez alguien vinculado al tráfico de estupefacientes había decidido callarlo para siempre por motivos que Cayetano desconocía ahora? ¿O cabía suponer que la muerte se vinculaba más bien al negocio ilegal de los huaqueros? Meneó la cabeza desalentado. El caso Balsen amenazaba con convertirse en el más complicado de su carrera. A todo lo anterior se sumaba la desconfianza centenaria que profesaban los atacameños hacia los afuerinos, desconfianza que era incapaz de definir con claridad, pero que su nariz de sabueso olía en medio del aire seco y sulfuroso de Atacama. El deslinde entre atacameños y afuerinos era en ciertas ocasiones imperceptible, en otras, evidente, como acababa de constatarlo en la víspera, en La Estaca, restaurante que frecuentaban los turistas, mas no los atacameños. Ellos, los dueños ancestrales del oasis, observaban el paso de los afuerinos desde sus casas de adobe y los umbrales de los modestos y sombríos almacenes. Observaban aquel devenir ajeno con mirada taciturna y distante y con una paciencia que solo podía haberles legado su historia milenaria, mirada que a Cayetano lo hacía sentirse un ser absolutamente circunstancial y provisional.

Vació la paila y la taza, arrojó la colilla, pagó el consumo y, atravesando sobre el empedrado irregular de la plaza, se dirigió a la feria de artesanía. Debía mantenerse alerta si pretendía contratar los servicios de Pompeyo Jara. Yerko le había recomendado emplear a tal guía la noche anterior. Era, a su juicio, un hombre que no solo conocía a fondo el desierto, sino también el alma de la zona, pues era hijo de chileno y atacameña, un hombre de carácter afable, transparente y comunicativo, algo —esto último— por cierto difícil de hallar a buenas y primeras en la zona, y a quien por lo mismo convenía recompensar con generosidad. Pompeyo podría ayudarle a desplazarse sin complicaciones por San Pedro y los oasis aledaños, así como a enterarse de los rumores del pueblo. Ubicarlo, había afirmado Yerko mientras le servía una copita de menta para la digestión, sería empresa fácil, puesto que el guía se desplazaba en una camioneta roja tan vieja y roñosa que parecía a punto de descalabrarse para siempre.

—¿Y en ella recorre el desierto? —preguntó Cayetano al retirarse de La Estaka, sumergida a esas horas de la madrugada en canciones melancólicas de Neil Sedaka, Paul Anka, Tom Jones y The Beatles.

—En esa misma camioneta, que él mismo armó, es capaz de llegar hasta los géiseres del Tatio, que están a cuatro mil metros de altura, antes que el todoterreno más moderno y poderoso —aseguró Yerko.

Debía admitirlo bajo el cielo matinal, necesitaba con urgencia a alguien como Pompeyo Jara a su lado. Cornelia, quien se proponía escribir reportajes sobre la vida en los oasis y estudiar las experiencias supuestamente místicas de los turistas europeos que día a día se afincaban en Atacama, no representaba el apoyo idóneo para su labor investigativa. Era, por cierto, una mujer de mundo y temperamento, un ser sagaz y agudo, despierto, mas allí, en San Pedro, poco valía su experiencia internacional. Era una afuerina más, al igual que él. Ahora precisaba un nativo capaz de convertirse en su confidente, traductor y guía.

Dejó a sus espaldas la plaza en sombras y se internó por el estrecho y a esa hora concurrido pasaje de la feria de artesanía. Por los aires llegaban los ritmos alegres, de bombo y trompeta, de los bailes sambos, también voces nerviosas, cristalinas, de acento boliviano, ofreciendo a gritos las mayores rebajas de precios del mundo, el llanto punzante de un niño aburrido, los parlamentos en inglés e idiomas desconocidos. Cayetano avanzaba a duras penas entre los visitantes que se detenían entre las dos filas de puestos a admirar los ponchos, suéteres y gorros de lana gruesa, los chalecos, las mantas y los tradicionales awayos elaborados en telares rústicos, las jarras y ánforas de greda, tan bellas como imperfectas, las quenas, zamponas y los charangos, y hasta trozos enormes, bizarros, de crisocola, azul como el cielo de la puna, de aragonita, que más bien parece una lasca de hielo robada a la cima del Licancabur, de limonita, que al detective le recordó el color del café vueltabajero, el mejor de Cuba, y de turmalina, misteriosa piedra de franjas negras y blancas en que se inspiran los ponchos de alpaca andinos.

—Palomares, el Inti Palomares. ¿Dónde trabaja? —preguntó alzando su vozarrón por encima de los bronces de una banda para alcanzar a una mujer que plegaba delicadamente un fino awayo.

—El Inti —repitió ella sin clavar sus ojos deslavados en parte alguna y solo en ese momento Cayetano logró percatarse de que era ciega—. A Palomares lo encuentra siempre en el puesto 39.

SAN PEDRO, DOMINGO 10 DE MAYO, 10.00 HRS.

Por su vestimenta, Inti Palomares parecía una figura escapada de *Las mil y una noches*. Colorido gorro circular elaborado con retazos de awayo, ricitos a lo Bob Marley y barba negra, chaleco con doble hilera de botoncitos dorados sobre una camisa de seda y encajes, y bombachas. Fumaba pipa, una pipa de agua, semioculta junto al cajón de cerveza donde él se sentaba a velar por la cerámica, los collares, aros, brazaletes y anillos que fabricaba y vendía.

—Con usted quería hablar —anunció Cayetano inclinándose hacia Palomares. Fumaba pensativo, solo y quieto.

Frisaría los cuarenta, era macizo, de rostro lleno y redondo. Levantó lentamente la vista, como si le resultase indiferente vender en medio de la algarabía de la feria.

—¿Y se trata?

—De cerámica, por supuesto.

Aspiró la pipa con los ojos entornados. Estaba unida, por medio de una manguerita, a una gran botella que, de una u otra forma, le recordó a Cayetano los samovares rusos.

—¿Te interesa algo especial, hermano? —preguntó.

Tenía los ojos irritados, como si acabase de llorar.

—Ando en busca de piezas valiosas —agregó Cayetano bajando la voz y acercó su cara a la de Palomares.

Se percató de que olía intensamente a incienso, a tabaco y a lana húmeda, y su barba mostraba unos ribetes ocre teñidos ya por el desierto.

—Todo lo que ves aquí es de calidad, hermano. De veras. Lo hago con Jenny, mi compañera —afirmó con cierto desencanto, como viniendo de las profundidades de la tierra—. Ella es de Texas y aprendió cerámica de los indios navajos, aquí nos dejamos influir por lo atacameño e incaico. Pero lo que ves aquí es de inspiración personal. ¿No te interesan acaso joyas, hermano?

—No, no.

—En verdad que están bien hechas. Hay cosas de plata traída de Perú y Ecuador, hermano. Ideal para tu compañera o algo así.

—Gracias, pero busco cerámica solamente —tartamudeó gentil el detective—. A

ver si me entiende. Me interesan piezas antiguas, auténticas.

Palomares volvió a entornar los ojos y hundió las mejillas para aspirar con un gesto voluptuoso la pipa.

Cayetano temió por unos instantes que fuese a succionar por completo aquel artefacto de vidrio con el agua que burbujeaba.

—Aquí el único que tiene piezas de valor histórico es el museo, hermano, y queda a una cuadra de donde estamos. ¿Por qué no le vas a hacer una oferta a la gente que trabaja allí, mejor?

La respuesta había sonado desafiante, belicosa, como buscando deshacerse del visitante. El detective se irguió lentamente y fingió estar dispuesto a emprender la retirada, pero antes dijo:

—Me habían dicho que usted podía conseguir cosas valiosas. Veo que me equivoqué.

—¿Y quién te dijo eso, hermano? —preguntó sin poder reprimir la curiosidad, portando la pipa en su mano.

—Pablo Ubilla, de la tienda Quito, en Santiago.

Palomares alzó la vista parsimonioso. Ahora entendía el mensaje.

—¿Qué buscas, hermano?

—Algo antiguo, pero auténticamente antiguo.

—Conmigo no puedes conseguir nada de eso, hermano, y tú lo debes saber, si hablaste con Ubilla —abrió los brazos y clavó los ojos en el cielo como si fuese a dirigirse directamente a Dios—. Lo mío es la artesanía. Soy un artista. No un huaquero. Me asquearía saquear tumbas de atacameños para vender sus piezas al mejor postor. Además que trae mala suerte, hermano.

—Me imagino. Son varios años en cana.

—No es la cárcel el problema, hermano, sino la mala suerte. Los espíritus te arruinan la vida. Mira, mira mejor estas piezas, hermano. Todas las hicimos nosotros. Te las puedo dejar a buen precio. ¿Trabajas para una tienda, como Ubilla?

Cayetano volvió a aproximarse a Palomares y sus olores. Extrajo con prontitud su carnet falsificado y le preguntó en un susurro:

—¿Qué hacías con Balsen en el Quito?

Palomares alzó las manos en actitud de rendirse.

—No tengo nada que ver con la muerte del alemán, hermano. Seguro. Pobre tipo. Lo hicieron pebre.

—¿Qué le ofrecían a Ubilla en Santiago? Te conviene hablar, Mustafá, que de lo contrario te voy a llevar volando en alfombra al cuartel. No creo que los muchachos sean allá muy amigos de estas mariconerías que andas vendiendo. ¿Qué le ofrecían a Ubilla?

—Cerámica.

Guardó su carnet bajo el suéter con gesto profesional.

—¿De esta o de la atacameña auténtica, de la histórica?

Palomares se llevó lentamente la pipa a la boca y aspiró.

—De esta, pues, pero parecida a la auténtica.

—¿La vendían como auténtica? ¿Se dedicaban a las falsificaciones?

Asintió con la cabeza varias veces. Parecía ahora un guerrillero musulmán hecho prisionero en las afueras de Kabul.

—¿Y para qué quería el dinero Balsen?

Volvió a elevar los ojos, implorante.

—¿Para qué? —hizo chasquear la lengua—. Pues para financiar ese maldito proyecto que impulsaba.

Repentinamente creyó entender todo con claridad meridiana. Balsen se había involucrado en actividades ilícitas para financiar la ayuda de los atacameños.

—¿Había otra gente del proyecto metida en el asunto?

—Nadie más. Era un acuerdo entre nosotros. Conseguíamos fondos para comprar cemento y bombas de agua, hermano, y de paso nos vengábamos de quienes fomentan el saqueo. Nada grave. Y, lo que es mejor, no hay quién pueda reclamar.

—El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón —comentó Cayetano.

—Tal como tú lo dices, hermano. Así es.

—¿Ganaron mucho dinero?

Lo vio sonreír por primera vez, pero con melancolía, como los boxeadores viejos cuando recuerdan sus mejores peleas.

—Lo suficiente para cubrir parte del proyecto. Los que nos resultaban casi perfectos eran los jarros de la época de Tiawanaku, rojitos y con sus símbolos geométricos y todo lo que corresponde. Los lijábamos y luego los enterrábamos por un tiempo, quebraditos. Parecían auténticos. Buen trabajo, mi hermano.

—¿Sin escrúpulos?

—¿Escrúpulos frente a los cabrones que saquean los gentilarios para tener colecciones privadas en casa, hermano? ¿No has visitado la sala del tesoro atacameño del museo?

—Todavía no.

—Allí hay maravillosos trabajos en oro, orfebrería, artesanía, vaso-retratos, armaduras, brazaletes, en fin, obras de arte atacameñas, mi hermano. Y eso es todo cuanto queda —dijo en tono de amargura, sacudiendo la cabeza con su gorro circular, y tragó saliva—. El resto lo desenterraron los huaqueros y los vendieron a coleccionistas, que se los llevaron a Santiago o al extranjero.

La agitación de la feria, con sus gritos y música, parecía ahora apagarse en una especie de distancia. Inti Palomares aspiró una vez más de su pipa y continuó hablando con los ojos entornados:

—De alguna forma hay que vengarse de los huaqueros, hermano. A los atacameños comenzaron por esclavizarlos y despojarlos de sus tierras, después les impusieron el catolicismo y los azotaron cuando hablaban en kunza, mi hermano. Figúrate, quedan un par de miles, no más, y ya ni siquiera poseen tierra ni lengua, y

ahora les roban las pertenencias del más allá. ¿Qué escrúpulos, hermano? Balsen lo hizo bien, hermano, quería salvar a atacameños con la plata de los malditos culpables de su tragedia.

—Entiendo —dijo Cayetano, resoplando desconcertado por tanta franqueza.

—¿Y sabes cuándo los chilenos se van a preocupar de los atacameños?

—Sinceramente, no.

—Cuando condenen a este jodido país en la ONU por etnocidio, hermano —afirmó en tono mesiánico el Bob Marley peruano—. Ahí van a ponerse a correr como desesperados. Ahora permiten hasta que las mineras les roben el agua. Los atacameños viven con el mínimo de agua imaginable, menos es nada, hermano. ¿Entiendes? ¿Conoces algún pueblo que pueda vivir sin agua y sin tierra?

Lo miró expectante aguardando respuesta. Cayetano carraspeó y dijo:

—En realidad, no.

—Pues yo sí. La historia americana está llena de esos pueblos, pero en el presente solo viven en las películas de Hollywood.

Cayetano guardó silencio. Era enemigo de las arengas y prédicas apasionadas, las pronunciaban políticos, ecologistas o sacerdotes, pero las palabras de Inti Palomares lo remecían. Recordó por un instante que en la Cuba actual prácticamente no había indígenas. Solo blancos, negros, asiáticos y mulatos. Pero al arribo de los españoles, la isla había estado habitada por guanajatabeyes, siboneyes y taínos. Los taínos, pensó recordando las clases de historia en su escuela, ¿no eran los taínos los que llamaban behíque a sus curanderos y areitos a los festivales de danzas y cánticos, que en alguna medida constituían los antecedentes del sandunguero carnaval que se desataba cada año, a ritmo de caderas enloquecidas y labios febriles, a orillas del malecón habanero y por las calles estrechas, torcidas y palpitantes de la oriental Santiago?

—¿Y hasta cuándo estuvieron vendiendo esa cerámica? —preguntó con un deje de angustia en el tono.

—Hasta que los anticuarios se dieron cuenta. Alguien debe haberse dado cuenta, hermano.

—¿Y eso fue mucho antes de que Balsen muriera?

—Espérate, hermano, espérate —rogó el peruano soltando una bocanada de humo blanco con los párpados cerrados—. Eso debe haber sido solo un par de semanas antes de que Balsen muriera.

SAN PEDRO, LUNES 11 DE MAYO, 11.00 HRS.

El Banana Chávez es una cafetería rústica que se levanta en el corazón mismo de San Pedro de Atacama, brindando jugos, ensaladas de frutas y verduras, pastas y carnes a precios razonables. La atienden muchachas de pelo corto y chaleco o muchachos de pelo largo y aretes. En el verano sus paredes de adobe, frescas, gruesas, irregulares, guardan el fresco, pero durante las noches de invierno el frío se cobija allí implacablemente.

Cayetano se acomodó en la barra, posó sus pies sobre el tronco de álamo que yace bajo las butacas de madera y dudó un instante entre ordenarle al camarero —joven pelado al rape, arete y chaleco andino— un batido de mango o maracuyá, pero después optó por el primero con la vaga esperanza de que el mango del oasis de Pica, situado quinientos kilómetros más al norte, resultase tan carnoso y fragante como los del Caribe.

—¿Paseando? —preguntó de pronto una voz ronca a su lado.

Giró sobre la butaca y se encontró de lleno con un hombre con cara de rana. Sus párpados enormes se abrían y entornaban parsimoniosos, pero alertas sobre una boca espaciosa y una papada tan fenomenal, que ocultaba su garganta. Daba la impresión de ser una rana auténticamente satisfecha.

—Te pregunté si anda de paseo, oye tú —repitió.

—Paseando y ahora esperando un batido de mango —explicó el detective al torcerse la punta de los bigotazos.

—Aquí ser excelentes —comentó la rana afable, con acento gutural, y pidió también un batido de mango—. Pero sin una gota de azúcar, ni una sola —recalcó al mozo.

Cayetano admitió que aquel ser era algo más que una rana. Pese a que superaba con creces los sesenta, era un tipo de espaldas fornidas y piernas cortas, dueño, al parecer, de una fortaleza descomunal.

—Aunque si desea echagse unos tragos, debería igte ahorita mismo al bar de la hostería San Pedgo, donde yo me alojo —repuso con chasquido de lengua. Era incapaz de pronunciar suave las r, se le trababan en el gaznate—. Allí el bagman preparar tragos excelentes, oye tú, no como las pogquerías que venden pog otas

pagtes, las pogquerías.

—¿Alemán?

—¡Jawohl! ¡Y alemán de Alemania! —afirmó orondo y cruzó sus manos sobre la superficie de la barra. El sonido agudo de la juguera que operaba el camarero inundó el local, apabullando una canción de The Mamas and the Papas. Cantaban «Monday, monday» y Cayetano pensó que la radioemisora del oasis era un baúl de recuerdos—. ¡Alemán de Allemannia! —reiteró—. Pogque tú sabe que solo hay dos especies de alemanes, los alemanes de Allemannia y ¿sabe cuáles son los otgos?

—No sé.

—Los alemanes de miegda, de miegda —gritó lanzando una carcajada que ahogó la juguera—. ¿Y tú?

No le quedó más que encarar con buen semblante el diálogo matinal. Hubiese preferido disfrutar a solas el batido de mango mientras ordenaba sus ideas. Lo que acababa de contarle Palomares en la feria de artesanía le había arrojado un haz de luz sobre una faceta desconocida de Balsen. Se trataba de un hombre de actitudes contradictorias, aunque pertinaz y resuelto.

—Cubano —repuso cortante.

—¿Cubano? —exclamó con ojos incrédulos. Su camisa tenía numerosos bolsillos, todos rematados con cierre de cremallera—. Oye, tú, ¿cubano de Miami o de los otgos? —volvió a lanzar una carcajada, que revoloteó por el Banana Chávez, porque el mozo acababa de desconectar la juguera y servía el pedido en unos vasos altos.

—Cubano de Valparaíso —repuso probando el batido.

Sabía bien.

—Pues este lugar seg lo más tranquilo del planeta —dijo el alemán desconcertado—. Es tranquilo como un patio de muegtos y hay que tener cuidado de no mogigse, de no mogigse. En fin. Hoy tengo día libre y lo comienzo con jugo y lo tegmino con cegveza, cegveza, oye tú. Tomo una en cada local del oasis. Si hiciera eso en Hamburg, me habgía muegto, muegto —la carcajada estentórea volvió a revolotear por el Banana Chávez—. Esta pogquegía está excelente, oye tú, excelente como siempre —apuntó después de saborear el jugo y restregarse los labios con el dorso de la mano—. ¿Y cómo te llama?

—Cayetano Brulé.

—Yo Bodo Pankow, pero la gente me dice aquí don Bo, y vivo en el desiegto por cuestiones de tgabajo. Te espié hace un gato, *mein Lieber*, y supe de inmediato que tú vivir en ciudad grande.

—¿Por qué?

—Pogque iba rápido, como cohete. Aquí hay que guagdagse la velocidad en el trasego, guagdásela. No sigve. Ni tampoco los diarios, ni las radios. San Pedro no está en el mundo. Tiene que —aplicó un soberano puñetazo sobre la barra y continuó— olvidarse del mundo si va a quedar aquí. Si no, enfermar, enfermar.

Hablaba acosado por resuellos, como si fuese asmático.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—Hace tges años. Con interrupciones, eso sí. Viajo a Santiago y al extranjero. Según los negocios, los negocios. O si no estag en la hostegía.

—¿A qué se dedica?

Era ingeniero en minas y trabajaba para Antares, una empresa alemana prospectora de minerales. Estaba a cargo de un par de especialistas, alemanes también, que manejaban una pequeña planta en las cercanías del oasis. Antares operaba sobre la base de concesiones, que le permitían buscar minerales en determinados territorios.

—Hemos construido cuatgo plantas y aún no dar con algo gogdo, gogdo como yo —agregó sonriente—. Pego, fuega de broma, yo soy una especie de cateador de la tierra —volvió a reír y su panza se agitó groseramente—. Y en mi día libre solo cateo esta pogquería de batido que sirven aquí, esta pogquería.

—Debe frustrar buscar por años y no encontrar nada —opinó compasivo el detective, dejando medio vacío el vaso.

—*Ach, nein, mein Lieber* —alegó el alemán mientras lanzaba un eructo indisimulado—. Nosotgos no dejar el hoyo como lotras prospectoras. Si nosotgos encontgag agüita, forestamos con tamagugos, algarrobos y pimientos. Somos ecologistas, la única empresa ecologista en todo Atacama —dijo en tono de chanza—. ¿Y tú, amigo, qué hace aquí?

Resopló fastidiado y optó por contarle la verdadera historia a Pankow, quien la escuchó en silencio. Tal como lo había presumido, el alemán conocía a Balsen.

—Pero no tratag con él —aclaró respirando agitado—. Pgimego, porque yo odiag a quienes despilfarran en el mundo tributos que pagan con sacrificios alemanes, y dos, porque era tipo, como pgusiano, pocas palabras, menos amigos.

—Balsen no era un santo de su devoción.

Alzó las cejas y dijo con el índice erguido:

—Miga, *mein Lieber*, soy fganco y digo las cosas como son. Esto en vegdá no es pogquería —se refería al jugo de mango en su vaso— y no tener empacho en deciglo, no es pogquería. Y lo que es pogquería, yo decir es pogquería. Por eso no podeg respectag a tipo que viene de Alemania creyendo que va a dag agua a la gente en el desiegto más seco de la tierra, más seco. Eso es pogquería, poh, es buglagse de la gente, buglagse con todas las letras.

—¿Le dijo también a Balsen eso que me está diciendo a mí?

—Una vez, y nunca más quegeg hablagme —Pankow soltó un nuevo puñetazo sobre la mesa, que hizo trastabillar su vaso—. Nunca más. ¿Cómo respetar a hombre que promete agua a gente de desierto donde no llueve hace un siglo? ¿Cómo respetar a tipo tan igesponsable que alimentó espeganzas a gente para dejaglos abandonados y misegables. ¡Esa ser una pogquegía, pogquegía!

—Balsen era solo un tipo bien intencionado, que quería ayudar —dijo Cayetano benevolente, recordando las fotos de Balsen en la carpeta y la oficina del SOS, así

como lo que acababa de revelarle el artesano de la feria.

Pankow no le prestó atención. Parecía más interesado en convencerlo de lo contrario.

—Siempre la ayuda para los países pobres terminag en cartegas de gente rica del Tercer Mundo. ¿O conocer tú país que haya salido de pobreza en los últimos treinta años pog ayuda internacional? Este mismo país, oye tú, comenzó a desagollarse cuando era un paria y estaba aislado.

Trató en vano de hacer memoria, y luego se dijo que no estaba para disquisiciones teóricas en Atacama, sino para esclarecer un crimen.

—Únicos países que ya no seg pobres son del sudeste asiático. Los *tigers*. Y lo lograron sin ayuda extranjega, con pugo sacrificio y trabajo, como nosotros después de la guega —se acarició el cabello lacio sin ocultar su orgullo—. Lo demás, *mein Lieber*, solo es para dar empleo a gente en países del Norte y alimentar espeganzas en los del Sur.

Vació el contenido de su vaso con la secreta esperanza de interrumpir la perorata de Pankow y cambiarle el tema.

—Por ahí creen que a Balsen lo mató gente que no lo quería mucho.

El alemán apartó su vaso.

—No me diga, oye tú, que ahoga piensan que no lo matagon ladrones —exclamó sorprendido—. ¿No digo yo? ¡A estos pueblos faltarles consistencia, consistencia, disciplina, como los alemanes, oye tú! ¡Jawohl! ¿Y tú, como policía, no piensa igual?

—Es una alternativa que no puedo descartar mientras no se dé con los culpables —repuso fingiendo cierta indiferencia, que le resultó demasiado higiénica.

Encendió un Lucky Strike y lo aspiró profundamente. Le agradaba sentir el sabor amargo del tabaco mezclado con la fragancia del mango aún en su boca. El alemán se acomodó de tal modo que la silla crujió bajo su peso de elefante o, mejor dicho, de rana monstruosa.

—A lo mejog tú teneg razón —admitió pensativo. Ahora estaban solos. El mozo pelaba unos pepinos parapetado en la cocina, la que podía apreciarse en toda su dimensión a través de un vano espacioso—. El pobre Balsen despegtaba tanto rechazo que todo seg posible, oye tú.

—¿Tenía entonces enemigos en el oasis?

—Si me pide nombres, no te los dagé, porque no ser cegveza mía, sino tuya. ¿Tú entender? Pego creo que estaba muy comprometido con grupos atacameños muy rebeldes. ¿Entiende?

—No mucho.

Soltó un resoplido frustrado y fijó la mirada en la juguera, después observó su vaso vacío.

—Oye tú, en este país la gente saber poco de los indios, pero ellos egan, al fin y al cabo, los dueños de todo. Los chilenos saben más de mapuches que de atacameños. Pego ellos también se están ogganizando de a poco en Atacama, ogganizando, ¿tú

entiende? Quiéguen exigir tierras y derechos como pueblo. Yo soy muy zoggo y ya darme cuenta. Eso va a seguig creciendo y traeg muchos dologes de cabeza para Chile, muchos.

—¿Y cuál era el papel de Balsen en todo esto? —preguntó tratando de disimular su escepticismo.

—A lo mejor andaba en vegdá ogganizando rebeldes aquí. Cualquier día surge organización fuegte, que exige tierras y agua, y la cosa se pondrá fea, muy fea, pogue tendrá eco afuera. ¿Entiende? Habrá denuncias contra Chile por violag derechos humanos de indios, degechos. En diez años este país *kaputt* con ese problema de atacameños y mapuches y pascuenses.

—¿Por que *kaputt*?

—Porque esto era boliviano y peruano, y si hay problemas así, es muy segio. Ellos venig de vuelta.

—¿Y usted cree que Balsen andaba en eso?

—Bien puede seg —repuso con tono filosófico, buscando los ojos del detective. Ahora estaba seguro de que lo habían comprendido—. Esas ogganizaciones de ayuda —dijo y bajó la voz, adoptando el tono de los conspiradores— se dedican a desogdenar el Tercer Mundo. Así ganan influencia. ¿No te da cuenta, oye tú?

—¿Me quiere decir con esto que a Balsen lo pudo haber asesinado la policía?

El alemán se encogió de hombros y repuso con aire enigmático:

—Eso lo está afigmando tú, *mein Lieber*, tú.

SAN PEDRO, LUNES 11 DE MAYO, 12.00 HRS.

Al salir del Banana Chávez, donde el alemán continuaba bebiendo batidos de mango, Cayetano Brulé admiró durante algunos instantes, a través de la calle Caracoles, la portentosa cordillera de la Sal. Sus gargantas y acantilados despedían, contra el azul prístino del cielo, fulgores ocres, verduscos y diamantinos, y sus crestas filosas parecían cabezotas, corazas, lomos y colas de gigantescos y fantásticos animales antediluvianos aletargados bajo el sol abrasador de mediodía. Con el suave deje del mango endulzando aún su paladar y los ecos del acento de Bodo Pankow en la memoria, y pese a un dolor de cabeza tan intenso como sorprendente, el detective reemprendió la marcha y tomó asiento a la sombra de los pimientos de la plaza.

Las calles comenzaban a animarse con lugareños y turistas y él se sentía inquieto, insatisfecho consigo mismo, ya que se estaba atiborrando de sospechas sin lograr avanzar en la investigación. Meditaba concentrado en la conveniencia de conversar lo antes posible con Azcárate, el dueño de la flota de camiones, y de contactar a la organización indígena de la que hablaba Pankow, cuando escuchó dos explosiones cercanas que lo hicieron temer lo peor. Elevó la vista, sorprendido por el estrépito en medio del desierto, y no tardó en avizorar, al otro lado de la plaza, una camioneta roja completamente destartada, que avanzaba a barquinazos y empellones.

—¡Coño! ¡Ese tiene que ser don Pompeyo Jara! ¡No se me puede escapar! — exclamó y se puso de pie y echó a correr detrás del vehículo.

Su humanidad, bastante voluminosa, envuelta aún a esa hora en la gabardina, cruzó presurosa los paseos de la plaza, logró brincar a duras penas una reja de metal, alcanzó a esquivar unos perros que copulaban con desparpajo junto al tronco de una palmera y, tras sortear a un grupo de ancianos que comentaban los avatares del fútbol, dejó atrás la plaza y emprendió una loca carrera en demanda de la camioneta. Sin embargo, cuando corría frente al atrio de la parroquia, ya muy cerca del vehículo, que avanzaba tosiendo, un dolor tan agudo como rotundo se le clavó en el pecho con la fiereza de un insulto.

—¡Santa Bárbara! ¡Me apuné! —balbuceó Cayetano sin aliento, llevándose una mano al corazón. Y se detuvo jadeante, boqueando, entre resuellos angustiados, bermejo como un camarón ecuatoriano. Sintió que el sol oscilaba hirviendo ahora

sobre su cabeza—. ¡La maldita altura, coño!

De improviso, los pimientos, el campanario de la parroquia y la calle Padre Le Paige comenzaron a girar cual un carrusel en torno suyo. Escuchó que el motor de la camioneta se iba apagando en la distancia hasta convertirse en un silencio abismal, solo comparable al que reinaba en la noche atacameña, un silencio que disipó no solo los gritos de los niños, sino también el trinar de los pájaros y los berridos de las ovejas. Prefirió entornar los ojos en cuanto se percató de que la tierra flameaba como una bandera al viento bajo sus pies. Y de pronto sus rodillas se aguaron y su humanidad se derrumbó como saco de papas sobre el adoquinado de la plaza. En ese instante tuvo la triste certeza de que moriría a miles de millas de la isla, en medio del desierto más seco del planeta, y de que lo enterrarían detrás de muros de adobe, lejos de las mahaguas, los flamboyanes, las palmas, los cocoteros y las ceibas, y que solo flores de papel pintado serían sus eternas compañeras.

Recuperó lentamente el conocimiento gracias al agua fresca que alguien derramó sobre su frente. Al abrir los ojos, reconoció los rostros aliviados de los curiosos — jubilados aburridos de la monotonía del desierto, mujeres que regresaban de comprar las viandas, niños pastores que en invierno guiaban a los turistas hasta las pensiones —, y a Berganza y Cipión, dos perros famosos, de quienes se afirmaba que durante las noches de luna llena eran capaces de conversar y comentar los sucesos del oasis. La lengua áspera de Cipión lamió fugaz los bigotes del detective.

—Incorpórese con calma, que aquí nadie se muere así —comentó una voz cascada. Emanaba de un viejecito centenario, de sombrero hilachento y saco oscuro—. Nadie, aunque sea afuerino. Este es el mejor aire del mundo, seco como el charqui y transparente como la honestidad.

Varias personas contribuyeron a trasladarlo hasta la plaza y a sentarlo en una de sus bancas. Se sintió como aquellos Judas que en Semana Santa los niños cargan en andas para obtener monedas antes de quemarlo. No era broma correr a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, pensó mareado. Cornelia le había advertido la noche anterior, poco antes de acostarse en prendas íntimas, que a esa altura del globo había que dosificar las energías.

—Los afuerinos suelen apunarse, pero más arriba, cuando visitan los géiseres del Tatio —comentó uno de los curiosos—. Así que le sugiero disminuir de peso lo antes posible, que la cosa pinta delicada.

Era un hombre esmirriado y talludo, como muchos de los que habitan el desierto, el que hablaba. Tendría sesenta años, rostro enjuto, pómulos salientes y unos ojos pequeños que brillaban como los de un niño. El bigote fino, recortado a la perfección y la cabeza escuálida, de pelo negro peinado con gomina hacia atrás, le conferían un aspecto pulcro. Instó a los curiosos a continuar su camino.

—Le están enviciando el poco aire que le queda al caballero —aclaró.

La gente se dispersó en silencio, dejando a Cayetano en la banca, acompañado por aquel hombre ágil y despierto.

—¿Quiere que lo traslade a su residencial?

El oasis seguía girando vertiginosamente alrededor suyo mientras sentía que una mano fuerte y despiadada le estrujaba el corazón. El aire, delgado y liviano, no alcanzaba sus pulmones y el frío —aún bajo el intenso sol del mediodía— le entumecía y paralizaba las piernas.

—No se preocupe —dijo—. Ya me siento bien. Puedo volver solo.

—Lo trasladaré adonde diga.

—Me siento bien, no se preocupe. Me las arreglo solo. Me ha ocurrido antes y ya vendrán a buscarme.

Su corazón continuaba bombeando enloquecido, acelerando estérilmente su respiración, amenazando con fragmentarle la cabeza.

—Yo lo llevo a la residencial, caballero —insistió el hombre—. Y no tema. Me llamo Pompeyo Jara y en todo este Atacama no hay quien desconfíe de mí.

SAN PEDRO, LUNES 11 DE MAYO, 13.00 HRS.

Pompeyo Jara trasladó en camioneta a Cayetano Brulé hasta el patio de la Trópico de Capricornio. Solo algún milagro, de esos propios de Atacama, o algún acto de brujería, como los que tienen lugar en el Caribe, permitía que aquella Ford del año 67 pudiera andar. Al ver su manubrio de *trolley*, el motor hechizo, las ruedas robadas de un antiguo camión dado de baja en el ejército y las ventanillas sin cristales, cabía preguntarse si aquel vehículo empleaba verdaderamente gasolina para arrancar.

Con la asistencia de Pompeyo, quien lo asía firmemente por la cintura, el detective logró por fin alcanzar la cabaña. Al abrir la portezuela encontraron a Cornelia Kratz. Leía plácidamente en cama un libro sobre la influencia del imperio de Tiawanaku en la cultura atacameña, proceso que se había iniciado mil setecientos años atrás. Vestía solo una polera y un minúsculo calzón blanco bordado en su centro. Al verlos, les dedicó un breve saludo y luego preguntó con inquietud:

—¿Y a usted qué le pasa?

—Me apuné —confesó el detective recostándose con un suspiro.

—Se lo advertí. Le dije que no fumara ni bebiera alcohol, que comiera poco y que consumiera mucha agua, porque a esta altura uno se deshidrata sin darse cuenta. ¿Lo hizo?

—En parte.

—Lo mismo que con la mantequilla de cacao —añadió la alemana, esta vez mirando a Pompeyo Jara—. Debe untarse los labios con ella y el rostro con la crema que le dejé en el baño. De lo contrario se le quemarán los labios y la piel. Es peligroso, muy peligroso.

—Ella es una conocida periodista alemana que me acompaña en esta gira —explicó Cayetano antes de entornar los ojos.

Pompeyo Jara asintió mientras saboreaba con la vista los muslos tersos, las caderas estrechas y el ombligo pequeño y duro de Cornelia, el que se asomaba entre el borde superior del calzón y la parte inferior de la polera. Ahora entendía la causa del ataque de debilidad sufrido por el bigotudo. A sus años, con sus kilos y en medio de la altura, su cuerpo ya no estaba para trotes con muchachas.

—Bueno, espero que se recupere pronto —continuó la periodista mientras se

ponía de pie y calzaba sus piernas en unos jeans ajustados—. Tengo una entrevista con Lautaro Núñez, el director del museo, y por la tarde viajo a Toconao. Vuelvo mañana.

La vieron avituallarse con zapatones, parka, cámara y anteojos oscuros y salir de la habitación presurosa.

—¡Qué palomita! —comentó Pompeyo Jara mientras contemplaba con compasión a Cayetano—. ¿Su mujer?

Supo de inmediato que su respuesta carecería de sentido. Era imposible explicarle que compartir habitación con una mujer en medio del desierto no implicaba necesariamente compartir cama. Lo tomaría por un idiota o, lo que era peor, por marica.

—Solo una amiga periodista.

—Ah.

—Mi mujer está en Valparaíso —puntualizó al rato, con un hilillo de voz.

—La mía hace quince años en el cielo. Estoy seguro de que se lo ganó solo por el hecho de haberse casado conmigo.

—Lo siento.

Lo escuchó pasearse impaciente por la pieza, como si de esa forma tomara posesión de ella.

—¿Y qué buscan ustedes en San Pedro?

Le contó la verdad. Pompeyo escuchó en silencio y con los labios entreabiertos por entre los cuales se perfilaban unos dientecillos largos y filudos, como de conejo. Tras escuchar el relato, el guía del desierto se aclaró la garganta y repuso con calma:

—Le voy a decir lo mismo que a la policía la semana pasada. Nunca conocí bien al alemán ese y lamento lo que le sucedió. Lo mío es trasladar gente por el desierto y él tenía un jeep cuatro por cuatro.

—Pero no me va a contar que jamás vio a Balsen.

Guardó silencio por unos instantes. Al investigador no le pareció que aquello pudiera deberse a que hurgaba en su memoria, sino a que optaba por la cautela.

—Aquí todo el mundo se ve, otra cosa es intimar —aclaró Pompeyo al rato—. Lo veía de vez en cuando e intercambiábamos opiniones sobre el estado de los caminos o sobre la situación de algunas vegas y quebradas, donde vive gente, y que se han ido quedando sin agua por culpa de las empresas mineras.

—¿Y qué hace esa gente?

—¿Qué va a hacer? Se va, no más. Sin agua, no hay vida.

—¿Nadie defiende a esa gente?

—¿Y quién la va a defender? —tendía a responder con preguntas y en un tono que resonaba insolente, pero, en el fondo, no había mala intención o agresividad en su actitud. Era el estilo, el estilo determinado por la desconfianza de los atacameños hacia los afuerinos, pensó el detective—. Las mineras inscribieron los derechos de agua y la gente se quedó sin agua. Así es la cosa.

—¿Aunque ellos hayan llegado primero?

—¿Y quién dice que las mineras llegaron primero? Las mineras llegaron once mil años después que los primeros atacameños. Claro, llegaron con abogados influyentes, políticos venales y con notarios que dejan páginas en blanco en sus registros para venderlas luego al mejor postor. Perdieron, no más. Así es la vida —resumió resignado, sin dejar de caminar de ida y vuelta por la pieza—. En Atacama la vida nunca ha sido fácil.

Cayetano apoyó la cabeza contra la pared y creyó sentirse mejor. A través de la ventana divisó los chañares, creciendo torcidos, como implorando agua al cielo, y por encima de los muros de adobones y los algarrobos que amarilleaban más allá de los confines mismos del oasis, vio los dinosaurios que dormitaban confundidos con la cordillera de la Sal.

—¿Balsen se metió a apoyar a los atacameños en contra de las mineras? —preguntó.

Los dedos largos y flacos de Pompeyo Jara acariciaron sus mejillas en un gesto de desconcierto.

—Se quiso meter en todo. Yo creo que tenía complejo de profeta. Lo primero que debe saber un afuerino que llega a San Pedro es que nada de lo que sabe le sirve. Él creía que podía ayudar con lo que sabía. Figúrese —en su voz flotaba el reproche—, ¿qué sabe un alemán de Atacama?

—¿Tuvo fricciones con las mineras de la zona?

—¿Fricciones? Uno nunca tiene fricciones con las mineras. Las fricciones con ellas no existen. Las cosas las arreglan a través de sus departamentos legales y las notarías. Después uno conoce el plato que le cocinaron. ¿Problemas? Ni soñarlo.

—Dicen por ahí que Balsen era el culpable de que la gente se quedara sin agua —apuntó Cayetano.

—Bueno, él también entregó su aporte —dijo con cinismo.

—¿Usted cree que a Balsen lo asesinaron por eso?

—Puede ser.

—¿O por el dinero que le robaron?

—Pueden ser ambas cosas, pero yo soy desconfiado por naturaleza —advirtió el guía en tono agrio—, y más bien creo que Balsen tuvo problemas con alguien importante. Con narcotraficantes o con empresas que buscan petróleo para ocultarlo.

—Momento, momento —reclamó Cayetano frunciendo el ceño y se incorporó en la cama—. ¿Buscar petróleo para esconderlo?

—Así es —repuso con entereza—. Las petroleras no siempre revelan todos sus yacimientos. Eso bajaría el precio y debilitaría sus negociaciones con los países petroleros, o atraería a la competencia.

—¿Y eso qué relación guarda con Balsen?

—¿No le queda claro? Alguien excava terrenos, detecta petróleo y luego reforesta para que nadie explore allí y ellos pueden explotar el petróleo cuando les convenga.

Balsen pudo haber detectado una acción de ese tipo.

—¿Y los narcotraficantes?

Lo miró muy serio y bajó la voz.

—Este desierto no solo tiene minerales, don Cayetano, sino que al mismo tiempo es la ruta de la cocaína. Los productores de los países vecinos prefieren exportar la coca a través de Chile hacia Europa y Estados Unidos.

—¿Y usted cree que Balsen andaba en algo así?

Movió la cabeza sin poder fijar los ojos en parte alguna y abrió los brazos.

—Estamos especulando, don Cayetano, pero el alemán bien pudo haber descubierto alguna ruta y lo mataron para que no hablara.

SAN PEDRO, LUNES 11 DE MAYO, 20.15 HRS.

Cuando conoció al dueño de la flota de camiones y supuesto narcotraficante, quedó desconcertado. Lo clasificó de inmediato entre aquellos tipos bonachones, algo rudos, que cierran los ojos al reír a todo pulmón y gustan posar, a modo de gesto afectuoso, la mano sobre el hombro de sus interlocutores. Tenía el pelo grasoso, la frente estrecha y una marcada obstinación en sus ojos.

—¡Don Cayetano, el gran detective, bienvenido a San Pedro! Yo soy Sergio Azcárate —exclamó sonriente, abriendo los brazos teatralmente bajo el bello parrón iluminado de su casa de estilo colonial. Portaba una copa en la mano izquierda—. Adelante, adelante. Ya puedo imaginar el motivo de su visita.

No era, por cierto, muy difícil imaginarlo. Cayetano acababa de presentarse ante el cuidador de la propiedad y Azcárate había sido adversario público de Balsen. El empresario poseía en el oasis numerosas hectáreas de frutales y ahora el detective estaba en una de ellas. Pese al pálido fulgor de la luna, no logró identificar el tipo de fruto que producía allí Azcárate mientras lo seguía por el sendero que bordeaba la mansión —de muros de adobe, techo de tejas, semioculta entre cañas y chañares—, y desembocaban en un patio techado que iluminaban velas.

Distinguió a un hombre sentado a una gran mesa finamente dispuesta con copas y bandejas de canapé.

—Permítame presentarle al inspector Horacio Gaete, de Investigaciones —dijo Azcárate—. Inspector, este señor es el gran investigador porteño Cayetano Brulé.

Gaete se levantó para estrecharle la mano y escrutarlo con mirada escéptica. Era bajo, de bigote fino y llevaba terno gris sin corbata.

—Asiento, asiento ambos —ordenó el dueño de casa—. ¿Se sirve un pisquito también, mi estimado detective?

Asintió mientras se acomodaba en una silla y Gaete lo seguía mirando con rostro enigmático y sumido en silencio.

—Espero no interrumpirlos —dijo Cayetano.

Un mozo de impecable chaqueta blanca puso frente a él una copa con pisco sour.

—De ninguna forma —Azcárate apoyó firmemente sus codos sobre la mesa y por debajo de la manga de su camisa asomó un macizo reloj de oro.

Le sorprendió. Por lo general, los hombres preferían en Chile relojes desechables.

—Yo, por lo menos, estaba a punto de retirarme —dijo Gaete antes de vaciar su copa y ponerse de pie—. Con don Sergio ya hablamos todo lo que me interesaba.

—A propósito. ¿Cómo marcha lo de Balsen?

Preguntó sin hacerse ilusiones con la respuesta. Intuía que Gaete, como buen profesional, sería escueto y mezquino en el suministro de información de un caso aún no resuelto. No se lo reprocharía. Ya su mera pregunta, el intento por averiguar el estado de la investigación, lo situaba al margen de ella misma, circunstancia risible para cualquier profesional. Sin embargo, Gaete fue sincero. Le contó que carecían de huellas y de retratos hablados de sospechosos, pues el delito —vale decir, los dos balazos— había sido ejecutado la tarde del viernes limpiamente, sin empleo de violencia previa, lo que permitía presumir que los asaltantes habían sorprendido al alemán trabajando solo en su oficina, a la hora en que su auxiliar, Saúl Puca, examinaba el avance de las acequias. Lo único claro era que Investigaciones carecía de pistas.

—Acabamos de dejar en libertad, por falta de méritos, a dos sujetos detenidos quince días atrás —añadió Gaete—. Esto complica las cosas. Y ahora, como le comentaba a don Sergio, estamos a fojas cero. Habrá que comenzar de nuevo. Me imagino que usted estará igual. ¿Para quién investiga usted?

—Para un pariente de Balsen.

Gaete dejó escapar una sonrisa diplomática y alargó la diestra hacia Cayetano deseándole las buenas noches y éxito en sus pesquisas. Luego se despidió de Azcárate y se marchó a pasos cortos por el patio detrás del mozo, dejando solos a ambos hombres.

Bebieron un rato en silencio, como si uno estuviese al acecho del otro. De alguna parte llegaba el rumor de una acequia, el ladrido lejano de perros melancólicos y los compases, famélicos, por cierto, de un bolero. La música de alguna fonda, se dijo Cayetano. Arriba la luna alumbraba con vigor.

—Usted dirá —dijo de pronto Azcárate, tranquilo.

—Es muy simple —Cayetano jugó con la copa, como sopesándola—. Usted amenazó de muerte a Willi Balsen y resulta que ese hombre ahora está muerto.

Una mueca desaprobadora, como de alguien que reacciona ante una observación de mal gusto, ofensiva e inesperada, cruzó el rostro del empresario. Después de vaciar su copa con la vista baja, cazó una aceituna, se la introdujo en la boca y repuso con sarcasmo:

—Vamos, vamos, señor Brulé, usted no creerá que después de anunciarlo públicamente, yo iba a liquidar a Balsen. Suponiendo que hubiese tenido motivos suficientes para hacerlo, no habría sido inteligente de mi parte anunciarlo a gritos en un bar del pueblo, tal como lo hice.

—¿Sabe?, al verlo a usted me corroe una duda —comentó Cayetano sintiendo el recorrido ardiente del pisco sour por el interior de su cuerpo—. Lo veo un tipo

tranquilo, que sabe dominarse, incluso en las peores circunstancias. ¿Cómo es posible que una persona así haya perdido tan fácilmente la calma?

—¿Se refiere al alemán?

—A él mismo.

—Es fácil —repuso con un brillo metálico en sus ojos—. Lo que hizo no tiene nombre.

—Pero eso perjudicó a terceros, no a usted.

—Su famoso proyecto de irrigación terminó por arruinar a todos los supuestos beneficiarios. En un par de meses a los de Solor no les quedará otra que abandonar San Pedro para ir a ofrecerse como mano de obra barata a Calama o Antofagasta.

—¿Y por eso lo amenazó de muerte?

Dejó escapar un suspiro profundo, impotente e indicó con la mano extendida hacia la oscuridad, más allá de los árboles, hacia los lejanos deslindes de su terreno.

—Si el nivel de los pozos sigue bajando, también tendré que despedirme de mis plantaciones —puntualizó—. Poseo varios terrenos. He apostado por frutos tropicales, que este oasis debería producir y exportar durante las temporadas en que los países tropicales no producen, y que los atacameños no cultivan por falta de iniciativa.

—Usted también creyó en los pozos.

—Cuando Balsen comenzó con la idea, hace tres años, y los pozos funcionaron, yo copié la historia. Claro —lamentó—, no imaginé que sucedería lo que pasó.

—Al menos ahora podrá comprar a bajos precios los terrenos de los campesinos arruinados.

Los ojos del empresario buscaron los de Cayetano cargados con fría indiferencia.

—¿Y qué hago sin agua? —preguntó—. Cada vez hay menos agua por las mineras. La irresponsabilidad de Balsen soloapuró el fin de muchos. Además...

—Además, ¿qué?

Ahora examinó con ojos desdichados al investigador.

—Además, me imagino lo que le dijeron. Hay mucha gente que me envidia —esperó a que Cayetano reaccionara de algún modo, pero este se mantuvo impertérrito—. Me acusan de narcotraficante —continuó—, a mí, que formé mi flota a costa de puro esfuerzo. Este país podría exportar envidia, señor Brulé, a granel y en envases, y solucionaría de la noche a la mañana todos sus problemas económicos.

—¿No ha comprado últimamente nuevos terrenos?

—Se iría de espaldas si supiera que, por el contrario, he prestado dinero y bombas a campesinos del ayllu de Solor para que no pierdan sus cosechas.

—Y si no pueden pagar, se quedará con sus tierras. ¿O no?

—Yo soy comerciante, mi amigo, tal como usted es detective. Soy comerciante y no filántropo.

Esperaba otra respuesta de Azcárate, una respuesta más tortuosa. Sin embargo, de pronto lo defraudaba la distancia en que contemplaba las cosas. Bueno, él tampoco

había viajado hasta allí para juzgar a la gente. Lo concreto era que él, Cayetano, vagaba desorientado por las circunstancias, deseando tropezar con algún indicio salvador. La noche comenzaba a helar. A lo mejor Atacama no era el escenario más adecuado para un alma caribeña.

Por sobre los muros de adobón vio, sin poder reprimir un escalofrío, la cadena andina con sus magníficos volcanes recortándose contra el cielo sembrado de estrellas. Inconscientemente enfundó sus manos en los bolsillos de la gabardina en busca de calor. No le asentaban aquellos cambios bruscos de temperatura. Por el día el barómetro superaba los cuarenta a la sombra, y por la noche descendía bajo cero.

—Usted sabe que proferir amenazas es peligroso —dijo más tarde.

—Lo sé, pero acabo de explicarle al inspector Gaete dónde me encontraba el día del crimen.

Cayetano se mordisqueó el labio inferior dubitativo y aventuró una pregunta insolente:

—¿Tiene una coartada?

Azcárate sonrió con displicencia.

—Si usted prefiere llamarla así, tengo una.

—¿Cuál?

—La noche del crimen me hospedé en el principal hotel de Antofagasta, a trescientos kilómetros de aquí. Supe del crimen por la radio. Hay testigos.

Cayetano lo observó atentamente mientras colocaba la copa vacía sobre la mesa. Había algo en su tranquilidad, en su equilibrada postura, que le gustaba. ¿Eran ciertos los rumores que lo acusaban de estar vinculado a la droga, o simplemente se trataba de un sacrificado y pragmático empresario, víctima de la envidia? No hay fortuna inocente, repitió para sí, evocando las palabras de su padre, que había muerto arruinado en La Florida.

—Permítame una última pregunta.

—Las que usted quiera.

—Pese a su colita de caballo, Balsen era un tipo bastante apuesto y con llegada entre las mujeres. ¿No tenía aquí, en el oasis, alguna amante?

Azcárate sonrió sardónico y se acarició largo rato las mejillas con sus manos gordas, como para cerciorarse de que estaba afeitado. Dijo mirando furtivamente:

—Se le vio cierto tiempo con Isabel Ayabire.

—No me refiero a Isabel, sino a alguna otra mujer, aunque fuese ocasional. Me imagino que Balsen solía brindarle alojamiento de vez en cuando a alguna turista, ¿entiende?

—Eso lo debe saber mejor Isabel.

—Olvídese de ella. ¿No recuerda a nadie?

Azcárate deslizó ahora la mano por su pelo seboso y luego tamborileó con los dedos sobre la mesa. Durante unos instantes silbó bajito. Sus rasgos danzaban a la luz oscilante de las velas. Parecía extenuado.

—Balsen no era precisamente un beato, cosa que no le critico —afirmó benevolente, revelando una leve simpatía por el muerto—. No sé si me equivoco, pero creo que durante un tiempo dejó a Isabel por otra.

—A lo mejor recuerda su nombre.

—Era una alemana, precisamente. Algo mayor que él, pero de buen cuerpo.

—¿Vive en San Pedro?

—Vivía —se llevó pensativo la copa a la boca y la apartó disgustado al advertir que ya estaba vacía—. Se alojaba en la hostería San Pedro, como todos los alemanes que trabajan para la Antares. Pero se marchó.

—¿Antes o después de la muerte de Balsen?

—Antes. Como un mes antes, si no me equivoco.

SAN PEDRO, MARTES 12 DE MAYO, 03.47 HRS.

Despertó abruptamente con la espeluznante sensación de que una sombra lo espiaba desde fuera de la cabaña, pero no divisó a nadie al otro lado del vidrio. Solo el cielo con sus estrellas, perfectamente enmarcado por los centros de la ventana, envuelto en el silencio abismal de la clara noche atacameña. Tras palpar sus anteojos sobre el velador, se los calzó tembloroso y se levantó con sigilo.

La cama de Cornelia Kratz permanecía vacía y plegada. Solo en ese instante recordó que ella alojaba aquella noche en Toconao. Miró a través de la ventana. Un sudor leve le cubrió la frente. La luna descolgaba sus guirnaldas de plata por los chañares y cubría de un polvo plomizo, casi mercurial, las cumbreras de los muros y las crestas prehistóricas de la cordillera de la Sal. El ladrido lastimero de un perro se hundió como puñalada arterial en el silencio. No había nadie afuera.

Pero escuchó nítidamente cómo crujía la gravilla en el patio mientras un perro cercano soltaba unos gruñidos.

Se vistió con prontitud, se calzó los bototos y salió. Las cabañas permanecían a oscuras, con las puertas cerradas, ajenas a lo que sucedía. Un perro flaco y de buenas pulgas, probablemente el que acababa de ladrar, se le acercó meneando la cola y lo olfateó con avidez.

—Tranquilo —susurró mientras acariciaba la cabeza del animal.

Cruzó el patio, solo perseguido por el perro y sus sombras, alcanzó la puerta principal de la hostería y atisbó el exterior. La calle Tocopilla se alargaba recta y solitaria, limitada por muros y casas de adobe, sin luz. No había un alma despierta en todo el oasis. Sintió un escalofrío.

Y de pronto la vio. No habría podido afirmar con certeza si se trataba de una sombra o solo de una visión, pero ella —quienquiera que fuese— acababa de doblar la esquina. No lo pensó dos veces y marchó en esa dirección procurando dosificar sus energías y evitar un nuevo desvanecimiento. Sin embargo, a los pocos metros su corazón comenzó a palpitar virulento y en su cabeza se instaló un dolor punzante, que recorría su frente de lado a lado.

Llegó a la esquina donde había visto desvanecerse la sombra y observó atentamente la calle. Ante él apareció un pasaje lateral, de tierra, estrecho y sinuoso,

sombreado por algarrobos y casitas de un piso. De pronto sintió una suerte de respiración agitada a su espalda. Se viró de inmediato, tenso, presto a defenderse. Pero era solo el perro. Ahora lo olisqueaba como reconociéndolo, satisfecho de haber encontrado a un compañero a esas horas de la madrugada.

Escuchó nuevamente el ladrido de otro animal y se adentró resuelto por el pasaje, que desembocaba cien metros más allá, después de una curva y unas cañas, en la calle Valdivia. Avanzó plegado a los muros encalados mientras el quiltro lo seguía jadeando.

—¿No eres Berganza? —susurró Cayetano.

El perro irguió las orejas y balanceó la cabeza.

—¿Tal vez Cipión?

Esta vez se alejó indiferente, husmeando la tierra, convertida a esa hora en simple harina blanca.

Al reanudar la marcha, Cayetano se preguntó si tenía algún sentido continuar aquella búsqueda. Asomó su cabeza junto al tronco de un algarrobo y permaneció inmóvil.

Ahora sí vio todo con claridad. Era un hombre que huía con premura a unos cincuenta metros de él. Se deslizaba como una sombra por la noche. Llevaba un gorro de lana y un suéter holgado. Fue incapaz de distinguir otro detalle que lo identificara. No le cupo duda, era la misma persona que lo había estado espiando a través de la ventana. Una intensa sensación de inseguridad recorrió su cuerpo y le erizó la piel. Decidió emprender la persecución de modo discreto en el momento en que el hombre desaparecía del alcance de su vista al doblar una esquina.

Cayetano echó a correr aunque su corazón latía con fuerza. No tardó en experimentar un vértigo acompañado de la desagradable sensación de que su cuerpo se hacía repentinamente pesado y torpe. Escuchó de pronto un extraño pito agudo, que no logró identificar y solo después constató que provenía de su propia garganta. Se estremeció y buscó apoyo en los muros. Temblaba. Sus sienes querían estallar. Inspiró aire varias veces, tratando de recobrar la calma, oliendo la cal de los muros, pero cuando elevó la vista, el hombre ya había desaparecido. Decepcionado, volvió a paso lento a la hostería seguido del perro.

Recién entonces comenzó a sentir el frío de la noche despejada y a percatarse de la inmensidad del cielo atacameño. Quedó azorado. Jamás había visto estrellas tan claras, grandes y brillantes como las de Atacama. Tuvo la certeza de que podría alcanzarlas con la mano. Minutos más tarde ingresaba nuevamente a su cabaña.

Cuando encendió el fósforo para consultar la hora, descubrió indicios claros de que acababan de registrar su cuarto.

SAN PEDRO, MARTES 12 DE MAYO, 09.50 HRS.

Cayetano Brulé se dirigió a la hostería San Pedro de Atacama a media mañana, después de analizar minuciosamente el registro que los desconocidos habían practicado en la cabaña durante su breve ausencia. Con excepción de los rollos fotográficos empleados por Cornelia, nada había sido sustraído de sus pertenencias, ni siquiera los rollos vírgenes. No obstante, halló indicios de que manos expertas habían hojeado los apuntes y libros de ambos.

Cruzó bajo los gigantescos Algarrobos que circundan la hostería preguntándose si el objetivo de aquellos desconocidos había consistido en eliminarlo mientras dormía, cuestión que bien podría haber fracasado por su sorpresivo despertar, o en alejarlo sencillamente de la cabaña aprovechando la ausencia de la alemana. Pero, se preguntó impotente mientras se acomodaba en el mesón del pequeño bar, ¿quienes dirigían el registro desde las sombras? ¿Algún narcotraficante asentado en el oasis, una empobrecida comunidad campesina, un grupo de huaqueros atemorizados, acaso las poderosas mineras, Bodo Pankow, a quien imaginaba ordenando una y otra vez batidos de mango sin azúcar, o acaso Azcárate, con sus ojos negros y su cabellera grasosa? ¿O tal vez alguien que, al igual que ellos, vislumbraba una amenaza en su investigación?

El local estaba vacío, el piso de cerámico relucía limpio, las botellas colgaban apuntando hacia abajo y todo lo envolvía el aroma a café recién tostado. A través de los ventanales admiró la gran piscina de fondo celeste y los chañares que la circundaban.

—¿Qué se sirve, caballero? —preguntó un hombre de mediana edad que apareció de pronto detrás de la barra.

—Un cortado para mí y lo que desee para usted, y todo a mi cuenta —anunció generoso Cayetano colocando su gorro de lana sobre la barra.

El hombre se sonrojó y masculló algo ininteligible por entre los dientes. Luego activó la cafetera diciéndose que aquel bigotudo de anteojos gruesos y con pinta de mexicano parecía un tipo simpático. Buen modo de comenzar la mañana. En realidad, no abundaban los turistas afables en el oasis. La mayoría eran turistas que arribaban ansiosos, buscando algo indefinido, angustiados por la sensación de que debían

cumplir un itinerario urgente y desconocido.

—Si uno desea reservar una habitación, ¿con quién lo hace? —preguntó Cayetano.

El barman se viró hacia él sin dejar de hacer girar una palanquita de la máquina y repuso con una sonrisa:

—Con el dueño, o si no está, como ahora, que anda comprando verduras, habla conmigo. Aquí hago de todo. De barman, cajero, maletero, jardinero, hasta de cocinero.

La cafetera lanzó un resoplido agudo, como de animal herido, y luego despidió vapor y un líquido oscuro por sus intersticios. El barman llenó dos tacitas con café y espuma de leche y las colocó sobre el mesón. Cayetano decidió que era la hora de dejarse de rodeos:

—Escúcheme, mi amigo, no hace mucho se hospedó aquí una alemana.

—Aquí se alojan alemanes todos los días. Llegan por cientos, especialmente mochileros —revolvió su taza indiferente, acodado en el mesón—. Y desde hace más de tres años, por ejemplo, viven aquí, por temporadas, técnicos alemanes de una empresa minera.

—De la Antares. De esos precisamente se trata. Me refiero a una alemana que trabajaba para Antares y que se fue hace un tiempo de San Pedro. ¿La recuerda?

El barman se cruzó de brazos y miró intrigado al detective. Luego pasó un paño húmedo sobre la superficie del mesón.

—Me acuerdo de esa mujer. Sí, porque era la única del grupo.

—¿Cómo se llamaba?

En cuanto advirtió cierto gesto de incertidumbre en su rostro, Cayetano extrajo un billete de cinco mil pesos de su pantalón y lo hizo resbalar sobre la barra.

—Cobre y el vuelto es suyo a cambio del nombre. Es importante para mí.

Lo vio caminar resuelto hacia la pequeña recepción de la hostería, donde trasteó un rato entre cajones. Al final apareció serio con un cuaderno de tapas gruesas.

—Fue hace como dos meses. Debe estar en uno de estos registros —susurró concentrado—. Creo que se llamaba Bárbara.

Buscó durante unos instantes en el cuaderno. El detective aprovechó para sorber el café con calma y pasear la vista por el bar. Era un lugar acogedor, dispuesto en forma circular en torno a una chimenea de piedra que en las noches de invierno debía entibiar deliciosamente aquel ambiente.

—Aquí no está —lamentó de pronto el barman, cerrando un cuaderno—. Ni puede estar —meneó la cabeza—. Claro. Si no me falla la memoria, ella estuvo aquí por más de un año. Entonces debe haberse inscrito en esa fecha. Pero me acuerdo de ella.

—¿No puede conseguir ese cuaderno? Necesito los datos.

—Los tiene el dueño y jamás me los prestaría. Pero, ¿por qué no les pide los datos a los compañeros de la alemana, a la gente de Antares que se hospeda aquí?

Son tres caballeros.

—¿No hay uno que se llama Pankow?

—Exacto, don Bo, el jefe.

Cayetano extrajo otro billete de cinco, y lo hizo resbalar sobre el mesón hasta introducirlo dentro del puño del barman. Este lo plegó delicadamente y lo guardó sin mirarlo en el bolsillo de su camisa.

—Bueno, ahora me acuerdo mejor —repuso lívido. Su voz resonó escuálida—. Sí, la recuerdo perfectamente. Era ingeniera o algo así. Tendría cuarenta años. Rubia, hartó buena. Bárbara, exacto, pero no recuerdo el apellido. Vivió mucho tiempo en la hostería, y se fue hace como dos meses. Por cierto que de manera muy especial.

—¿A qué se refiere?

Hizo chasquear la lengua y ladeó la cabeza y en sus ojos se reflejó cierta inseguridad.

—Se la llevaron violentamente una noche en un vehículo.

—¿Violentamente?

—Como en un secuestro —repuso tranquilo—. Serían las dos de la madrugada. Lo hicieron sus propios compañeros de trabajo. La llevaron en el jeep de don Bo. No entendí nada, discutían en alemán, parecían todos borrachos.

Cayetano empujó la tacita vacía hacia un costado y preguntó:

—¿Ella solía beber?

—Bueno, los alemanes beben con frecuencia.

—¿Quién le contó esa escena?

—Me liquida si cuenta lo que sucedió esa noche —advirtió con la boca seca y volvió a cruzarse de brazos sobre el mesón—. En la hostería solo estaban los alemanes de Antares y yo, el único testigo. Pero ellos creen que yo dormía.

Se atusó los bigotes y se acomodó los anteojos en el caballete de la nariz. ¿Por qué Pankow ni Isabel Ayabire, ni nadie le había hablado de aquella mujer?

—Cuénteme bien lo que ocurrió aquella noche.

—La sacaron a la fuerza de su pieza —susurró el barman indicando hacia el pasillo que se abría más allá de la recepción—. La arrastraron por aquí y se detuvieron por unos instantes en el acceso a la espera de que uno acercara el jeep. Yo dormitaba en el cuartito, detrás de la recepción, y vi todo a través de la puerta, sin encender la luz.

—¿Lo denunció a la policía?

—¿Para qué? Era una cuestión entre ellos, además estaban borrachos. ¿Usted sabe cuántos escándalos producen al mes los turistas en San Pedro? Si los denunciáramos, nos quedaríamos solos.

—¿Y la alemana? ¿Qué hacía?

—Lloraba —repuso el barman sorbiendo con indiferencia su café—. No entendí nada, hablaban en alemán. Al rato la subieron al jeep con maletas y todo y desaparecieron.

—¿No volvió a verla?

—Nunca más.

—¿Explicaron algo los alemanes al día siguiente?

—Tiempo después, don Bo se limitó a pagar el cuarto de la mujer y bromeó con que los negocios funcionaban mejor entre hombres.

—Ella mantenía relaciones con Willi Balsen, el alemán que mataron en el pueblo. ¿No es cierto?

En el rostro del barman se dibujó una sonrisa lasciva. Sus ojos se clavaron por unos instantes en los del detective. Era como si al fin pudiera contar una infidencia importante.

—La visitaba a menudo. Se reunían en su cuarto cuando los otros alemanes se hallaban en la planta. Ellos tienen un sistema de turnos, por lo que siempre dejan a uno en la hostería. Se comunican por radio. Se reunían discretamente. Pero uno, como hotelero, sabe lo que pasa adentro por los indicios. Las camas, los ruidos, ¿me entiende?

—¿Vino Balsen después a preguntar por ella?

El barman vació su taza y se secó los labios con el dorso de la mano. Su mirada, profunda y oscura, se fijó en las dioptrías del detective.

—Estuvo aquí, días después, preguntando por ella.

—¿Y qué le respondió?

—Que se había ido definitivamente.

—Mintió, por lo tanto.

—No —repuso el barman con frialdad—. Solo no dije toda la verdad. Y lo hice para proteger mi trabajo. Ahora, si usted me denuncia, lo perderé. Los alemanes son clientes fijos aquí y don Bo, rey.

—Una última pregunta, mi amigo. ¿Usted cree que la alemana mantenía también cierto tipo de relación íntima con Pankow?

El barman dejó escapar una sonrisa cómplice. Sus rasgos se tornaron zorrunos al sonreír.

—Bueno, no soy detective, pero como hombre observador a mí no se me escapa una. Pero para serle franco, nunca advertí indicio de que la alemana se entendiera también con don Bo. No, ahí no había nada, señor, y se lo dice alguien con buena nariz y mejores oídos.

SAN PEDRO, MARTES 12 DE MAYO, 11.30 HRS.

Tórrido, el sol se había instalado en el cenit mismo, devorando las sombras y la última humedad de las callejuelas, cuando Cayetano Brulé llegó a la vivienda de Isabel Ayabire. El oasis estaba ahora poblado de turistas y desde el interior del bar Tambillo llegaban los ritmos de boleros y rancheras, atenuados por la tertulia de sus parroquianos. Como vio puerta y postigos cerrados, recordó que la muchacha y su abuela ofrecían hospedaje en la parte trasera de la casa, y se adentró por un pasaje lateral.

La encontró en el patiecito interior, dispuesto como pequeño comedor. Deslizaba un estropajo sobre las mesas. Con piso de tierra, la cubierta de coirón y el follaje de pimientos frondosos, aquel lugar suponía un oasis fresco y sombreado. Un pequeño corredor, al que daban cuatro habitaciones, por el poniente, y tres muros de adobe por los otros costados, circundaban el espacio creando una atmósfera discreta y protegida. Isabel llevaba un vestido corto, sin mangas y ajustado, que dejaba al descubierto el jarosita de sus brazos y piernas y permitía adivinar la estrechez de su cintura y la pujanza de sus senos. Su rostro de mirada despierta y radiante, cubierto ahora por una liviana capa de sudor, subyugaba con la vertiginosidad de un latigazo.

—Solo quería conversar unos minutos con usted —anunció Cayetano, muy suave, perturbado por la piel palpitante que ofrecía el escote. El nacimiento de los senos de Isabel —hondonada húmeda, tierna y misteriosa— le evocó las vegas frescas y cristalinas de la cordillera.

Reflejando sorpresa y molestia, la mirada de Isabel le indicó al detective que ahora estaba a punto de perderla definitivamente como informante. Era ese el riesgo que solía correr un investigador privado: perder la confianza, o antes que eso, la simpatía de quienes pudieran suministrarle datos importantes. Bastaba dar un mal paso, hacer un alcance desafortunado o emitir una opinión liviana para que la frágil relación de confianza se derrumbara. Después no había tiempo para remediar ni reconstituir aquel tejido. Tragó saliva molesto consigo mismo, la sintió apelmazada, sulfurosa, como las aguas siempre turbias del río Vilama, que bañan por el levante el oasis de San Pedro.

—¿Qué busca ahora? —preguntó la muchacha.

Cayetano escuchó el murmullo de un chorro de agua y se volvió lentamente. A través de una ventana entreabierta divisó a la abuela de Isabel. Lavaba la vajilla sin dejar de mirarlos.

—Me gustaría que tomáramos algo, aquí mismo. Yo invito.

Isabel dejó caer con desgano el estropajo sobre una silla y caminó hacia la cocina. Allí su cuerpo se confundió con las sombras y volvió a emerger al rato trayendo una bandeja con dos tazas, un azucarero y un termo. Después tomó asiento en silencio y llenó las tazas hasta los bordes con café aguado.

Cayetano aprovechó la pausa para extraer un cigarrillo de la guayabera, lo prendió tranquilamente y mientras seguía con la vista el ascenso de las volutas de humo, distinguió a través del coirón unos retazos de azul profundo, como de cielo recién lavado. El canto de un pájaro le recordó por unos instantes las mañanas de primavera en los cerros de Valparaíso. El sol refulgía entonces contra los techos de calamina, la brisa del mar contagiaba con fragancias de salitre y desde el puerto llegaba por los aires tibios el estrépito atemperado de motores. Por un instante dejó vagar la vista por entre las ramas de los pimientos hasta tropezar con un jilguero que cantaba en su jaula de alambre.

—Usted nada me dijo sobre una alemana, de nombre Bárbara, quien conocía muy bien a Balsen —dijo de pronto Cayetano en un intento por colocar de sopetón las cartas sobre la mesa.

—¿Se refiere a Bárbara Schuster? —sus labios dibujaron una sonrisa ácida—. Ella no significó nada en nuestras vidas, digo, nada en mi relación con Willi.

—No trate de engañarme, Isabel —repuso el detective mientras se servía azúcar y revolvía su taza—. Bárbara sí fue importante, ella se cruzó en su camino, en su relación con Willi. Y me imagino que usted, pese a sus cortos años, quería consolidar esa relación, no deseaba solo una aventura pasajera. Mal que mal se habían conocido hacía tiempo.

—Tres años.

—Exacto. Y entonces apareció esa alemana. Ella significó algo y bastante, me atrevería a decir, en la vida de ambos.

—¿Piensa usted acaso que yo maté a Willi por celos?

Había ahora inquietud y desconcierto en su mirada.

—No se trata de eso, Isabel. Solo quiero que me ayude a armar este rompecabezas, del cual usted posee una pieza importante, que es Bárbara. ¿No le interesa acaso que se esclarezca la muerte de Balsen?

—¿Y todo esto con qué fin, don Cayetano? —murmuró desconsolada—. ¿No le basta con que perdí a Willi? ¿Usted me lo va a devolver acaso?

El jilguero volvió a cantar, pero calló súbitamente asustado por el chirrido agudo de una puerta. Una pareja rubia, de pantalones cortos y poleras, premunida de una cámara fotográfica y mochilas, abandonó una habitación y cruzó el patiecito. El detective aguardó a que desaparecieran y comentó:

—Según lo que sé, Bárbara fue amante de Balsen desde que llegó, hace cosa de año y medio, hasta que se fue. Disculpe si soy tan rudo al abordar este asunto, pero no me queda otra. La verdad a veces duele, Isabel.

—¿Qué quiere de mí?

Su pregunta había sonado gélida, aunque tenía los ojos llorosos. Si no manejaba bien las cosas, pensó el detective, la abuela podría intervenir en cualquier momento, dando por terminada la conversación.

—Créame que no es mi ánimo criticarla, porque por amor se transan muchas cosas, y eso lo sé mejor que usted, porque soy viejo. Pero usted, Isabel, toleró esa relación durante todo el tiempo.

No estaba seguro de lo que afirmaba, nadie se lo había dicho, pero su olfato le hacía intuir que esa era una probabilidad cierta.

—Usted se confunde, mi relación con Willi no fue como la imagina. Nos veíamos, intentamos vivir juntos, pero al final cada uno siguió su propio camino. Nos veíamos solo si necesitábamos algo del otro.

—¿Y eso lo sentía usted como algo natural? No soy un moralista —aclaró torciéndose los bigotes—, pero siempre he pensado que las muchachas jóvenes sueñan con casarse.

Ella soltó una sonrisa displicente y enlazó las manos en un gesto compasivo.

—Eso era antes, don Cayetano.

—En fin. Usted toleró hasta cierto punto esa infidelidad de Willi, pues sabía que él y Bárbara no tenían futuro. Balsen deseaba quedarse para siempre en Atacama, ¿sí o no? Balsen estaba agotado de Europa y de la civilización? ¿Sí o no? Balsen huía de algo en Europa. ¿Sí o no?

Ante la andanada de preguntas, ella enlazó sus manos y guardó silencio. Cayetano no supo si aquello era una treta para evitar decir algo comprometedor o si se debía a que Isabel jamás se había confrontado realmente con esas interrogantes.

—Balsen quería quedarse para siempre en Atacama. ¿Verdad? —se escuchó preguntando en tono comedido.

Ella asintió con la cabeza gacha, mirando la taza de café, aunque sus pensamientos estaban tan lejos de allí.

—Y Bárbara, como empleada internacional de la Antares, prefería seguir en ese tren de vida. ¿Verdad?

—Usted está equivocado —dijo ella al fin, decidida—. Willi nunca pensó en Bárbara como para quedarse con ella.

—Y sobre eso basaba usted su superioridad sobre Bárbara, ¿verdad?

Ella lo miró con ojos atentos y bebió de su taza a la expectativa.

—Pero hay otra cosa que me intriga, Isabel. No entiendo por qué dos personas que se aman no viven juntas. Usted vivía aquí y Balsen en la casa que alquila el SOS frente a la plaza.

—Ya se lo dije. Él vivió un tiempo acá, conmigo, hasta hace aproximadamente un

año, pero después volvió a lo suyo. Ambos preferíamos nuestra libertad.

—¿No será que Balsen optó por distanciarse de usted porque ya mantenía una relación paralela con Bárbara Schuster?

—Eso no me interesa —la respuesta le sonó virulenta y atolondrada—. ¿Es que acaso todo esto me traerá de vuelta a Willi?

Cayetano dibujó un círculo con la punta de su zapato bajo la mesa y calló mientras pensaba que era recomendable brindarle un respiro. Sorbió el café, que le pareció ahora amargo, y volvió a endulzarlo. No era mucho lo que tenía entre manos. Al menos el nombre completo de la alemana, Bárbara Schuster. Debía ubicarla no solo para consultarle detalles sobre Balsen, sino también para conocer el motivo real de su extraño y repentino alejamiento de San Pedro. Un velo misterioso parecía envolver a los alemanes del oasis y Balsen no tenía por qué estar al margen de todo aquello.

—¿Me creerá que me importa un cuesco lo que piense de mí? —comentó de pronto Isabel.

—Puedo imaginármelo —expulsó con serenidad el humo por la nariz—. Pero, ¿usted coincide conmigo en que eso fue así y que la alemana desapareció dos meses antes de la muerte de Balsen?

—Ellos no tenían perspectivas juntos —repuso ella sin responder directamente lo que le preguntaba—. Él quería permanecer para siempre en Atacama, aquí se había encontrado consigo mismo, y ella deseaba volver a Europa. Como lo dijo usted. Se fue de un día para otro, antes de la muerte de Willi.

—¿Balsen nunca le explicó a usted la razón de su alejamiento?

—Willi había terminado con ella por exigencias mías. Lo puse ante la disyuntiva: o ella o yo. ¿Me entiende? Creo que Bárbara decidió irse cuando Willi rompió con ella.

—¿Y adónde se marchó?

Se encogió de hombros con deliberada indiferencia. Cayetano intentó ignorar aquel gesto y dirigió su mirada hacia lo alto. A través de la cubierta de coirón observó trozos de cielo azul. En el patiecito reinaba ahora la paz y solo de cuando en cuando se escuchaba el murmullo de la pila de agua que abría y cerraba la abuela de Isabel. El detective esperó a que el jilguero enmudeciera y preguntó:

—¿Willi nunca recibió cartas de Bárbara Schuster?

Isabel se limitó a acariciar los bordes de la taza. Sus dedos, unos dedos finos, se detuvieron en una trizadura. La acarició y contempló por unos instantes como si se tratase de un hallazgo especial.

—¿Y la policía no le preguntó a usted por Bárbara Schuster?

—Solo por Willi. Era poco en lo que los podía ayudar. La noche del crimen yo me encontraba en la pensión —enarcó las cejas y preguntó sorprendida—: ¿Por qué tenían que preguntarme por Bárbara? ¿Tiene ella algo que ver acaso con la muerte de Willi?

—Son simplemente cabos que intento atar. Pero dígame, Isabel. ¿Balsen nunca le contó a usted que Bárbara Schuster había desaparecido intempestivamente del oasis?

—No.

—¿A qué cree usted que se debe su partida?

—Estoy convencida de que ella se marchó por despecho.

—Vale decir, voluntariamente.

—Voluntariamente.

—¿Está segura?

—Absolutamente.

SAN PEDRO, MIÉRCOLES 13 DE MAYO, 09.15 HRS.

No existe en todo Chile otro tesoro tan portentoso y desprotegido como el oro de los antiguos atacameños que se expone en el museo Padre Le Paige de San Pedro de Atacama. Si bien durante la noche las pesadas puertas de acero imposibilitan el acceso al búnker que guarda las piezas, durante el día cualquier banda de asaltantes armados podría apoderarse de ellas con solo reducir a sus pacíficos funcionarios.

—No podrían escapar, hermano —le susurró Inti Palomares a Cayetano Brulé. Paseaban por la sala de los muros de concreto—. Me he imaginado muchas veces un asalto y después me tranquilizo. Podrían llevarse todo, pero tardarían horas en alcanzar alguna ciudad para ocultarse. Desde el aire los detectaría hasta un satélite.

La subyugadora belleza de aquellas piezas milenarias elaboradas íntegramente en oro enmudecieron al detective. Bajo la luz de los focos resplandecían no solo finísimas armaduras de los principales atacameños que coexistieron con el imperio de Tiawanaku, sino también vaso-retratos de grandes ojos rasgados, que escrutaban el más allá —seguramente un más allá de praderas verdes, huertos sombreados y riachuelos cristalinos— con la enigmática sonrisa de la Gioconda, vasos ceremoniales adornados con motivos sobrios y un sinnúmero de gargantillas, aretes, pulseras y anillos de delicada filigrana.

—Nada de esto tiene precio —afirmó con un suspiro emocionado Inti en tanto se rascaba las greñas bajo el gorro.

Cayetano miró de soslayo a aquel Bob Marley peruano. A los cuarenta y cinco años —moreno, fornido, de ojos oscuros y labios gruesos—, Inti se dedicaba a elaborar artesanía, fumar cigarrillos liados por él mismo y a practicar, con consecuencia y regularidad absolutas, la contemplación, según acababa de confesarle mientras caminaban hacia el museo. Había sido cocinero en una nave de la marina mercante peruana, por lo que conocía algo del mundo, y posteriormente, en los años setenta, al igual que tantos latinoamericanos de izquierda, se había incorporado a la guerrilla sandinista. Era la época de la insurrección heroica, cuando el sandinismo parecía una alternativa verdaderamente revolucionaria y popular, recalca Inti mientras se ajustaba su gorra de telar y Cayetano pagaba la entrada al museo, no como ahora que terminó en lo que es el PRI mexicano y será el PC de Cuba, una

alianza formada por ancianos combatientes aferrados al poder y oportunistas jóvenes deseosos de labrar fortuna.

—No, hermano, yo ahora con Jane —se refería a su conviviente norteamericana, la que al parecer no solo era su mujer, sino también su visa para residir en Estados Unidos— vendo artesanía en la feria. Sabes, hermano, con los años he llegado a la conclusión de que las guerrillas terminan pariendo dictadores y millonarios, cuando ganan, o terroristas y empresarios, cuando pierden. En todo caso —añadió acariciándose filosófico la melena; se dirigían a la Sala de Oro Atacameño—, son más versátiles que la derecha, que no hace más que parir dictadores y millonarios.

Aquella mañana, al ir a buscarlo a la feria, lo había encontrado junto a Jane —rubia sonriente y vital, menos de cuarenta años, vestida a lo gitana—, en momentos en que calentaban en el anafe el agua para el mate. No tuvo inconveniente en acompañarlo al museo, siempre y cuando fuese después del desayuno, le dijo Inti. La pareja alquilaba una modesta casita, cerca de la feria, donde elaboraban cerámica y orfebrería. Poco antes de las diez, la mañana bañaba las calles con una luz dorada, Cayetano e Inti se dirigían al museo.

—Esto, por ejemplo, es incalculable —opinó Inti extrayendo un largo pañuelo sucio de su morral y se sonó estruendosamente. Se refería a un vaso-retrato de oro encontrado en el callejón Larache, cerca de la plaza, con una data de mil quinientos años—. El oro, por un lado, la pericia que implica fundirlo, por otro, y el hecho de que se trata de una pieza histórica irrepetible, lo convierten en un objeto de valor incalculable.

—Me imagino que, con estos precios, aún hay mucho huaqueo —comentó el detective y no pudo dejar de asociar el huaqueo con Balsen.

—Si tú miras bien, hermano —dijo el Inti sin prisa, pero en alta voz y con un vago acento nicaragüense. Se lo pudo imaginar vistiendo el traje verde olivo de la entonces guerrilla sandinista con sus trencitas a lo Bob Marley colgando bajo la boina estilo Che Guevara—, en todo el museo no hay media docena de vaso-retratos. ¿Te imaginas cuántos habrán sido saqueados y vendidos?

—¿Balsen no estaría metido en esto? —preguntó discreto—. Estamos hablando de cientos de miles de dólares.

Inti movió la cabeza con los ojos fijos en la armadura más fantástica de la sala, la hallada en el ayllu Conde Duque.

—Esta debe tener unos mil años —se mordió el labio inferior con aire de experto. Luego continuó—: No, el alemán no andaba en eso. Yo lo habría sabido. Willi quería financiar sólo la compra de bombas y evitarles más pérdidas a los achaches. Ser pobre, viejo y, para más remate, atacameño en Chile, es hartito jodido, hermano.

—Me puedo imaginar, de pronto, a Balsen vendiendo piezas como esta con tal de recaudar fondos.

—No lo creo, hermano. Yo lo habría sabido.

—Y si dices saber tanto de Balsen, ¿entonces viste alguna vez a una alemana que

se llamaba Bárbara Schuster?

—Sabía de Balsen lo suficiente como para meterme con él a falsificar cerámica para ayudar a los pobres. Era una forma de ser guerrillero. Guerrillero marxista-ceramista —sonrió ufano por su juego de palabras y después, serio, añadió—: Pero nunca me interesaron sus historias entre las sábanas.

Cayetano invitó a Inti a salir del búnker para internarse por los pasillos del museo. Quería recorrer algo de aquella historia milenaria. Por un momento recordó las cimas de los montes cordilleranos que dominaban los alrededores de San Pedro y se estremeció al imaginar que doce mil años atrás una tribu de cazadores había divisado desde lo alto de la puna aquel oasis, que hoy la mano del afuerino amenazaba de muerte. El problema radica en que los afuerinos no observan a la Mama Pacha como un ser viviente al que se debe respeto y admiración, pensó meneando la cabeza.

—¿Nunca le contó nada de Bárbara Schuster?

—El alemán era reservado, hermano. Solo hablábamos de los proyectos para el ayllu. De mujeres, nunca. Eso es como hablar del agua, hermano. El que se pasa hablando del agua es porque tiene sed.

Se detuvieron ante una vitrina que exhibía una momia. Un letrero la definía, con vicioso sentido del humor, como Miss Chile. Al parecer había sido una bella princesa atacameña.

—¿Qué pensarías, hermano, si agarraran a tu abuela habanera y te la colocaran en vitrina para los turistas?

Cayetano sintió que el eco de la voz de Inti retumbaba en el museo mientras él no podía apartar su mirada miope de aquella momia que yacía en posición fetal en el interior de una gran vasija rota. La contemplaba intentando, vanamente, una deliberada suerte de indiferencia. Y de improviso, mientras admiraba el ocre de su vestimenta milenaria, tuvo el detective la certeza de que aquella cabeza recubierta con piel de pergamino, aquellas cuencas vacías y aquella carcajada muda que esbozaba su quijada, pedían ahora regresar a la tumba. No acertó a explicarse la razón, pero imaginó que en el inicio de su existencia las manos tiernas, hábiles y cariñosas de su madre habían envuelto a la princesa en awayos muy suaves antes de pasearla bajo el cielo traslúcido de Atacama, y que, años más tarde, aquella joven, hoy en vitrina, había celebrado probablemente su boda y se habría entregado en medio de la pasión o el recato, a un principal de cobre que la había preñado en busca de descendencia noble. Era una joven que seguramente también había brindado sus frutos a la Mama Pacha, que había sabido ser digna y laboriosa, que en la aridez del desierto cultivó esperanzas color turquesa y que en algún instante remoto cerró sus párpados con la tranquilizante convicción de que no tardaría en arribar a un oasis vasto, fértil y pacífico. Y ahora se hallaba en vitrina, expuesta ante los ávidos ojos de los turistas.

—¿No me respondés nada, hermano, o preferís seguir hablando de Balsen?

Fue incapaz de responderle a Inti, quien ahora volvía a extraer su pañuelo para

sonarse estruendosamente.

—Pues existió una alemana, que se llamaba Bárbara Schuster, con la cual Balsen tuvo una relación —continuó Cayetano mucho rato después, mientras abandonaban el museo y se encaminaban hacia la sombra de la plaza—. Bárbara trabajaba para Antares.

—¿Conoces Antares, hermano?

—Sé que es la empresa alemana prospectora de minerales.

Entraron al patio del restaurante Juanita, ocuparon una mesa y ordenaron dos cafés con leche. A través de los parlantes llegaba la voz de Luis Miguel cantando «Si nos dejan».

—¿Y por qué no le preguntas a la gente de Antares por esa mujer?

—Lo he pensado, solo que tengo que encontrar a la persona adecuada —soltó un resoplido mientras limpiaba los cristales de sus anteojos con una servilleta de papel. Sus ojos se encogieron y parecieron naufragar en su cara redonda, algo mofletuda, bastante tostada por el implacable sol del desierto—. Ya hablé con alguien, pero no me mencionó el tema.

—Yo que tú, hermano, dejaba ese asunto —replicó socarrón Inti y se rascó la melena bajo el gorro—. Antares solo la manejan alemanes. Son demasiado parcos en palabras, andan en lo suyo y cuando te hablan, te hablan solo de lo que ellos quieren. ¿Ya visitaste la planta que tienen ahora?

Volvió a acomodarse los anteojos y sintió un gran alivio al ver que el rostro de Inti recobraba su nitidez.

—No.

—Pues sería interesante que fueras, hermano. Siempre hay que explorar previamente el terreno en que uno piensa operar. ¿Tú nunca fuiste guerrillero, ni miembro de las FAR, hermano? ¿Ah?

—Nunca.

—Es que te fuiste muy temprano de Cuba, hermano. Una lástima.

SAN PEDRO, MIÉRCOLES 13 DE MAYO, 18.00 HRS.

—No es conveniente que lleguemos en camioneta hasta la planta de Antares. Prefiero observarla desde la distancia —gritó Cayetano Brulé por sobre el estrépito del vehículo de Pompeyo Jara.

La antigua Chevrolet no cesaba de batucarlos salvajemente mientras se desplazaba por la superficie pedregosa y polvorienta del camino. Era calamina pura, capaz de desconchar al más pintado de los tanques, y subía recta hacia el este, como si quisiese acercarse al volcán Láscar y su permanente estela de humo.

—No se preocupe, que conozco un punto desde donde podemos echar un vistazo sin que nos vean —afirmó Pompeyo sujetando con ambas manos el manubrio del vehículo, que a juzgar por sus enloquecidos corcoveos parecía a punto de querer desguañangarse.

Habían pasado gran parte del día en el desierto observando las instalaciones de las empresas mineras que operan en las cercanías de San Pedro de Atacama. Vieron, entre otras, las plantas de El Litio y Minsal, que operan en el salar de Atacama, el que desde la distancia y por su blancura parece un gigantesco lago congelado, un lago tan vasto, que uno puede internarse por su superficie sin divisar sus orillas. También se habían aproximado a las inmediaciones de siete plantas pequeñas, incluidas las anteriores de Antares, donde crecían bosquecillos de tamarugos merced al agua que brotaba de las excavaciones. Cayetano tuvo que reconocer que las antiguas plantas de la empresa alemana eran las únicas forestadas. Si bien las plantaciones resultaban ralas y sus árboles languidecían amarillentos, constituían, en todo caso, un esfuerzo loable por combatir el desierto.

Investigaban de modo discreto, fingiendo un recorrido turístico, pues a los extraños, por razones de seguridad, les está vedado el acceso a las plantas. A Cayetano le resultaba desconcertante ver aquellas moles gigantescas, escandalosas, mitad fábrica, mitad bulldozer, de chimeneas humeantes, que penetraban la tierra haciéndola temblar con el fin de arrancarle sus secretos. En parte alguna podía ver a los trabajadores, quienes probablemente operaban en las maquinarias o en los amplios galpones construidos en las inmediaciones.

—Nadie sabe muy bien qué buscan —subrayó el guía del desierto mientras

vijaban en la camioneta—. En Santiago se consiguen licitaciones, instalan después aquí sus maquinarias, contratan a gente de los oasis, y comienzan a buscar algo indefinido. Al tiempo abandonan el lugar y se instalan en otro. Andan en busca de los tesoros del desierto.

Después de todo, se decía desanimado el detective aspirando el polvo que entraba a través de las ventanillas sin vidrio de la camioneta, la muerte de Balsen podía deberse a una infinidad de causas, que iban desde el simple robo hasta un conflicto con las mineras.

Los asesinos podían hallarse perfectamente en una de aquellas plantas, pero también entre narcotraficantes o huaqueros, o entre las personas a las que el proyecto de Balsen había arrastrado a la ruina. Lanzó un resoplido de hastío y restregó el fondillo contra el asiento mientras apoyaba el codo en la parte inferior de la ventana y su mano se aferraba al techo. Así se manejaba en La Habana en los años cincuenta, recordó.

—¿Usted ha espiado a la Antares antes? —preguntó al rato.

—Un par de veces, por pura curiosidad.

—¿Cómo es eso?

—Ya le dije —repuso serio el guía del desierto. Manejaba con los ojos fijos en la calamina y las manos puestas en el timón—. El desierto guarda tesoros y eso lo saben todos. Ellos buscan minerales; yo, los tesoros de los atacameños.

—¿Y eso qué tiene que ver con espiar a la Antares?

—Ellos excavan con bulldozers y realizan desplazamientos de tierra. Es eso lo que me interesa, ver qué aparece en los montículos. ¿Me entiende?

Avanzaban ahora más rápido, levantando una gran polvareda. Cayetano miró hacia atrás, hacia el poniente, y notó que ya habían alcanzado cierta altura. Abajo podía apreciar con nitidez los manchones verdes de San Pedro.

—Esta parte del desierto constituyó por siglos una ruta obligada para los atacameños, los de Tiawanaku y los incas, como también para los conquistadores españoles. Venían del altiplano, donde había oro y plata, y buscaban el puerto de Cobija o los oasis, donde hallaban alimentos frescos y mariscos. Por el camino tienen que haber ido enterrando tesoros después olvidados. Hoy es cosa de saber buscar.

—¿Y usted cree que realmente existen esos tesoros.

—Si lo creen los arqueólogos y los huaqueros, ¿por qué no voy a creerlo yo?

Respondía a su usanza, mediante preguntas, dando la impresión de que siempre actuaba a la defensiva.

El detective se encogió de hombros y escupió arena contra la tarde. Si miraba bien las cosas, Pompeyo Jara era un huaquero potencial, un hombre que no titubearía, en caso de hallar una tumba con objetos de valor, en saquearla y venderlos al mejor postor.

—No he parado de buscar. Es cierto que solo he encontrado puntas de flechas y uno que otro cántaro, pero algún día tiene que resultarme. ¿Usted no sabe cómo

hallaron los vaso-retratos de oro del museo?

—No.

—Pues mire, que no los encontró un arqueólogo, sino un borrachín, una noche en que transitaba por aquel callejón. Durante el día unos trabajadores habían estado cavando canales para instalar tubos de agua. El borrachín volvía a su ayllu y vio que algo resplandecía contra la luz de la luna.

—Era un vaso de oro.

—Era un vaso de oro —repitió el guía del desierto sin prisa—. Se lo llevó a su casa y lo ofreció discretamente al dueño de una botillería a cambio de un par de garrafas de vino.

—¿Y?

—Nada. Al dueño de la botillería le pareció excesivo el precio y el rumor llegó hasta el museo. Al final, el museo le cambió al borrachín el vaso de oro por las botellas que pedía.

A la vera del camino yacían, de trecho en trecho, tarros conserveros, botellas de refrescos, pañales desechables y cajetillas de cigarrillos, innegables vestigios del incremento del turismo por Atacama.

—Los desperdicios que se arrojan en el desierto —comentó a gritos Pompeyo Jara, sin despegar la vista del camino— duran tanto tiempo como en la Antártida: miles de años. Nada se pudre.

De pronto la camioneta torció el rumbo hacia el este, como si buscara el espléndido Licancabur, y, a partir de un punto que a Cayetano le pareció absolutamente arbitrario, aceleró hacia la cordillera.

—Este es el desierto más seco del mundo —afirmó Pompeyo Jara dibujando una línea recta en la palma de la mano—, y con cuatrocientos mil kilómetros cuadrados, el noveno del planeta. Aquí hay lugares donde nunca ha llovido. Es más seco que el Sahara.

A Cayetano, oriundo del Caribe, donde los sorprendivos aguaceros tibios y las descargas eléctricas son tan comunes como la luz y la oscuridad, no cesaba de sorprenderle el desierto. A ratos se estremecía imaginando la posibilidad de que la extensa vastedad de Atacama se cubriera de bosques frondosos, ríos y lagos, que fuese lavada por lluvias de rebambarana y produjera anones, bananos, papayas, mangos y guanábanas, tejiere parajes de encendido verde húmedo, que sirviese de refugio a millares de cacatúas, tucanes y picaflores, pero luego sus ojos miopes volvían, ya con una dosis de sensatez, a observar lo que efectivamente se ofrecía ante ellos: la extensión plana, árida, casi infinita, en la que él y su acompañante eran los únicos seres animados.

—En todos los sitios donde ve tamarugos, árboles muy nobles, que surgen de cuando en cuando, fluye agua subterránea —dijo Pompeyo e indicó hacia un bosquecillo que se erguía a la derecha—. Son lugares que los atacameños pueden haber utilizado para ocultar tesoros.

Siguieron dando tumbos frenéticos, a punto de volcar. Los neumáticos del vehículo arrollaban peñascos filudos, que descoyuntaban aún más la carrocería, huevillos grises y lisos, resistentes, que salían despedidos como si hubiesen estado enjabonados, y lascas frágiles del color de la pizarra.

A medida que se adentraba en el paisaje y sus ojos miopes se acostumbraban lentamente a su tonalidad ocre, fue descubriendo que el desierto guardaba una amplia gama de matices centelleantes, que había que aprender a develar. Por allí centelleaban el plomo, el jarosita, el blanco, el amarillo y el naranja, por allá guiñaban refulgiendo el marfil, el verde, el rosado, el bermejo, el cuero, el ocre auténtico. Y ante la nariz de la camioneta surgían sorpresivamente vegas escuálidas, quebradas profundas y el vehículo comenzaba a resbalar cuesta abajo enganchado, tosiendo, dando tumbos, levantando polvo hacia los costados como dragón enfurecido, y luego, más por rutina que por pericia, Pompeyo alcanzaba el fondo de la hondonada y se daba maña, en medio del calor y el infernal zumbido del motor, para remontar lentamente una loma y reconquistar la planicie.

—Hasta aquí llegamos —anunció de pronto con tono enérgico y detuvo el vehículo.

Una nube de polvo los envolvió. Faltaba poco para que se pusiera el sol. Permanecieron quietos en sus asientos mientras una bandada de parinas pasaba sobre sus cabezas tiñendo de tintes rojos y blancos el cielo.

—¿Ve la cresta de ese cerro con forma de asiento? — preguntó Pompeyo Jara.

—¿Este de aquí?

—No se confunda —advirtió—. Está lejos, solo que no lo notamos por la ausencia de puntos de referencia. Le dicen el «Trono del Inca» y es el único lugar desde donde podremos espiar la planta de Antares sin que nos descubran.

SAN PEDRO, MIÉRCOLES 13 DE MAYO, 20.30 HRS.

—Sígame lo más cerca que pueda —ordenó Pompeyo Jara a Cayetano mientras intentaban el regreso por una falda empinada y pedregosa del cerro—. Hay que bajar con calma, nos tomará una buena hora en volver a la camioneta.

La luna llena parecía cubrir con una delgadísima capa de hielo el desierto. Unas nubecillas grisáceas, transparentes como velos, atenuaban por trechos el resplandor de las estrellas, y un vientecillo helado, que resbalaba desde la cordillera hiriendo la piel, ululaba melancólico al besar las crestas de los cerros. En la distancia se apreciaban los reflectores de las plantas mineras. El detective descendía a tientas, casi en cuclillas, palpando las piedras y rocas con las manos por temor a despeñarse. Unos pasos más adelante, ligeramente inclinado, sumido en silencio, marchaba Pompeyo Jara.

Desde la cima del cerro y gracias a los últimos resplandores del crepúsculo, habían logrado echar un vistazo sobre la planta de Antares, la Alpha IV. Se trataba de una vasta superficie circundada por cercos de alambre en la que vieron varios galpones y dos retroexcavadoras y un camión. Lo único que diferenciaba a Antares del resto de las plantas era un pequeño bosquecillo de tamarugos recién plantado que crecía a un costado de los galpones.

—Eso significa que no hallaron nada —explicó Pompeyo—. Por eso ya están forestando. Dice la gente que gracias a esa iniciativa, la Antares se ha pasado años en Atacama sin pagar un centavo al fisco. Pero, dígame, ¿qué lleva a un cubano a vivir en Chile?

Trató de resumir tanto como fuese posible una historia que resultaba tan larga como la del tabaco. El guía se sorprendió al escuchar que aquel bigotudo de anteojos gruesos había vivido en los calurosos y húmedos cayos de La Florida hasta comienzos de los setenta, cuando, enamorado de una rancia universitaria chilena de inspiración revolucionaria, había viajado a Valparaíso a probar mejor suerte. Entonces era joven, creía que podía cambiar el mundo para mejor y por ello no había trepidado en abandonar las soleadas orillas de Cayo Hueso para asentarse en los cerros ventosos de Valparaíso.

—¿Y nunca le dio por buscar los tesoros escondidos en el mar Caribe? —

preguntó Pompeyo Jara en momentos en que reanudaban la marcha—. Allí naufragaron numerosos galeotes españoles y barcos piratas repletos de oro y plata. Yo me habría dedicado a eso en el Caribe.

La respuesta negativa de Cayetano pareció defraudarlo.

—Después del golpe militar de 1973 —continuó el detective—, María Paz me abandonó por un charanguista integrante de un conjunto folclórico porteño. Se exilió en París y yo me quedé en Valparaíso. Así comenzaron para mí los años más difíciles y peligrosos de mi vida.

—¿No encontraba trabajo?

—Peor que eso, los militares desconfiaban de mí porque yo era cubano y los izquierdistas hacían lo propio porque era cubano, pero de Miami. De ese modo disfruté la solidaridad humana de izquierda y derecha —precisó antes de tropezar con una roca y desplomarse.

—Arriba, don Cayetano —dijo Pompeyo ayudándolo a reincorporarse, empresa nada fácil, por cierto, debido al peso de Cayetano—. Pero así es la gente, del árbol caído todos hacen leña.

Escupió descorazonado un par de guijarros —eso era morder el polvo de la derrota, pensó—, se limpió los bigotes como lo hacen los gatos y luego se reacomodó los espejuelos y se sacudió con violencia contenida las palmas. Al menos, su gabardina parecía estar impecable aún. Había dado tumbos y tumbos en aquella época, continuó relatándole a Pompeyo. Incluso el pequeño taller de reparación de vehículos de Valparaíso, abierto con los escasos recursos ahorrados en Estados Unidos, lo había reducido a cenizas uno de los voraces incendios que suelen asolar regularmente la ciudad. No le quedó otra que parar la olla como mensajero, ayudante de cocina, promotor de todo tipo de productos inservibles, vendedor de ferretería y hasta como chofer de micro. Sin embargo, ninguna de aquellas actividades le había reportado un mínimo de estabilidad económica.

—¿Hasta que se dedicó a detective? —preguntó Pompeyo.

—Así fue, mi amigo. Me acordé un buen día que guardaba un diploma de detective obtenido en un instituto floridano de estudios por correspondencia, lo colgué en una oficina de Valparaíso, la misma que ocupo hoy, y, con lo buenos que son los chilenos para aceptar lo norteamericano, comenzó a lloverme la clientela.

—¿Casos rentables? —lo miraba con rostro expectante, dispuesto a reflejar admiración.

Cayetano se ajustó el gorro de lana y carraspeó.

—Para qué voy a andar con cuentos. La mayoría son proletas a quienes termino ayudando yo mismo, pero de vez en cuando surge algún pez gordo con encargo atractivo, como este, que me permite sobrevivir con cierta dignidad.

Mientras volvían a ascender una loma de piedras y lascas, divisaron a lo lejos los focos de las plantas mineras que operaban en la noche atacameña.

—¿Y cuántos años podrá una empresa como la Antares buscar minerales sin

hallarlos? —preguntó Cayetano.

Sintió que su corazón comenzaba a palpitar desbocado. La altura, la maldita altura, amenazaba con tumbarlo definitivamente en Atacama.

—A lo mejor se queda aquí por decenios —explicó el guía del desierto—. Trabajan en muchos países y pueden darse el lujo de no hallar nada. Creo que esa Antares debe trabajar para las grandes transnacionales. Y es más, a estas plantas yo no les creo que busquen minerales, sino petróleo.

—Ya me lo dijo. Pero para buscar petróleo se necesitan torres.

—Ahora se emplean satélites e instalaciones como las de la Antares. Por aquí anda mucha empresa buscando petróleo. Y le voy a confesar algo. Aquí se dice que algunas empresas extranjeras encontraron petróleo hace años.

—¡Otra vez con esas pamplinas! ¿Y por qué no aparece en los diarios? ¿Se imagina lo que significaría eso para el país?

—Se guardan la información sentadas sobre sus concesiones y solo más tarde, cuando el petróleo se agota en otras latitudes, anuncian el descubrimiento de nuevos yacimientos.

—¿Y usted cree que Antares anda en esas maniobras bajo aquellos galpones atorrantes que vimos? —inquirió Cayetano y trató de encender un fósforo, que el viento apagó.

—Desconozco el teje y maneje de esa empresa, mi amigo, pero en este desierto ya vio usted que muchos andan en busca de riquezas o contaminando sin que la autoridad haga algo. ¿Y sabe por qué? Porque aquí corre billete. Atacama es la zona más rica de Chile, mi amigo, aquí hay minerales, petróleo, litio, tesoros arqueológicos, atracciones turísticas, los narcos de los países vecinos nos utilizan como pasadizo para exportar al mundo, y nosotros seguimos tan pobres como antes. Todo se va a Santiago.

¿Era cierto lo que afirmaba Pompeyo?, se preguntó Cayetano. ¿Era posible que las empresas petroleras hallasen petróleo y luego ocultaran el yacimiento para evitar el desplome de los precios o aguardar coyunturas propicias para negociar su propia explotación? ¿No obedecía todo aquello a una mentalidad fabuladora del desierto, similar a la que existía en las zonas campestres? ¿Dónde terminaba el reino de la fantasía y comenzaba la realidad en Atacama? Decidió volver al tema que le interesaba:

—¿Usted no conoció a una alemana que se llamaba Bárbara Schuster y trabajaba para la Antares?

Pompeyo detuvo la marcha y miró a Cayetano.

—Claro que me acuerdo de la alemana esa —admitió con tono sereno—. Me tocó transportarla una vez hasta la planta. Pero ella se fue hace tiempo, no me diga que la considera sospechosa del asesinato.

—Solo me interesa saber si ella tuvo alguna relación con Balsen.

—Algo escuché, hace tiempo ya, pero en el sentido de que se entendía con don

Bo, el jefe. Esos eran los rumores. En fin, los europeos son tan promiscuos que cualquier cosa es posible.

Continuaron descendiendo.

Cayetano sintió que en su fuero interno se avivaba un renovado interés por Antares. Pankow no le había hablado de Bárbara. ¿Por qué no? ¿Había formado acaso pareja con Bárbara? ¿Pero por qué la mujer había sido obligada a alejarse de Atacama y Balsen había llegado después a la hostería a preguntar por ella? ¿Y cuánto había de cierto en lo que afirmaba Pompeyo sobre las actividades de las mineras?

No tardaron en hallarse en las inmediaciones de la camioneta, que resplandecía como nueva bajo la luz de la luna llena. El guía sonrió satisfecho. Su cálculo había sido exacto. Abordaron el vehículo y el eco de los portazos retumbó escalofriante en la distancia.

—¿Y ahora, don Cayetano? —inquirió Pompeyo poco antes de arrancar el motor.

—Ahora a San Pedro. Mañana iré temprano a hablar con Pankow.

SAN PEDRO, JUEVES 14 DE MAYO, 08.30 HRS.

Ubicó a la mañana siguiente al representante de la empresa Antares. La noche anterior Cayetano se había alegrado al enterarse de que Cornelia Kratz acababa de conseguir otra cabañita dentro de la hostería. Eso le permitiría a ella disfrutar de cierta independencia y a él de innegable tranquilidad. El registro de la habitación había terminado por convencer a la periodista de la conveniencia de separarse del detective.

Pankow desayunaba solo y taciturno en una de las mesas del restaurante de la hostería San Pedro, dándoles la espalda a la piscina y los algarrobos del patio. Leía un viejo ejemplar de *Der Spiegel*.

—¡Pego si ahoga apagece de nuevo el famosísimo sabueso del Trópico! — exclamó Pankow con una sonrisa que encendió sus ojos de rana. La taza de té había quedado congelada a medio camino entre el platillo y su gran boca de labios morados—. Asiento, *mein Lieber*, asiento. Acompañeme con esta pogquegía de desayuno.

Vestía jeans y un suéter verde olivo, presumiblemente del ejército alemán, que dejaba de manifiesto la prominencia de su barriga. Su portentosa mandíbula de bulldog relucía recién afeitada y olía a Tabak. Era el único comensal en el recinto.

Cayetano se acomodó frente a él y ordenó al barman, que ahora hacía de mesero, una taza de café con leche y una paila de huevos fritos. Observó que Pankow tenía sobre el plato un sándwich de pan negro con salame y queso, y sobre la mesa un gran vaso de jugo de papaya.

—Este pan que pagece un cagtón, *mein Lieber*, no es una pogquegía, sino un magavilloso Pumpernickel. Pumpernickel. Pan de centeno con miel, una receta especial alemana. Me lo envían desde Santiago —aclaró con una carcajada antes de tomarlo entre sus manos y arrancarle un trozo—. Yo odiar el pan blanco con que hacen los lomitos, Barros Jarpa, Chacagegos y los completos. ¿Has visto cuánta pogquegía comen los chilenos? ¿Sabes lo que decir alemanes?

—No.

—*Der Bauer frisst nur was er kennt*. Eso significar que el campesino solo devoga lo que conoce. Lo que conoce —sonrió orgulloso, clavando sus ojos de irisaciones verdes en los del detective. De pronto su rostro se tornó serio—: ¿Qué quieges de mí?

—Conversar algunas cosillas, si no le molesta.

Movi6 varias veces la cabeza en forma negativa.

—No, no molestame paga nada, paga nada —afirm6 con los carrillos hinchados, atento a una rodaja de salame a punto de caer sobre el plato. Su cabellera canosa brillaba aquella ma1ana como reci6n lavada—. Yo ser muy pillo, cubano. Si andas a estas hogas por aqu6, es que me buscas. T6 dir6s en qu6 te puedo ayudar, en qu6.

—Se trata de B6rbara Schuster.

Alz6 abruptamente los ojos y dej6 de masticar. Cayetano crey6 advertir un leve rubor en la piel del alem6n, pero bien pod6a ser solo producto de su imaginaci6n. Luego lo vio sorber el jugo y acariciar la textura porosa del pan.

—¿Qu6 sucede con ella?

—¿Por qu6 abandon6 su empresa?

—Me sogprende tu pregunta, cubano. Pego, como t6 sabes, las empresas celebran contratos con sus empleados y cuando ellos, digo los contratos, expiran, ambas pagtes quedan en libertad de acci6n. Se acab6 el contrato, pum, Ende y B6gbaga se fue. Se fue.

—Seg6n lo que escuch6, ella sali6 sorpresivamente del oasis...

—¿Y eso qu6 teneg de pagticulag, mi amigo?

Enarc6 las cejas y barri6 con la vista el comedor como si buscase la respuesta.

—En realidad, nada. Pero es sintom6tico. Quisiera hablar con ella.

—Me imagino —continu6 Pankow. El trozo de salame cay6 sobre el platillo y 6l solt6 una imprecaci6n—. La gente de aqu6 es tan hedionda de floja y sin nada que haceg, que pog eso se dedica a los rumores. Te contaron que B6gbaga desapageci6, ¿no es cierto?

—Solo s6 que ella se fue de un d6a para otro de San Pedro.

—¿T6 me integogas como tugista o detective?

—Como investigador.

—Est6 bien —repuso el alem6n reprimiendo un eructo. Deposit6 el s6ndwich sobre el plato, cubriendo el salame—. Tuvimos una mala experiencia pprofesional y la despedimos. ¿Est6s de acuegdo?

—¿Qu6 pas6?

—¿*Donnerwetter!* No vas a espegag ahoga que te cuente las interioridades de Antares, mijo, no, eso s6 que no. La despedimos. Eso es todo. Pero en realidad no entiendo...

—No entiende por qu6 le pregunto sobre ella.

—No entiendo por qu6 te estoy explicando estas bagbagidades, qu6 buena bgoma, ¿eh? —sonri6 a mand6bula batiente—. Las bagbagidades de do1a B6gbaga en Antares. Qu6 buena. Pero, ¿qu6 es lo que t6 querer? D6melo y te ayudo. A los alemanes h6blales siempre claro.

Cayetano aguard6 a que el barman colocara su pedido sobre la mesa y se alejara. Lo vio situarse detr6s de la barra, desde donde pod6a estar atento a los pedidos de los

clientes y a su conversación. ¿Para quién trabaja, al final de cuentas, aquel sujeto?, se preguntó antes de aclarar:

—No quiero nada específico, señor Pankow. Pero me pareció extraño que una colaboradora suya hubiese tenido un fin tan abrupto —encendió un cigarrillo y despidió el humo hacia el cielo raso—. Dígame, ¿usted sabía que ella era amante de Willi Balsen?

Un aire escéptico transfiguró su rostro. Luego preguntó:

—¿Bágbaga? ¡*Ach, mein Lieber*, si yo me dedicara a los amores de mis muchachos, no tgabajaba nada. Pero me cuesta imaginarlo, pues nunca los vi juntos. ¿Estás tú segugo de eso, *mein Lieber*? ¿Bágbaga Schuster con Willi Balsen? ¿Seguro?

Cayetano probó el café. Sabía amargo, había olvidado endulzarlo. ¿Realmente Pankow no estaba al tanto de la relación sentimental entre su empleada y Balsen? Resopló contrariado y se atusó las puntas del bigote.

—Lo que me paguece divegtido —añadió Pankow ya repuesto de la sorpresa— es que tú asocies la muerte de Balsen con la ida de *fräulein Schuster*, que ocurrió antes del asesinato. ¿Cómo puedo entendeg eso, entendeg eso?

Cayetano terminó de untar las yemas con un trozo de pan y alejó la paila hacia el centro de la mesa. En realidad, de los huevos fritos solo le gustaban las yemas.

—Pero usted tiene que saber por qué fue tan intempestiva la partida de Bárbara.

Pankow sonrió seguro.

—Tú te refiegues a que ella salió de madrugada, ¿vegdad? —ladeó la cabeza, pero fijó sus ojos verdes en los de Cayetano—. Pues bien, *mein Lieber*, lo hizo porque de otro modo no hubiese alcanzado el primer avión a Santiago, desde donde voló con Lufthansa a Fráncfort. Eso explica su partida temprana. ¿Dejar eso en paz tu nagiz de sabueso?

—¿Eso explica todo?

—Eso y también el hecho de que Bágbaga solía tomarse sus copas de más. De más —empinó el codo varias veces—. Aquella noche también se había echado sus pisco sours de más.

—Bueno, cualquiera toma sus traguitos a modo de despedida. ¿Era su despedida, no es cierto?

Advirtió que se desvanecía la actitud imperturbable de Pankow, lo vio dubitar por unos segundos. Luego lo escuchó responder con tono condescendiente:

—Ega su último día en Atacama. Último. Y le prepagamos una pequeña despedida. Como coguesponde. No hay que romper todos los puentes con la gente con la que uno trabaja. Se embogachó como nunca. ¿Tú entender eso, vegdad?

Aquello calzaba en parte con la versión del barman, quien también afirmaba que Bárbara había bebido en exceso aquella noche. Sin embargo, se perfilaba una diminuta e importante divergencia: si Bárbara hubiese estado al tanto de su partida, como lo señalaba Pankow, la habría comunicado previamente a Balsen. Y si aquello

hubiese ocurrido así, Balsen no habría llegado días después a la hostería a consultar por la alemana.

—¿Dónde se halla Bárbara Schuster en estos momentos? —preguntó el detective vaciando su taza.

—Probablemente en Alemania. Ella recibió su indemnización y se marchó. Pero desconozco su paradero actual. ¿Por qué?

—¿Puede ayudarme a buscarla?

—Pog supuesto. ¿Pero para qué quiegues verla? ¿Te gustan las rubias?

Los ojos de Pankow brillaron sin malicia, desconcertados. Era su primera respuesta desprovista de sensatez.

—Necesito consultarle algo.

—Ya te dije, desconozco su pagadero. Desconozco. No sé adónde se habgá ido.

—¿Está seguro de que no sigue trabajando para Antares?

—Para segte franco, no sé. Pero te advierto que en Alemania es muy difícil ubicar a alguien. Allá rigen nogmas severas que prohíben entregar datos sobre las personas. ¿Tú entiendes, *mein Lieber*?

CALAMA, JUEVES 14 DE MAYO, 11.30 HRS.

En Calama, el Conservador de Bienes Raíces ocupa en el centro de la ciudad una sala estrecha, repleta de estantes atestados de archivos, donde decenas de personas suelen aguardar con aire de resignación el cumplimiento de sus trámites. Un joven flaco y desgarrado, de rasgos angulosos y terno, que atiende con lentitud enervante, está a cargo de aquella oficina.

—Si no traen el número del rol de la propiedad, no hay nada que hacer —les comunicó a Cayetano Brulé y Pompeyo Jara. Había tardado media hora en atenderlos—. ¿Se imaginan ustedes si yo, que me las pelo solo aquí por un salario de miseria, me pusiera a buscar documentos en todos los archivos que almacenamos desde que llegó Pedro de Valdivia? No lograría hacer nada más.

El plan del detective era simple. Consistía en recabar toda la información posible sobre el origen de las actividades de Antares en Atacama. Estaba convencido de que algo de ello debía estar registrado en el Conservador de Bienes Raíces.

—¿Y si ya sabemos que la propiedad está en San Pedro de Atacama, no será más fácil hallar las fojas? —insistió Cayetano muy amable.

—Por eso le digo —repuso el flaco—. Si traen el rol, yo gustoso, pero así, a la buena de Dios, no puedo ayudarlos. Si al menos tuvieran el rol de la propiedad vecina, quizás podríamos hacer algo.

—¿La propiedad vecina? ¿En medio del desierto de Atacama? —reclamó Cayetano. Buscó inconscientemente su cajetilla en el bolsillo del pantalón y sorprendió al flaco admirando los bordados de su guayabera azul—. El vecino más próximo de Antares debe estar a cien kilómetros si es que existe.

El flaco —alto, sólido, imbatible— era un verdadero frontón de pelota vasca, y no estaba dispuesto a ceder ningún milímetro, meditó Cayetano mientras encendía un Lucky Strike.

—Y le voy a solicitar al caballero que no fume —puntualizó el hombre con cara agria y definitiva que dio por finalizado el diálogo—. Con la contaminación de las micros y las mineras basta y sobra aquí para contraer un contundente cáncer al pulmón antes de los cuarenta.

Dicho esto, se cercioró de que su corbata gris calzara en el centro preciso del

cuello y procedió a atender al siguiente.

Salieron desolados a la calle Ramírez, la principal arteria comercial de Calama, donde los sofocó el sol que caía perpendicular sobre ellos y los ensordeció el estrépito de los vehículos. El plan de Cayetano había fracasado. Pankow se mostraba esquivo y renuente a entregarle información sobre Antares y, lo que resultaba a la postre más inquietante, afirmaba que Bárbara Schuster se había marchado satisfecha de San Pedro. Eso, sin embargo, contradecía la versión del barman de la hostería y sus propias conclusiones.

Era importante, por lo tanto, consultar a Bárbara. El contacto con ella, aunque estuviese en Alemania, no resultaría complicado, ya que el diario de Cornelia Kratz —si es que ella volvía pronto de su peregrinar por los oasis— podría ayudarle en esta operación. Tal vez Bárbara supiera algo valioso con respecto a Balsen, algo que el resto desconocía.

No obstante, si quería ubicar a la ex amante de Balsen, debía reunir mayores datos sobre la Antares en Chile, y nadie, ni siquiera la embajada, podría entregarle una información más valiosa que el Conservador de Bienes Raíces de Calama, donde la empresa debía estar inscrita de alguna forma.

—Sin la ayuda de este flaco, estamos jodidos —comentó el detective.

Cruzaron la plaza de la ciudad, donde los algarrobos son tan altos como el campanario de la iglesia, y entraron al Tropicana. Es un local pequeño y fresco, que huele a mango, con espejos a lo ancho y alto de sus paredes. Se especializa en el expendio de jugos de frutas y batidos. Pidieron batido de mango y aguardaron en silencio, hipnotizados por el rumor apagado de la juguera, deprimidos por las dificultades que afrontaba la investigación.

De pronto Cayetano exclamó eufórico, con un destello en los ojos.

—¡Coño, Pompeyo! ¡Ahora sí que no hay dónde perderse!

—¿Qué pasa?

—El Conservador no nos deja mirar en sus documentos, ¿no es cierto?

—Así parece, pero más por desidia que por mala voluntad.

—Dígame, entonces, don Pompeyo, usted que conoce el mundo: ¿si algo así no está en el Conservador de Bienes Raíces, dónde puede hallarse?

El guía del desierto se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, don Cayetano —resopló. El aire de la ciudad no le asentaba—. Pero lo mejor es volver a San Pedro y dar por terminado todo este asunto. Un turista más como usted y me arruino.

—Don Pompeyo, carajo, don Pompeyo. No se preocupe por la plata, que soy capaz de vender hasta mis anteojos con tal de asegurar su paga. Pero, atíndame: ¿dónde puede estar la información sobre Antares?

—Me cuelga y no lo sé.

Cayetano aferró a Pompeyo por los brazos y lo zarandeó con vehemencia. Luego susurró:

—Por lo que más quiera, don Pompeyo. Si nos los está diciendo: nuestra única posibilidad es dirigirnos cuanto antes al diario de la ciudad.

—¿A *El Calameño*?

—Exacto. A *El Calameño*.

—¿Y con qué fin?

—¿No se da cuenta?

—No.

—¡Coño, Pompeyo, para encontrar el ejemplar de la época en que Antares inauguró su planta en el desierto! Ahí debe haber datos interesantes. ¡Seguro que eso se publicó!

CALAMA, JUEVES 14 DE MAYO, 12.30 HRS.

Llegaron a *El Calameño* diez minutos más tarde. Era una casa de un piso y ventanas altas resguardadas con gruesos barrotes. Hacía esquina en la intersección de dos arterias comerciales bulliciosas, de tránsito intenso, atestadas de vendedores ambulantes, y su recepción se alcanzaba después de atravesar un pasadizo oscuro que olía a recién encerado.

—Al menos aquí está fresco —comentó aliviado Cayetano en el fondo del pasadizo, donde hallaron a un viejo de anteojos con montura de metal y visera negra.

Su pequeña cabeza canosa se elevó mostrando un rostro enjuto, de abuelo cariñoso, de viejo feliz. Era la estampa del periodista de hace medio siglo y por lo mismo despertaba respeto e irradiaba una mezcla de simpatía y modestia, así como fuerte olor a naftalina.

—¿En qué les puedo servir?

—Queríamos echarle un vistazo a los Calameños de los últimos cinco años —dijo Cayetano tras aclarar que venían de lejos.

Unas fajas negras ceñían las mangas de su camisa, y bajo su nariz descansaban una Underwood de indudable valor histórico para un coleccionista europeo y una botella de cerveza medio vacía. Frunció los labios haciendo un puchero y repuso:

—Mal día para trámites, señores, porque el bibliotecario no está. Solo viene lunes y miércoles, y hoy, como saben, es jueves todo el día. Y a mí me tiene esclavizado la página local hasta las seis o siete de la tarde.

En su cortesía, Cayetano detectó la remota posibilidad de que aquel periodista contribuyera a desbrozarles el camino.

—¿Y si lo esperaríamos hasta esa hora, abuelo? Yo, con tal de cumplir con mi tarea, soy capaz de esperarlo en medio del desierto.

—¿Cómo se llama usted?

—Brulé, Cayetano Brulé, y mi acompañante Pompeyo Jara, hombre nacido y criado en San Pedro de Atacama.

El viejito sonrió y se irguió con cierta dificultad jalando de los tirantes de sus pantalones. A juzgar por el profundo silencio que flotaba en el pasadizo, era el único que trabajaba a esa hora en la redacción. Soltó una tos de resonancias metálicas y

apoyó sus dedos en el teclado de la Underwood.

—El caballero parece chileno —dijo refiriéndose a Pompeyo—, pero, ¿usted no es chileno? ¿Cierto?

—Soy cubano. De La Habana.

—La Habana —una sonrisa nostálgica se pintó en su rostro. Saboreaba lentamente el nombre de la ciudad, como si encerrara algo que tuviese un significado secreto—. ¿Cubano de los buenos o de los malos?

—Todo en la vida depende del cristal con que se la mire, como dice la Orquesta Aragón —sentenció Cayetano.

Se miraron largo rato sin decir palabra, sosteniéndose la mirada en un intento para penetrar la intimidad del otro.

—Tiene razón —admitió al rato el viejo. Escudriñaba con sus ojos dulces al detective. Meneó varias veces la cabeza recordando su juventud de obcecada intolerancia y añadió—: A estas alturas de la vida, mi amigo, hay cosas que ya no importan. En mi juventud, vi las cosas de otro modo. ¡Así que cubano! Eso es lo importante.

—¿Por qué, abuelo?

—Porque nunca había visto a un cubano en carne y hueso, solo a Fidel, cuando estuvo el 71 en Chuquicamata. Fue una multitud a verlo, mineros, calicheros, pobladores, mujeres. Yo era joven entonces y trabajaba para un diario que los militares clausuraron.

—¿Y qué dijo el hombre?

—Despotricó contra los yanquis y los capitalistas. Nos llamó a construir el socialismo.

—Menos mal que no le hicieron caso, abuelo.

Creyó advertir un leve rubor en sus mejillas.

—En fin —el periodista adoptaba ahora un tono benevolente. Para él lo importante consistía en que hablaba con un cubano—. Fue una multitud a escuchar a Fidel —repitió melancólico—. Habló durante horas.

—Me lo imagino.

—¿Es bonita La Habana? —preguntó tras intentar infructuosamente descifrar la reacción del bigotudo ante sus evocaciones. Parpadeaba la esperanza en sus ojitos cansados.

—Siempre ha sido más bella de lo que han dicho.

Se mantuvieron en silencio los tres, sin atinar a decir algo. Desde la calle llegaban apagados los bocinazos estridentes y el murmullo de la ciudad. Pompeyo Jara carraspeó incómodo. Para él, la gran política era algo sombrío y peligroso que bien pertenecía al pasado o se hallaba en manos de aprovechadores y despilfarradores. Lo suyo, por el contrario, era dedicarse a tareas concretas, como la mantención de su vehículo y la consecución de turistas. Sin embargo, tuvo que admitir en su fuero interno que a veces recordaba con cierta nostalgia los días a que se refería el viejo.

Eran los años setenta, el presidente Salvador Allende y su gobierno estaban empeñados en construir el socialismo. No entendió entonces —ni ahora— el significado de aquello, pero un camarada le había contado que socialismo implicaba trabajo digno y bien remunerado, vivienda modesta, aunque propia, salud garantizada y, tal vez lo más importante, educación gratuita, al igual que en la heroica Unión Soviética, los países socialistas de Europa y Cuba. Claro, así, ¿quién podía oponerse a un proyecto de esa magnitud? Solo los ricos. Y así había ocurrido. Aquellos días promisorios se habían convertido en jornadas de caos y violencia, en refriegas cotidianas, protestas masivas, enfrentamientos callejeros mientras los alimentos terminaban por desaparecer en los almacenes de los especuladores. Sin embargo, entonces tenía la percepción de que el destino del país se jugaba a diario por doquier. Y por ello, todos —incluso él mismo— se tornaban figuras claves, importantes, decisivas. Nunca más habían vuelto a serlo. Aquella época había desembocado en el suicidio de Allende y el exilio forzado de miles. En fin, pensó, ya no estaba para cosas tan esperanzadoras como trágicas, ni quería revivirlas.

—Sígueme —anunció el periodista y echó a caminar con paso ágil—. Me llamo Elías. Les permitiré entrar al archivo, donde está fresco y nadie los estorbará, pero entrarán con una condición.

—¿Con cuál? —la curiosidad cosquilleó el estómago de Cayetano.

—Con una muy simple. Que a la noche me cuente cómo es en verdad La Habana.

CALAMA, JUEVES 14 DE MAYO, 13.00 HRS.

No era fácil adentrarse en el archivo del diario. Se hallaba, al igual que un tesoro, oculto en lo más profundo del sótano del edificio. Había que descender primero los peldaños de piedra de un recinto angosto y fresco, apenas iluminado por bombillas desnudas, y luego cruzar un pasillo de cielo bajo y paredes de piedra, sin ventanas, que desembocaba ante una pesada puerta de pino oregón.

Don Elías la empujó haciéndola ceder con un chirrido lastimero. Se aventuraron por una sala en penumbras, donde el periodista encendió la luz.

Ante ellos apareció un espacio amplio, de techo abovedado y paredes encaladas. Vieron unos estantes repletos de gruesos volúmenes empastados y unas escotillas enrejadas, situadas en lo alto de la sala, a través de las cuales se apreciaban los zapatos de los transeúntes.

—Aquí tiene que estar lo que buscan —anunció el viejo mientras descargaba varios volúmenes sobre la mesa apolillada—. El resto de la colección se encuentra a mi espalda. Y una cosa quiero advertirles: lo que no aparece en *El Calameño*, no existió. Ese ha sido el lema de este periódico con más de cincuenta años en el cuerpo.

Cayetano agradeció al viejo su cooperación y arrimó una silla a la mesa dispuesto a iniciar el examen de los periódicos.

Era su última oportunidad para encaminar adecuadamente la investigación. Cualquier otra cosa suponía prolongar su lento naufragio en un charco de dudas e incertidumbres. Escuchó que el periodista salía y entornaba la puerta.

—Por cierto —volvía a asomar la cabeza con visera—. ¿Y qué investiga un cubano como usted por estas tierras tan áridas?

Cayetano se acomodó en la silla y apoyó sus manos sobre la barriga a punto —esta última— de doblegar la ardua resistencia de los botones de la guayabera.

—Recolecto datos sobre la vida de los oasis de Atacama.

Ignoró por qué mentía. Tal vez por cansancio o desidia. Por no desenrollar una vez más la extensa historia del tabaco.

—¿Y se puede saber con qué fin?

—Planeo escribir un artículo para una revista alemana.

—¿Pagan bien, al menos? Que aquí los sueldos de periodista son de hambre.

—Usted ya ve lo que tengo entre las manos —repuso Cayetano sonriendo—. Pero no crea que esta barriga de tonel la logré a punta de carnes y mariscos, sino de pan, arroz y chícharos, amén de un buen ron y un café muy dulce, abuelo.

El viejo sonrió jovial. Carraspeó un par de veces y luego, cambiando abruptamente de tema, dijo:

—En una isla como la suya no hay zonas desérticas, no hay nada como Atacama. Todo es verde. Pero en Chile sí tenemos retazos de la vida caribeña. ¿Lo sabía?

Tuvo que reconocer que —si descontaba los mangos y maracuyás que se daban en el oasis de Pica y Azapa— no se había percatado de aquello, pese a que vivía en Chile desde los setenta. Siempre había pensado que en América Latina no existía nada más ajeno a Cuba que Chile. Si bien compartían un tronco común, alimentado por el arribo de los conquistadores, mermado después por la influencia indígena en Chile y africana en Cuba, existían numerosos elementos que los distanciaban. No era solo cuestión de mentalidades —demasiado extrovertida, bulliciosa y libertina la una, excesivamente púdica, gris y severa la otra—, sino también de frutos. Los cubanos no conocían la manzana, ni la pera, ni la uva, tampoco la araucaria ni el roble, y ¿qué sabían los chilenos del mamey, la guanábana o el plátano macho, de la majagua o del maravilloso flamboyán? Le pareció interesante lo que anunciaba el periodista.

—Pedazos de su isla puede encontrar usted en los oasis —indicó tras pasear la mirada por los rostros de los visitantes. Seguía asomando solo su cabeza—. Vaya a Pica, Toconao o al valle de Azapa, recorra sus huertos de vegetación copiosa, y hallará mangos, aguacates, challoes, mamey y de cuanto hay. Son como botones del Caribe olvidados en el desierto. ¿No es fantástico? —preguntó con los ojos encendidos—. En cuanto tenga tiempo, recorra esas zonas.

Cuando el eco de sus pasos se hubo apagado, Cayetano y Pompeyo iniciaron la labor. Disponían solo de un par de horas para estudiar los diarios de los últimos años, porque don Elías no tardaría en volver para escuchar los relatos de La Habana.

Se repartieron los volúmenes correspondientes a 1991, año en que, según recordaba Pompeyo, Antares había iniciado, con la instalación de la planta Alpha 1, sus actividades en las inmediaciones de San Pedro. Si la memoria no le fallaba, la empresa había comenzado a operar a mediados de aquel año, vale decir, entre mayo y agosto, por lo que se dieron a la tarea de revisar los ejemplares de dicho período. Se trataba de un diario modesto, de formato pequeño e impresión deficiente, plagado de noticias sensacionalistas y anuncios comerciales, que se mezclaban a su vez caóticamente con la información del acontecer nacional e internacional.

Al término de la primera revisión, constataron desilusionados que, fuera de haberse manchado las manos con tinta, no disponían de nada concerniente a la empresa alemana, por lo que repitieron el examen. Esta vez procuraron ser más meticulosos y no descuidaron ni siquiera la sección de espectáculos de la ciudad, la que, si bien brindaba espacio restringido a la cultura local, dedicaba una página completa a la palpitante vida nocturna animada por striptiseras y bailarinas,

probablemente jubiladas hacía mucho en la disputada y exigente arena de la capital.

La búsqueda también resultó infructuosa. Desanimados, decidieron hacer una pausa, que el detective aprovechó para fumar sentado con los pies sobre la mesa.

—¿Y ahora? —preguntó Pompeyo.

Cayetano bajó las piernas y volvió a consultar el diario sumiéndose en el mutismo. Hojeó esta vez los ejemplares de agosto, mientras no cesaba de preguntarse de qué otro modo podría dar con más información sobre Antares. Lo más sencillo sería dirigirse a la embajada y solicitar la lista de empresas alemanas que operan en Chile, se dijo, o bien recurrir a la Cámara Chileno-Alemana de Comercio, la que debe llevar seguramente un registro completo de las empresas.

Tenía, no obstante, la impresión de que la embajada ya le había suministrado todo el material de que disponía, además de que la burocracia, aunque diplomática y alemana, siempre resultaba lenta, lo que podría significar un considerable retraso en la investigación. Dejó escapar suavemente el humo a través de la nariz mientras maldecía para sus adentros a la periodista Cornelia Kratz, que lo había involucrado en aquel embrollo, y siguió hojeando al azar.

—¡Coño, mi hermano! ¡Por Santa Bárbara, mira lo que hallé! —exclamó de pronto.

En una de las páginas finales de *El Calameño* del 15 de agosto de 1991, un titular informaba que en la víspera había sido inaugurada una planta de Antares en las inmediaciones de San Pedro. Se trataba de una nota breve, acompañada de una foto que mostraba una concurrencia nutrida sentada en un estrado al aire libre. ¡La había pasado por alto en su primera revisión!

La noticia explicaba el propósito del proyecto —la prospección minera y posterior forestación con tamarugos y chañares de las zonas aledañas en caso de que se encontraran napas de agua— y elogiaba la experiencia acumulada por Antares en países de África. No brindaba, sin embargo, mayores detalles sobre la empresa, aunque mencionaba a tres ejecutivos alemanes presentes en la inauguración, Pankow, Von Jordans y Kietz, así como al alcalde sampedrino, al jefe de Carabineros y al de Bomberos y al representante de la empresa estatal de minería, Enami.

Cayetano examinó la foto. Se trataba de la típica toma que se realiza durante la inauguración de alguna obra: en primer plano el grupo de ejecutivos, autoridades e invitados especiales; en el fondo, las banderitas nacionales y de la empresa ejecutora que flamean al viento. El detective identificó de inmediato a Pankow, a pesar de que tres años atrás era un hombre de menor envergadura y sin canas. Preguntó a Pompeyo:

—¿Reconoce a alguien?

Pompeyo recorrió la foto con atención. Los retratados se veían serios, bien peinados y vestían, pese al calor, terno y corbata. Escuchaban el discurso que pronunciaba un calvo de anteojos ante un micrófono de pie.

—Ese creo que fue alcalde de San Pedro —comentó sonriendo—. Y a su

izquierda está el jefe de Carabineros.

—¿Y a la derecha? ¡En la segunda fila! ¿Quién es ese señor? ¿Lo conoce? ¿Sabe quién es?

Se tomó unos segundos en responder:

—No.

—Un tipo muy famoso. ¿No lo reconoce?

—No.

—Es Mariano Patiño, pues.

—¿El diputado que se mató en la avioneta?

—El mismo. Entonces no era diputado, por eso ni siquiera lo mencionan — repuso Cayetano mientras releía el texto de la foto—. Pero es el mismo. Murió muy poco después de Balsen, representaba a esta región y mantenía vínculos con gente de Antares. ¿Demasiadas coincidencias, no?

CALAMA, JUEVES 14 DE MAYO, 23.00 HRS.

Cayetano Brulé y Pompeyo Jara abordaron la camioneta entre los improperios y manotazos de Nicolás el Romo, un antiguo amigo de don Elías, que se había incorporado a última hora a un grupo de cinco personas, al parecer todos ellos fieros militantes de izquierda, que anhelaban escuchar las anécdotas de un cubano en La Habana.

En la medida en que reiteraban las órdenes de cerveza y chorrillanas, y el detective describía detalladamente lo que había sido La Habana antes de la revolución —la ciudad más bella y rica, pero más sensual y corrupta de América— y lo que es actualmente —mixtura de admirables logros en construcción, deportes y salud, por un lado, desabastecimiento crónico, prostitución masiva y cientos de miles, cuando no millones, de desesperados por abandonarla, por otro—, Nicolás el Romo fue dando crecientes muestras de impaciencia primero, y de descontrolada agresividad, después, en un reservado del sórdido bar El Atacameño, que se oculta, más que sitúa, en una lóbrega esquina cercana al terminal de buses de Calama.

—¡Bigotudo malagradecido, desprestigiando a tu propia patria en el desierto de Atacama! —vociferaba Nicolás el Romo jalando de la guayabera de Cayetano para impedirle que cerrara la puerta de la camioneta y pudiera regresar a San Pedro.

Los transeúntes —gente de carácter tranquilo y más bien reposado, como suelen ser los calameños— solo atinaban a contemplar perplejos la escandalosa escena que brindaban aquel calvo bigotudo y cegatón, con innegable acento de narcotraficante colombiano, y Nicolás el Romo, quien, además de ser bebedor empedernido y colérico defensor de los ideales revolucionarios de todos los tiempos, solía agenciarse su escuálido sustento como jifero del matadero de la ciudad.

Pese a sus numerosas súplicas en pro de la restauración de la cordura, don Elías, quien a esas horas de la noche ya exhibía más de media docena de cervezas a su haber, no logró neutralizar al robusto y grosero Nicolás el Romo, quien no había hallado nada más oportuno que convertirse en un verdadero molino de aspas alborotadas por un viento iracundo, aspas, por cierto, que ponían en peligro real la integridad física de Cayetano Brulé.

—¡Que me agarren o lo descojono! ¡Que me paren o me acrimino! —gritaba a su

vez el detective intentando cerrar la portezuela para huir en el vehículo antes de que se hiciese presente Carabineros.

Sin embargo, el jifero, herido en su amor propio por los irreverentes relatos habaneros, continuaba asido a la guayabera del detective, la que —justo sería reconocerlo— demostraba, al igual que los botones, una calidad francamente desconocida hasta ese momento entre los productos de la industria textil revolucionaria.

—¿Dónde naciste, malagradecido, y quién te dio todo para que fueses ser humano? —gritaba Nicolás el Romo, fuera de sí, con un intenso tufo a cerveza y ajo, mientras don Elías intentaba vanamente abrazarlo para que volviera a la razón.

Media hora más tarde, merced a la intervención del dueño del bar y dos de sus mozos, jóvenes rudos y macizos, como buenos nortinos, se logró que las manazas del feroz jifero soltaran la guayabera de Cayetano, no sin que antes le arrancara un par de botones, que quedaron de botín de una guerra que al día siguiente Nicolás el Romo evocaría como aleccionadora para aquel traidor vendido a la causa contrarrevolucionaria.

—¡No tienes ni moral para usar esa guayabera, vendepatria, gusano, escoria, mercenario, sicario, genízaro! —gritaba el jifero desde la vereda, rodeado de un público expectante que no acertaba a explicarse aún el origen de aquella encendida disputa.

—Lo peor es que ese tipo no solo me impidió hablar de La Habana, sino que además me obligó a pagarle las cervezas y las chorrillanas que se zampó —reclamó el detective mientras los faroles de la antigua Chevrolet se incrustaban en la noche del desierto.

—Culpa del pobre don Elías —comentó Pompeyo Jara aferrado al manubrio—. Mala idea esa de invitar a los correligionarios, pues.

Bajo la noche estrellada y gélida, el vehículo avanzó sin dificultades sobre una carretera impecable mientras el viento entraba por las ventanillas sin cristales despeinando los bigotes y calando los huesos del detective.

—Dicen que estas son las noches ideales para buscar tesoros —dijo al rato Pompeyo Jara, ajeno ya al episodio del privado de Calama—. Es cuando mejor se aprecian las irregularidades artificiales del terreno y cuando menos peligro hay de que a uno lo descubran.

—¿Pero usted cree realmente que se puede hallar tesoros en el desierto?

—¿Que si creo? —repitió el guía con desparpajo—. ¡Si hay hasta un libro que cuenta de una ciudad perdida, donde casi todo es de oro!

—¡Coño, de haber escuchado eso, habría venido para acá en lugar de andar pasando pellejerías en Valparaíso!

—Pues debería leerlo. Se llama *La ciudad de los Césares* y lo escribió Manuel Rojas. Ese sí sabe contar aventuras. Aunque es más bien vago en sus descripciones, porque nunca quiso revelar en su totalidad el secreto, pero ese libro demuestra que

por estas regiones hay aún mucho tesoro escondido.

—¿Se trata de una investigación histórica o de una simple novela?

Le sorprendía la facilidad con que el guía del desierto podía transitar de la realidad cotidiana al mundo de la fantasía. Le resultaba fascinante que para él no existiera un deslinde claro entre lo uno y lo otro. En la tierra era un ser racional, sensato, con el que podía conversar de todo, pero en cuanto se despegaba un tanto de ella, se convertía en otra persona.

—¿Novela? Yo no compro novelas —alegó molesto Pompeyo—. Son dramas basados en puras mentiras que inventa un tipo y para eso no tengo tiempo. No, señor. *La ciudad de los Césares* es un libro-libro, un libro cierto, que lo tengo sobre mi velador desde hace treinta años y que inspira a muchos afuerinos, que llegan a buscar esa ciudad oculta y sus tesoros.

Echó una mirada a través de la ventanilla desguarnecida. Allá, en algún punto remoto situado entre la camioneta y los picos andinos, sepultados bajo la tierra árida y en la memoria de los atacameños ya muertos, se ocultaban tal vez aún los tesoros que buscaba Pompeyo Jara desde hacía tiempo.

—Cuando los incas y los atacameños se enteraron del arribo de los conquistadores —continuó el guía—, alcanzaron a ocultar gran parte de sus riquezas en ríos, lagunas y el desierto.

—Pensaron que los españoles eran una invasión pasajera.

—Así es. Pero los españoles no tardaron en esclavizarlos y diezmarlos, y al poco tiempo nadie recordaba ya dónde se hallaban ocultos los tesoros. ¿Ve usted el Licancabur? —preguntó Pompeyo Jara indicando hacia la cordillera.

El perfil del majestuoso volcán emergía nítido contra el fondo de la noche estrellada. Su singular forma de cono lo convertía en el volcán más perfecto, bello y elevado de los alrededores.

—Pues esa es la morada del Taita Maico Licanco, el poder más elevado, más grande, más fuerte que existe —aseveró Pompeyo Jara en tono grave y pausado—. Allá arriba hay una laguna, una laguna que muy pocos conocen.

—¿A qué altura?

—A más de cinco mil metros. Está llena de tesoros, de magníficas reliquias de oro y plata, de turquesas maravillosas, de bolas de cristal gigantescas. Todo ofrendado por los pueblos al Taita Maico Licanco.

—Y parece que usted es el único ser en el mundo que lo sabe —aportilló el detective con una dosis de cinismo.

Pompeyo Jara carraspeó y Cayetano sintió que se tornaba serio, adusto.

—Ha habido expediciones —aseguró—. Varias. Pero nunca han podido extraer los tesoros. Necesitan hombres rana y no hay ninguno que pueda sumergirse en una laguna profunda ubicada a cinco mil metros de altura. Quien lo haga, morirá irremediabilmente.

Cayetano guardó silencio mientras continuaban internándose por la noche y él

imaginaba a los indígenas de Atacama aterrados ante el avance de los españoles, ocultando piezas de oro y plata en los puntos más recónditos del desierto. Era algo completamente razonable, se dijo. Y también lo era el hecho de que Pompeyo estuviese convencido de que algún día hallaría alguna de aquellas piezas. Probablemente aprovechaba los recorridos turísticos para detectar los supuestos escondites indígenas y volvía a ellos más tarde, sin compañía.

—¿Y si Balsen descubrió algún sitio arqueológico con tesoros y quiso informar de ello a las autoridades?

Pompeyo soltó una risotada estruendosa, que hizo ruborizarse al investigador. Él, el afuerino, que desdeñaba las creencias locales, al parecer ya era un prisionero más de aquel mundo mágico de Atacama. ¿No habrían comenzado así los hippies venidos de fuera y que ahora poblaban el oasis? Se inquietó al imaginarse a sí mismo con una cinta anudada a la frente, melena y chaleco de telar.

—¿Ve, ve cómo usted ya está convencido de que los tesoros existen? —preguntó Pompeyo Jara—. Pero lo que usted señala es una probabilidad muy seria. A lo mejor Balsen halló vasos de oro, como los del callejón de Larache, o descubrió a traficantes de piezas arqueológicas, los que decidieron eliminarlo para impedir que los denunciaran.

A través de la ventana abierta el frío hería la piel como una estalactita de aire. Tiritando, Cayetano se propuso ordenar las ideas para restablecer sus próximos pasos. Viajaron un largo rato en silencio, rumiando cada uno sus propias suposiciones, adentrándose cada uno en su propio mundo. Enfundó las manos entumidas en los bolsillos de la gabardina mientras pensaba que ya no debía prestar oídos a los rumores y las leyendas, sino dedicarse exclusivamente a analizar las posibles causas del asesinato de Balsen. La única hebra interesante hasta aquel momento la constituía la probabilidad de que el diputado Mariano Patiño y Willi Balsen, muertos casi al mismo tiempo y en la misma región, hubiesen podido mantener algún vínculo.

—Mañana, a primera hora, volveré a visitar a Saúl Puca, el administrador del proyecto —anunció Cayetano, bien repatingado en la butaca—. Él podrá decirnos si Balsen conocía a Mariano Patiño.

SAN PEDRO, VIERNES 15 DE MAYO, 08.30 HRS.

—¿Y qué lo trae por acá? —preguntó el administrador del proyecto de la SOS, con una sonrisa afable, aunque mesurada.

Cayetano Brulé cruzó el umbral y se acercó a Puca, quien tecleaba en la máquina de escribir en la penumbra de la sala. Era temprano, a esa hora la plaza estaba aún fresca y olía a tierra húmeda y la parroquia encalada comenzaba a resplandecer.

—Hay algo que me inquieta y se refiere a ciertos contactos de Balsen —dijo el detective barriando la sala con la vista.

Vio los anaqueles con libros, archivos y discos compactos en perfecto orden y la cama ya tendida.

—Ya le dije todo lo que sé —Saúl Puca estaba serio. Vestía un pulóver blanco que contrastaba con el color bronce de su piel—. Ayer estuvo aquí Gaete, el inspector de Investigaciones.

—¿Qué quería?

—Contarme que habían soltado por falta de prueba a unos sospechosos detenidos hace dos semanas. Yo volví a contarle lo mismo y se fue malhumorado.

Cayetano apoyó sus manos sobre la mesa donde escribía Puca y observó su rostro enjuto, liso y moreno, de nariz aguileña. Había en él una indiferencia que lo desconcertaba. Luego dijo:

—Solo quiero saber si Balsen realizó antes de su muerte viajes que a usted le pudieran parecer... misteriosos.

—¿Misteriosos?

El administrador del proyecto se puso de pie frunciendo el ceño.

—Me refiero a viajes que a usted le resultaran fuera de rutina.

Por un momento le pareció que la actitud de Puca era la del ave que presiente el peligro, pero que no se atreve a emprender el vuelo. Lo comprendió en cierto sentido. Él, a esa hora, hubiese preferido estar en el Juanita ante una reconfortante taza de café con leche y una gran paila de huevos fritos.

—Quiero advertirle que los rumores sobre amoríos no me importan, menos los amoríos de finados.

Debía avanzar con sigilo, en forma gradual, sin herir la susceptibilidad de Puca, o

este enmudecería y se negaría a cooperar. No debía pasar por alto que se hallaba ante un hombre aislado y probablemente ya desacreditado en el oasis. Si Puca comenzaba a recelar de él, podría olvidarse de la investigación. Si los chilenos eran reservados, los atacameños en el desierto podían ser herméticos.

—No me refiero a mujeres —reclamó moviendo la cabeza—. Voy a ser más explícito: ¿viajó Balsen a Antofagasta antes de morir?

—¿A qué obedece esa pregunta?

—Mire, la muerte de Balsen puede hallarse vinculada a la del diputado Mariano Patiño, que tenía su oficina regional en Antofagasta.

—¿El que murió en el avión?

—Exacto. Patiño murió en su avioneta dos días después de que muriera Balsen. Sé que no basta para establecer nexo alguno, pero pareciera que el político promovió la instalación y las operaciones de Antares en Atacama. Me interesa saber si se conocían.

Puca atisbó a través de la puerta abierta el campanario de la parroquia mientras Cayetano se recriminaba por haberle revelado que sospechaba de aquel hombre. Era probable que Gaete retornara a la SOS con el afán de presionar a Puca y obtuviese de este aquella información.

—Harto feble su pista —comentó al rato Puca con cierta acidez y caminó hasta la puerta y la entornó sumergiendo nuevamente la habitación en penumbras.

—Es la única que tengo —replicó Cayetano a punto de perder la compostura. Jamás lograría conversar con la calma y tranquilidad de un atacameño a causa de la sangre caribeña tan caliente e impulsiva que batía en sus venas—. Me urge saber si Balsen le habló a usted alguna vez de él.

—¿Del diputado Patiño?

—Exacto.

Puca abrió en silencio y sin prisa los postigos de la ventana y la luz entró a raudales a la pieza. Ahora la plaza lucía sombreada y desierta, magnífica bajo las copas exuberantes de los pimientos.

—Nunca me habló de él —repuso mirando de nuevo hacia el campanario de la parroquia con su techo de barro.

Cayetano tragó saliva desilusionado. Pero insistió.

—¿No tiene usted modo de averiguar si Balsen viajó alguna vez a reunirse con Patiño?

—No.

Definitivamente Puca carecía de interés por ayudarlo. Algo lo había llevado a modificar de modo repentino su actitud hacia él. Escrutó su rostro. En él reinaba la calma propia de los habitantes de Atacama. Envejecería muy lentamente, pensó Cayetano, lograría convertirse en un anciano centenario de ojos legañosos y cabellos blancos. Y cuando él estuviese sepultado varios metros bajo tierra, Puca seguiría contemplando a través de alguna ventana las polvorientas y desoladas calles del oasis,

los atardeceres de cielos intensamente azules, el paso cansino de la procesión que todos los años lleva en andas la figura tallada del San Pedro más bello de Chile, el eterno peregrinar de los europeos que huyen de sí mismos buscando refugio en el oasis.

—¿Realmente Balsen no viajó en sus últimos días a Antofagasta?

—Creo que sí lo hizo —repuso Puca asustado.

—¿A encontrarse con quién?

—Para serle franco, lo ignoro —se encogió de hombros—. Nunca le preguntaba detalles, ¿entiende? Era el jefe. Me imagino que iba a cumplir trámites vinculados con el proyecto. A veces también iba a Santiago, a la embajada o las fundaciones políticas.

Puca volvió a sentarse ante la máquina de escribir con una sensación de desconcierto y examinó mecánicamente lo que había escrito.

—¿No le quedó ningún papel donde Balsen hiciera apuntes? —insistió el detective.

—La policía se llevó varios documentos. Lo mismo hicieron los de la embajada, que llegaron después.

Le pareció extraño. Kahlau no le había dicho nada al respecto.

—¿De la embajada? ¿Recuerda el nombre de quién se los llevó?

—No, eran unos tipos rubios y altos, de ojos claros.

Cayetano gruñó algo ininteligible. Había al menos sesenta millones de alemanes con idénticas características físicas.

—¿Le dijeron que piensan suspender el proyecto? —preguntó.

—Solo querían poner los documentos a disposición de la policía y enviar copia a Alemania. Me dijeron que archivarían los originales hasta que llegara el nuevo encargado de SOS. En realidad, se trataba más bien de textos de carácter técnico.

Al fin se explicaba por qué la embajada había podido ofrecerle información abundante sobre un proyecto privado.

—¿Y a usted no le queda papel alguno donde Balsen hiciera apuntes? ¿Un diario de vida o algo así?

—Lo único por el estilo es una agendita donde anotaba cosas que no tenían mucho que ver con el proyecto. Los alemanes apuntan todo. Y todo lo que se dicen, prefieren decirlo por escrito.

—¿Por qué no le entregó esa agendita a la policía?

—Ya verá —repuso Puca ruborizándose y bajó la cabeza como para ganar tiempo y recobrar naturalidad—. La mantengo aún por afecto a don Willi. De él sólo quedaron un par de fotos. Los libros y unos discos.

—Y la agenda.

—Y la agenda.

—¿Dónde está?

Sin moverse de la silla indicó con un gesto vago hacia los anaqueles y dijo:

—Por ahí.

Cayetano se acercó al estante y recorrió los lomos de los libros alineados mientras se acariciaba los bigotazos.

—Es una suerte que todos los alemanes usen agenda —comentó al extraer y desempolvar un volumen de tapas gruesas. Era un libro de fotografías a color sobre Berlín—. Todos. Sin excepción. Un país completo de gente ordenada.

—Usan agenda y maletín portadocumentos —añadió Puca pensativo, melancólico—. El que no los usa, es porque no es alemán.

—Pero aquí no está la famosa agendita.

—¿Y usted realmente la necesita?

—Pero claro. No joda. ¿Dónde está?

Puca se puso de pie, inquieto por el repentino malhumor del detective.

—No es una agenda común —advirtió mientras introducía una mano por detrás de los libros del anaquel—. Pero se la paso ahora mismo.

SAN PEDRO, VIERNES 15 DE MAYO, 09.40 HRS.

Cayetano Brulé avanzó presuroso y jadeando bajo la sombra de los pimientos de la plaza, la que languidecía a aquella hora, e ingresó al patiecito interior del restaurante Juanita con el ánimo de examinar cuanto antes la agenda que le acababa de entregar Saúl Puca. El local estaba tan limpio de clientes como el cielo de nubes, y olía intensamente a tierra húmeda. Ordenó café con leche y un sándwich de arrollado.

Tal como el administrador del proyecto le había anticipado, se trataba de una agenda bastante peculiar, pues contenía fotografías de muchachas desnudas —rubias, negras y asiáticas— en poses sugerentes a la orilla de una playa desierta del Caribe. Nada muy especial en Europa, por cierto, aunque sí suficientemente escandalosa en Atacama, admitió Cayetano. Las fotos constituían, tal vez, el único motivo por el cual Puca se había mostrado reticente a presentar la agenda a la policía. El administrador temía que el documento pudiese dañar el prestigio del muerto. Solo la tenaz insistencia del detective y su efectiva locuacidad habanera habían convencido a Puca de que todo indicio —por insignificante que pareciera— podría aportar al esclarecimiento del crimen.

Comenzó a hojear de principio a fin aquella agenda de cuero negro sintético. Lo hacía, justo era reconocerlo, con cierto desagrado. Cada vez que investigaba un homicidio y se veía obligado a husmear en los roperos, las gavetas, la correspondencia o los álbumes fotográficos de la víctima, se sentía un ser despreciable, un verdadero voyerista de cadáveres. Era una sensación que no podía superar, ni siquiera imaginando que los periodistas —en algunos casos— hacían lo mismo. Era la sensación de vergüenza que había experimentado frente a la india momificada en la vitrina del museo al escuchar la pregunta de Inti Palomares. ¿Acaso un detective no era el espectador ajeno situado al otro lado de la vitrina, con derecho a opinar y a escarbar en la vida del muerto? Soltó un resoplido largo de delfín melancólico mientras hojeaba, y se dijo, probablemente con el afán de tranquilizarse, que era imposible explicar misterios sin antes sumergirse en los secretos más íntimos de quienes aparecían involucrados en ellos. Volvió a la primera hoja.

Allí encontró los datos personales de Balsen. Como buen alemán, este había llenado con letra de molde muy clara la información que se exigía al dueño del

documento. Sin embargo, aquel orden esmerado, que inundó inicialmente de satisfacción al detective, iba desvaneciéndose en la medida en que avanzaban las páginas y se convertía en garabatos que de pronto resultaban francamente ilegibles. Supuso de inmediato que aquella labor acuciosa de bibliotecario resultaría extenuante. Las páginas, entreveradas de tanto en tanto con las fotos a color de los modelos, contenían, con letra engurruñada, nombres de personas, instituciones y lugares, así como numerosas abreviaturas que solo contribuían a ahondar la confusión.

—Aquí está todo y calentito —anunció de pronto la dueña del local a sus espaldas. Vio que vaciaba la bandeja con los ojos clavados en la agenda, por lo que la cerró con premura y rostro culpable—. Y sírvase café a su gusto.

Tras dejar la lata de Nescafé sobre la mesa, la mujer volvió a alejarse por el patio perseguida por tres pollos raquíuticos, que un gato contemplaba con indiferencia desde las sombras del portal. El agradable olor a arrollado contagió el aire tibio de la mañana reconfortando al detective. No obstante, fue el primer sorbo caliente lo que le devolvió el alma al cuerpo.

Todo había comenzado con la aparición de Cornelia Kratz en su oficina de Valparaíso, pensó mientras saboreaba el sándwich y recordaba que la periodista aún no regresaba de su periplo por el desierto. Era poco lo que había avanzado desde entonces. Ahora solo sabía que Balsen había dirigido el proyecto de irrigación en San Pedro y que, a pesar de convivir durante un tiempo con Isabel Ayabire, había mantenido una relación paralela con Bárbara Schuster, la que, escasas semanas antes de la muerte de Balsen, había abandonado el país en medio de oscuras circunstancias. Todo eso era de su dominio, al igual que el sinnúmero de sospechosos: mineras, huaqueros, narcotraficantes, campesinos arruinados. Lo más reciente radicaba en el hecho de que ahora se le antojaba que las influencias de Mariano Patiño habían estado en juego para posibilitar el asentamiento de la empresa Antares en la región. Eso era lo único que explicaba su destacada presencia en la inauguración de la planta anunciada en el añejo ejemplar de *El Calameño*.

Volvió a hojear la agenda en cuanto hubo dado cuenta del sándwich. ¿Se trataba realmente, el de Balsen, de un crimen con motivos que trascendían el mero robo? En realidad, siendo razonable y sensato, debía admitir que lo determinante y trascendental se situaba al inicio de la historia: el llamado telefónico que Balsen había hecho a Cornelia Kratz a Buenos Aires para solicitarle que viajara cuanto antes a verlo. ¿Qué podía ser tan importante como para pedirle a la periodista que se trasladara urgentemente al desierto?

Por unos segundos admiró la cintura fina de una asiática sentada a horcajadas sobre el tronco de un cocotero que crecía torcido sobre el mar. Su figura delicada —la asoció inconscientemente con Isabel Ayabire— contrastaba grandemente con las rubias fornidas, de senos ubérrimos y caderas gruesas de otras fotografías. Encendió un cigarrillo y buscó la última anotación de Balsen y dejó escapar el humo contra el

rumor del follaje de los pimientos. El gato seguía echado en un rincón, disfrutando la calma de aquella mañana tibia con ojos somnolientos.

No tardó mucho en encontrar lo que estimó el último apunte escrito de puño y letra de Balsen. Revisó una vez más la agenda para corroborar que se hallaba efectivamente ante la última anotación. Eran solo dos palabras: Sierra Leona. Nada más. Se cercioró una vez más de que se tratase efectivamente del último apunte. En efecto, lo era. Solo dos palabras: Sierra Leona. Sierra Leona, repitió entornando los párpados. Lo único que había leído sobre aquel país se encontraba en *Anaconda*, las rutilantes memorias de Manuel Vásquez-Figueroa, uno de sus autores predilectos, aunque defenestrado por la crítica de los sutiles y almidonados. Si la memoria no le fallaba, Sierra Leona era un país africano, pobre y sin recursos, en el que Vásquez-Figueroa había conocido a fondo la miseria africana. ¿Pero qué unía al alemán con Sierra Leona?

—¡Por lo que tú más quieras! —exclamó de pronto Cayetano repantigándose en la silla. Ahora no podía dar crédito a sus ojos—. ¡Balsen anotó Sierra Leona en la página del lunes 18 de mayo y estamos a viernes 15 de mayo!

¿Significaba aquel apunte que Balsen había proyectado viajar a Sierra Leona la semana próxima? ¿A qué? Barrió con la vista el restaurante vacío y por sobre los árboles vio el campanario de la iglesia.

Apuntaba al cielo como un dedo acusador. Se atusó el bigote diciéndose que tal vez Saúl Puca o Isabel Ayabire conocían el significado de Sierra Leona en aquel contexto.

Soltó una nueva bocanada enredado en incertidumbres. Era probable que Antares hubiere enviado a Bárbara Schuster a una de sus plantas de África. ¿No contaba acaso Antares con filiales en varios países? ¿Era posible que ella estuviese ahora en Sierra Leona y que Balsen planeara visitarla? ¿Estaría ella al tanto de la muerte de su ex amante?

Continuó examinando la agenda y descubrió que el nombre de Sierra Leona aparecía también con anterioridad a aquella fecha. Surgía por primera vez el 3 de marzo. Si no le fallaba la memoria, el barman le había dicho que Bárbara Schuster había abandonado San Pedro a comienzos de marzo. ¿Viajó ella entonces a África? ¿A Sierra Leona? Eso no calzaba con la versión de Pankow, el representante de Antares en Atacama. Según Pankow, la alemana vivía ahora en su patria, donde era difícil ubicarla por la reserva con que se manejaban allá los datos personales. Volvió a encontrar el nombre de Sierra Leona el 25 de marzo. Esta vez junto a la palabra «confirmado». ¿Qué estaba confirmado? ¿El viaje a África? Hizo chasquear la lengua y continuó examinando la agenda.

¿Cuáles habían sido las últimas actividades apuntadas por Balsen en aquella agenda? Hurgó entre las páginas sin poder reprimir miradas furtivas a las modelos. ¡Y de pronto descubrió algo que lo estremeció de pies a cabeza! El mismo día de su muerte, vale decir el 3 de abril, Willi Balsen había anotado con rojo una cita en la

ciudad de Antofagasta, en el renglón de las diez horas. El apunte era breve: MP / SL.

—¡Por Santa Bárbara! —asestó tal puñetazo sobre la mesa que sobresaltó al gato—. SL, SL —susurró Cayetano con la respiración entrecortada—. ¿No significa acaso Sierra Leona? ¿Y MP no significa acaso Mariano Patiño? ¿Es que Balsen y Patiño se reunieron poco antes de que murieran?

SAN PEDRO, VIERNES 15 DE MAYO, 11.40 HRS.

Abandonó apresuradamente el restaurante Juanita y caminó bajo el sol en dirección sur por la polvorienta Tocopilla. Diez minutos más tarde llegaba a la pensión Trópico de Capricornio. En su cabaña envolvió la agenda de Willi Balsen en una bolsa plástica, la ciñó con un elástico y la ocultó cuidadosamente en el estanque del baño, velando porque no trabara el funcionamiento de su mecanismo.

Volvió a salir y tocó a la puerta de la cabaña de Cornelia Kratz. Unas llamas negras, acompañadas a prudente distancia por una anciana pastora atacameña, lo observaron con ternura desde el patio. A lo lejos el paso de algún vehículo destartado, probablemente el de Pompeyo Jara, hería mortalmente la tranquilidad matinal.

Tras una espera infructuosa, el detective dio la vuelta a la cabaña. En la parte posterior encontró abierta la ventana. A través de ella observó el cuarto de Cornelia, rigurosamente limpio y ordenado. Sobre el velador descansaban dos libros, despertador, una palmatoria y un vaso alto y vacío.

—¡Cornelia! —llamó—. Soy yo. ¿Está ahí?

Le respondió el berrido lejano de una oveja. Probablemente la alemana había salido temprano de la hostería o bien se alojaba en otro oasis. Decidió dejarle una nota. Arrancó una hoja de su libreta de apuntes y escribió apoyado contra la pared de madera. Arrojó el papel hacia el interior y respiró tranquilo.

En ella le solicitaba que contactara urgentemente al *Frankfurter Allgemeine Zeitung* para que sus colegas en Fráncfort averiguaran el paradero actual de Bárbara Schuster, a la que suponía en Alemania o Sierra Leona. Después se encaminó hacia la pequeña central de llamados que hacía esquina entre la calle Tocornal y el pasaje Gabriela Mistral, detrás de la parroquia.

El local, sala fresca y oscura, ubicado en una casa de adobe, lo atendía una operadora cuarentona, rolliza y de buen talante, con vistoso lunar junto a la boca, y negrísimo y brillante pelo recogido sobre la nuca en forma de tomate. A esa hora, sentada detrás de un mesón, frente al teléfono, disfrutaba la lectura de una novela de Corín Tellado.

—Buenos días, cielito lindo. Necesito hablar con el Congreso Nacional —dijo

Cayetano como si hablara de la panadería o la botica de la esquina.

La mujer observó al detective con admiración. Seguramente se trataba de un diputado, senador u otro alto dignatario del poder. Nunca nadie había llamado antes al Parlamento desde aquella oficina perdida en el desierto, y nunca había visto a un político en persona, sino solo en los diarios añejos que alcanzaban el oasis. El último político importante que había pasado por San Pedro fue un parlamentario ecologista alemán, experto en pueblos indígenas americanos, pero ya había transcurrido más de un decenio desde aquello.

—Sí, con el Congreso Nacional —Cayetano ensayó su mirada más seductora.

Con manos temblorosas por la emoción, ella buscó en una guía el número e invitó al cliente a ingresar a una cabina. Cayetano creyó advertir una sonrisa leve en su rostro moreno y un fulgor peculiar en sus ojos.

Segundos más tarde ya estaba comunicado con la planta central del Parlamento. Pidió hablar con la oficina de Mariano Patiño.

Escuchó nítidamente el prolongado silencio de desconcierto al otro extremo.

—Disculpe, pero usted sabe que el honorable diputado falleció hace un tiempo —aclaró solemne una voz femenina. Al parecer temía que la noticia afectara a su interlocutor.

—Lo sé —la voz de Cayetano sonó tranquila—. Pero llamo porque quiero comunicarme con la persona que conducía la oficina distrital del diputado en Antofagasta. ¿Podrá darme el nombre y su teléfono?

—Aguarde un instante.

Miró a través del vidrio de la puerta de la cabina y tuvo la impresión de que la operadora, de quien alcanzaba a ver solo su cabeza, pues permanecía sentada detrás del mesón —un mesón alto, de madera, que le recordó la barra del centenario Bar Inglés de Valparaíso—, escuchaba a hurtadillas la conversación mediante unos auriculares gruesos y negros que se había calado y le conferían aspecto de piloto de la Segunda Guerra Mundial.

—La oficina del honorable diputado Patiño en Antofagasta aún existe —solicita resurgió la voz—. Están cerrándola. La atiende la señorita Solange Farías, la periodista que asesoraba al diputado.

Apuntó el nombre, los números de teléfono, y colgó.

La operadora lo esperaba afuera con sonrisa amable y los auriculares en la mano.

—Necesito otra llamada a Valparaíso —anunció el detective y entregó el número de su oficina.

Volvió a la cabina y descolgó el aparato en cuanto sonó el timbrado. Reconoció la voz de Bernardo Suzuki.

—Aquí habla el que manda en esa oficina —dijo Cayetano—. ¿Todo bien?

—Todo bien, jefecito —repuso entusiasmado su ayudante—. Los clientes brillan por su ausencia y las cuentas hacen nata. Bien podría ser al revés. Suspendí la compra del diario por falta de fondos, mas no se inquiete, que ahora lo consigo con un día de

atraso en la Agencia Naviera Valparaíso, donde antes lo tiraban. También dejé de comprar las revistas, pero las consigo con dos semanas de retraso con Fígaro, el peluquero. ¿De qué se trata?

—De dos cosas, y voy a ser breve, porque estoy lejos y cada minuto me cuesta un ojo de la cara —advirtió Cayetano y miró a través del vidrio a la operadora, que ahora tenía los auriculares puestos—. Primera cosa, llama a Pepe Gutiérrez, el de la crónica policial de *El Mercurio*, y dile que averigüe todo lo que pueda sobre Solange Farías, periodista que asesoraba en Antofagasta al diputado Mariano Patiño, el que murió en un accidente aéreo. ¿Está claro?

—Solange Farías, periodista, asesora de Patiño. Clarísimo, jefazo. ¿Algo más?

—Sí, llama a Eva Mac Clure.

—¿La mujer piloto?

—En efecto —dijo Cayetano. Eva era la única piloto de avión de la ciudad y la conocía desde hacía años, desde el día en que había accedido a trasladarlo gratuitamente a Osorno para investigar el asesinato de un agricultor—. Pídele que solicite a la Dirección de Aeronáutica Civil la información que exista sobre el accidente del diputado Patiño, que yo la llamaré cuanto antes. ¿Entendido?

—Más claro echarle agua, jefazo. ¿Algo más?

Vio de refilón el rostro festivo de la operadora.

—No, solo eso, para que no te confundas, mi chino. En cuanto tengas algo, házmelo saber al teléfono de la hostería Trópico de Capricornio.

—Muy bien, jefazo. Entendido. Pero, dígame, jefe, ¿qué tal son las mujeres por allá?

—Las mujeres —repitió Cayetano saboreando su boca con voluptuosidad. La telefonista elevó la cabeza atenta—. Algunas están muy, pero muy bien, especialmente las maduras. Y las entraditas en carnes y de pelo negro son las mejores, mi chino goloso. Ya te contaré.

—Entendido —repuso Suzuki feliz, echando a volar su imaginación—. ¿Corto y fuera, jefazo?

—Corto y fuera.

Abandonó la cabina. A la telefonista le brillaban los ojos mientras un rubor intenso encendía sus mejillas en medio de las penumbras de la sala.

—Voy a hacer una última llamada —anunció—. Esta vez a Antofagasta.

Ella apuntó el número y sus mejillas cobijaron una sonrisa dulce.

—¿Solange Farías? —preguntó el detective al escuchar al otro lado una voz femenina.

—Con ella. ¿Quién habla?

—Mi nombre es Cayetano Brulé —anunció con acento profundamente nasal, a la mejor usanza cubana y, aprovechando que la telefonista le dedicaba una graciosa sonrisa de complicidad, le guiñó un ojo—. Necesito hablar urgente con usted. Se trata de algo relacionado con el diputado, que en paz descansa.

—¿Puede ser más concreto?

—Solo en persona. Es imperioso que me reciba mañana por la tarde. Le conviene a usted y al prestigio del diputado. ¿Mañana por la tarde?

—Mañana a las tres de la tarde —repuso con tono de preocupación la suave voz de Solange Farías.

SAN PEDRO, VIERNES 15 DE MAYO, 21.30 HRS.

—¿Cayetano? —El mismo. ¿Quién habla allá?

Desplazó la mirada por la recepción de la Trópico de Capricornio, que a esa hora iluminaban tenuemente unas velas incrustadas en los picos de botellas pisqueras. Don Roque acababa de anunciarle en la cabañita, donde estudiaba nuevamente la agenda de Willi Balsen, que lo aguardaba un llamado de larga distancia.

—Habla Pepe Gutiérrez. Querías saber algo de Solange. ¿No es cierto?

Recién ahora reconoció el tono ronco del reportero de la página policial de *El Mercurio* de Valparaíso. Era un hombre delgado, de ojos oscuros y rostro enjuto, ya a punto de jubilar. Disponía del mejor archivo policial de la ciudad y a veces le entregaba datos valiosos sobre el hampa del puerto.

—De Solange Farías. Así es. Mañana me reúno con ella, en Antofagasta. ¿Averiguaste algo?

—Sí, por eso preferí llamarte personalmente.

—Dime.

Vio que don Roque volvía a tenderse en el sofá, muy cerca de la estufa a gas, y cubría sus piernas con una frazada rojinegra. Luego posó la cabeza sobre una minúscula radio a pilas y quedó estático oyendo algún programa noticioso de la capital. Así escuchaba las noticias por la noche. Las escuchaba de modo reservado, casi conspirativo, para después relatárselas a sus huéspedes con lujo de detalles.

—Es una persona de armas tomar —continuó Pepe Gutiérrez y soltó la acostumbrada tos seca, de pulmones quemados, una voz que resonaba como el preludio de la muerte—. No está bien hablar mal de colegas, pero ándate con cuidado con ella.

—¿Por qué?

—Tiene alrededor de 32 años.

—Sabrosa edad, mi amigo.

—Estudió en Medellín, Colombia.

—¡Qué envidia!

—Escúchame, Cayetano, por favor. Allá trabajó para una revista sensacionalista. Reporteaba copiosa y elogiosamente sobre personajes vinculados al narcotráfico.

—¡Su madre!

—Dicen que fue amante del hijo de uno de los capos del Cartel de Medellín.

—¿Coño, de quién?

—Ignoro el nombre.

—¿Y qué hace en Chile?

—Bueno, es chilena, ¿qué va a hacer? Lo cierto es que volvió a Chile hace cinco años, después de que su amante, un colombiano casado con cubana, fue acribillado a balazos en una calle de Medellín.

—Ajuste de cuentas...

—Vaya uno a saber. Dicen que Solange huyó hacia Chile para poner a salvo el pellejo.

—De poco le servirá. Los colombianos están igual hasta las masas en este país. ¿Y a qué se dedicó aquí?

—Bueno, antes de trabajar para Patiño, le consiguieron un puestecito en una revista sensacionalista santiaguina.

—¿Qué hacía?

—Trabajos sucios.

Escuchó unos ronquidos desahogados. Provenían de don Roque, profundamente dormido ya sobre el receptor de radio.

—¿Trabajos sucios?

—Exacto. No aparecía como miembro de la redacción, se encargaba de escribir artículos anónimos en contra de cierta gente. ¿Me entiendes?

—Más o menos.

—Cosas sucias por encargo, vendettas, en fin. Cosas que los periodistas en este país nos negamos a hacer por consideraciones éticas, pero que alguien tiene que realizar en publicaciones inescrupulosas.

—Para eso le pagaban.

—Para eso le pagaban. Una mercenaria de la pluma. Hasta que la despidieron de la revista.

—¿Por qué?

Escuchó nuevamente su tos. Respiraba con dificultad. Si Pepe Gutiérrez continuaba fumando, no tardaría en pasar de la pantalla de *El Mercurio* directamente a un nicho del cementerio de Playa Ancha. Lo trasladarían envuelto en hojas de tabaco, se dijo mientras se llevaba una mano a los pantalones y palpaba el pequeño bulto que formaba su cajetilla. Un hito de la muerte, pensó estremeciéndose. La tos de Pepe seguía resonando al otro lado.

—No sé por qué la echaron —dijo el periodista compungido—. Como escribía artículos anónimos, nadie sabe por qué se fue.

—Nunca se sabe por qué un francotirador deja de disparar sobre sus víctimas.

—Seguramente disparó contra quien no debía. La cosa es que de ahí se fue a servir al diputado a Antofagasta.

—¿Quién le consiguió ese puesto?

—Es un enigma. Trabajaba para el diputado desde hacía tres años. Eso es todo lo que sé.

—Está bien, muy bien —repuso Cayetano atusándose los bigotes.

De la boca semiabierta de don Roque escapaban ahora silbidos escandalosos.

—Te quiero pedir algo —masculló Pepe Gutiérrez y sus palabras se quebraron en toses.

—Dime.

—No sé en qué andas, pero cuídate.

—Despreocúpate. Sabes que soy un tipo con años de circo. Me cuidaré.

—En serio, Cayetano, la cosa es muy delicada. Nadie sabe quién le paga a la tal Solange.

ANTOFAGASTA, SÁBADO 16 DE MAYO, 12.00 HRS.

Solange Farías y su despacho olían intensamente a perfume barato, a una desafortunada mixtura entre fragancia de violetas y de agua de colonia. Tenía un rostro de rasgos huidizos y vulgares, labios excesivamente delgados y nariz aguileña, y su cabello oscuro le alcanzaba, en caída libre, hasta sus caderas más bien estrechas. Verla y preguntarse qué había encontrado en ella el diputado Patiño fue solo una cosa en la mente de Cayetano Brulé.

Lo recibió con una sonrisa forzada en aquella oficina del noveno piso del edificio céntrico, moderno e impersonal, que inundaba el rumor sordo de un ventilador. La luz del mediodía, que entraba a través del ventanal, arrancaba afuera fulgores a una iglesia, los edificios de la costanera y las embarcaciones atracadas en el puerto.

—¿Y qué lo trae por acá con tanta urgencia, señor Brulé? —preguntó recelosa la mujer mientras tomaban asiento en unos silloncitos de cuero dispuestos en un costado de la sala—. Espero que pueda ayudarlo en lo que desee.

El detective barrió el recinto con la vista. Todo era gris allí: las paredes, el cubrepiso, los muebles y las persianas. Gris y opaco como la propia política. El color gris debería simbolizar quizás no a los militares, sino a los políticos, pensó Cayetano.

—Lo mío es simple —resumió el detective. Una pierna cruzada sobre la otra, el rostro alzado—. Me interesa averiguar algo sobre uno de los últimos encuentros que sostuvo el diputado, y usted quizás pueda ayudarme.

Ella frunció el entrecejo y lo miró con suspicacia. Se revisó pensativa las puntas del cabello.

—Puedo ayudarle siempre y cuando lo que usted busca no perjudique la imagen del diputado —puntualizó sosteniendo la mirada de Cayetano. Le impresionaban los bigotazos a lo Pancho Villa y la corbata lila con guanaquitos del visitante—. Tanto la familia de don Mariano, como yo misma, que le serví por años, y el partido, desde luego, estamos interesados en que no se enlode su prestigio. Creo que me entiende.

—Puedo asegurarle que el prestigio del ex diputado no se verá comprometido para nada.

—La vida enseña a diario a desconfiar de las promesas —masculló.

¿La vida o la política?, se preguntó el detective en su fuero interno y estuvo a

punto de formularle la pregunta en voz alta a Solange. Descartó la idea solo porque temió perjudicar irreparablemente el precario vínculo con aquella mujer. Los políticos y quienes les servían no eran santos de la devoción de Cayetano. De los políticos detestaba su inagotable apetito de poder, sus interminables rencillas y componendas, su tendencia casi instintiva a erigirse en autoridades en diversas materias, su prepotencia siempre a flor de piel, su detestable solidaridad al reajustar generosamente sus dietas de por sí elevadas y su descarado afán por echar tierra sobre los propios errores. En fin, había muchas facetas que le molestaban de los políticos. Admitió en silencio, sin embargo, que los consideraba el mal menor.

—Los errores de los políticos son al menos remediables —murmuraron sus labios bajo el bigotazo—, los de los militares yacen tres metros bajo tierra.

—¿Perdón?

—Nada, nada —se apuró en aclarar algo ruborizado.

—Aún no me dice concretamente en qué anda.

El tono perentorio de Solange lo devolvió bruscamente a la realidad de aquella oficina.

—Es muy simple —reaccionó meloso, tratando de suavizar la conversación—. Investigo la vida de un alemán, asesinado hace poco tiempo en San Pedro de Atacama, y todo indica que entre las personas con que conversó en sus últimos días se hallaba el diputado.

—¿Cuál era el nombre del alemán?

Preguntaba con rostro inmutable, como una dependiente que consulta a su cliente por el número de cuello de camisa.

—Willi Balsen. Era experto en cooperación internacional —tampoco logró detectar reacción alguna en su rostro—. Trabajaba desde hace tres años en proyectos de irrigación financiados por una organización privada alemana en San Pedro de Atacama.

—Me suena su nombre, pero nunca estuvo en esta oficina, señor Brulé. Además, yo solo conocía la vida profesional del diputado en esta región, vale decir, sus citas y actividades políticas, pero no su vida privada, ni tampoco sus actividades en el Parlamento o la capital.

—Se trata precisamente de su vida en esta zona.

Hubo un destello de sorpresa en los ojos de la mujer.

—Explíqueme.

Cayetano aspiró profundamente la racha de aire fresco que despedía el ventilador y arremetió ronco, sin prisas:

—Según mis informaciones, el señor Balsen se entrevistó con el diputado el 3 de abril pasado, a las diez de la mañana, vale decir, dos días antes de su muerte. ¿Me lo puede confirmar?

No estaba seguro de que eso hubiese sido efectivamente así, pero convino en que era la forma más acertada de formular la pregunta. Solange ladeó la cabeza dubitativa

y la catarata de pelo ocultó parte de su rostro. Incluyó la cabeza hacia atrás, con gesto coqueto, que le permitió al mismo tiempo despejar sus facciones.

—No sabría cómo.

—Consultando su agenda, por ejemplo —sugirió Cayetano con una dosis de calculada agresividad—. Esa información es importante para mí. No por el diputado, sino porque me indicaría que Balsen estuvo a comienzos de abril en esta oficina.

Había algo en aquel hombre, algo indefinido, que comenzaba a ejercer una inexplicable fascinación en Solange. Se sintió sorprendida. Quizás aquello radicaba en su plácida mirada de manatí o su profunda voz nasal o bien en su masculinidad, todo lo cual le inspiraba simpatía y resultaba grato. Tanto su gesticulación, si bien bastante barroca, como la sonrisa casi perenne a flor de labios revelaban al auténtico hombre del Caribe, y esos le fascinaban. Además, desde la turbulenta y malograda relación con su amante colombiano, profesaba cierta preferencia por los hombres maduros. Le calculó unos cincuenta años bien vividos y, aunque lo notó algo excedido de peso, se dijo que, a juzgar por la ternura de su mirada, se encontraba ante un gozador de la vida.

Algo del detective le recordaba a Rafael, su único gran amor, el inescrupuloso empresario de Medellín que había conocido mientras estudiaba periodismo. Aquel romance con el hombre casado había desembocado en tragedia. Rafael había muerto ametrallado un día en pleno centro de la ciudad, llevándose consigo sus sueños de muchacha, obligándola a retornar a Chile para poner a buen recaudo su vida.

—Perdóneme, ¿pero usted no es chileno, verdad? —se escuchó preguntar.

—Para ser franco, soy cubano. Cubano de origen, aunque medio chileno por elección —repuso cordial, exhibiendo la mejor de sus sonrisas—. ¿Por qué?

—Por nada. Solo que su acento me llamó la atención.

Le dedicó una sonrisa cálida y plena de significados y luego inquirió:

—¿Está segura de que el diputado no recibió a nadie de apellido Balsen?

—¿Balsen? ¿Como el alemán?

—Tal cual.

—No. A nadie.

—Me imaginaba que todas las citas del diputado se concertaban a través suyo.

—En efecto —replicó ella segura.

—¿No lo podría consultar en su agenda?

—Nunca vino ningún Balsen aquí —afirmó enfática—. No recuerdo a ninguno. Y además le puedo jurar que en marzo...

—En abril.

—Da lo mismo. En abril no vino ningún Balsen. Lo recordaría.

—¿Y si le echa una miradita a su agenda? A veces la memoria nos juega terribles travesuras —advirtió Cayetano acercando la cabeza con los ojos cargados de ternura.

Solange se levantó y caminó grácilmente hasta su escritorio. Examinó a la rápida las páginas de su agenda. Desde la calle ascendía el ruido de vehículos y desde el

ventilador ráfagas de aire.

—¿En abril, dice usted que vino Balsen? Pues no lo encuentro.

Resopló desconcertado. Se hallaba en un callejón sin salida. Debía abandonar el caso y volver a Valparaíso. Cornelia Kratz podía quedarse con sus marcos. Era preferible continuar siendo pobre, disfrutando la cercanía de Margarita de las Flores y despachándose de vez en cuando un mariscal en Los Porteños del mercado del puerto o un par de empanadas de queso acodado en la barra del Valparaíso Eterno, a dejarse arrastrar hacia un revuelto mar de incertidumbres.

—¿Y si buscara en la agenda del diputado? ¿Todavía la tiene?

Se miraron durante unos instantes, solo separados por el escritorio. Él admirando sus pupilas penetrantes, oliendo su fragancia de verdulera, interpretando la suave agitación de las aletas de su nariz, ella descendiendo a lo más profundo de las dioptrias del bigotudo, escrutando sus profundidades insondables.

—Veamos —dijo Solange finalmente al soltar un suspiro de decisión crucial—. Nada se pierde.

Se levantó y salió de la oficina. Tenía las piernas largas y bronceadas. Por alguna razón lucían más jóvenes y atractivas que su rostro, pensó Cayetano al verla cerrar la puerta tras de sí. Miró entonces hacia la ciudad a través del ventanal. ¡La hora de los mameyes!, pensó. O se corta el hilo o avanzamos hacia donde creo que apunta esta historia. Meditaba sobre aquello cuando Solange volvió con una agenda de taco en las manos. Era la agenda de Patiño. De aquellas que brindan una página entera a cada día. Comenzó a hojearla con repentina impaciencia.

—¿3 de abril, me dijo?

—3 de abril, pero puede ser un día antes o después.

—¿No le dije? —repuso Solange tras hallar la página correspondiente. Junto con la fragancia a colonia y violetas, el detective respiró cierto tono triunfal en su respuesta—. Mire, aquí tenemos la página del 3. No aparece nadie con ese nombre.

—¿Ni antes ni después? —preguntó desconcertado.

No acertaba a descifrar las letras invertidas, ya que la mujer, al otro lado del escritorio, examinaba al mismo tiempo la agenda.

—Ni antes ni después —repitió en estilo pedagógico, de maestra experimentada—. No podía ser de otro modo, señor Brulé, todas sus citas de trabajo pasaban por mi escritorio.

—Perdone, no quiero ser excesivamente insistente —replicó Cayetano posando el índice sobre las palabras garrapateadas en la agenda del diputado—. Pero ¿qué dice allí, el día 3 de abril a las diez de la mañana?

Leyó tranquilamente lo que le indicaban y luego, mirando al detective con fingida indiferencia, dijo:

—De Balsen, nada, señor Brulé. Lo que dice aquí, y le voy a rogar que no me pregunte lo que significa, pues lo escribió el diputado, es Sierra Leona. Sierra Leona, a las diez de la mañana.

ANTOFAGASTA, SÁBADO 16 DE MAYO, 12.37 HRS.

—Disculpe mi insistencia —dijo Cayetano Brulé atusándose la punta derecha de su bigote mientras miraba con fijeza a la mujer por sobre el escritorio—. ¿Pero está usted segura de que el diputado no recibió visita aquel día de Willi Balsen?

Solange Farías bajó la vista por unos instantes tratando de hacer memoria. Él advirtió ahora con claridad la línea ganchuda de su nariz y las arrugas que, casi de modo imperceptible aún, comenzaban a cavarle la frente. La pulsera de oro que colgaba de su muñeca izquierda le recordó a Cayetano las alhajas expuestas en la sala del tesoro atacameño.

—Estoy completamente segura —repuso ella en tono grave—. Nadie de ese nombre me pidió cita con el diputado.

Procuró armarse de paciencia el detective. La casualidad se le antojaba desmesurada. Sierra Leona aparecía en ambas agendas, tanto en la de Balsen como en la de Mariano Patiño, personas que habían vivido a cientos de kilómetros de distancia y que, según la secretaria del político, no se conocían. ¿Es que planeaban viajar a Sierra Leona sin concertación previa? Le resultaba improbable. Por otra parte, en ambas agendas aparecía una cita a las diez de la mañana. En la del diputado estaba consignada bajo Sierra Leona, en la de Balsen como MP por SL, lo que significaba, indudablemente, Mariano Patiño por Sierra Leona. No, aquí no estaba frente al itinerario de un vuelo internacional con destino a África, sino ante los indicios evidentes de una cita concertada claramente.

No solo los vinculaba el nombre de aquel país africano, que conocía de los relatos de Vásquez-Figueroa, sino también la muerte, la muerte violenta, que los había sorprendido casi al mismo tiempo.

—¿Cuándo murió el diputado?

—El domingo 5 de abril —respondió seria.

¿Qué los unía?, se preguntó Cayetano mirando por unos instantes a través del ventanal hacia el Pacífico. ¿Antares? ¿La detección de una empresa que ocultaba el hallazgo de petróleo? ¿El descubrimiento de una pista decisiva que perjudicaba a narcotraficantes? ¿O simplemente la casualidad?

—¿Se encontraba usted en esta oficina aquel 3 de abril, el día en que Balsen vino

a conversar con el diputado?

—Aunque yo no hubiese estado ese día en Antofagasta —precisó ella recobrando el aplomo—, una cita se acuerda con varios días de antelación, especialmente si se trata de un desconocido. Y, tal como le digo, un señor con ese apellido jamás estuvo aquí.

No claudicó y volvió a preguntar.

—¿Ese día, el viernes 3 de abril, usted no estuvo acaso fuera de la oficina?

Cruzó los brazos sobre el escritorio de modo que la pulsera emergió en todo su esplendor, luego dirigió brevemente su mirada hacia el cielo raso, como si la respuesta pudiese flotar en lo alto. Cayetano admiró su cuello largo y terso, un cuello de aquellos que confieren a las mujeres el apacible movimiento de las garzas.

—Esa semana estuve en Valparaíso, en el Parlamento — admitió con lentitud—. Resolviendo trámites por encargo del diputado. Solía hacerlo con frecuencia. Pero volví el viernes cerca de las cinco de la tarde.

Le pareció extraño que Solange hubiese olvidado inicialmente dicho detalle. Sin embargo, era comprensible. Desde hace tiempo atravesaba ella por circunstancias adversas.

—Eso significa que usted volvió el mismo día en que se produjo la reunión entre el diputado y Balsen.

—Si se produjo el día en que usted supone —su tono resonó autoritario—, entonces regresé horas después de aquella reunión —precisó lívida y se echó el cabello hacia atrás, como si al hacerlo se librara de un gran peso.

—Usted no pudo haber visto a Balsen, por lo tanto.

Asintió en silencio.

—¿Cuántos días estuvo usted fuera?

—La semana completa, de lunes a viernes. Había mucho que hacer en la oficina central de don Mariano.

—¿Aquí trabaja alguien más?

—Nadie. Solo la mujer que hace el aseo por las noches.

—Usted llegó entonces el viernes 3 por la tarde, a Antofagasta —recapituló Cayetano—. ¿Y ese mismo día viajó con el diputado a Las Tacas?

—En efecto. Me reuní con él aquí y viajamos esa noche en su Cessna a Las Tacas —respondió con leve rubor en las mejillas y la mirada clavada en Cayetano.

—¿Él no le comentó a usted que pensaba sostener conversaciones de trabajo con alguien en Las Tacas?

—No. Viajamos a descansar.

—¿Tampoco se encontraron en Las Tacas con conocidos?

—Con nadie. Mariano era muy discreto y prefería los lugares poco frecuentados para salir conmigo.

—Entiendo.

Claro, pensó acariciándose la punta del bigotazo, en invierno el balneario

representaba el refugio idóneo para la aventura amorosa del político.

—¿Él no se alejó, en Las Tacas, en algún momento de usted?

—Solo para ir a nadar. El sábado y el domingo. Salía muy temprano.

El investigador se acomodó los anteojos mientras reconstituía mentalmente la escabrosa historia divulgada por la prensa tras la muerte del político: Mariano Patiño, el destacado parlamentario, casado y con cuatro hijos, había volado aquel viernes a Las Tacas en su avioneta particular en compañía de su secretaria. El tema había quedado flotando en el ambiente durante una semana y luego había cedido el paso a otros acontecimientos, igual de fugaces. La vida, pensó melancólico el detective, es fugaz como un meteorito. ¿No resultaría quizás conveniente consultar a la viuda de Patiño?, se preguntó regresando a su tema, pero descartó aquello de inmediato, suponiendo que ella se mostraría reticente a cooperar.

—Hay una cosa que sí me interesa —añadió Cayetano poniéndose de pie y comenzó a pasearse por la salita. Le placía sobremanera la suavidad de la alfombra mullida. Solange, inmóvil, seguía su trayectoria desde el escritorio—. ¿Cuándo sostuvo el diputado su última reunión en este despacho?

Ella hojeó nuevamente la agenda del político y revisó algunos apuntes. Después repuso con mirada vacía:

—Por lo que apuntó aquí, el viernes 3 de abril, a las cuatro de la tarde.

—Vale decir, poco antes de que usted llegara. ¿Y a quién recibió el diputado?

—Según mi agenda, tenía la tarde libre, pero según su propia agenda —tamborileó con sus dedos de uñas largas sobre el taco—, recibió al representante de una empresa alemana.

—¿A Pankow? ¿A Bodo Pankow?

—Sí, a Pankow —admitió azorada—. Eso dice aquí, lo anotó de su puño y letra. ¿Cómo lo sabe?

Soltó una sonrisa displicente. Sus ojos brillaban enigmáticos tras los cristales.

—Usted no concertó esa cita —afirmó desentendiéndose de la pregunta—. Usted no la concertó. ¿No es cierto?

—No —repuso nerviosa. Aceptaba ahora sin más el papel de interrogada—. Debe haberse tratado de una reunión que surgió a último minuto, por lo que la deben haber concertado pocas horas antes, cuando yo me hallaba en Valparaíso. Por eso no pasó por mi escritorio.

—Usted conoce a Pankow, por lo que veo —se detuvo en medio de la sala, con las manos enlazadas a la espalda, en actitud autoritaria—. Y eso implica que ellos solían reunirse con frecuencia.

—Un par de veces al año. El diputado estaba interesado en promover la inversión extranjera en la región. Se reunía con muchos empresarios.

Cayetano se volvió hacia el ventanal y contempló los acantilados del desierto, que se alzaban como un gigantesco muro por sobre la ciudad. En la plaza la gente se reducía a puntos minúsculos, anónimos, que se desplazaban sin rumbo fijo por la

vida. Se le vino a la cabeza un capítulo de la novela *El tercer hombre*, de Graham Greene. Allí el protagonista observa desde lo alto de una rueda giratoria de un parque de diversiones el errático trajín de la gente. Desde la altura —Greene tenía razón—, los anhelos y las preocupaciones de la gente que circulaba abajo parecían insignificantes y se disipaban. No tenían sentido. Los seres humanos no eran nada más que hormigas anónimas.

—¿El diputado no le contó a usted mientras volaban a Las Tacas que acababa de reunirse con Pankow?

—No, era muy reservado con sus cuestiones de trabajo.

—Una última pregunta, Solange. ¿Ustedes pensaban volar juntos de regreso a Antofagasta el domingo?

Ella guardó silencio por un rato, cruzó las piernas bajo el escritorio y dijo taciturna:

—Claro. Le correspondía volver a Antofagasta. Se iba a quedar conmigo, trabajando.

—¿Por qué viajó entonces repentinamente al Parlamento?

—No sé. Cambió de planes el mismo domingo —había ahora preocupación en su rostro—. Me dijo que él tenía que volar al Parlamento y yo volver sola a Antofagasta. Fue lo que me salvó.

—¿Y no le explicó a qué se debía su sorpresivo cambio de planes?

—No.

ANTOFAGASTA, SÁBADO 16 DE MAYO, 13.25 HRS.

Tras la conversación, Cayetano salió presuroso de la oficina de Solange y subió a la camioneta de Pompeyo Jara, quien lo aguardaba en las inmediaciones del edificio. En poco tiempo el vehículo logró adentrarse en el desierto en medio de un estrepitoso corcoveo, vibrando como los viejos DC3 poco antes de remontar el vuelo.

—Solo una persona nos puede ayudar a esclarecer este enigma —dijo el detective escupiendo minúsculos granos de arena contra la canícula. El viento apelmazado que se filtraba por las ventanillas desguarnecidas le agitaba el bigote y peinaba hacia atrás sus entradas—. Y esa es Bárbara Schuster.

—¿Y usted cree que ella vive actualmente en Sierra Leona? —gritó Pompeyo Jara aferrado al manubrio.

—Estoy convencido de que ella vive allá y espero que el diario de Cornelia, si es tan influyente como dicen, la haya ubicado.

Cayetano carraspeó con un sabor amargo en la boca y paseó en silencio su mirada por la inmensa superficie de tierra, piedras y rocas que en la distancia se alisaba como una pista de asfalto y a trechos se convertía en espejismos de agua. Admiró la línea precisa, los volúmenes macizos y los tonos ocres de los Andes mientras sentía su espalda empapada. En Cuba, pensó con cierta nostalgia, no había nada que se le acercara en majestuosidad a la cordillera; por el contrario, sus montañas más altas, las de la Sierra Maestra, difícilmente merecerían el nombre de tales en Chile.

Volvió a concentrarse en lo suyo. ¿Por qué resultaba de pronto tan importante Sierra Leona? ¿Por qué ese país africano aparecía al mismo tiempo en las agendas de Willi Balsen y en la del diputado Mariano Patiño? ¿Pensaban viajar a ese país? ¿A qué? La cabeza empezó a darle vueltas vertiginosamente. La resolana, el zumbido ronco del motor, la vibración de la carrocería y la altura comenzaban a perturbarlo de nuevo. Anhelaba un buen chapuzón en el Caribe, muy cerca de donde crecen las palmas, escuchando en sordina algún bolero interpretado por la voz romántica de Beny Moré, a sabiendas de que al salir de las aguas lo esperaban un sabroso daiquiri y un tabacón de Vuelta Abajo.

Pero ahora estaba en el desierto, incrustado en el calor infernal de la tarde atacameña, con la boca reseca y los labios partidos, a dos horas del oasis más

cercano, enfrentando un enigma insoluble. Maldijo una vez más a Cornelia Kratz por haberlo involucrado en aquel caso.

Le parecía evidente, pensó apoyando el codo en la ventanilla, que Balsen había viajado expresamente a Antofagasta a reunirse con el diputado poco antes de su muerte. Eso solo podía atribuirlo a que el alemán necesitaba comunicarle algo de envergadura. Se trataba de una cita de carácter urgente. Trató de recapitular la historia completa, tal como se la imaginaba: días antes de que Bárbara Schuster dejara involuntariamente San Pedro de Atacama, Balsen había escrito el nombre de Sierra Leona en su agenda. Eso podía significar solo una cosa: que ella sabía que sería enviada a Sierra Leona, por lo que se lo había anunciado a su amante. Pero, entonces, ¿a qué se debía que Balsen preguntara días más tarde en la hostería por ella? Por otra parte, la entrevista de Balsen con el diputado podía deberse a que el alemán portaba un mensaje de Bárbara para el diputado. ¿Cuál era ese mensaje? Solo ella podría revelarlo.

La voz de Pompeyo Jara lo hizo sobresaltarse en el asiento.

—¿Está durmiendo, don Cayetano?

—Para nada, mi amigo, solo bajando las revoluciones para soportar la travesía hasta San Pedro.

—Me alegro, porque yo he cabeceado varias veces y no nos hemos salido del camino solo porque es recto como moral de santo.

Pero surgían otros interrogantes que lo consumían. ¿Por qué el diputado habría silenciado su entrevista con Balsen y Pankow ante su secretaria? Rumió su lengua diciéndose que podría tratarse meramente de un olvido. Pero, por otra parte, no podía ignorar que las reuniones habían tenido lugar precisamente cuando la secretaria se hallaba lejos de Antofagasta. Hizo chasquear la lengua mientras admitía una nueva posibilidad, la de que Solange lo estuviese engañando al afirmar que desconocía la cita de ambos hombres con Patiño. Tendría que chequear si ella efectivamente había viajado al Congreso Nacional.

Con todo, las preguntas seguían planteándose con porfía enervante: ¿qué significaba Sierra Leona? ¿Qué mensaje le había dejado Bárbara a Balsen antes de emprender su viaje a África? ¿Y por qué Balsen se había apresurado en reunirse con el diputado antes de que este se fuese a Las Tacas? Solo ella podía ayudarlo, se repitió sin dejar de contemplar la cordillera, que se ondulaba a lo lejos por efecto de la evaporación del oasis.

Arribaron a San Pedro de Atacama cuando los últimos estertores del crepúsculo pintaban de rojo la cima del Licancabur. Ahora soplabla una brisa fresca y persistente que arrancaba lánguidos rumores a los árboles de la plaza. Cayetano ordenó a Pompeyo que lo condujera de inmediato a la hostería Trópico de Capricornio.

Allí encontraron a Cornelia en su cabaña. Acababa de regresar de una gira por los oasis de la zona y leía recostada un libro sobre budismo. Estaba feliz, creía haber descubierto en los oasis vibraciones eléctricas propicias para la meditación y la

comprensión entre los seres humanos. Se incorporó sin prisa, se calzó sus zapatillas con un extraño aspecto de serenidad y dijo:

—Bárbara Schuster no se encuentra en Sierra Leona. Nunca ha estado allá.

—¿Nunca? —preguntó Cayetano, mientras intentaba desabotonarse la guayabera sudada—. ¿Cuándo volvió de Sierra Leona a Alemania?

—Nunca. De Chile se fue directo a Berlín. No a Sierra Leona.

—Con mayor razón. Necesito hablarle. ¿Dónde puedo ubicarla?

—Ahora es imposible.

—¿Imposible? —repitió consternado el detective y cogió una toalla del baño para secarse el sudor de su pecho velludo—. ¡Necesito consultarle algo urgentemente!

—Imposible. Bárbara Schuster está muerta. Se suicidó hace más de un mes y medio con una sobredosis de barbitúricos.

SAN PEDRO, SÁBADO 16 DE MAYO, 20.00 HRS.

Después de tomar una ducha con agua caliente y servirse un sándwich de arrollado y una cerveza en el restaurante Juanita, Cayetano Brulé, aún bajo el efecto deprimente de la noticia del deceso de Bárbara, caminó a lo largo del muro de adobe de la parroquia y entró a la central de llamados. Bárbara Schuster se había suicidado tres días después de la muerte de Balsen. Era el tercer muerto en torno a San Pedro de Atacama. ¿Los unía algo más que una fatídica casualidad? Sumergida en las penumbras y la soledad del local, la operadora se recogía el moño por sobre el cuello. Con rostro grave le solicitó lo comunicara de inmediato con un número de Valparaíso.

—¿Eva Mac Clure? —preguntó al escuchar la voz fina de la mujer al otro lado de la línea, mientras intentaba acomodarse en la estrechez de la cabina de madera.

—Con ella. ¿Quién habla?

—Cayetano. Cayetano Brulé. Era para molestarte, mi ángel del aire —dijo el detective. La operadora leía ahora algo detrás del mesón—. ¿Lograste averiguar lo del accidente de la avioneta?

—Poco. Está todo en veremos —respondió Eva, la mujer piloto—. Lo único importante es que el fiscal de la Dirección de Aeronáutica Civil estima que la caída del Cessna 180 del ex diputado se debió a fatiga de material.

—¿Era nuevo el avión?

Escuchó a Eva soltar un suspiro.

—La Cessna no fabrica avionetas desde principios de los años ochenta. Creo que hace poco comenzó de nuevo a producirlos.

—¿O sea que es posible que el material haya estado agotado?

—Es posible.

—¿No hay indicios de sabotaje?

—¿Sabotaje? —repitió ella con evidente estupor—. No. Es decir, cuando cae una avioneta de este tipo y no queda nada, como en el caso del diputado, es muy difícil establecer a ciencia cierta qué ocurrió. Aquí no hay caja negra, como en los aviones de las líneas aéreas comerciales, Cayetano. Pero al menos la gasolina no contenía azúcar, si esto te calma.

—¿Pero qué cree el fiscal? ¿Por qué se cayó el Cessna?

—Fatiga de material.

—¿Y tú qué piensas?

—Puede haber sido un desfallecimiento del diputado, creo que sufría de bajas repentinas en el azúcar, pero también puede haber incidido una mala maniobra o simplemente una falla. No hay nada cierto.

—¿Puede ser todo y nada a la vez?

—No sé qué significa eso en el lenguaje de los detectives privados —repuso la mujer cortante—, pero solo puedo decirte lo que te dije. El diputado tuvo buen tiempo, salió justo a la hora cero de Las Tacas en una avioneta sin instrumentos.

—¿Hora cero?

La operadora alzó en esos instantes su cabeza equipada con los auriculares. Había un velo de interrogación sobre su rostro regordete.

—La última hora del día en que puede despegar una avioneta sin instrumentos. En esta época es alrededor de las cinco y media de la tarde. Pues él despegó a esa hora y se proponía aterrizar en el aeródromo de Viña del Mar.

—¿No iba a Valparaíso?

—Puede ser, pero no tenía permiso para aterrizar en Valparaíso. El aeródromo de Rodelillo carece de luces de orientación. Solo a veces, durante ciertos torneos, encienden chinchones. Los equipos que permiten un aterrizaje un poco más seguro están en el aeródromo de Viña del Mar, por eso tenía que aterrizar allí.

Le pareció que la operadora lanzaba ahora un suspiro de alivio. Sus ojos se encontraron durante algunos instantes. En los de ella había una invitación desafiante. En los suyos, el brillo acostumbrado de sus pupilas caribeñas.

—¿Nada más?

—En realidad, no. Solo que él cambió repentinamente su itinerario. Todo eso está anotado en la torre de control. Originalmente se proponía volver de Las Tacas a Antofagasta, pero desde Las Tacas anunció que no retornaría a Antofagasta, sino que volaría el domingo por la tarde a Viña del Mar.

—¿Y cómo comunicó ese cambio?

—A través de la torre de Las Tacas. Lo hizo el mismo domingo por la mañana, antes de emprender su vuelo.

Agradeció la información y cortó. Lo importante era que había logrado acotar de modo aproximado el cambio de planes del diputado Patiño. Se había producido el domingo por la mañana. Salió de la cabina para encontrarse de sopetón con los ojos negros y la sonrisa insinuante de la operadora. Este huevo quiere salir, se dijo el detective, y luego le rogó lo comunicara con un teléfono de Santiago. Volvió a la cabina y su aparato no tardó mucho en emitir el timbrado.

—¿Hablo con Ralph Kahlau?

—El mismo.

—Aquí habla Cayetano Brulé —escuchó un silencio prolongado, como de

asombro. No era usual en Alemania que alguien fuese llamado tarde a casa por motivos del trabajo—. Me permití llamarlo a su hogar a esta hora por algo muy urgente.

—¿Usted es el detective, no?

La operadora volvió a alzar el rostro. Esta vez sin disimular su decepción. No se trataba de un político influyente.

—Exacto. Veo que se acuerda de mí.

—¿En qué puedo ayudarlo? —su voz no transmitía emoción alguna. En el fondo se escuchaba el murmullo agitado de personas que conversaban. Seguramente el diplomático ofrecía una recepción—. ¿No será preferible que me llame el lunes a la embajada?

—Es muy urgente.

—En Chile todo es urgente, por eso los asuntos tardan tanto.

—Esto sí es urgente.

—Diga, entonces.

Se sentó en la pequeña butaca de la cabina y trató infructuosamente de cruzar las piernas.

—Necesito saber si Bárbara Schuster, la alemana que trabajaba en la planta Antares de Atacama, realizó alguna llamada telefónica en marzo pasado o a comienzos de abril a San Pedro de Atacama.

—¿Usted está loco? —exclamó irritado el alemán—. ¿Cree que habla con la KGB o la CIA? Soy un diplomático alemán —recalcó— y no tengo acceso a ese tipo de datos. ¿Por qué no le pregunta eso directamente a la señora Schuster?

—Porque murió.

—¿Murió? —repitió tartamudeando.

Unas arrugas profundas surcaron el rostro ahora compungido de la telefonista.

—Murió.

—Pero si ella trabajó hasta hace dos meses en Chile.

—Así es, pero eso no quita que ahora esté convertida en cadáver.

—Lo lamento, lo lamento mucho. ¿Y esa supuesta llamada qué tiene que ver con su investigación?

—Es clave. Si ella llamó a San Pedro de Atacama poco antes de morir, tengo todo aclarado.

—Me asombra su optimismo, señor Brulé —repuso Kahlau cambiando de tono, aunque continuaba nervioso. El murmullo de trasfondo ahora era eclipsado por una risotada femenina.

—Necesito su ayuda —masculló Cayetano—. Yo sé que usted puede obtener ese dato. Se aclararán muchas cosas. Usted no pierde nada. Inténtelo.

—No le prometo nada, pero algo intentaré —su tono parecía más bien orientado a desembarazarse cuanto antes del llamado—. ¿Cuándo murió la señora Schuster?

—Hace más o menos un mes.

—Oh, Dios, trataré de hacer algo por ella.

—Por ella y por Willi Balsen.

LAS TACAS, DOMINGO 17 DE MAYO, 11.15 HRS.

Cayetano y Cornelia se embarcaron al día siguiente en el primer vuelo de Ladeco con destino a la ciudad de La Serena, a la que arribaron, tras una breve escala en el aeropuerto de Antofagasta, en menos de dos horas. Fue un vuelo sin incidentes y alquilaron un pequeño Nissan en el aeródromo serenense.

—Aún no entiendo qué persigue en Las Tacas —se quejó la periodista conduciendo el auto—. Parece que la muerte de Bárbara Schuster lo enloqueció.

—Ya lo entenderá cuando lleguemos allá —replicó misterioso el detective.

La nariz del Nissan iba cortando la mañana fría del litoral. Cayetano se empecinaba en guardar silencio sobre el estado de su investigación y se mostraba reticente a explicarle a la periodista los motivos de aquel inesperado viaje.

—Solo me queda confiar en que sabe lo que está haciendo —alegó la alemana, picada.

—Realmente a estas alturas del partido a usted solo le queda eso.

—Lo más grave es que mi diario exige resultados concretos lo antes posible o de lo contrario suspenderá el financiamiento.

La miró extrañado y una inflexión de inquietud afloró en su voz:

—¿Su diario paga todo esto?

Ella no respondió de inmediato, pues atendía al cambio de luz de un semáforo. Cayetano aprovechó para admirar las fachadas neocoloniales de las construcciones céntricas de La Serena: portales de piedra, casonas antiguas de familias de renombre, edificios modernos embellecidos con balcones y arcadas, calles amplias, rectas y limpias, en fin, todo aquello contribuía a crear una atmósfera de calma y sosiego rara, cuando no inexistente en las ciudades chilenas. Allí, en las cercanías de la plaza con sus árboles frondosos, el tiempo discurría más lentamente que en Valparaíso o Santiago. Le asombraba que La Serena cultivase con ahínco su patrimonio arquitectónico, un patrimonio fundado solo medio siglo atrás, cuando el presidente González Videla había ordenado que las principales calles de su ciudad natal debían reconstruirse siguiendo el estilo colonial. Había sido una decisión arbitraria, pues La Serena carecía de una tradición de tal estilo, aunque al mismo tiempo fuera un aporte innegable a su belleza urbana, pensó el detective, un aporte grato y necesario en un

país donde los terremotos, por un lado, y los arquitectos y autoridades, por otro, parecían empeñados en borrar todo vestigio arquitectónico del pasado.

—Le pregunté si su diario paga todo esto —insistió Cayetano.

Ahora torcían por un costado de la plaza, frente a unos portales de piedra.

—No se lo había querido contar, pero es así —repuso Cornelia muy seria, entrando a una amplia avenida con bandejón central, donde se retorció una vegetación exuberante. Entre los arbustos divisó estatuas de mármol—. Espero que me entienda. De otro modo yo no podría acompañarlo ni pagar estos desplazamientos.

—Digamos que en el caso de Willi combinó su ansia personal por lograr justicia con su deseo de vender un par de buenos artículos.

—Es un buen compromiso, favorece a todos, incluso a usted —admitió ella con franqueza—. En fin, hay un plazo que respetar.

En realidad, le resultaba absolutamente indiferente descubrir ahora el origen de sus honorarios. Se acarició la punta de los bigotes y preguntó:

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Una semana a todo reventar. Después lo sentiré por Willi —comentó con un dejo de tristeza.

—Una semana más... No se inquiete mucho, hay veces en que pienso que estamos en la recta decisiva y otras en que aún no iniciamos la investigación propiamente tal.

Ella se encerró en un mutismo infranqueable mientras el vehículo se desplazaba rumbo al sur por la carretera Panamericana franqueando la sinuosa costa del Pacífico. Por el oeste podían admirar las olas enormes y espumosas que revientan contras las playas desiertas y, por el este, extendiéndose hasta la cordillera, el paraje yermo que presagia el pronto nacimiento del desierto.

Tras anunciarle al puesto de vigilancia de Las Tacas que planeaban servirse unas copas en el restaurante del balneario, dejaron atrás la pista de aterrizaje y descendieron por el camino que serpentea entre edificios de color ocre, palmeras y céspedes.

Estacionaron en las inmediaciones del Chiringuito, en perpendicular a las cabañitas del apartotel, e ingresaron a la atmósfera rústica y clara del local, a esa hora vacío. Un mozo de sonrisa amplia y cabello peinado a lo Gardel los invitó a ocupar una mesa junto a la ventana principal. Desde allí contemplaron un rato la playa desierta, por la que una muchacha galopaba a caballo.

—Necesito que vaya al apartotel y converse con la gente de la recepción, cosa nada difícil para usted por su condición de extranjera —dijo Cayetano tras encender un cigarrillo y ordenar dos babaco sour y camarones de río con salsa americana.

—¿Con qué propósito?

—Conseguir los nombres de las personas que se hospedaron allí entre el 4 y el 5 de abril.

—¿Alrededor de la fecha en que murió el diputado?

—Exacto.

—No entiendo nada.

—No puedo explicarle en detalle lo que tengo entre manos, pero pienso que esa lista podría contribuir a la investigación. Y usted, como es alemana, podrá obtenerla más fácilmente que yo.

—¿Pero qué digo a la gente del apartotel?

—Dígales que busca a unos amigos que se hospedaron aquí por esa fecha.

El mozo volvió con dos vasos altos colmados de un líquido transparente en el que flotaban trozos de babaco, una fruta emparentada con la papaya, que a Cayetano le sabía lejanamente a la fruta bomba habanera y que, con jugo de naranja, pisco del bueno y bastante azúcar, arrojaba una combinación más que apetecible.

—¿Y qué va a obtener con esa lista?

—La confirmación de algo que me ronda en la cabeza desde hace días y me causa insomnio. Salud. Por su cooperación.

El mozo se había alejado y ahora escuchaban una melodía antigua de Herb Albert y su Tijuana Brass. Cayetano sorbió de la pajita admirando el Pacífico mientras pensaba en el puesto de vigilancia que controlaba el acceso a aquel lugar, pese a que, según la ley chilena, no había playas privadas en el país.

—¿Y si no me dan los nombres? —preguntó de pronto Cornelia, devolviéndolo al ambiente fresco del Chiringuito.

—¿Usted cree que esto es Alemania, donde respetan los datos personales? Esto es Chile, mi amiga, donde los datos personales yacen sobre los mesones de los bancos o algunas salas de espera de médicos y abogados.

—Si usted lo dice, no chistaré —anunció ella rascándose la melenita, que refulgía como una llama.

—Es lo que le sugiero —dijo Cayetano. La amazona se alejaba ahora a galope tendido por la orilla, salpicando agua, dejando la playa sumida en una soledad pasmosa—. Ya verá que los nombres se los entregarán sin titubeo y en cuanto los tenga, nos iremos volando a San Pedro de Atacama.

CALAMA, DOMINGO 17 DE MAYO, 18.30 HRS.

Retornaron a Calama en un vuelo de Ladeco, tras haber cumplido la breve escala obligatoria en Antofagasta, aquella ciudad ubicada entre el Pacífico y los acantilados cobrizos del desierto de Atacama. A la hora prevista, poco antes de las ocho, el Boeing 737 se posó en la losa del pequeño aeropuerto de Calama. En medio del frío vendaval de la noche, los aguardaba Pompeyo Jara con el motor de la vieja Chevrolet en marcha.

Cayetano Brulé cargó en silencio su maletín hasta la camioneta, ocupó el asiento del copiloto, se encasquetó su gorro de lana y enfundó las manos en los bolsillos de la gabardina con un resoplido. La sensación de derrota se le agudizaba en el alma al sentir el beso gélido del viento cordillerano que atenazaba sus huesos caribeños. Sin decir palabra, repasó una y otra vez la lista de huéspedes del apartotel conseguida por Cornelia Kratz. Se trataba de los pasajeros cuya permanencia en Las Tacas había coincidido con la del diputado y su amante.

La lista era breve y descorazonadora: solo contenía los nombres y los números de rol de dos pasajeros, ambos hombres. Habían ocupado una cabaña durante el fin de semana del accidente de Mariano Patiño. Su arribo aparecía registrado el sábado 4 de abril, por la noche, vale decir, un día después de que el diputado y Solange se hubiesen aposentado en el apartamento. El *checkout* se había producido al atardecer del domingo, día del accidente. Según la recepcionista, ambos pasajeros viajaban solos en una avioneta con matrícula de Antofagasta, ciudad a la que posteriormente habían regresado. Se llamaban Aldo Toro y Francisco Rico, nombres que, por cierto, nada significaban para el investigador.

—Lo veo desanimado, don Cayetano —observó Pompeyo Jara mientras el silbido de las turbinas del Boeing iba atenuándose en la distancia y las penumbras—. ¿Le fue mal en Las Tacas?

—Enmudeció desde que le entregué la lista que me dio la recepcionista del apartotel —añadió Cornelia desde el asiento posterior.

—Me había imaginado otra cosa —reconoció el detective lacónico.

—¿Aún estamos en los inicios de la investigación? —inquirió la alemana en tono deliberadamente hiriente.

El detective volvió su rostro hacia la periodista.

—Creí que marchábamos en la recta final —precisó—, pero después de leer la lista cambié de parecer.

—Usted siempre tan misterioso —reclamó Cornelia.

—Soy más bien quitado de bulla.

—¿O es que anda muy perdido?

—No tanto como el Teniente Bello, pero la cosa se ve dura.

—¿Pensaba encontrar a Pankow entre los pasajeros del apartotel?

—Debo confesar que en algún momento pasó por mi mente.

La desordenada corriente de aire frío que se filtraba a través de las ventanillas desgarnecidas estuvo a punto de apagar el fósforo con el cual Cayetano pretendía encender su Lucky Strike. Pudo prenderlo finalmente, pero lo hizo más por el deseo de imponer silencio en la cabina que de fumar. Dio una chupada larga y efectiva observando a través del parabrisas los focos de vehículos que viajaban en dirección contraria. De pronto la camioneta se internó por una carretera que apuntaba al este y el desierto se desplegó vasto y plateado ante sus ojos, tan plateado como si alguien hubiese derramado azogue sobre él.

—Pankow es el hombre que está a cargo de la planta de Antares —dijo Pompeyo al rato y dejó su frase inconclusa. Después echó un vistazo furtivo a la luna y el cielo estrellado, y añadió—: En noches como esta trabajan los huaqueros.

—¿Por superstición? —inquirió Cornelia.

Cayetano pudo percibir su aliento cálido y mentolado en la oreja izquierda.

—Porque está claro y no se necesitan linternas —dijo el guía del desierto—. Así nadie los puede detectar. La única precaución es evitar el encuentro con los brujos durante las noches de luna llena.

La alemana acercó aún más su cabeza a los hombres.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—En los días de luna llena, los brujos no pueden sentarse junto a las fogatas —Pompeyo bajó el tono de su voz, imprimiéndole una dimensión misteriosa—. Cuando están cerca del fuego, sus cabezas se desprenden del tronco para echar a volar. Antes de que amanezca regresan a sus cuerpos y los brujos pueden seguir viviendo normalmente. Pero, a veces, las cabezas se enredan en las ramas de los chañares, que son sus principales enemigos, y entonces mueren. Sus cuerpos aparecen al alba decapitados. ¿No me cree, verdad? —preguntó a la alemana a través del espejo retrovisor mientras sus ojos despedían un extraño fulgor.

—Le creo —el rostro de Cornelia se tornó serio.

—Es verdad. Lo sé por mi padre, que me lo contó —aseguró Pompeyo. Cayetano escuchaba en silencio—. El viejo caminaba una madrugada de invierno por el oasis y de pronto lo llamó alguien desde un bosquecillo. Se detuvo a ver de qué se trataba y no tardó en descubrirlo. Era la cabeza de un brujo de melena blanca trabada en la copa de un chañar. Le juró que si lo liberaba, le concedería el deseo que pidiera. Mi

padre, que ya era un achache sin ambiciones, lo desenredó temeroso y solo se atrevió a solicitarle una simple chomba de vicuña. Enseguida la cabeza se alejó volando por la noche.

—¿Y nunca más supo del brujo? —preguntó Cornelia con incredulidad.

—Nunca más. Hasta que un día llegó a la casa un afuerino viejo de melena blanca. Yo mismo le abrí la puerta. Me entregó un paquete grande para mi padre, que no estaba en casa. —Pompeyo giró su cabeza repentinamente hacia Cornelia y dijo —: Contení una chomba de vicuña.

—No puedo creerlo —musitó la alemana.

—¿No me cree? Es esta, la que llevo puesta —afirmó el guía con desparpajo y soltó una risa que a Cayetano le erizó los pelos—. Pero mi viejo actuó con ligereza, la única vez en su vida que actuó así.

—¿Por qué?

—Por lo poco que pidió. Yo le habría pedido al brujo que me dijera dónde se halla el tesoro de Pedro de Valdivia.

Un suave estremecimiento recorrió el cuerpo del detective. Todo parecía verdaderamente insondable y envuelto en un velo de irrealidad en Atacama, pensó. Las solitarias callejuelas de tierra del oasis que desembocaban en la inmensidad reseca, la cadena de montañas y cerros que se levantaban como un muro en el oriente, la luminosidad de las estrellas, en fin, todo se confabulaba allí para crear una atmósfera misteriosa y etérea. Dirigió su mirada hacia la cordillera y vio el gran Licancabur destacándose entre los macizos con una servilleta de nieve atada a su cuello.

—Voy a necesitarla de nuevo, Cornelia —dijo al rato el detective imponiendo su voz por sobre la sonajera del vehículo, que ahora bajaba enganchado por la carretera en dirección a San Pedro.

—Usted dirá.

—Quiero que le pregunte discretamente al recepcionista de la hostería San Pedro si en los últimos tres meses se alojó alguien allí bajo el nombre de Aldo Toro o Francisco Rico.

—No creo que pueda conseguir eso, don Cayetano.

—Hágalo —repuso enfático el detective—. Dígale que va de mi parte y que después arreglamos.

SAN PEDRO DE ATACAMA, DOMINGO 17 DE MAYO, 21.00 HRS.

Los registros de huéspedes de la hostería de San Pedro de Atacama, puestos sin mayores objeciones a disposición de Cornelia Kratz por el recepcionista, arrojaron para el detective un resultado sorprendente: Aldo Toro y Francisco Rico también habían pernoctado en el establecimiento atacameño. Habían llegado a San Pedro la tarde del viernes 3 de abril, un día antes del asesinato de Balsen, para abandonar el oasis al día siguiente, sábado, en dirección a Las Tacas. El avión del diputado caería la tarde del domingo.

Se lo acababa de afirmar la periodista, que ahora tomaba asiento en la mesa del restaurante Juanita, junto a Cayetano y Pompeyo. El comedor, abarrotado y alegre aquella noche, flotaba en penumbras y humo, oscilando bajo la trepidante luz de las velas. En un rincón rojeaba una estufa de hierro que despedía calor y un agradable tufillo a leña.

Imitando a sus compañeros que la esperaban allí desde hacía una hora, Cornelia pidió una cerveza sin dejar de hablar. Cayetano se estremeció. Si analizaba acuciosamente los datos, saltaba a la vista que los desconocidos rondaban por las inmediaciones de ambas muertes. El viernes, cuando el asesinato de Balsen, estaban en San Pedro de Atacama, y el sábado, al morir el diputado, en Las Tacas.

Sin embargo, Cayetano estaba por escuchar aún lo más sorprendente:

—¿Y sabe usted quién pagó el cuarto de ambos hombres en la hostería? —preguntó Cornelia con el rostro encendido.

—¿Bodo Pankow? Ella entornó los párpados e inclinó varias veces la cabeza en un gesto teatral.

—Efectivamente. Pankow. ¿Cómo lo supo?

Cayetano escuchó la pregunta sin ocultar un sentimiento de satisfacción. Convino en que a Rico y Toro les resultaría incómodo, cuando no comprometedor, tratar de explicar su presencia en Las Tacas y San Pedro de Atacama exactamente en los momentos en que morían el diputado y el técnico alemán. Claro, la reiteración de la coincidencia no probaba nada, pero no dejaba de representar un indicio altamente valioso, se dijo atusándose los bigotazos.

La dueña del establecimiento colocó la cerveza ante Cornelia y luego preguntó si

el trío deseaba cenar. Ordenaron lomitos con palta y tomate para neutralizar el hambre, y tazones de café con leche para combatir el frío. Se atrevería a apostar, continuó pensando Cayetano mientras se enjuagaba la boca con alcohol, que Rico y Toro eran los asesinos. Todo parecía indicarlo. Sin embargo, carecía de pruebas y sus suposiciones no eran nada más que eso, vagas suposiciones alimentadas por su olfato de sabueso.

—Pankow está a tiro de piedra nuestro —comentó y engurruñó la boca para indicar hacia la hostería—. Si tuviésemos pruebas, podríamos hacerlo detener.

Afuera el manto frío de la noche continuaba flameando sobre el desierto que resplandecía bajo el disco perfecto de la luna. A ratos, cuando los comensales guardaban repentino silencio como obedeciendo al unísono una misteriosa orden interior, llegaba hasta el Juanita el ronroneo grave del generador del oasis.

—¿Y entonces, Cayetano, qué vamos a hacer ahora? —preguntó la periodista. La llama de la vela hizo bailar las facciones finas de su rostro—. Porque nada prueba el simple hecho de que estos hombres hayan estado en Las Tacas y en el oasis precisamente en los momentos en que morían Balsen y Patiño.

—Ahora solo puede ayudarme Suzukito —replicó Cayetano pensando en su ayudante, quien atendía la oficina en Valparaíso—. Suzukito tendrá que viajar a la capital a buscar la información que requiero sobre la empresa.

—Y mañana es 18 de mayo —masculló Cornelia—. La fecha que aparece tanto en la agenda de Willi como en la del diputado.

El detective consultó su reloj. Eran las nueve en punto de la noche, el momento indicado para llamar a Suzuki antes de que este se dirigiese a abrir la Kamikaze, una fritangería que se hallaba en las inmediaciones del puerto de Valparaíso y que era frecuentada por marineros, bohemios y prostitutas. En la Kamikaze se ofrecía el mejor pescado frito de Chile, unas merluzas y reinetas adobadas según la fórmula secreta de los ya desaparecidos hermanos Carbone, merluzas y reinetas que Suzuki regateaba cada mañana en la caleta de El Membrillo y acompañaba después con ensalada chilena cargada al ajo y la cebolla, cerveza bien fría o un pasable vino de la casa. Cayetano vació su vaso pensando en aquel pipeño, se puso sorprendentemente de pie y salió del Juanita en dirección al centro de llamados.

Ahora se sumergió en la oscuridad de la plaza desierta y caminó después, a lo largo del muro de la parroquia, sintiendo el frío cortante de la noche en las manos y orejas.

—Suzukito, te habla el mayimbe —anunció medio en serio, medio en chanza al reconocer la prístina voz de su ayudante al otro lado de la línea.

Aquella noche no era el turno de la operadora coqueta. La reemplazaba una anciana que no cesaba de bostezar detrás del mesón.

—Diga, jefazo, aquí estoy listo para atender sus pedidos. De partida le cuento que tenemos tal ruma de cuentas y facturas, que más vale que se asile en Atacama. El dueño de su casa le envió hasta las contribuciones para que se las pague.

Cayetano se encogió de hombros en la estrechez de la cabina telefónica.

—Olvídate de las cuentas, que vendrán más —afirmó—. Pero te llamo por otra cosa.

—Usted dirá. Soy todo oídos y músculos para la acción.

—Tienes que ir mañana mismo, a primera hora, a Santiago a darte un baño de esmog. Ve al Ministerio de Minería, a la Embajada Alemana y a la Cámara Chileno-Alemana de Comercio a recoger toda la información que puedas sobre la empresa prospectora de minerales Antares, que opera una planta en las inmediaciones de San Pedro.

—Momento, que estoy apuntando —se quejó Suzuki—. Voy recién en Santiago. ¿Cómo seguía?

—Ojalá que al menos sepas escribir en japonés, mi hermano, porque a ese ritmo me voy a congelar aquí.

—Quien apurado vive, apurado muere, jefazo.

—Tengo además otro encargo —dijo al rato.

—Sigo escribiendo.

—Tienes que ir a la Embajada de Sierra Leona o a la embajada que representa a Sierra Leona en la capital.

—¿Sierra Leona? ¿En Santiago?

—Claro, chino ignorante ¿Dónde si no va a tener un país su embajada en Chile? —inquirió irritado el detective—. ¿Acaso en Pichilemu?

—Perdone, pues, jefazo, ignoraba que eso era nombre de país.

—Mira, azote de ignorancia. Mézetelo de una vez por todas por un oído y que no te salga por el otro. Sierra Leona es un país africano, con bandera, escudo, himno, población y todo.

—Nombre de barco tiene en todo caso —insistió Suzuki con un hilillo de voz.

Cayetano Brulé se estremeció hasta la médula y se propinó un sonoro palmazo en la frente.

—¡Coño, Suzukito, por lo que tú más quieras! ¿Barco dijiste? —preguntó a gritos y a través del cristal advirtió que la telefonista despertaba y lo observaba inquieta—. Debes ser el chino más inteligente del mundo.

—¿Qué pasa, jefe? ¿De qué se ríe?

Cayetano se atusó eufórico los bigotazos y acomodó el marco de sus anteojos sobre la nariz. Ahora, pese al intenso frío de la noche, creyó que comenzaba a sudar bajo la gabardina.

—Olvídate de todo, Suzukito —gritó fuera de sí—. Y ve ahora mismo a la policía marítima a toda carrera y pregunta si esperan para mañana un barco que se llame *Sierra Leona*.

—¿Como el país africano?

—Sí, Suzukito, pero, por lo que tú más quieras, corre que es urgente. Y en cuanto tengas la respuesta, comunícate con el centro de llamados del oasis. ¡Pero apúrate,

coño, que yo estaré esperando aquí!

SAN PEDRO, DOMINGO 17 DE MAYO, 21.45 HRS.

Cayetano Brulé desanduvo el callejón Gabriela Mistral con un sentimiento renovado de esperanza y minutos más tarde volvía a tomar asiento en el Juanita, junto a Cornelia y Pompeyo, que devoraban taciturnos los sándwiches.

—¿Alguna buena noticia desde Valparaíso? —preguntó la periodista.

Le arrancó un trozo a su pan y masticó en silencio, ensimismado, escuchando como en lontananza el murmullo de los comensales. Si hacía memoria, debía reconocer que en cuanto intuía que se aproximaba al esclarecimiento de un caso, una inseguridad angustiante solía apoderarse de su ser e inducirlo a comer en exceso. No tardaría en devorar aquel sándwich y en estar en perfectas condiciones para ordenar otro más. Debía mantener el control sobre sí mismo, mal que mal estaba a un tris del paso decisivo. No disponía de indicios claros para ello, pero abrigaba una esperanza remota de que avanzaba en la dirección correcta. Para ello confiaba en su olfato, verdadera brújula capaz de conducirlo gradualmente hacia donde correspondía. ¿De dónde provenía entonces aquella inseguridad que ahora lo desbordaba?

Terminaron de comer en silencio y, tras el café, que el detective sorbió acompañado de un Lucky Strike, pagaron la cuenta y se instalaron a esperar en el callejón Gabriela Mistral, frente a la central de llamados. El establecimiento parecía funcionar hasta que se cortaba el suministro eléctrico, lo que significaba que aún disponían de alrededor de media hora. Decidieron esperar afuera. Desde allí podían atisbar las calles desiertas, habitadas solo por el polvo y el olor a azufre, y el cielo cuajado de estrellas luminosas.

Fumando su cigarrillo, el detective calculó que si Suzuki se dirigía de inmediato al puerto y lograba consultar a alguien de la autoridad marítima, obtendría la información antes de treinta minutos. Eso era probable, ya que no mediaba gran distancia entre su oficina y el puerto. Ahora no lograba ordenar las sospechas que rondaban por su cabeza. De lejos, probablemente del bar de La Estaca, a esa hora frecuentado por turistas y hippies que ordenaban los tradicionales pisco sours a la peruana del Yerko, le alcanzaba la voz desgarrada del cantante de Queen: *You want a clean reputation, but now you're facing complications, 'cos into every life a little rain must fall.* ¿No se trataría acaso de un texto premonitorio de su fracaso, interpretado

desde el más allá por Freddy Mercury?

Hizo chasquear la lengua y recordó que tanto en las novelas policiales como en las películas de detectives los investigadores siempre solían arreglárselas para enfrentar con lógica implacable y desconcertante los desenlaces. No conocía investigador alguno que experimentara la inseguridad y el desconcierto que lo dominaban aquella noche en Atacama.

De pronto vieron pasar grupos pequeños y bulliciosos de turistas, en su mayoría jóvenes, que parecían dispuestos en aquella noche magnífica a adentrarse en el desierto.

—¿Adónde va esa gente? —preguntó Cornelia extrañada.

A juzgar por sus gritos desaforados y risotadas estentóreas, parecían ebrios aquellos muchachos.

—A los gentilarios, los cementerios antiguos —dijo Pompeyo en tono grave. La gente ya se perdía al doblar por Tocopilla.

—¿Al cementerio? —preguntó sorprendido Cayetano mientras apagaba el cigarrillo contra un muro—. ¿Y a qué?

—Reuniones de grupos místicos. Dicen que allí las vibraciones son más intensas y permiten que la gente se acerque entre sí. Allí se quedan y conversan y aguaitan las estrellas fugaces. Y, bueno, algunos también fuman marihuana y buscan sus recuerditos.

—¿En los cementerios indígenas? —preguntó azorada la periodista—. ¿Allí, donde yacen vuestros antepasados? ¿Y la gente no se opone?

—¿Y qué van a hacer? Se les prohíbe una y otra vez, y vuelven a hacerlo. Pero son los chilenos los peores; los europeos y norteamericanos que vienen acá suelen respetar, por lo general, nuestras costumbres. Es gente que antes de venir se ha ocupado de leer algo sobre los atacameños.

—¿Así que los chilenos son los peores? —insistió Cornelia.

—En este país nunca se ha enseñado a respetar a los indígenas. Cuando usted recorre los ayllus y encuentra a lo largo del río envases vacíos y pañales desechables, sabe que por ahí anduvieron chilenos.

—Los compatriotas... —murmuró el detective.

—Compatriotas no, chilenos —aclaró enérgico el guía del desierto—. Para la gente de aquí hay atacameños, chilenos y extranjeros. Los menos queridos, debido a su prepotencia y falta de respeto hacia las costumbres locales, son los chilenos. Se notan a la legua, llegan en sus autos flamantes, acampan donde les viene en gana, ponen las radios a todo volumen incluso en lugares sagrados, excavan en sitios prohibidos y luego se retiran dejando atrás los desperdicios.

El relato del guía del desierto fue interrumpido repentinamente por la voz cascada de la telefonista, que pronunciaba el nombre de Cayetano Brulé.

Se sacudió las palmas con prontitud y entró a la central, donde un achache esperaba pacientemente su turno envuelto en la luz mortecina. Segundos más tarde el

detective se hallaba ante el aparato.

—Valparaíso no espera a ningún *Sierra Leona* para mañana —anunció la voz de Bernardo Suzuki, al otro lado de la línea—. El *Sierra Leona*, que es de bandera liberiana, llega aquí recién en cuatro días.

Cayetano acarició desanimado la perilla de la puerta de la cabina. Sintió que las sienes y el pecho le palpitaban con la violencia de un tambor batá. Era la sangre caribeña que se agitaba enloquecida en sus venas con la mala nueva. La fecha no calzaba, aunque sí el nombre. Tragó saliva varias veces. —Dime, Suzukito —su voz brotó calmada, profunda—, ¿el *Sierra Leona* no viene acaso atrasado?

—No, jefe, viene en su itinerario.

—¡Coño, coño, mi hermano! —masculló el detective. Sentía que la garganta se le cerraba.

—¿Qué sucede, jefazo?

Siguió un silencio largo. A través del cristal pudo ver que el achache entraba por fin a una cabina.

—Nada, nada —repuso Cayetano en tono vacilante.

¿No estaría volviéndose loco en el desierto y con ello extrayendo conclusiones torpes y apresuradas? ¿Atacama no se introducía acaso imperceptiblemente en su ser cargada de historias de brujos sin cabeza y buscadores de tesoros de la época de la conquista? ¿No era ese el primer paso para perder los vínculos con la supuesta racionalidad de las ciudades y encallar per sécula en los fondos arenosos de aquel oasis?

¿Cómo había llegado a sospechar de los alemanes y ahora del *Sierra Leona*? ¿Cuál era su lógica en todo aquello? Aspiró profundo, infundiéndose ánimo. El desaliento conquistaba ahora todos los vericuetos de su alma.

—¿Qué sucede, jefecito, se cortó la comunicación?

La voz de Suzuki resonó como bálsamo de un mundo lejano, tal vez ya irre recuperable. Preguntó tartamudeando:

—¿Y de dónde viene el *Sierra Leona*?

—Ya me imaginaba, jefazo, que iba a querer saberlo —precisó Suzuki—. Salió de Hamburgo, pasó por Barranquilla, Panamá y Callao.

—Dime, Suzukito —agregó Cayetano. Una nueva esperanza aclaró su voz—. ¿El barco atraca en Chile solo en el puerto de Valparaíso?

—No, jefazo, precisamente de eso quería hablarle. El *Sierra Leona* arriba mañana a primera hora al puerto de Antofagasta.

SAN PEDRO, DOMINGO 17 DE MAYO, 22.10 HRS.

Cayetano Brulé colgó el auricular y abandonó precipitadamente la cabina telefónica. Afuera lo aguardaban los rostros expectantes y entumidos de Cornelia Kratz y Pompeyo Jara. Consultó su reloj a la luz de la luna. Todo se convertía ahora en una cuestión de tiempo, del que no disponían. Había que correr.

—Vamos de inmediato a la Trópico de Capricornio — ordenó—. Tengo que hacer una llamada clave. De aquí no me atrevo.

Cruzaron a paso rápido las callejuelas desiertas. Bajo sus suelas crepitaban los guijarros y del bar El Tambillo llegaban por el aire helado las notas tristes que el saxofonista Emilio Peñalver arrancaba cada noche a su instrumento de bronce.

El músico negro había llegado al pueblo decenios atrás, cuando este no existía más que para los atacameños y el padre Gustavo Le Paige. Llevaba zapatos de doble tono, traje blanco percutido y un jipijapa con franja floreada. A su espalda, alegre, el saxo robaba fulgores al sol. Recorrió Peñalver aquel caluroso mediodía de febrero las calles polvorientas de San Pedro con aspecto de profeta, flanqueado por los niños del oasis, que nunca habían visto a un negro de verdad, y alquiló un cuarto en las inmediaciones de la parroquia, en ningún caso movido por convicciones religiosas, a las que no era afecto, sino más bien porque anhelaba tocar en una banda durante la próxima fiesta de San Pedro y San Pablo. Nadie conocía a ciencia cierta su procedencia ni los oscuros motivos que lo habían empujado a buscar refugio en la inmensidad de Atacama, mas para los achaches aquellos labios gruesos, el pelo encarrujado, el vozarrón profundo y el aspavento modo de gesticular constituían el indicio innegable de que correspondía a un ser oriundo del Caribe y eso bastaba. Y el músico, con su envergadura de gigante, sus ensoñadores ojos oscuros y la dentadura encalada, no tardó mucho tiempo en conquistar a Isidora, una muchacha atacameña bella como el agua y grácil como un pudú. Ya casado con ella, mediante una dieta de arroz y frijoles la cebó sin misericordia hasta que sus nalgas y caderas despuntaron magníficas y palpitantes bajos las sayas ajustadas que le obligó a usar, y como si aquello fuese poco, le enseñó a contonear la pelvis y a quebrar la cintura al ritmo ardiente de las orquestas de Pérez Prado, Desy Arnaz, Enrique Jorrín, Beny Moré, Cachao y Tony Camargo, y a amar como si cada engrifamiento entre las sábanas

fuese el último antes de subir al cielo. En las noches de verano, cuando el oasis se repletaba de visitantes, El Tambillo solía contratar a Peñalver para que animara sus bailes y fiestas. Sin embargo, años más tarde, aquel amor desenfrenado entre el negro y la india se extinguió de golpe cuando Isabel, frisando los cuarenta y sin hijos, se fugó del oasis con una numerosa banda de mambo integrada por apasionados y sandungueros músicos cubanos. Desde entonces, Peñalver solo era capaz de arrancar notas melancólicas a su fiel instrumento de bronce.

Una cuadra más arriba, cerca de donde comienza el desierto y el saxo de Peñalver ya no se escuchaba, se cruzaron con tres sombras que se desplazaban silenciosas en dirección a la plaza. Iban de prisa. Una de ellas cargaba un gran bulto.

—¿Sabe quién carga el saco? —preguntó Pompeyo al detective bajando la voz.

—A la distancia ni lo distingo.

—Es Monipodio, famoso ladrón y huaquero —afirmó el guía—. Seguro lleva lo que ha saqueado hoy de los gentilares.

La noche no tardó en tragarse a los traficantes, y los investigadores continuaron la marcha escuchando el relato de Cayetano sobre su conversación con Suzuki. Al rato, cuando ya divisaban los muros de adobones de la Trópico de Capricornio, quedaron de golpe sumidos en la oscuridad mientras la luna y las estrellas recobraban su fulgor de azogue. El generador del oasis había dejado de funcionar.

Alcanzaron la hostería e ingresaron a la estrecha cabaña de recepción. Don Roque acababa de encender un par de velas.

—Necesito el teléfono —dijo Cayetano.

—Úselo no más —replicó don Roque en medio de un gran bostezo. Sus ojos lucían pequeños a la luz parpadeante de las velas. Había estado durmiendo sobre el sofá—. Solo que al término de la llamada le indiquen el precio. ¿Va a llamar muy lejos?

—A Valparaíso.

—De acuerdo —abandonó la cabaña desperezándose, seguido de Cornelia y Pompeyo.

Solicitó a la operadora el número de la Brigada de Homicidios de Valparaíso. Lo sabía de memoria. Necesitaba hablar con el inspector Zamorano. Era el hombre a quien solía recurrir para solicitarle interviniera en casos ya prácticamente esclarecidos. No era un santo de su devoción, debido al oscuro papel que había jugado este bajo el régimen militar y a los peculiares favores que concedía a algunos hampones del ambiente porteño, pero era un sujeto del cual podía esperar cierto respaldo en la lucha contra la delincuencia.

Al otro lado no tardó en presentarse una voz que le resultó desconocida. Se acodó en el mesón.

—¿Zamorano no está? Habla Cayetano Brulé, un amigo.

—Anda de vacaciones —repuso la voz—, y yo lo reemplazo.

—¿Dónde anda?

—Se fue para Rengo, es de allá, y no hay cómo ubicarlo. Sus padres no tienen teléfono. Creo que lo hace con su qué. Yo haría lo mismo. ¿Usted no? ¿Algún recado?

¿Qué podría contestar? ¿Acaso que tenía entre manos algo tan importante como vago? ¿Que Antares operaba al margen de la ley? ¿Que vigilara las maniobras de la nave *Sierra Leona*, que en un par de horas arribaría al puerto de Antofagasta? Sintió que las piernas le flaqueaban.

—No, gracias —dijo en tono neutro—. Lo llamaré a la vuelta de vacaciones.

—Bien, eso será dentro de una semana.

Cayetano colgó el auricular y se viró cabizbajo, impotente, solitario en aquel recinto. De fuera llegaba el murmullo animado de sus amigos que conversaban con don Roque.

—No está el tipo que busco —anunció al asomarse al umbral.

Pudo apreciar la inmensidad de la noche clara que flotaba delicadamente sobre el oasis. En ese momento resonó la campanilla del teléfono. Se estremeció esperanzado.

—Déjeme a mí —advirtió don Roque entrando a la cabaña—. Es la cuenta de su llamada.

Solo el inspector Zamorano podía haberlo ayudado. Lo habría convencido para que ordenara, en este caso, una investigación a fondo de la carga que el *Sierra Leona* llevaba o recibiría de Antares. En el pasado, aun cuando las pruebas hubiesen sido a todas luces frágiles e insuficientes, había recibido su cooperación para esclarecer el crimen de un joven empresario de apellido Kustermann y la misteriosa aparición de medio millón de dólares en la maleta de Plácido del Rosal, un cantante de boleros de Valparaíso que actuaba en Centroamérica.

—Así, así como van las cosas, lo mejor será que don Roque nos apunte la cuenta del teléfono y del hospedaje en el hielo —murmuró el detective mientras cruzaba el patio de la hostería seguido de Cornelia y Pompeyo.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Ahora no nos queda más que preparar el matalotaje y la camioneta —anunció resuelto el detective—. Nos vamos de inmediato a Antofagasta. Hay que llegar allá antes de que ataque el *Sierra Leona*.

ANTOFAGASTA, LUNES 18 DE MAYO, 07.20 HRS.

El *Sierra Leona* era una motonave que apenas rebasaba las mil quinientas toneladas y los setenta metros de eslora, y navegaba bajo bandera liberiana con un casco implacablemente carcomido por el óxido. Estaba a la gira y desde la costa no se avizoraba tipo alguno de actividad sobre la cubierta. Envuelto en la tibia y dorada luz matinal aguardaba la orden de ataque para iniciar las faenas de descarga.

—Por lo oxidado juraría que es un barco fuera de servicio —comentó Cayetano Brulé a sus acompañantes con las manos en la gabardina.

Se encontraban en la cabina de la camioneta, estacionada en el malecón. Habían arribado con las primeras luces del alba a Antofagasta y ahora el sol comenzaba a asomarse por entre los picos andinos, posando tímidamente sus rayos sobre el oleaje del Pacífico y las grúas del puerto. Más allá, las gaviotas se dejaban caer en picada contra algún cardumen centelleante.

—A lo mejor es un barco pirata abandonado —opinó Cornelia tras un bostezo. Acababa de abrir los ojos en el asiento trasero del vehículo.

—¿Y ahora, don Cayetano? —preguntó Pompeyo—. ¿Qué piensa hacer ahora?

Sin responder, el detective bajó de la Chevrolet y dio unos pasos a lo largo de la costa buscando alguna señal de vida en la cubierta del *Sierra Leona*. El aire fresco lo abofeteó impregnado de un profundo olor a cochayuyos.

—Ustedes dos van a visitar las compañías navieras —dijo tras volver a la cabina — y cuando den con la que lo atiende, cosa nada difícil, pues veo apenas cinco barcos en la bahía, consultarán si el *Sierra Leona* recibirá carga de Antares.

—Va a ser difícil obtener esa información —alegó Pompeyo, al que no le entusiasmaba la idea de desplazarse por una ciudad. Hacía decenios había decidido refugiarse para siempre en San Pedro de Atacama y tendía a desconfiar de los habitantes de las ciudades y de su propia capacidad para orientarse en aquellos laberintos.

—No creo que alguna empresa nos vaya a brindar los datos de buenas a primeras —apuntaló Cornelia.

—A Pompeyo le resultará difícil lograrlos, primero porque, como buen chileno, es algo apocado y, segundo, porque el desierto, si bien lo ha engrandecido en una

dimensión, lo ha achatado en otra —replicó Cayetano con crítica benevolencia—. Pero que usted, Cornelia, piense que tampoco lo logrará, me hace dudar de su verdadera calidad de periodista.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió ella irritada.

El pitazo agudo de un barco estremeció la bahía y se fue a estrellar contra los acantilados que ciñen Antofagasta como un cincho asfixiante. A sus espaldas los primeros microbuses de la mañana cargaban ya de estrépito y gases venenosos la atmósfera.

—Quiero decir algo muy simple, mi amiga —repuso el detective—. Que si aún usted no se ha percatado de que los chilenos pierden la cabeza por una colorina de ojos azules y presas bien puestas, entonces usted no capta nada de la mentalidad de los países que recorre.

La mujer se arrellanó en el asiento trasero y se acodó en el respaldo de la butaca del copiloto. No tardó en reclamar medio en broma, medio en serio:

—Es degradante que a una la tratan como objeto sexual, Cayetano.

—Disculpe, Cornelia, no fue mi intención —el detective carraspeó melancólico—. Lo que quiero decirle es que bastará con que usted le susurre a cualquier oficinista lo que desea, le acepte una invitación a tomar un café, para que lo captive de inmediato. Después de eso el oficinista es capaz de entregarle hasta las placas radiográficas del presidente de la compañía.

—¿Usted cree?

—¿Que si creo? ¡Estoy convencido! Por eso necesito su cooperación, aunque sea mi jefa.

—Aquí no hay jefes, Cayetano, pero ordene.

El detective echó una mirada furtiva a su Poljot.

—Van a ser las ocho y media, hora en que las agencias navieras abren —precisó—. Tenemos que actuar con rapidez. Consulten en la guía telefónica la dirección de las navieras locales y diríjense a ellas de inmediato. Disponemos de muy poco tiempo.

—¿Usted va con nosotros?

Al dirigir su mirada hacia la costa, Cayetano se sobresaltó. Si no le fallaba el cálculo, el pequeño remolcador que cruzaba ahora tosiendo la bahía navegaba hacia el *Sierra Leona*. El ataque al muelle, y con ello las faenas de carga y descarga, eran inminentes. Lo sabía porque desde su oficina en Valparaíso solía contemplar el movimiento de naves.

—Yo realizaré un par de diligencias en el entretanto — anunció antes de descender del vehículo—. Nos reuniremos dentro de hora y media en el café Caribe, que queda cerca de la catedral. ¿De acuerdo?

ANTOFAGASTA, LUNES 18 DE MAYO, 09.25 HRS.

Poco antes de las nueve y media, cuando las calles céntricas de Antofagasta ya recobraban su animación cotidiana, Cornelia y Pompeyo llegaron presurosos al Caribe. Ubicaron de inmediato al detective en medio de las mesas vacías.

Se hallaba plácidamente sentado en una de las mesitas del fondo, ante un cigarrillo y una tacita de café humeantes. Un aire tranquilo y seguro envolvía a esa hora su rostro bonachón de mirada afectuosa y grandes bigotazos. Les dedicó una sonrisa complacida.

—El *Sierra Leona* lo atiende la Agencia del Pacífico —anunció la periodista mientras se sentaba junto al detective.

Pompeyo la imitó. Venían sudando, tensos, como si hubieran corrido un largo trecho, por lo que les sorprendió sobremanera la envidiable tranquilidad que irradiaba el detective.

—¿Y usted, tan calmado? —reclamó la alemana mientras se despojaba de su parka.

—Yo ya cumplí con lo mío, mi amiga —se torció triunfante una punta del bigotazo—. Solo me faltan los datos de ustedes. El barco atraca cerca de las once de la mañana, por lo que aún disponemos de tiempo. Pero cuéntenme. ¿Tenemos toda la información?

Los senos de Cornelia se cimbraron bajo su polera, arrancándole una sonrisa pícaro al detective. Imaginó el revuelo que había causado en las agencias la aparición matinal de aquella colorina de ojos azules y carnes bien repartidas. No tardará en convertirse en leyenda entre los navieros, pensó divertido.

—Les recomiendo tomar un café con leche y pedir el lomito con palta, mayonesa y tomate —dijo—. La carne es blanda y el pan, amasado.

Ordenaron sin perder tiempo lo que les sugería el detective.

—Todo resultó fácil —dijo Cornelia reanudando la conversación—. Ya en la primera nos contaron quién atendía el *Sierra Leona*. En realidad, los latinos suelen concentrarse aquí menos en su trabajo y más en cierta parte de la anatomía femenina, Cayetano. Al revés de lo que sucede entre los alemanes.

—Los ojos se han hecho para ver, mi niña —explicó el detective y lanzó una

voluta hacia el tubo de neón que parpadeaba sobre ellos—. Tienes que estar clara que aquí, mi vida, en este trozo de mundo, se trabaja para vivir, mientras que en tu país se vive para trabajar.

—No me diga cosas que yo sé bien, Cayetano.

—Y lo repito porque en todo esto nos asiste la razón —agregó sin escucharla—, porque fíjate tú que cuán malo será el trabajo, mi niña, que es lo único por lo que le pagan a uno en la vida.

Ella asintió sonriendo.

—Y tanto es así que afirman en África que los monos simulan no hablar para que no los obliguen a trabajar. ¿Se imagina a esos pobres si hablaran? Pero, en fin, volvamos a lo nuestro. ¿Cuántos contenedores exportará Antares con el *Sierra Leona*?

—El *Sierra Leona* no embarcará carga de Antares —intervino Pompeyo.

Y dicho esto, se restregó las manos.

—¿No embarcará carga alguna de Antares?

—Nada. Preguntamos varias veces. Bueno, en realidad fue la señorita Cornelia quien lo hizo, y déjeme aprovechar para decirle que la atendió el propio gerente de la empresa, el que incluso la invitó a cenar esta noche al mejor restaurante de Antofagasta.

—Ya lo sabía, mi hermano, ya lo sabía —exclamó Cayetano—. A este ritmo esta mujer se nos va a casar con un latino bien plantado, con lo que la hará olvidarse de inmediato del budismo y la macrobiótica. Pero díganme —añadió poniéndose serio—, ¿el *Sierra Leona* trae al menos carga para la empresa Antares?

—Dos contenedores de cuarenta pies cada uno —precisó Pompeyo.

—¿Dos?

—Los desembarcarán sin que toquen puerto, directo a los camiones.

—¿Y la aduana no revisa los contenedores?

—Desconsolidan en el lugar de destino —precisó la periodista dándose importancia—. Solo abren uno que otro, cuando hay sospecha. ¿Se imagina lo que tardarían si abrieran todos los contenedores?

—Mala cosa.

—Y el gerente cree que sortearán rápido la aduana, pues vienen con todos los papeles en regla.

—¿Averiguaron el contenido de los contenedores?

Pompeyo y Cornelia intercambiaron una mirada rápida.

—Equipos para prospección minera —dijo Pompeyo—. Pura tecnología alemana.

—Entonces tendré que apurarme en resolver un par de cosas —dijo Cayetano y golpeó la mesa con los nudillos antes de levantarse—. Dentro de una hora pasen a buscarme en la camioneta frente a este café. Llenen antes el estanque. Es probable que tengamos que montar guardia frente al puerto y emprender un largo viaje.

ANTOFAGASTA, LUNES 18 DE MAYO, 11.40 HRS.

Cerca del mediodía la destartada camioneta se estacionó en las inmediaciones del acceso principal al puerto de Antofagasta. Desde aquella perspectiva podían espiar cómodamente el ingreso y la salida de los enormes camiones cargados con contenedores.

—Aquí vamos a esperar hasta que aparezcan —afirmó Cayetano arrojando humo a través de la nariz. Daba la impresión de estar seguro de cuanto decía desde el asiento delantero de la Chevrolet.

Pompeyo se volvió hacia él para preguntarle:

—¿Y por qué cree que los contenedores pasarán obligatoriamente por aquí?

—¿Ven ese jeep Mercedes Benz de color verde, estacionado a la sombra de aquel edificio?

—¿El que está junto al quiosco de diarios? —preguntó Cornelia.

—El mismo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Allí dentro aguarda un hombre que conocemos. No baja las ventanillas, porque, a diferencia de nuestra camioneta, el Mercedes tiene aire acondicionado.

—¿Quién es?

—Pankow, Bodo Pankow, el representante de Antares.

—¿Cómo sabe que es él quien está al volante detrás de los vidrios calobares?

—Lo vi por casualidad caminando por el centro mientras ustedes consultaban en las agencias. Lo seguí hasta que abordó ese jeep, es el mismo en que se llevaron a Bárbara Schuster.

Siguió un largo silencio en la cabina. El calor comenzaba a sofocarlos. Cornelia preguntó al rato:

—¿También espera los contenedores?

—Seguro —repuso Cayetano abriendo los brazos—. Imagínense lo importante que debe ser ese cargamento como para que él esté personalmente aquí.

—La tecnología, si es de punta, siempre es importante —observó Cornelia con cierta dosis de humor.

Aguardaron en silencio, atentos a los camiones que dejaban el puerto remeciendo

el pavimento. Cayetano abrigaba nuevamente la esperanza de que su plan fructificaría. Si Pankow esperaba allí el cargamento, los dos contenedores deberían pasar frente a su jeep, porque él, don Bo, los acompañaría.

—¿Y qué vamos a hacer cuando aparezcan? —indagó Cornelia.

—Hay dos cosas que no les he contado —anunció Cayetano, serio. Elevó las cejas y una arruga se marcó en su frente. Se rascó la calvita y luego dijo—: La primera es que acabo de hablar con el señor Kahlau, de la embajada alemana.

—¿Alcanzó a averiguar si Bárbara habló con Willi desde Alemania? —indagó Cornelia apoyada en el respaldo del asiento delantero.

—Kahlau fue rápido y eficiente. Confirmó mi suposición. Bárbara Schuster llamó desde su apartamento en Berlín al número de SOS en San Pedro de Atacama el día 25 de marzo. Habló durante más de media hora. Solo puede haberlo hecho con Balsen. El 25 de marzo es el día en que aparece Sierra Leona por primera vez en la agenda de Balsen.

—El mensaje se relaciona entonces con el *Sierra Leona* —opinó Pompeyo.

—¿No fue a fines de marzo que Balsen la llamó a Buenos Aires? —preguntó Cayetano a Cornelia.

—Sí, el 27 o 28, porque yo partí una semana después a Santiago.

—Entonces ahora está todo claro —resumió el detective—. Balsen quería revelarles a usted lo que Bárbara le había contado por teléfono desde Berlín. Y esa información, que lamentablemente desconocemos, es el motivo del crimen. Así de simple.

Cayetano sintió que sus acompañantes guardaban repentino silencio, seguramente abrumados por el escepticismo o el desconcierto. Tal vez de pronto les resultaba inconcebible que un crimen tan complicado pudiese desmadejarse de forma tan sencilla.

—¿Y cuál es la segunda noticia? —preguntó Pompeyo.

—Que mientras ustedes acudían a la gasolinera, llamé por teléfono anónimamente a Carabineros y denuncié que en los contenedores de la Antares se ocultan productos químicos para producir cocaína.

—¿Y usted cree de verdad que se trata de una internación de los denominados precursores de la droga? —preguntó Cornelia compungida.

—Eso creo.

—Bueno, yo sé que los precursores, como la acetona, los importan de Alemania y otros países desarrollados.

—Sí, y Chile también los produce —afirmó Cayetano.

—Exacto. Luego los llevan de contrabando a Perú y Bolivia.

—Al igual que en el tango, se necesitan dos para bailar. Sin precursores no hay cocaína, mis amigos.

—¿Y usted piensa que Antares se dedica en realidad a ese tipo de actividades? —preguntó Cornelia con un hilo de voz.

—Así es.

Recién ahora caía ella en la cuenta de que se había adentrado en un terreno mucho más riesgoso del que imaginaba inicialmente. Ya no se trataba solo de indagar sobre el crimen de un conocido o de denunciarlo simplemente ante el mundo. Ahora naufragaba en una zona inquietante, donde el peligro acechaba por doquier. Admitió con un sentimiento de congoja que solo un negocio muy delicado, y la droga, por cierto, lo era, podía explicar el asesinato de Willi Balsen.

—Pero no se ponga nerviosa —advirtió Cayetano y colocó los zapatos sobre el tablero cromado de la Chevrolet—. Ahora se trata de que la policía intercepte el envío. Estoy seguro de que lo hará en el puerto, pues considerarán que la denuncia proviene de narcotraficantes de la competencia. Veremos caer a peces gordos, mis amigos.

Pompeyo se envolvió en silencio. No creía que la justicia fuese idéntica para todos. Cuando caían los grandes en las redes de la justicia, no tardaban en abandonar la cárcel. Para ello contaban con el respaldo de amigos influyentes en todos los niveles. El país, a su juicio, se iba convirtiendo cada vez más en un gran acuario en el que los peces grandes se apoderaban de las mejores presas y los chicos se debían contentar con exhibir colores exóticos y comer los restos. No, a su edad ya no estaba para dejarse seducir por las ilusiones. Solo le quedaba hallar alguno de los tesoros ocultos en el desierto de Atacama para poder iniciar una vida independiente.

Cerca de la una, cuando el calor ya hacía estragos en la cabina, dos camiones tolva de marca Mack, cargados con sendos contenedores, se detuvieron frente al jeep. Uno de los choferes, un rubio de aspecto europeo, descendió ágilmente de la cabina y se acercó al Mercedes.

—Ese es uno de los alemanes que trabajan para Antares —exclamó Pompeyo Jara.

El vidrio del jeep bajó lentamente, dejando al descubierto la quijada prominente y los carrillos inflados de Bodo Pankow. Los hombres cruzaron unas cuantas palabras y luego volvieron a sus máquinas. No tardaron en emprender la marcha detrás del jeep.

La Chevrolet se ubicó a prudente distancia de la caravana para no despertar sospechas. Tal como Cayetano lo había previsto, los vehículos enfilaron hacia el este, ascendiendo hacia la planicie del desierto, buscando la carretera que conduce a Calama y, por ende, a San Pedro de Atacama.

—Nadie los detuvo en la aduana, don Cayetano, falló su plan —murmuró Pompeyo mientras permitía que los camiones le ganaran cierta distancia.

—No se preocupe, todo indica que el destino final de los contenedores es la planta de Antares —anunció el detective al rato, cuando seguían a los Mack por el desierto—. Pero si la policía no los detiene, lo tendremos que hacer nosotros mismos, así que a prepararse.

DESIERTO DE ATACAMA, LUNES 18 DE MAYO, 14.20 HRS.

Dos horas más tarde, en las inmediaciones del oasis de San Pedro, en una pendiente de pronunciadas curvas que desgajan la cordillera de la Sal, y en momentos en que el desaliento se apoderaba de Cayetano Brulé y sus acompañantes, una repentina visión, casi un espejismo, les hizo recobrar la esperanza: tres carabineros, que habían llegado hasta aquel paraje prehistórico en un jeep radiopatrullas, ordenaron a los camiones detener su marcha a un costado de la carretera.

Pompeyo aminoró la velocidad y estacionó su Chevrolet a buena distancia de los camiones. Pankow hizo algo similar, deteniendo el jeep doscientos metros más abajo del primer camión, sin atreverse a descender del vehículo.

Desde la camioneta, Cayetano y sus acompañantes podían seguir visualmente el curso de los acontecimientos, pero solo alcanzaban a escuchar el rumor de motores y mensajes entrecortados de la radio del carro policial. El sol hacía fulgurar la tierra árida y achicharraba los desperdicios —latas de conservas, botellas, cartones, papeles y pañales desechables— que yacían a la vera del camino.

No tardaron los conductores de los camiones en apearse de sus vehículos con la documentación en mano.

—El otro también trabaja para la Antares —afirmó Pompeyo tras reconocer al segundo chofer.

El teniente a cargo de los carabineros examinó atentamente los papeles. Era un hombre alto, de bigote fino y serio, y se movía con la calma propia de la autoridad consciente de su importancia. Seguido de ambos choferes, se aproximó a los contenedores, al parecer, con el afán de iniciar una inspección más a fondo. En ese instante, Cayetano Brulé decidió bajar de la camioneta.

—Ni se muevan —advirtió a sus acompañantes cerrando suavemente la portezuela—. Aquí la cosa se puede poner color de hormiga.

Al acercarse al grupo, se percató de que los choferes se negaban a abrir los contenedores. Si bien el control demostraba que su denuncia anónima había prosperado, a juzgar por el escaso número de carabineros presentes, la policía no parecía haberla tomado demasiado en serio.

—Es ilegal abrir los contenedores —advirtió enfáticamente uno de los choferes

en español rudimentario. Era un rubio de ojos azules y tez bronceada—. Vienen sellados, solo contienen equipos de excavación de nuestra empresa.

Su acompañante, un hombre macizo, de pelo oscuro y barriga cervecera, agregó algo a media voz en un alemán que Cayetano no logró descifrar.

—Además, los papeles están en regla —tradujo el rubio mirando al teniente—. Se trata de equipos técnicos debidamente calibrados, que pueden dañarse si los abren.

Cayetano creyó detectar ahora un aire de inseguridad en el rostro del teniente. Lo vio consultar con los ojos a sus subordinados mientras agitaba la documentación en su mano. Tal vez sus superiores le habían ordenado asumir en este caso solo una conducta exploratoria. El chofer volvió a insistir, esta vez con mayor vehemencia, en que se trataba de equipos de una poderosa empresa alemana, lo que hizo temer a Cayetano que en cualquier instante el teniente cediera.

—Esos contenedores no pueden trasladar solo equipos —afirmó de pronto el detective. Escuchó su voz como si fuese de otra persona.

El teniente se volvió sorprendido y se encontró con un bigotudo de ajustada guayabera amarilla y anteojos gruesos que ahora se le acercaba con paso resuelto.

—¿Y a usted, quién lo invitó a este baile? —preguntó el teniente de malhumor. Sus ojos, pequeños y oscuros, miraban severos bajo la visera.

—En verdad, nada tengo que ver con esto, mi teniente —admitió Cayetano dócil—, pero si los contenedores traen tecnología, entonces la empresa importadora se dedica al contrabando. ¿Se imagina cuánto equipo ha de haber allí dentro?

Los contenedores refulgían bajo el sol de la tarde como gigantescas tortugas bruñidas.

El teniente miró de soslayo a Cayetano y, colocando los papeles bajo el brazo, preguntó:

—¿Usted pertenece a los camiones?

—No.

—Entonces no se inmiscuya y continúe su camino —repuso con brusquedad y luego, como cambiando de tono, ordenó con voz clara—:Vamos a abrir, entonces, el segundo contenedor.

—Nosotros no lo haremos —repuso el chofer con aspecto desafiante.

—Entonces lo hará mi gente.

Minutos más tarde hizo su entrada en escena uno de los carabineros portando un gigantesco alicate. Subió a la tolva del segundo Mack y descerrajó con violencia tres candados. Luego, y ante los ojos atónitos de los choferes, procedió a abrir las puertas del contenedor.

Su interior se hallaba atestado de cajas de madera. Cayetano perdió el aliento y volvió a sentir que sus piernas flaqueaban. Lo embargó un sentimiento de angustia y derrota.

—Vea, por favor, lo que señala la documentación —insistió el chofer rubio entre desdeñoso y preocupado—. Se trata exclusivamente de maquinaria. El contenedor

está lleno de cajas con maquinarias o ¿usted sospecha acaso que la empresa se dedica a la droga?

Cayetano se trepó con dificultad al camión, se adentró en el contenedor ante la mirada atónita del carabinero del alicate y echó una ojeada a través de los intersticios que se formaban entre las cajas.

—Detrás de esto no hay más cajas —aseveró a grito pelado—. Hay otros objetos que brillan.

El teniente le dirigió una mirada de indisimulado reproche. Le resultaba irritante aquel bigotudo con ínfulas de investigador. Si había algo que no soportaba era que alguien intentara robarle la iniciativa. Optó por lo sano:

—A ver, movamos una de esas cajas, que es lo que me interesa.

No fue fácil hacerlo. En primer lugar, debido al peso de las cajas, y en segundo, porque los alemanes se mostraron reticentes a colaborar en la tarea.

El aire parecía hervir dentro del contenedor. Dos carabineros, auxiliados por Cayetano, Pompeyo y Cornelia, quienes se sumaron a última hora a la operación, comenzaron a tirar lentamente hacia afuera la caja del extremo superior izquierdo. Los choferes alemanes observaban azorados. Minutos más tarde, aquella caja caía con estrépito al piso del contenedor.

—Usted responderá por los daños —advirtió el chofer rubio al teniente.

Uno de los carabineros se encaramó sobre las cajas premunido de una linterna y revisó el interior del contenedor. Descendió enseguida con rostro consternado.

—Esto está lleno de tambores —anunció.

No tardaron mucho en abrirse paso entre las cajas y hallar decenas de tambores cuidadosamente apilados. Cayetano sonrió para sí. Estaba ante la prueba fehaciente de que Antares se dedicaba a la importación de los precursores químicos de la droga. No había prácticamente maquinaria en el contenedor, solo tambores sellados, pintados de ocre, con indicaciones en idioma alemán para su manejo. Tambores y más tambores, solo tambores apilados hasta el fondo del contenedor.

—¿Y dónde está la maquinaria? —preguntó el teniente a los choferes.

—Solo somos responsables por el correcto traslado de los contenedores —explicó el rubio, después de que su colega le dijera algo en alemán—. No por su contenido.

—Como ambos son alemanes —dijo el teniente sacudiendo nuevamente la documentación—, no se me pongan indisciplinados y destapen de inmediato ese tambor.

—No nos puede obligar a eso, es ilegal —reclamó el rubio.

—Ilegal es lo que ustedes están haciendo. Vamos, vamos destapando.

El rubio tradujo algo a su colega y se cruzaron de brazos.

—Usted no nos puede obligar a que abramos los tambores.

El oficial estaba desconcertado. Consultó con la vista a sus hombres y a Cayetano.

—Si no lo hacen ustedes, lo haremos nosotros —terció el detective.

El rubio tradujo las palabras del teniente y su colega emitió un gruñido destemplado, seguido de un par de imprecaciones en tono gutural.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el teniente al ver que los choferes se enfrascaban en una disputa en alemán.

—No. No lo hagan —tradujo el rubio.

—¿Por qué no? ¿Son explosivos? —insistió el teniente.

—No. No los abran.

—¿Por qué no?

El rubio guardó un silencio sepulcral, dejando en la incertidumbre al grupo.

—No, no lo hagan —dijo de pronto Cornelia. Había seguido con atención la disputa entre sus compatriotas.

El grupo se volvió con curiosidad hacia ella.

—¿Por qué no?

—Por lo que entendí, son desechos tóxicos letales —aclaró.

Con rostro incrédulo y tenso, el teniente subió al contenedor y observó los tambores sin decir palabra. Luego saltó a tierra con la documentación bajo el brazo y comenzó a pasearse dudoso de ida y vuelta a lo largo del camión. El sol caía vertical desde el cielo limpio.

—¿Qué significa eso?

El rubio consultó a su compañero en alemán mientras introducía las manos en los bolsillos y extraía un cigarrillo. Luego, calmado, dijo:

—Que si abren los barriles, podemos morir aquí mismo.

Un silencio apabullante se cernió sobre el lugar. Solo se escuchó al rubio que aspiraba el humo de su cigarrillo.

—Vamos todos a San Pedro —ordenó el teniente—. Vamos, señores, los documentos quedan en mi poder y ustedes detenidos.

Un motor que zumbó a lo lejos llamó la atención de Cayetano. Era el jeep de Pankow que echaba a andar en dirección al oasis. Cayetano, seguido de Pompeyo y Cornelia, corrió hacia la Chevrolet.

—¡Que no se nos escape el jeep! —gritó Cayetano mientras ingresaban a la cabina—. Vamos, Pompeyo, y demuestra que los tienes bien puestos y que esta cacharra es lo mejor que se desplaza por todo Atacama. ¡Vamos, coño, que no se nos escape el yipito!

Pompeyo puso en marcha el motor de la Chevrolet, rebasó osadamente en plena curva a los camiones que reanudaban lentos la marcha y aprovechó el impulso de la pendiente para salir en persecución de Pankow.

—¡Vamos, Pompeyo, rápido! —volvió a gritar Cayetano. Se aferraba al tablero metálico, que vibraba estrepitosamente—. ¡Está liquidado, lo sorprendimos in fraganti!

Avanzaron a toda velocidad por las calles del oasis a esa hora sumido en la siesta. El jeep iba dejando atrás una cortina de polvo que facilitaba su persecución e impedía

a la vez que Pankow los divisara por el retrovisor. Al rato lo vieron enfilarse por la calle Licancabur y doblar, en una maniobra extremadamente osada, hacia el sur, lo que indicaba a las claras que se dirigía a la hostería San Pedro de Atacama.

Allí, a la sombra de los pimientos frondosos del jardín, dieron alcance al jeep de Pankow. Se detuvieron a su lado. El vehículo estaba ya vacío y con el motor en marcha. No había huellas del alemán.

—Déjenme aquí y vayan de inmediato por refuerzos de Carabineros —ordenó el detective en voz baja—. ¡Pero vuelen, carajo, vuelen!

SAN PEDRO DE ATACAMA, LUNES 18 DE MAYO, 15.30 HRS.

Los 105 kilos y medio de peso de Bodo Pankow ladearon el jeep al acomodarse en el asiento del conductor. El alemán colocó su pistola y el pequeño maletín de cuero sobre el asiento del copiloto y hurgó con movimientos nerviosos y la respiración entrecortada en su pantalón en busca de las llaves.

—No busque más, Pankow, la llave está en la piscina de la hostería —dijo a su espalda una voz con acento tropical—. Y no se vuelva, que lo apunto con su propia Luger, que le dejaría las puras orejas. Levante las manos y cuélguelas del retrovisor para que no se canse.

—¿Qué pasag ahoga? ¿Quién seg tú? —preguntó Pankow.

A través del retrovisor distinguió los trazos de una cara redonda de bigotazos mexicanos y anteojos gruesos.

—Soy Cayetano Brulé, el detective privado. ¿No se acuerda de mí?

Pankow tragó saliva y aspiró profundo.

—¿Qué quieres? Estoy apugado, devuélvame las llaves y déjate de pogquegías, sí, pogquegías. Esto es un delito.

—Delito es lo que usted cometió: escapar de la policía cuando descubrieron el contrabando de los contenedores.

El alemán inclinó la cabeza sin responder. Tenía el cuello grueso y rosado. En su juventud, ahora andaba por los sesenta, debía haber cuidado su físico, pensó Cayetano.

—No sé de qué tú hablas y déjame ig, que no tengo tiempo.

—Usted está liquidado y sus cómplices detenidos. Además, no se trata solo de contrabando, también de tres asesinatos, Pankow.

—No sé de qué tú hablar. Déjame ig o tendrás graves problemas, tú ignogas con quién estás tratando. Te puede haceg la vida imposible en este país y en cualquier otro, cubanito. Vamos, déjate de bromas y devuélveme las llaves.

—Calma, Pankow, ya está claro a qué se dedica Antares y por qué razón asesinaron a Bárbara Schuster, a Willi Balsen y al diputado.

Pankow viró violentamente su cabeza y miró a Cayetano con ira y desprecio. La sangre se le congestionó en el rostro y miles de venitas surcaban ahora su papada.

—Escúchame, si me deja ig ahoga, puedes quedagte con el dinero que yo teneg en el maletín.

—Vuelva la cara hacia adelante, Pankow, y no descuelgue las manos del retrovisor. ¿Cuántos contenedores ha importado en los últimos años?

—No seas estúpido, cubanito —repuso—. Esto según encargo de pura chatarra. Pura chatarra.

—Seguro que rica en sustancias letales, ¿no es cierto?

Antes de escupir al piso, Pankow miró por unos instantes hacia afuera, hacia el jardín y la piscina de la hostería, en cuyo fondo yacía la llave del vehículo. Luego observó el maletín a su lado y dijo:

—Un paisito como el tuyo solo puede beneficiarse con esto. Es, en el fondo, dagle sentido al desierto. ¿Te has puesto a pensar de qué le sigve el desierto a este país de pogquegía?

—Buen modo de integrar a los países pobres, Pankow, convirtiéndolos en los basureros de las naciones industriales —dijo Cayetano mordaz—. ¿Cuánto recibían?

—Poco.

—No lo cree ni un niño. El contrabando de desechos tóxicos es muy rentable, Pankow, tanto como el narcotráfico. Lo que ustedes hacían es terrible, esas sustancias contaminan las aguas subterráneas y contagian a la gente inocente que se acerca a los vertederos. La gente enferma y muere sin saber por qué, Pankow.

—Nadie acegcagse a un lugar pegdido en el desiegto — porfió el alemán—. Además, la tierra absogbe las sustancias, la naturaleza es muy sabia. Esto es un negocio limpio. ¿Por qué me persigues a mí?

—Por las agendas descubrí que había un contacto entre Willi Balsen y el diputado. Era un mismo nombre, que se repetía: Sierra Leona. Balsen había apuntado ese nombre el día en que Bárbara Schuster le reveló todo a través del teléfono.

—Me diviegte mucho lo que tú afirma, nada de eso sirve para pgoabar nada ante los tribunales. Exigiré que me juzgue un tribunal civilizado, que dé garantías.

—Bárbara le entregó el mensaje clave a Balsen desde Berlín. No sé por qué ella decidió bajarse de su empresa y alejarse de Atacama, Pankow. Puede haber sido por amor, Pankow, algo en lo que usted no cree. Ella se había enamorado de un hombre que se sentía llamado a auxiliar a los pobres de un oasis en el Tercer Mundo, y cuando se dio cuenta de que su amor no era correspondido, pues Balsen amaba a Isabel Ayabire, decidió marcharse de Antares y revelar todo a Balsen. Sin saberlo, Balsen había convencido a Bárbara de que su tarea de ayudar a los atacameños, aunque desafortunada, era digna y justa, y que la de Antares era criminal.

—Eso sonag muy bien. Admigo tu fantasía latina. Una vegdadera historia de Romeo y Julieta de Atacama, cubano.

—Y no se mueva —advirtió enérgico el detective—. Después del llamado de Berlín, Balsen habló primero con usted, exigiéndole detuviera la descarga de hoy. Pero como usted se negó, a Balsen no le quedó más que contactar al diputado, cosa

que hizo el viernes, a las diez de la mañana, un día antes de que lo mataran, pues él sabía que el político tenía relaciones con Antares. Fue a verlo para exigirle que interviniera o de lo contrario haría la denuncia de inmediato. Patiño le aseguró que él se encargaría de aclarar todo con usted. Balsen no estaba para dejarse extorsionar, pero ya había cometido un error, le había revelado a usted que estaba al tanto del asunto, con lo que sus días estaban contados. La decisión del alemán aterró a Patiño y este lo citó a usted a su oficina para aquel mismo día para plantearle el ultimátum: usted echaba todo atrás o él se sumaría a la denuncia. Patiño quería salvar su propia carrera a toda costa. En ese momento usted decidió liquidar a ambos: a uno por incorruptible, al otro por cobarde.

—Fantástico, es una fantasiosa cabecita la tuya, cubanito. ¿Qué más?

—Y usted supo así que el soplo del *Sierra Leona* venía necesariamente de Bárbara Schuster, por lo que ordenó su eliminación.

—¡Felicitaciones, Sheglock Holmes! —la papada de Pankow temblaba y su quijada parecía ahora más prominente.

—Balsen fue liquidado porque se negó a aceptar el arreglo que le propuso el diputado en su oficina de Antofagasta. Fue su última oportunidad.

—¡Idiota!

—¡Cálmese, Pankow! Hay más. Ustedes liquidaron al diputado, porque tras la visita de Balsen, decidió cancelar todas las operaciones con Antares. Lo liquidaron antes de que los denunciara, cosa que le urgía, pues como buen político quería a su vez adelantarse a las revelaciones que pudiera hacer Balsen, las que podían arruinar su carrera política.

—¡Eres un perfecto idiota!

—Al liquidar a los tres, eliminaron todo peligro de denuncia, Pankow.

—Muy bien, muy bien, bigotudo —sonrió Pankow—, pero jamás podrás probag algo que es producto de tu mente enfermiza, como el supuesto asesinato de esas tges personas.

—El de Bárbara, quizás no, pues hay formas de liquidar a una persona con barbitúricos y simular un suicidio. Pero diferentes son los casos de Patiño, donde se podrá demostrar el sabotaje, y el de Balsen, donde habrá que probar que fue baleado por ustedes.

El jeep blanquinegro de los carabineros de San Pedro de Atacama ingresó suavemente al patio de la hostería y una densa nube de polvo envolvió el vehículo de Bodo Pankow. Cayetano Brulé tosió mientras las sombras de la tarde comenzaban una vez más a cernirse con su resplandor dorado sobre los muros encalados del oasis.

Epílogo

Pocos días más tarde se confirmaron las sospechas en contra de Bodo Pankow. Un examen realizado por peritos del laboratorio de balística de la Policía de Investigaciones concluyó que los proyectiles que habían segado la vida de Willi Balsen correspondían al arma de Pankow.

Una segunda investigación, esta vez más acuciosa, realizada por especialistas norteamericanos a los restos del Cessna de Mariano Patiño, estableció que la nave se había precipitado a tierra debido al corte de un cable del timón. De acuerdo con los expertos, el cable había sido previamente limado por algún saboteador.

Por otra parte, Carabineros comprobó que Francisco Rico, quien se hospedaba con Aldo Toro en el apartotel de Las Tacas el día en que Patiño inició su viaje a la muerte, había sido dado de baja, años atrás, de la Fuerza Aérea de Chile por indisciplina. Allí se dedicaba a la manutención de aviones de entrenamiento Pillán.

Tanto el juicio en contra de los miembros de Antares —quienes aún se hallan detenidos en celda especial en la cárcel de Antofagasta— por la internación ilegal de sustancias tóxicas al territorio nacional, como el homicidio de Balsen y Patiño se encuentran todavía en fase de instrucción en los tribunales respectivos. Sumarios se realizan también en Alemania con el ánimo de procesar a los representantes de Antares por la presunta responsabilidad en la muerte de Bárbara Schuster y la exportación ilegal de desechos tóxicos.

Los contenedores del *Sierra Leona* transportaban un centenar de tambores, cuyo destino eran los terrenos de la planta de Antares, donde serían almacenados.

Contenían una sustancia de desarrollo reciente y fallido en Europa, que debía sustituir el CFC en los sistemas de refrigeración. El CFC, al destruir la capa de ozono de la Tierra, es uno de los gases responsables del efecto invernadero en el planeta. La nueva sustancia no aprobó el examen de sus propios productores, por ser no degradable y dañar mortalmente las vías respiratorias y alterar el material genético de los seres vivientes.

Inti Palomares se vio forzado a abandonar Chile tras sufrir una brutal agresión por parte de una banda juvenil de xenófobos capitalinos. Hoy vive con su esposa en un pequeño villorrio a orillas del río Mississippi, donde se dedica a la venta de productos que elabora inspirado en la artesanía de los indios sioux e iroqueses.

Lo que nunca logró esclarecerse a fondo fue el papel efectivo de Mariano Patiño en las operaciones de Antares. Pese al avance de la investigación de Cayetano Brulé, la policía no halló pruebas suficientes de que el diputado hubiese estado al tanto de las operaciones ilícitas de la empresa. Estas habían comenzado tres años atrás con el depósito, en otras plantas de Antares, de toneladas de desechos tóxicos de industrias de baterías y de refrigeración. Según el juez, en cuanto Patiño se impuso por boca de Willi Balsen de las verdaderas prácticas de la empresa, había intentado denunciarlas,

actitud noble e ingenua que le costó la vida.

Gracias a las gestiones de uno de los estudios de abogados más renombrados de Santiago, Solange Farías salió libre de polvo y paja de los procesos. Esto, pese a que testigos declararon haber visto que Pankow y Patiño solían reunirse a menudo en el departamento de la secretaria. En la actualidad, Solange trabaja en la Cámara de Diputados como asesora de imagen de uno de sus integrantes.

Isabel Ayabire amplió al poco tiempo su pensión y la bautizó, a instancias de Cayetano Brulé, El Alemán de Atacama. La divulgación de la historia por la prensa brindó al establecimiento tal popularidad, que sólo es posible conseguir allí una habitación durante la época de invierno.

El proyecto de irrigación de SOS no pudo seguir adelante por la carencia de recursos y el velo de torcidas especulaciones que lo envolvió. Quien recorra hoy el oasis podrá encontrar sin dificultad los piques secos, las piletas sin terminar y una red de acequias polvorientas como mudos testigos del proyecto de Willi Balsen.

Saúl Puca se marchó discretamente a Antofagasta, donde ocultó que era atacameño para conseguir trabajo y se sumergió en el anonimato como cuidador de autos.

Cornelia Kratz publicó una serie de tres capítulos sobre el asesinato de Balsen y la exportación de desechos tóxicos en *Le Figaro*, de París; *The Independent*, de Londres; *El País*, de Madrid; *El Neue Zuercher Zeitung*, de Zurich, y su propio *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Meses más tarde la cadena norteamericana de televisión CBS le encargó el guión para un documental sobre el tema. Los jugosos honorarios le sirvieron para pagar adecuadamente a Cayetano Brulé.

Con su paga, Pompeyo Jara reparó la carrocería de la vieja Chevrolet. Continúa trasladando a turistas europeos —que lo solicitan a voz en cuello en cuanto llegan a la plaza del oasis— por los confines más remotos del desierto, y hay quienes aseguran que en sus escasos ratos de ocio, premunido de pico y pala, aún vaga por las quebradas de Atacama buscando los tesoros precolombinos.

Por su parte, Cayetano Brulé retornó a Valparaíso con los bolsillos bien apertrechados de marcos alemanes. Gracias a ellos no solo canceló sus propias deudas, sino también las de su fiel ayudante, Bernardo Suzuki. De este modo el detective sigue en la casa que alquila en el paseo Gervasoni y Suzuki, en la fritanguería Kamikaze, continúa ofreciendo cada noche el mejor pescado frito de la ciudad.

Después de todo aquello —aún disponía de ciertos pesos—, Cayetano pasó a una agencia turística a recoger catálogos sobre viajes de placer por el trópico y comenzó a hojearlos en su lecho, a la hora de la siesta, mientras escuchaba canciones de amor de Beny Moré. No tardó mucho en invitar a su Margarita de las Flores a un crucero de una semana de duración por el mar Caribe.

Durante la travesía disfrutaron de tragos y aperitivos bajo el sol ardiente, nadaron en las aguas turquesas y se internaron en el verde exuberante de las islitas tropicales,

pero por las noches, cuando deambulaban a paso lento por la cubierta del Holyday, envueltos solo en la brisa pegajosa y el rumor grave de la nave, vislumbraban de cuando en cuando, entre el follaje costero, las parpadeantes luces de pueblitos cubanos. Y un poco más tarde, ya con el ánimo de espantar la nostalgia que embargaba su alma desflecada, Cayetano cogía por el brazo a su compañera y la conducía hasta la discoteca de la nave, una nave tan blanca como la nieve del Licancabur, donde se daban a bailar —ella de organdí y volantas, él de traje y humita arrendada— las más alegres y extenuantes piezas de swing, rock and roll y twist.

La fiesta prosiguió en Miami durante tres días y sus respectivas noches. La última resultó inolvidable, ya que acudieron al popular restaurante La Carreta, de la calle Ocho de la Pequeña Habana, y ordenaron mojitos fragantes a ron, caña y yerbabuena, botellas de cerveza muy frías, casi congeladas, masas de puerco asado, generosas porciones de moros y cristianos, así como de yuca y malanga suave, junto a empalagosos trocitos de plátano maduro y el todopoderoso pan con ajo, manjares ellos muy criollos, que fueron rematados más tarde por dedales de cafecitos prietos. Y mucho después, destilando ya sandunga y satería hasta por los poros, comenzaron a tirar sabrosísimos pasos de mambo, de rumba y chachachá, de casino y buey cansado al ritmo contagioso y delirante de las grandes orquestas cubanas del exilio.

Pero fue solo durante la madrugada, cuando ya el sol encendía el cielo tibio y húmedo del golfo, y los músicos abandonaban bostezando el escenario, y poco faltaba para el regreso definitivo al sur del mundo, que la pareja empezó a bailar con pasión un magnífico bolero. Era «Hoy como ayer» y lo entonaba el grandioso Beny Moré. Cayetano, emocionado y con la sangre agolpada en el rostro, intentó aprisionar entre sus manos las caderas amplias de Margarita de las Flores con el fin de fundirla con su cuerpo y solo encontró la almohada, la cama revuelta y solitaria y los vistosos catálogos del Caribe ya arrugados.

En aquel instante cayó en la cuenta de que los honorarios de Atacama no le alcanzarían para salir de Valparaíso y sus párpados volvieron a cerrarse, esta vez bajo el peso de la desilusión. Afuera el ventarrón frío de la tarde porteña ululaba implacable sembrando nubes negras por sobre los techos de calamina de la ciudad, mientras el mar, convertido en un gigantesco y furibundo plato de azogue hirviendo, columpiaba las naves de la bahía y estallaba en espuma contra las rocas de la costanera, pero en la penumbra del dormitorio del detective la inigualable voz del «Bárbaro del Ritmo» seguía entonando su bolero favorito.

Cayetano Brulé, tendido aún en la cama, se acomodó entonces tranquilamente los anteojos, se atusó con parsimonia el bigotazo mexicano y pensó con un estremecimiento que aquella canción era tal vez el delicado presagio de su pronto regreso a La Habana.

*San Pedro de Atacama - Olmué,
26 de julio de 1996*

Agradecimientos

Tomás Aros, Amsterdam, Holanda.

Ana María Barón, ex alcaldesa de San Pedro de Atacama.

Dra. Margarita Castro, CIDAL S. A., Santiago.

Subcomisario Sergio Flores, Policía de Investigaciones, Santiago.

Christianne Knauf, Südwestfunk, Fráncfort, Alemania.

Juan Pablo Kummetz, Deutsche Welle, Colonia, Alemania.

Superintendente (r) Michael Patrick Molloy, Scotland Yard, Gales.

Lautaro Núñez, director del Museo de San Pedro de Atacama.

Saúl Cervantes, Museo de San Pedro de Atacama.

Dr. Elmar Römpczyk, Fundación Friedrich Ebert, Bonn, Alemania.

Dr. Heiner Sassenfeld, Fundación Friedrich Ebert, Santiago.

Mayor de aviación Marco Antonio Sánchez Muñiz, Ejército de Guatemala.

Ing. Rafael Sotomayor, Santiago.

Sra. Ana Zárate de Rennke, Viña del Mar.



ROBERTO AMPUERO. Nacido en Valparaíso (Chile), es un novelista con gran número de lectores. Ha publicado ya diez novelas, todas de gran éxito. Entre ellas destacan *Pasiones griegas*, elegida en China como la mejor novela escrita en español. 2006; *Los amantes de Estocolmo*, escogida Libro del año 2002 en Chile; y la ficciones autobiográficas *Nuestros años verde olivo* (2000) y *Detrás del muro* (2014). También es autor de una popular saga, la del investigador privado Cayetano Brulé, que ha convertido a su protagonista en un personaje legendario. Los casos de este curioso detective de origen cubano comenzaron con *¿Quién mató a Cristian Kustermann?*, Premio de Novela de Revista de Libros, 1993; *Boleros en La Habana* (1994), *El alemán de Atacama* (1996). *Cita en el azul profundo* (2003), y *Halcones de la noche* (2005). A esta serie se incorpora ahora una novela excepcional, que rompe el orden cronológico de la vida del detective: *El caso Neruda*. Ampuero es también autor de la novela juvenil *La guerra de los duraznos* (2001), el volumen de cuentos *El hombre golondrina* (1997), el libro de ensayo *La historia como conjetura* (2006), y de la serie de televisión *Brigada Escorpión* (1997). Sus obras se publican en todos los países de América Latina, en España, Alemania, Croacia. China, Francia, Italia. Grecia, Brasil y Portugal. Ha vivido en Chile, Cuba, Alemania del Este, Alemania Federal, Suecia y, desde el año 2000, en la Universidad de Iowa, institución en la que enseña escritura creativa y literatura latinoamericana.